

SERÉ COMO ESOS ERRANTES QUE
DESCONOCEN HASTA EN QUE LUGAR
SE ENCUENTRA SU PROPIO CORAZÓN.

Al final siempre llega la muerte

– Debo alejarme.

Vebo recorría las calles de Tendériem por última vez. Eso estaba claro. El dolor del pecho, el sudor frío, la ansiedad...

– Me muero.

La antorcha iluminaba la tierra sucia de las calles, las fachadas pintadas con el moho gris de la humedad, las viejas puertas cerradas, las esquinas oscuras en la noche.

Chapoteaba y tenía frío en los pies. Pero ya no le importaba. Era necesario alejarse de la carnicería.

– Arderá, eso es seguro. Lo dejé todo listo -. Hablaba para sí mismo, como un loco. Pero no, no estaba loco.

Un pinchazo agudo a la altura del esternón le hizo oscilar y las manos le flojearon.

– La antorcha, no debo perder la antorcha. Necesito luz, he de salir de las calles –. Murmuró mientras el dolor se atenuaba.

Una sombra fugaz pasó ante sus ojos, la llama de la tea que se agita.

Los pasos que daba eran cada vez más cortos, más difíciles. Se rió quedamente y de pronto tuvo miedo de que alguien le escuchase. ¿Quién iba a escuchar su risa en aquellas altas horas de la noche? Tendériem dormía profundamente tranquila, ajena a cuanto había acontecido. Nadie sospechaba nada, nadie sabía nada de él. Solo sabían que quera un pobre carnicero gordo, bebedor y bravucón.

– Eso es bueno. ¡Qué nadie sepa nada! ¡Que piensen que el pobre carnicero es un loco o un atrevido!

Se detuvo y se apoyó en una pared. La piedra estaba fría, humedecida por la lluvia. Le dolía la rodilla. Otra carga más para su viejo cuerpo.

– Alcanzaré el árbol y me dejaré caer. Sé que voy a morir, sé que no tiene remedio. ¿Para qué quiero engañarme? ¡Qué extraño! No tengo miedo. - Suspiró.- Lo he dejado todo claro para cuando llegue él. Cuando mi casa arda, su cuerpo no se quemará.

Se atragantaba. Sentía el sabor de la sangre en la lengua y la mano que sostenía la espada, débil y mustia. La luz escapaba de sus ojos para convertirse en noche. La respiración se le aceleraba y jadeaba. Estaba gordo, demasiado gordo. Le gustaba comer bien. Buena carne roja. Su imagen de hombre feliz y glotón, su trabajo de matarife. Un disfraz. Había hecho un buen disfraz de su cuerpo. ¡Qué sabían ellos de todo lo que él había sido!

Había llegado al final del pueblo.

– ¡Un poco más! ¡Solo un poco más y lo conseguiré! ¡Los cipreses no están lejos!

Se animó. Todo lo oscuro que le envolvía era lo cotidiano. La noche lo cubría todo con un paño húmedo: los árboles tras las sombras, las hojas desprendidas por el Lento Otoño, el murete que lindaba con el camino, los charcos de la lluvia reciente, el fango del sendero, la hierba gris en la noche. La realidad oculta en la oscuridad.

La espada le cayó de la mano cuando perdió fuerza. La iluminó unos instantes con la tea. La sangre derramada se había secado en el filo brillante. Aquella sangre maldita. No tenía fuerzas que perder para recogerla. ¡Todo instante cuenta a partir de ahora! ¡El fuego ya habrá prendido!

Otro pinchazo más. Pero este era más fuerte. Las piernas le flaquearon.

– ¡Estoy tan cerca, tan cerca! ¡No, no! ¡No puedo fallar!

Cayó de rodillas. Ya no se sostenía. Soltó la antorcha. La llama iluminó los troncos de los cipreses y se fue consumiendo en el fango.

– ¡Ya he llegado!

La mejilla descansó en el lodo. No podía levantar la cabeza. ¡El dolor era tan grande! ¡Qué estupidez! ¿Por qué me duele el cuello? ¡Precisamente ahora! Es la voz que me dejó Ilena. La recuerdo. ¡Ilena, Ilena! ¡Nunca había sido tan feliz cómo en aquellos días!

Vebo murió con la boca llena de su nombre.

Algunas nieves antes

- Algún día volveremos a encontrarnos...- la voz de Cédric guardaba una amenaza implícita. Llevaba la barba recortada y el cabello largo, suelto y vaporoso era tan negro como la propia noche.
- ¡Naturalmente, amigo mío! -. Exclamó Vebo con sorna y dejó que su mano siniestra reposara en el pomo de la espada distraídamente. Sabía que el mago temía aquella espada y los recuerdos que atesoraba.

Cedric le dedicó una mirada de odio y desprecio. Luego dio dos pasos hacia atrás sin dejar de mirarle, susurró una palabra de viaje y desapareció de la calle.

Vebo alzó la antorcha con la que se iluminaba. No quedaba rastro de su presencia. Suspiró aliviado.

- Maldito Valian, malditos los dos -. Murmuró.

Un gato pasó como una exhalación. Vebo se sonrió. En su infancia había gentes que confundían a los gatos con sombras danzantes. Iba a regresar a casa, a su carnicería, a su lugar de paz y sosiego. Aquellos magos taimados y ruines que le habían sondeado regresarían algún día. Eso era seguro. Por el momento le dejarían tranquilo. Había tenido que dejar el negocio por unos días, convocado por esos magos advenedizos, pero también había salvado a un niño y contemplado el fin de un errante.

Imbradel era una ciudad que le disgustaba. Las gentes de esta orilla eran más hurañas y desconfiadas que los abiertos pueblerinos de Tendérim. Que cerca estaban y cuan lejos a la vez, se dijo. Caminó por el barro, iluminado por la antorcha, con la intensa oscuridad de la noche por cubierta.

Días antes del ataque

Por el Sendero de Bigalión, Vebo caminaba alegre. Los perales y melocotoneros de los campos arados aún tenían hojas secas resistiéndose a abandonar las ramas. Y también quedaba algún fruto muy maduro que alguien había olvidado el día de la cosecha. Los almendros eran ramas desnudas y los manzanos tardíos rebosaban de frutas aún verdes. Canturreaba la vieja canción de “El sillón del tirano”. Le gustaba la melodía, aunque la letra solo contase malditas mentiras. Bien que lo sabía él. Pasó junto a los cipreses. Su aroma era dulce y fuerte. Se detuvo y calló.

– Si supieran...- murmuró.

Nadie sabía lo que había guardado allí, entre las raíces de aquellos hermosos árboles. Él lo había dejado en aquel lugar con todo el dolor de su corazón. Era un lugar inesperado, un secreto perfecto. Ellos, estaba seguro, esperarían que lo hubiera escondido en una cueva profunda, en una isla desconocida, en algún lugar oscuro y lejano protegido por palabras y gestos, por hechizos y sorpresas. Nada hay mejor que ocultar los secretos a la vista de todos, pensó. Bajo los cipreses. El lugar más común y el menos indicado. Por eso era improbable que nadie lo buscara allí. No es que fuera imposible. Eso no. Pero poco probable, sí. Pero es que, para protegerlo, además del lugar había elegido palabras únicas de conservación y, para preservarse a sí mismo de los magos, siempre tan hábiles y sorprendentes, mezquinos y taimados, se había encargado de olvidarlas a su vez. Quién buscara en sus pensamientos solo hallaría nostalgia por su vida perdida. Se sentía satisfecho. Ya habían pasado muchas nieves y, aunque lo habían intentado, habían fracasado con estrépito. Pero ¿quién sabía lo que podía ocurrir en un futuro? No podía confiar en nadie, se dijo. Continuó su camino pensativo. La Posada de Cabán no estaba lejos.

El muro de piedra blanca le saludó con un destello de luz. Frente a la entrada de la Posada había unos hombres sudorosos descargando grandes cántaros de vino de pequeños borricos sucios de barro. Los animales agachaban la cabeza extenuados y olisqueaban la grava buscando alguna brizna de hierba.

Vebo los saludó.

– Buenas tardes, ¿Vino? -. Preguntó de buen humor.

– Sí señor. Vino de la mejor cosecha-. Respondió uno de ellos sin mirarle, atareados como estaban y con ganas de terminar pronto.

– ¿De Zu? -. Inquirió. Todo el mundo sabía que el vino de Zu era el mejor de Adentor.

El hombre resopló y dejó el cántaro en el suelo, le miró con curiosidad y compuso en su rostro chato una clara mueca de desprecio.

– ¿De Zu, dices? No. Eso es agua podrida. Traemos vino de Vatlem. ¡Eso sí que es vino!

Vebo le sonrió condescendiente y no quiso seguir discutiendo con él. El vino de Zu era mil veces mejor que el de Vatlem. ¡Que sabía éste! Le saludó con la cabeza y entró en el patio de la posada. El hombre increpó al animal y se giró para retomar su trabajo. La gravilla crujió bajo sus botas. Cerca del pozo descansaba un gran felino negro tendido al sol suave del Lento Otoño. Las gallinas revoloteaban a su alrededor y picoteaban el suelo muy cerca de sus garras.

- ¡Yezú, tienes nervios de hierro! -. Exclamó al observar como una de las aves se atrevía a hurgar cerca de su hocico.

El felino levantó la cabeza al escuchar su nombre pero la bajó enseguida al reconocerlo para continuar con su somnoliento quehacer.

Había macetas con flores rojas cerca de la puerta abierta. La enredadera trepaba por la pared encalada. Olía a guiso de cordero, a cebolla y a vino derramado.

- ¡Hummm! -. Murmuró hambriento. La comida que había preparado Berti, la esposa de Cabán, olía muy bien. - ¡Quiero un plato de eso, sea lo que sea! -. Exclamó mientras entraba en la penumbra de la posada.

El suelo de madera estaba limpio aunque algo gastado. Cabán estaba llenando una jarra de vino de un cántaro oscuro, uno de los que ya habían descargado los hombres de la entrada.

- ¿Quieres probar el vino que me han traído hoy, Vebo? -. Le sugirió.
- ¡No, no! Me han dicho que es de Vatlem. Ya sabes que es demasiado flojo para mí. ¿Te queda aún de Zu? -. Respondió mientras se acercaba al mostrador de madera ennegrecida por el tiempo.
- Pues yo sí voy a probarlo-. Dijo el posadero que, tras dejar el cántaro en el suelo, escanció vino de la jarra que acababa de llenar en un vaso de arcilla.

Vebo se situó frente a él y sonrió con suficiencia. El dueño de la posada bebió, lo paladeó y luego cabeceó.

- Pues es muy bueno. Sí señor. ¿Seguro que no quieres probarlo?

Vebo no se consideraba una persona inflexible en cuanto a opinar sobre las cualidades de un vino. Así que no hizo falta que se lo dijera dos veces.

- Bueno, va, ya que insistes.

Cabán llenó el vaso y Vebo lo probó.

Estaba bueno y entraba bien, aunque era algo flojo para sus gustos. Cuando se terminase el vino de Zu podría bebérselo también.

- No está mal, pero sigo prefiriendo el de Zu. ¿Te queda aún?
- Aún no te lo has bebido todo -. Respondió el posadero sonriendo.

Cabán se agachó y cogió un jarrón oculto bajo el mostrador. Allí guardaba el vino que le pedía Vebo. Seguramente solo se lo servía a él pues llegaba a la Posada muy de tarde en tarde. Cogió otro

vaso de arcilla de la pila que tenía cerca para no mezclar sabores y le sirvió.

Vebo se lo tomó con ganas de un trago.

- ¡Qué bueno! -. Exclamó al apurarlo.
- ¿Más? -. Ofreció Cabán.
- Sí y deja el jarrón cerca.

Vebo se apoyó en el mostrador y observó la pared de madera mientras Cabán murmuraba algo ininteligible. Allí colgaba una vieja espada y una funda pretenciosa, recuerdos de un pasado de guerras. Eran armas de la juventud del posadero, pesadas de manejar y difíciles de abandonar. Esa era toda la decoración que había en aquella pared. Aunque, mejor dicho, era toda la decoración de había en aquella espaciosa sala.

- Y dile a Berti que me sirva un buen plato de ese guiso que está preparando. Si sabe tan bien como huele, le daré un beso-. Dijo mientras se dirigía hacia la mesa más próxima con el jarrón en una mano y el vaso en la otra.

No se había dado cuenta al entrar pero había otra mesa ocupada en el salón. Tres hombres, tres viajeros que conversaban bajo la floja luz de la lámpara de hierro cargada con tres velas gruesas que colgaba del techo.

- ¡Berti, Vebo tiene hambre! -. Gritó el posadero girándose levemente.
- ¡Ya saco un plato! -. Se oyó una voz aguda tras la rancia cortina que separaba la cocina del salón.

La conversación de los forasteros era animada.

Vebo se sentó, se sirvió vino y escuchó sus palabras con escasa discreción. Hablaban en voz alta arrastrando las vocales finales como hacían los oriundos de Demeltz.

- ...la muerte de la vieja emperatriz no nos traerá nada bueno, podéis estar seguros...- dijo uno de los hombres, flaco, de piel muy blanca y aspecto enfermizo.
- Sí. Creo que tienes razón. Su heredera seguro que no tiene el valor suficiente para enfrentarse al antiguo mal...- habló otro, un calco de su compañero, aunque con una nariz enorme.

El carnicero se sintió incómodo cuando escuchó estas palabras. Le traían viejos recuerdos, dolorosos recuerdos.

- Y los magos...solo piensan en sí mismos...son malos tiempos para todos, amigos míos -. Habló el tercero con desprecio y resignación.
- Pero hemos de cumplir con el encargo. Sí. Él dijo que nadie debía atreverse a despreciar al antiguo mal. Que es mejor no tentar a la suerte para no atraerlo hacia nosotros -. El hombre tenía una voz aguda y desagradable.

Vebo bufó. Sintió que la rabia encendía su rostro regordete. ¿No iba a censurar sus palabras? Si esa

nueva emperatriz tenía miedo incluso de pronunciar su nombre, allá ella. Pero estaba mal meterse en conversaciones ajenas. Nadie se había dirigido a él para reprobear sus pensamientos. No obstante, quería comprobar hasta donde llegarían aquellos hombres. De vez en cuando necesitaba sentirse vivo. Se levantó y se plantó ante Cabán, que le miró extrañado.

Berti, una mujer pequeña, regordeta y de rostro risueño, con el cabello trenzado, salió de la cocina con un plato rebosante de aquel guiso que olía tan bien. Al ver a Vebo en la barra preguntó:

- ¿Dónde te lo dejo?
- ¡Eh, ahí, en la mesa! -. Titubeó éste. Sus pensamientos estaban en otra parte.

Cabán enarcó una ceja mientras secaba un vaso. No sabía qué pasaba. Entonces Vebo se giró y escupió al suelo de madera inesperadamente.

- ¡Maldigo al antiguo mal y a todos los que le temen! -. Gritó en voz alta, desafiante.

Los hombres callaron, se volvieron y miraron al carnicero sorprendidos y molestos. Cabán se quedó estupefacto. Berti dio un traspies y casi se le cae el plato de las manos.

- ¡Eh, tú, gordo! ¿Por qué gritas así?-. Preguntó el forastero de la voz afilada mientras se levantaba y se dirigía hacia Vebo con ganas de pelea.
- Grito porque quiero y porque es lo que pienso. ¡Un hombre honrado siempre dice lo que piensa! ¿Acaso tienes algún problema con mis palabras? -. Le retó.

Vebo vio que llevaba un gran cuchillo en la cintura, que su rostro barbado y ruin se había encendido de ira. Los otros dos le secundaron inmediatamente después. Se había metido en un buen problema. ¿Acaso no era eso lo que pretendía? ¡Ah, qué bien sentirse vivo!

Cabán silbó de una forma especial. Vebo sonrió y los viajeros interpretaron la risa como una burla. Berti dejó el plato sobre una mesa, asustada.

Antes de que los tres hombres se encararan con Vebo y sacaran sus cuchillos, Yezú entró por la puerta abierta, levantó la enorme cabeza negra y rugió.

Los forasteros se quedaron quietos de repente, mudos de asombro y terror. Los ojos verdes de la pantera vigilaron sus movimientos con atención.

- No quiero que Yezú vaya a haceros daño, queridos amigos...- dijo Cabán que ya había desprendido la espada que colgaba del techo y le había acercado a Vebo un largo cuchillo de trinchar que había sacado de alguna parte. Incluso Berti se había armado con una cuchilla. - Esta es un posada tranquila, en la que los hombres de paz son bienvenidos. Conozco a Vebo desde hace muchas nieves y nunca ha tenido una pelea en mi casa. Si sus palabras os molestan, también yo os molesto. Si tenéis algo contra él, lo tenéis en contra mía. Así que salid de aquí ahora mismo si no queréis tener problemas. Os invito al vino que habéis tomado.

Vebo les sonrió con suficiencia. Tenía el cuchillo en la mano. ¡Ah, qué bien sentaba! Yezú parecía

una estatua de cobalto dispuesta a atacar. Cabán esgrimía la espada y su mirada era firme. Berti, aunque asustada, blandía otra arma con seguridad. Comprendieron que estaban en desventaja.

Los hombres bajaron la cabeza, alejaron las manos de los cuchillos y se deslizaron hacia la salida no sin antes mirar a Vebo con odio y a la pantera con recelo.

- Esto no quedará así, gordo -. Dijo uno.
- Seguro -. Les retó él.

Cuando el último abandonó la sala, Yezú salió tras ellos como si quisiese asegurarse de que se marchaban.

Cabán suspiró y colgó la espada en su sitio mientras Vebo dejaba el cuchillo sobre el mostrador. Berti murmuró una maldición.

- ¿A qué ha venido eso, Vebo? -. Le preguntó el posadero indignado. Berti le miró interrogativa.
- Agradezco vuestra ayuda, amigos míos. Esos hombres no son buenos...- respondió Vebo esquivando la respuesta.
- ¿Buenos o malos, a mí qué me importa? No quiero problemas aquí. ¿De acuerdo? -. Le gritó Cabán. Era un hombre fuerte, calvo y alto. Más alto que Vebo, y su voz grave se alzaba firme e irritada. Se jactaba de tener un negocio limpio y tranquilo, libre de peleas y personajes pendencieros. La actitud del carnicero había sido impropia de la imagen que quería dar a su posada, un lugar de tránsito para viajeros y gente honrada.
- De acuerdo Cabán. Aquí, en tu casa, no -. Se disculpó el carnicero. ¡Ah, pero con que placer habría empuñado el cuchillo para matar a aquellos miserables!

Berti recuperó el plato y le asestó una mirada feroz y disgustada mientras lo dejaba bruscamente en la mesa en que se iba a sentar el carnicero. Los cubiertos tintinearón con la sacudida.

Vebo apretó los labios apurado y comprendió que había molestado a sus amigos. Sin decir nada, en actitud arrepentida, se sentó en el banco. Apoyó los codos en la mesa y torció el gesto. Se le había pasado el hambre con la trifulca a pesar del aroma apetitoso de la comida. Incluso ya no le apetecía el vino. Debía serenarse un poco. Cabán le observaba taciturno.

- ¡A veces estás muy raro, amigo mío! -. Exclamó mientras negaba. - ¡Te buscas problemas donde no debieras! -. Añadió.
- Sí...me busco más de los que piensas...- murmuró Vebo y cogió la cuchara dispuesto a comer aquel guiso que prometía aunque no tuviera ganas ya de tomarlo.

Los hombres que entraron en la carnicería le eran desconocidos. Vebo estudió sus semblantes unos instantes. No eran aquellos energúmenos con los que se había enfrentado días antes. Uno tenía el

rostro demacrado, como si sufriese una enfermedad del hígado, los cabellos cortos y pajizos, unas profundas ojeras moradas y las mejillas famélicas. No. No tenía buen aspecto. Desde luego que no. El otro, aunque mejor conservado, nada tenía que envidiar de su compañero pues su aspecto cadavérico era casi idéntico, aunque la mezquindad que se adivinaba en su rostro le profería una apariencia más macabra. Vestían, eso sí, con elegancia. Claro está que para los estándares de un pueblo como aquél, aquellas ropas eran elegantes. La casaca que llevaban ambos, del mismo color parduzco, lucía hebillas doradas y mangas anchas con bordados. No llevaban armas. Eso era un detalle que siempre había que tener en cuenta.

- ¿Qué desean?-. Vebo les saludó con una sonrisa cordial. Siempre había que tratar bien a los clientes, fuesen quienes fuesen. - Tengo cordero de ayer, conejos de hoy y palomas torcaces de buen aspecto, como pueden observar. Yo mismo me he encargado de desplumarlas esta mañana -. Señaló el mostrador en el que tenía las ofertas que anunciaba.
- No hemos venido a comprar nada -. Dijo el hombre de mirada ruin paseando sus ojos por el rostro del carnicero con evidente intención de intimidarlo.
- ¡Ah! ¿Y entonces a qué han venido? -. Les interpeló divertido. - Esto es una carnicería, vendo carne.
- Hemos venido a advertirte.
- ¿A advertirme, de qué?
- De que no hables más de lo que ignoras. Tus habladurías han llegado a oídos de ciertas personas ante las que no te gustaría responder.
- ¿Es eso una amenaza? -. Vebo tenía el cuchillo de carnicero en la mano, una hoja grande y bien afilada. Sonrió a la insolencia y se apoyó en el mostrador.
- No. No hemos venido a amenazarte – titubeó el desconocido mientras miraba el filo del arma - nosotros solo queremos sugerirte que no sigas por ese camino.
- ¡Pues que vengan esas personas si quieren algo de mi! -. Exclamó furioso.- ¡Nadie me va a prohibir que hable de lo que quiera!

Vebo gritó decidido y desafiante. Aquellos hombres enmudecieron y reprimieron una respuesta inmediata y quizás violenta. El cuchillo que había cogido el carnicero se agitó mientras hablaba y fue un estupendo freno para sus iniciativas agresivas.

- No deberías decir eso -. Le reprendieron incómodos, como si no estuviesen acostumbrados a que alguien les contradijese.
- ¡Márchense! -. Bramó indignado. -¡Esta es mi casa, y en mi casa digo lo que me da la gana! ¡Márchense o me veré obligado a echarles! -. Hizo un movimiento para salir de detrás del mostrador con el arma en la mano.

Los hombres se asustaron de repente y retrocedieron hacia la salida con rapidez. Antes de cerrar la

puerta, el que había hablado, aún se atrevió a decir:

- Esto no quedará así. Los otros vendrán.
- ¡Pues que vengan cuando quieran, les estaré esperando! -. Les retó, pero ya la puerta se había cerrado y no estaba seguro de si le habían escuchado bien.

Vebo se quedó observando la puerta encolerizado. Ultimamente tenía ganas de partirle la cabeza a alguien.

- Nadie me dice de lo que debo hablar -. Rezongó. Debía tener el rostro enrojecido por la furia, pensó. Esto no es bueno para el negocio. Si alguien me ve así, pensará que me he vuelto loco. Seguro que Cabán ya habrá contado a todo el mundo el asunto de la posada. Suspiró. - ¡Bah, me apetece una infusión!-. Quería serenarse un poco. Cuando se alteraba, le dolía el estómago. La *raimunda* le ayudaría.

Pasó por debajo del hueco del mostrador y fue a cerrar la puerta. Pero antes pensó en abrirla para cerciorarse si los visitantes acechaban aún en la calle. Cuando lo hizo, vio el *avefría*. La sorpresa le dejó mudo.

El ave dio un salto hacia él, le picoteó la bota, dejó un palito y se esfumó como el vapor de la olla al levantar la tapa.

Vebo miró hacia ambos lados de la calle por si la había visto alguien más. Por suerte, no había nadie en ese breve instante. Tan solo dos perros famélicos rebuscaban en el barro, nada más. Se agachó y recogió el palito. En cuanto llegó a su mano, se evaporó tan rápidamente como lo había hecho el pájaro. El mensaje corría por su piel claro y exacto. Cuando llegó a su mente, se abrió con palabras que casi había olvidado.

Había puesto una olla de agua a calentar. Le apetecía una infusión y alguien con quién compartirla. Lo primero era fácil, lo segundo, algo más complicado. Podía ir a la Posada. Pero allí no bebería ningún brebaje de hierbas. Allí esperaban que tomase vino. Y cuanto más, mejor. Era lo que se esperaba de él.

El agua ya estaba caliente, así que cogió el tarro de *raimunda* y tomó una pizca. Luego recurrió al té azul que guardaba como oro en paño para acompañar la hierba. Había sido un regalo muy especial y no quería acabarlo aún.

El vapor enseguida se coloreó y el aroma agradable de las hierbas medicinales inundó la cocina.

Tomó una leña, abrió la puertecilla de la estufa y lo metió dentro. Luego se frotó las manos. Tenía un poco de frío.

La infusión estaba lista. Asió la olla con un trapo y vertió el líquido en un vaso de arcilla. Se sentó en la vieja silla y se calentó las manos con el vaso. Las hierbas habían dejado el agua azul oscuro.

Bebió un sorbo con lentitud.

- Un *avefría* evanescente. ¿Por qué un *avefría*? Antes utilizaban medios más discretos-. Murmuró pensativo.

Aquella incertidumbre le inquietaba.

El mago había dicho que para contactar con él tenía cientos de medios a su disposición. Caprichos, había dicho concretamente.

- Así que eso era un capricho -. Sonrió y tomó otro sorbo.

Las palabras acudieron a su memoria:

“Un mago poderoso sabe hacer llegar sus mensajes de mil maneras diferentes. Cada uno tiene su particular forma de hacerlo. Aunque los Senderos de Voz sean los medios más comunes, hay quién utiliza plumas viajeras, imágenes sugeridas, palabras de viento o aves fugaces. Yo tengo mis caprichos.”

La voz del mago aún retumbaba en su conciencia. ¿Me la grabó con magia? Se preguntó mientras saboreaba la infusión. De los magos podía esperarse cualquier cosa. Hasta las indeseables.

- Bah, no importa. Lo importante es el contenido del mensaje, no la forma en que haya llegado hasta mi. Y lo que debo hacer -. Tomó un sorbo de la tisana azulada mientras meditaba. - El viaje será rápido. Aunque hace años que no uso la palabra, aún la tengo presente. Ilena la dispuso bien en mi memoria -. Aquel pensamiento le entristeció. No podía olvidarla. Más bien, no quería hacerlo. Su vida tenía sentido gracias a su recuerdo. Se lo había prometido.

Se acabó la infusión. No tenía hambre. Tampoco le apetecía salir a dar un paseo por las húmedas calles de Tendérim. No tenía ganas de encontrarse con los forasteros, ni de pelear ni de hablar con nadie. Le acechaban. Claro que lo sabía. Pero no les temía. Podía desembarazarse de ellos en cuanto quisiese. No eran Hombres Entregados. A estos sí que había que temerlos. A simples peones como aquellos, no. Se acostaría. Mañana sería un día diferente.

La mañana había transcurrido placentera. Salvo las advertencias de Gloria y los desaires de Gerta, los otros clientes le habían llevado satisfacción, conversación agradable y beneficios. Comenzaba a ser hora de cumplir con el encargo del *avefría*. Bufó. Después de tanto tiempo, una reunión. Limpió el cuchillo con un trapo húmedo y se dispuso a amontonar las piezas sobrantes. Tenía el delantal ensangrentado. Lo tengo que lavar, pensó. Sonó la campanilla de la puerta y levantó la vista:

- ¡Ey! ¡Buenos días Segundo! ¿Qué te trae por mi tienda?

Segundo era un hombre sencillez, algo corto de entendimiento, alto y franco, de ojos alegres y cabello largo.

- Quería...quería...- parecía intimidado.
- Vamos, habla, no tengas miedo -. Vebo salió de detrás del mostrador y se acercó al hombre. Olía dulce y rancio. Su timidez le enmudecía. -¿Berta quiere cerdo? -. Le preguntó.
- No he venido a buscar carne, maese Vebo. Es solo qué....
- ¿Qué?
- ¡Que no son buenos!
- ¿Qué no son buenos quienes?
- Esos hombres que vagan por la ciudad.
- ¿Los forasteros?
- Sí. Los desconocidos.
- ¿Y cómo sabes tú eso?

Segundo apartó la mirada de los ojos de Vebo, incómodo.

- Bueno...es que...lo sé...simplemente lo sé. Y hablan de usted continuamente.
- ¿De mí?
- Sí, de ti, del carnicero -. Segundo se acercó a él como si quisiese que nadie más le escuchase, como si fuese a revelar una confidencia importante. - Dicen que guarda secretos, que tiene que desvelarlos...quieren...quieren ir a ver al Antemagistrado Groso...quieren que le encierren en las mazmorras de su casa...

Vebo no pudo reprimir una fuerte risa.

Segundo enmudeció ofendido.

Cuando se calmó, Vebo le dijo:

- ¡Oh, no, no! ¡No quiero ofenderte Segundo! - Le cogió los antebrazos con cariño. - Aprecio tus palabras pues creo que eres una buena persona y has venido a alertarme. Te lo agradezco mucho. ¿Secretos? ¿Quién dice que guardo secretos? ¿Desconocidos? ¿Vamos a hacerles caso a unos desconocidos? Pues yo te digo que no tengo ningún secreto! ¡Solo soy lo que ves! ¡Un simple carnicero de una mísera ciudad! -. Vebo se volvió y recogió medio conejo despellejado que tenía sobre el mostrador.

Segundo le observaba expectante.

Vebo se volvió hacia él y le entregó la pieza.

- Toma. Esto es para ti y Berta. Te lo regalo. Aprecio tu interés por mi. Pero quédate tranquilo. No tengo ningún secreto.

Segundo titubeaba disconforme. Le miraba con seriedad, incrédulo. Como si supiera más de lo que había dicho.

- Vebo. Me mientes. - Dijo con franqueza. - Lo sé. Si no quieres contarme nada...pues eso, no me lo cuentes, no pasa nada. Pero no me digas que no tienes secretos, porque yo sé que no

es así. Solo he venido a decirte que hay otros que también lo saben. Cúdate.

Vebo le miró sorprendido e intrigado. ¿Cómo podía saber aquel pobre hombre que su vida anterior había sido muy diferente?

Segundo se giró y se marchó enfadado sin despedirse ni dejarle replicar siquiera. Quizás fuera mejor así. No le gustaba mentir a los amigos. Se encogió de hombros y giró la llave de la puerta. Pronunció la palabra de protección y se dispuso a cumplir su cometido.

La intuición de Segundo era un aspecto de su persona que desconcertaba a Vebo. Mientras bajaba las escaleras del sótano se preguntaba cual era la causa de su inquietante percepción. La luz de la vela suspendía las sombras. El crujido de las escaleras era un escalofrío. Tanta urgencia era extraña después de tanto tiempo, meditaba. Aunque no esperaba que me emplazaran así. Utilizar el viejo truco del ave evanescente no era el mejor medio que podían usar los magos para enviarle mensajes. Casi no tuve tiempo ni de interpretarlo, se dijo. La falta de práctica. Seguro que era eso. Ilún, Mircena y Cedric le esperaban. Ya sabía lo que querían. Pero no se lo iba a dar. Ilún lo comprendería. Mircena insistiría y Cedric...¡Ay, Cedric! Ese era el más peligroso. No tenía dudas y era fiel a su amo. Había tenido problemas con él, aunque hace tiempo que no lo veía. Mejor. Esperaba no volver a verlo nunca más. Y mira por donde, volvería a encontrarlo.

La habitación, torpemente iluminada por la vela, tejía sombras danzarinas sobre los sacos acumulados y los utensilios que guardaba.

– Bueno, ahora a viajar.

Sopló la vela y se hizo la oscuridad. Tranquilamente, pronunció la palabra. Ya no estaba.

El paso de la oscuridad a la claridad siempre era bienvenido por Vebo. Y, además, si la brisa fresca acompañaba la sensación de alivio, pues mejor todavía. En el suelo, los hierbajos se mezclaban con las piedras, y el cielo colgaba limpio suspendido del sol que brillaba con fuerza. Allí estaba Ilún, el rostro severo y preocupado, con las cejas doradas que se arqueaban sobre sus ojos de almendra y una mirada de eterno enfado. Llevaba el cabello recogido en un coleta y una cinta amarilla sobre la frente. A Vebo no le intimidaban ni su porte altivo ni su expresión dura.

– Saludos, gran Ilún, Maestro de los Presagios -. Le dedicó una profunda reverencia a pesar de su corpulencia. Había algo de burla en ella.

– Tu carácter no ha cambiado, aunque tú cuerpo...- hizo una señal circular con ambas manos – sí -. Respondió Ilún, molesto por la ironía que había detectado en la voz del carnicero.

Vebo se sonrió:

– Veo que aún sigues enojado. ¿O esa es tu forma natural de ser? -. Preguntó divertido. Que estuviera gordo y anquilosado ya lo sabía él, y si el mago pretendía hacer un insulto de su

aspecto, no lo conseguiría.

Ilún avanzó hacia él disgustado. Vestía una túnica larga de un verde muy oscuro que le cubría los pies y se arrastraba por el suelo.

- ¡Tonterías! No tengo ganas de discutir contigo, no he venido para eso -. Respondió Ilún negando con la cabeza.
- ¿Y entonces, para qué me has convocado?
- Debemos esperar. Pronto llegarán Cedric y Mircena. Quiero que oigan lo que voy a decirte.
- ¡Oh, cuanto misterio! -. Se burló de nuevo. - Será mejor que busque una piedra para sentarme. Seguro que tardan más de la cuenta. Sobre todo ese imbécil de Cedric. ¿No sé aún por qué no lo habéis echado de vuestro Círculo? -. Mientras hablaba, buscó una roca en la que aposentarse. La encontró y se sentó.- ¡Oh, sí! ¡Tienen muy buena opinión de él! ¡Valian, el gran Valian le protege! -. Hizo un gesto de mofa.

Ilún bufó de hartazgo.

- No llevamos un segundo aquí y ya estoy cansado de escuchar tus sandeces. Debería silenciarte.

Aquello, que parecía una amenaza, hizo reír a Vebo.

- ¿Cuán poderosos son los magos que no quieren escuchar la simple verdad?

Ilún le dio la espalda con aire fastidiado y se alejó unos pasos cansado de él.

Vebo bajó la mirada y murmuró:

- Cobardes, todos son un hatajo de cobardes.

El lugar que habían elegido para la reunión era un simple claro en un bosque de hayas. El Lento Otoño las iba desnudando y el viento se encargaba de repartir las hojas rojas y guardarlas en los rincones de la tierra como tesoros muy valiosos. La roca en la que se había sentado estaba fría y húmeda, señal de lluvia reciente. El sol era agradable y revoloteaban entre la brisa *arrendajos* y herrerillos. Aún zumbaban abejas por los alrededores y se escuchaban las carreras de las ardillas recolectando sus cosechas.

Mientras esperaba, Vebo se miró las manos. Se las había lavado y se había aseado un poco antes de partir. Sin embargo, no se había cambiado las botas ni la camisa ni el chaleco y si se prestaba atención se veían diminutas gotas de sangre en los pantalones que tampoco se había mudado. ¿Qué querrán de mi? Había transcurrido mucho tiempo desde la última reunión. Y lo habían dejado tranquilo desde entonces, que era, en definitiva, lo que deseaba. Cedric era el único que le hostigaba con cierta asiduidad, pero lo que éste pretendía, a buen seguro que Ilún lo desconocía pues ignoraba el pasado de su compañero. Cedric no le gustaba y menos sus ideas y sus traiciones. Pero no le había denunciado. ¿Quién era él para inmiscuirse en asuntos de magos? Todos eran una pandilla de traidores, bien que lo sabía. Estos pensamientos le trajeron tristes recuerdos. Suspiró.

Mircena le observaba. No había percibido su llegada silenciosa. Era hermosa. Joven y hermosa. Aunque patéticamente engreída. Llevaba el cabello corto, teñido de azul cobalto, y una sonrisa de suficiencia en sus preciosos labios. La túnica era de un azul muy claro y lucía bordados en las mangas y el cuello. Algo muy complicado. Como ella. Le habló condescendiente:

- Supongo que no apreciaréis el tiempo que os hacemos perder, maese Vebo.
- Exacto Mircena, me leéis el pensamiento-. Vebo se levantó para saludarla. - ¿Es un capricho vuestro ese color azul con el que os habéis teñido o es que habéis conseguido alguna nueva forma? -. Preguntó , hizo una reverencia y se volvió a sentar.

La mujer sonrió:

- Aprecio vuestra ocurrencia, pero ni una cosa ni la otra -. Respondió y se dirigió hacia Ilún que ni siquiera se había movido.
- Magos... – Murmuró Vebo intencionadamente despectivo.

Los tintes rojizos y dorados de las hayas eran mucho más interesantes que los susurros de los magos, así que Vebo se dedicó a contemplar las hojas, a atender a las aves que se escapaban de las ramas, a escuchar el zumbido de las abejas. La naturaleza se le antojaba más interesante que los asuntos banales de los magos. No tenía sentido alguno imaginar con qué le sorprenderían aunque intuyera el motivo de la reunión.

Cedric llegó poco después. Y lo hizo de forma tan silenciosa y ágil que sus camaradas no le advirtieron cuando se dirigió a Vebo con sutileza:

- Ayúdame. Te lo agradecerá.- Le musitó al oído y luego, en voz alta añadió: - ¡Ah, queridos amigos, veo que habéis llegado antes que yo! ¿Ya se lo habéis dicho?

Vebo se levantó de la piedra. A él no le había sorprendido. Simplemente había dejado que lo creyera así:

- ¿Decirme qué?
- El motivo de esta reunión. ¿No lo habéis hecho? ¡Ah, ya veo que no!

Ilún y Mircena se aproximaron.

Vebo aparentaba estar confundido como un niño inocente con restos de pastel en la mano.

- Nuestro amable Cedric siempre tan directo -. Le regañó Ilún.
- Siempre he sido así. No me gustan los rodeos ni los circunloquios -. No era cierto ni lo uno ni lo otro.
- ¿Qué tenéis que decirme? -. Preguntó Vebo molesto.

Ilún se acercó y respondió con firmeza:

- Necesitamos el manuscrito.

Vebo dio un paso atrás y negó. Era lo que pensaba.

- No. No. Nadie lo tendrá -. Dijo con tranquilidad y firmeza. Poco a poco, los magos

avanzaban en sus indagaciones. Habían pasado de intuir el objeto a la certeza de su existencia. Pero nadie sabría donde lo había guardado. Lo había prometido.

– ¡Ya os lo dije! ¡Es inútil! ¡No nos lo dará! ¿No sé para que hemos venido? ¡Estamos perdiendo el tiempo! ¡Es demasiado engreído! -. Exclamó Mircena y los gritos ahuyentaron a los pocos pájaros que quedaban ocultos en las proximidades.

– ¡Mircena! ¡No es así como se trata a un amigo! -. Le recriminó Ilún con autoridad.

La mujer, molesta por la reprimenda del mago, retrocedió enfurruñada.

– ¡Te necesitamos, Vebo! ¡No te lo pediríamos si no fuese estrictamente necesario! ¡Se están produciendo cambios en el devenir de la historia, ocurren hechos inesperados, acontecimientos fortuitos que nos vuelven a amenazar! ¡Y el manuscrito es la clave! ¡Entréganoslo! -. Exclamó Ilún con vehemencia.- ¡Ella, estoy seguro, así lo querría!

Vebo sonrió. Ella. Ilún había apelado a su papel en esta historia. En esta vieja historia.

– Precisamente por ella no os lo voy a dar -. Respondió con calma sosteniendo su mirada sin miedo.

Mircena se revolvió en ese instante:

– ¡Podríamos arrebatártelo! -. Exclamó con exasperación. En sus ojos bonitos ardía la rabia y la incontinencia.

– ¡Mircena! -. Gritó Ilún irritado. - ¡No hagas que me arrepienta de haberte invitado a este encuentro! ¡Vebo sufrió lo imposible por el manuscrito que necesitamos!

Se hizo un silencio ominoso y expectante mientras la maga hundía su mirada en la tierra.

– Perdóname -. Se disculpó la mujer con frialdad y sin rastro de arrepentimiento.

Cedric parecía divertirse. Acomodaba su túnica dorada una y otra vez, y se interesaba por sus amplias mangas mientras perfilaba una sonrisa irónica en su labios pequeños. Era el más peligroso de los tres, pensó Vebo. Les había manipulado. Había urdido otro paso más en su larga estrategia para arrebatarse el regalo de Ilena. Otra intriga más. Ilún era severo pero justo. Mircena, engreída pero honrada. Cedric, sin embargo, era taimado y ruin, aunque fiel a su amo verdadero.

– Acepto tus disculpas, pero no vuelvas a gritarme. - Dijo Vebo con paciencia. - He acudido aquí de buena fe. Y no esperaba escuchar gritos ni amenazas. No os voy a entregar el manuscrito. No. Nunca. Ni siquiera el mayor peligro me convencería de ello. Lo hice por su vida. Y por su vida lo guardaré -. Añadió con tranquilidad y firmeza.

Ilún le miró con rabia a los ojos. Se daba cuenta de que no podría convencer a aquel hombre gordo y gastado, pero leal y fiel a una promesa.

– Hemos perdido el tiempo, Mircena. Su obstinación no tiene límites-. Le dijo a la mujer, resignado al fin cuando comprendió que el carnicero no transigiría.

– Sí. - Aceptó ésta. Aunque fuera partidaria de arrebatarse su secreto por la fuerza, comprendía

que no lo habría dejado desprotegido y que, cualquier intento de arrancárselo, implicaría su destrucción.- No cederá. Debemos retirarnos. El destino es complejo-. Admitió de mala gana.

Los tres magos se apartaron de Vebo y hablaron quedamente para que éste no les escuchara. Hubieran podido ocultar su voz pero por alguna razón no lo hicieron.

Vebo volvió a sentarse en la piedra. Así que todo esto era otra estrategia más para apoderarse del manuscrito. Ahora se irán y me dejarán con Cedric. Creen que es mi amigo, que tal vez a él se lo entregue o le revele su paradero. ¡Qué ciegos están! Y él lo volverá a intentar. Quizás un día acabe con mi vida. Cuando se dé cuenta de que su insistencia no tiene solución.

Ilún y Mircena se dirigieron a Vebo puesto en pie de nuevo.

- Amigo mío. Sentimos tu silencio. Al menos, lo hemos intentado. Tu respuesta llegará a lugar seguro y puedo afirmar que no será de su agrado. No obstante, confiamos en ti a pesar de todo -. Dijo Ilún condescendiente.

Mircena no añadió nada más pero cabeceó afirmativamente apoyando estas palabras. A continuación, se desvanecieron en el aire sin dejar rastro de su presencia. Cedric sonrió satisfecho. Se acercó amigable y ufano.

- Ahora que se han marchado, respóndeme: ¿Cuál es el motivo de tu reiterada negativa?
- Ya lo sabes, Cedric. ¿Por qué te molestas en insistir?
- Debo hacerlo. Nunca cederé. Entrégamelo a mí. Él te lo agradecerá. - Dijo con ansiedad. - Sabes que te soy sincero y que él puede ser muy generoso. El tiempo que estos dicen que ha llegado, es cierto, ya está aquí. El destino no se puede parar. El cambio es inminente y los magos lo temen.
- No puedo, Cedric. No -. Estaba harto de su insistencia.
- ¿Ni por la fuerza?
- Si muero, si me matas, se destruirá inmediatamente. Ni toda la magia más oscura podría impedirlo. ¿Es lo que quieres?
- ¿Tal vez encuentre otra forma de convencerte, amigo mío?-. Dijo Cedric centrando sus ojos en él.

Vebo sintió un agudo dolor en el pecho. Le costó disimular pero no hizo ademán alguno.

- Tal vez encuentres la manera de matarme. Ten mucho cuidado. No te delates -. Le respondió con firmeza y desdén.

Cedric arrugó la frente. La ira amenazaba desbordar su rostro impasible.

- No sé por qué no me has delatado aún-. Dijo mientras retrocedía como si Vebo fuese una culebra.
- No tienes porqué saberlo todo. No me presiones más. No vengas a mi casa si crees que vas a

ser derrotado.

- Una vez fuiste mi amigo más íntimo, Vebo. ¿Por qué no recuperas ese lugar?
- El lugar que me corresponde es donde estoy ahora. No lo conoces bien para juzgarlo -. Respondió con franqueza.
- Es cierto. No lo conozco. Pocos pueden hacer lo que tú hiciste. ¿Nada hay que pueda convencerte pues?
- Como les he dicho a ellos, nada.
- Siento que tenga que ser así -. Se lamentó Cedric. - Quizás volvamos a vernos. Él lo decidirá.

Con estas palabras, que eran una clara amenaza, el mago se desvaneció como sus camaradas habían desaparecido antes.

Vebo suspiró y miró a su alrededor. Aquel paraje era hermoso. Las hayas, el cielo, la vida. El destino de aquellas tierras se escribía lejos de allí, en escenarios grises y terribles, faltos de sol y ebrios de muerte. El futuro era una realidad por vivir y no sabía si llegaría a tiempo para disfrutarlo. El pecho le dolía horrores.

- Será mejor que regrese. Esto no ha acabado aquí.

El sol le deslumbró el instante justo en que desaparecía.

Los secretos que se esconden y se desvanecen

El perro calló cuando el hombre le chilló y se hizo el silencio en aquella cotidiana oscuridad.

Vebo se arrodilló junto a los pequeños cipreses. No los veía pero sabía que estaban allí, a su lado. Lloraba. Dejó en el suelo la pequeña caja de madera que había llevado sobre al pecho aquellas largas y tristes semanas y comenzó a cavar con las manos, junto al tronco que de vez en cuando tocaba con sus movimientos. Ni gemía, ni suspiraba. Tan solo cavaba. Cuando tuvo el agujero de un tamaño suficiente y de una profundidad razonable, recuperó la cajita, la observó en la oscuridad aunque no la viera y la depositó en el fondo del hoyo. Dijo las palabras de protección que le había enseñado y, a continuación, la cubrió con la tierra que había apartado. Palpó la superficie con las manos y dejó el suelo como si nada hubiera escondido allí. Y todo esto lo hizo llorando, pues con sus actos enterraba su alegría de vivir, su amor. Después, se acurrucó sobre la tierra, y trató de no pensar, de no recordar, de que sus sueños fueran tranquilos por una vez en los últimos tiempos. Quizás con tiempo lo conseguiría. Lentamente se durmió.

- No debes saber adonde voy a ir.
- No lo sabré -. Respondió Sirtán con sinceridad.
- Ni yo mismo debo saberlo.
- Ni tu mismo.
- Seré como esos errantes que desconocen hasta en que lugar se encuentra su propio corazón.
- Como los errantes.

Vebo suspiró. El mago le daba la razón en todo. Confiaba en él plenamente.

- Pero no te pierdas. No acabes tu vida borracho en cualquier cuchitril -. Añadió el mago con aflicción. - Sabes que los borrachos hablan demasiado.

Vebo sintió rabia pero admitió la certeza de sus palabras.

- Tienes razón, los borrachos hablan demasiado -. Afirmó con dolor.

Vebo montó a caballo. En la granja en la que se habían refugiado, la de aquel vecino celoso y avaricioso, las gallinas, los cerdos y los perros eran los únicos seres vivos que les observaban. Los granjeros dormían profundamente, aunque el sol ya estuviera bastante alto en un cielo brumoso.

- ¿Nos volveremos a ver? -. Preguntó Sirtán.
- Ten por seguro que sí. No voy a convertirme en un borracho sin futuro. Se lo debo a ella -. Azuzó al caballo y el animal partió al trote.

La figura solitaria del mago envuelto en su capa gris quedó pronto atrás. Confiaba en que borraría sus huellas como había dicho que haría.

Se adentró entre los alcornoques y escuchó el trino de las aves. Su corazón aún estaba herido y las ganas de vivir, aunque escasas, habían medrado un poco.

- Ilena -. Susurró. Animó al caballo a galopar y estuvo un buen rato disfrutando del viento en el rostro, de la luz matizada por las nubes, de los árboles que pasaban y los animales que escapaban asustados. Y, mientras, pensaba adonde iría. A partir de algún lugar en concreto, nadie sabría hacia adonde se dirigiría. Su rastro se perdería para siempre. Necesitaba secreto. Y, aunque los magos podían recuperar los hechos, las sombras y las voces del pasado con sus poderes, no lo lograrían. Sirtán era el más poderoso de los magos y con su ayuda borraría las huellas permanentes que el tiempo anclaba. Y también utilizaría el recuerdo de Ilena. Era su íntimo legado.

Días antes de el ataque

La luz fue breve. Vebo, acostumbrado a la experiencia de quedarse a oscuras después de permanecer un segundo antes bajo el brillo del sol, parpadeó y dejó que sus ojos se acomodasen a la oscuridad. ¿Por qué tengo que apagar la vela cada vez que me voy? Murmuró. Era una pregunta estúpida, se dijo. Porque si tardo en volver se apagará de igual forma o podría ocurrir una desgracia si cayese o se derramase la llama, se respondió. Tanteó. Allí estaba la vela y las escaleras que tantas veces había subido. No le hacía falta luz para ascender por ellas. Las conocía muy bien. Sus crujidos, los escalones que se hundían. Tenían una familiaridad peculiar. Pero Vebo no pensaba en eso. En aquel momento no. Cedric. Cedric ocupaba su inquietud. Abrió la puerta del almacén y la cerró con llave.

- No me gusta lo que ha dicho. Ilún no debería confiar en él. Ningún mago debería confiar en él-. Hablaba consigo mismo. Era una costumbre nacida de la soledad. - No puedo dejar que recupere el manuscrito. De ninguna manera. Ni aunque me ofreciera oro, placeres o una buena vida -. Se detuvo y tuvo ganas de reírse de sí mismo, de sus miedos, de sus vanas preocupaciones. - ¡Qué estúpido! No necesito nada de todo eso. Estoy bien así. Fiel a mi promesa.

Subió a la tienda. Se acostaría de inmediato aunque sabía que el sueño tardaría en llegarle y que llegaría cargado de recuerdos.

Un sueño de días pasados

Unos instantes antes de que Berta entrase en la tienda, Vebo percibió con desolación y desagrado que había sido descubierto. La entrada del sótano no había sido violada. Sin embargo, había dos magos en la calle. Suspiró. No debían advertir su irritación ni las precauciones que acababa de tomar. Tenía la espada abajo, en el sótano, y no podía abandonar la tienda en aquel instante. Aunque no estaba indefenso: tenía los cuchillos de la carnicería más afilados que su vieja espada. Todos. Cerca. Y también había recordado una pequeña voz. Sería su as guardado.

La puerta se abrió y el voluminoso corpachón de Berta entró en la tienda arrastrando una cesta.

- ¡Que grata sorpresa, Berta! -. Exclamó con sincera alegría. - ¡No esperaba su visita! ¿Qué puedo ofrecerle hoy?

La mujer avanzó hacia el mostrador y observó las piezas ordenadas: trozos de carne de cerdo, de vacuno y gallinas sacrificas días antes. El sol del atardecer, tamizado por la suciedad de los cristales que no limpiaba desde hacía meses, se colaba triste y decoraba el polvo. Las cajas, alineadas junto a la pared, estaban llenas de plumas blancas. En el suelo de madera había viejas manchas de sangre que tampoco había fregado.

- ¿Cómo está Segundo?-. Le preguntó a la mujer, oronda, sonriente, desgarrada, mientras esta elegía.
- Borracho. Casi siempre está borracho -. Respondió con evidente disgusto.

Vebo suspiró.

- Deberíais buscaros una casa en Tendérim, Berta. Vivir en el campo, en soledad, no le hace ningún bien a Segundo -. Le aconsejó Vebo.
- Lo que no le hace ningún bien es ese tabernero de Cabán. ¡Maldita sea su estampa! Le dicho cientos de veces que no le venda vino a mi marido y no me hace caso. ¡Maldito sea!-. Repitió airada.
- Quizás deberías traer tú la miel en lugar de Segundo, así tal vez te evitarías problemas. - Le aconsejó.

Berta miró a Vebo como quién ha dicho una estupidez y se ajustó el chal blanco que cubría sus hombros.

- No. Si lo hiciera así, sería mucho peor. Tenemos mejor vino en casa que en esa maldita taberna. Se lo bebería todo en mi ausencia -. Replicó.

Vebo pensó que Berta debería vender todo ese vino que guardaba para evitarse problemas, pero no dijo nada. Cada cual tiene sus razones para lo que hace.

La puerta se abrió bruscamente asustando a la mujer. Vebo levantó la mirada y no pudo evitar una

mueca de irritación. Eran dos hombres de aspecto distinguido, que vestían largas túnicas impolutas, de azul oscuro, y capas grises por encima.

Berta no les reconoció y no sintió ningún interés por ellos, como si nada más notar su presencia se hubiera olvidado de que habían entrado y tan solo una ráfaga de viento hubiera agitado una cortina.

Vebo atendió a la mujer como si nada hubiera ocurrido:

- Entonces, ¿qué le pongo hoy?
- Ponme dos gallinas y un poco de cerdo.

Vebo cortó las piezas, las envolvió en paños y se las entregó. Berta pagó con dos jarras de miel que sacó de la cesta y, sin advertir la presencia de los dos hombres que aguardaban tranquilos como parte del escaso mobiliario, se marchó saludando solo al carnicero.

- ¿A qué habéis venido?-. Exigió a los recién llegados nada más se cerró la puerta tras la mujer.
- ¡Vebo, Vebo! ¿Así saludas a tus viejos amigos?-. Respondió el mayor de aquellos dos hombres.

El carnicero titubeó.

- ¿Cómo me habéis encontrado? -. Replicó sin arredrarse. Aunque no tuviera la espada cerca y hubiera perdido agilidad, los cuchillos de carnicero servirían igual.
- Los caminos de la magia son extraños...- respondió lacónicamente el interpelado.
- ¡Cedric! ¡Basta de juegos! Hace tiempo jugaste conmigo, me atacaste y casi me matas. ¡No lo he olvidado! ¡No quiero que me molestes! ¡Respóndeme! ¿A qué habéis venido?

El hombre se acercó al mostrador, impertérrito. Llevaba el cabello oscuro largo y en sus ojos había desdén y suficiencia.

- Hemos venido a pedirte ayuda. Mi aprendiz Meriadec y yo solicitamos tu ayuda con urgencia, maese Vebo -. Dijo con formalidad e ironía.
- Pues ya puedes marcharte por donde has venido. No voy a ayudarte. Me traicionaste -. Negó Vebo con tranquilidad, con voz pausada y firme.
- Dejame que te diga que la ayuda no es para mi-. Dijo Cedric fingiendo que no le había escuchado.
- No quiero saberlo. Lo hice una vez y me atacaste.
- Hay un niño cerca de aquí – continuó Cedric haciendo caso omiso de sus palabras – que va a morir pronto si no le ayudamos pues un errante le acecha. Es un niño, al parecer, especial, importante. El Consejo así lo ha afluado y Valian me ha ordenado que reclame tu ayuda. No me place hacerlo pero siempre he sido obediente -. Añadió con una sonrisa condescendiente.
- ¿Un niño? ¡No te creo! ¡Es una vulgar excusa!
- Bien, si así lo crees, Meriadec y yo nos marcharemos y el niño morirá. Su vida está en tus

manos.

- No seas cobarde, Cedric.

Éste se irritó por primera vez.

- No te permito que me insultes -. Avanzó hacia él. El desdén se había transformado en ira.

Vebo, parapetado tras el mostrador de piedra gastado y con los cuchillos cerca de las manos no tenía miedo alguno.

- ¡Maestro, Maestro! -. Intervino el joven. - No hemos venido a agredirle sino a rogar su ayuda.

El carnicero sonrió con malicia.

- El joven tiene más cerebro que tú -. Le insultó de nuevo.

Cedric apretó los puños pero refrenó su ímpetu.

- El Consejo necesita de tus servicios -. Expuso con soberbia. Quería dejar claro que no era de su agrado rogarle nada. - Obedecemos su órdenes.
- ¿Crees que me importa lo que diga el Consejo? -. Vebo se secó las manos en un trapo después de amontonar los pedazos de carne que le sobraban. La tensa situación se había distendido algo y sus manos se habían alejado de los cuchillos.
- Debería.
- ¿Por qué?-. Pasó por debajo del hueco libre del mostrador y se plantó ante ellos.

El aprendiz atendía al diálogo sorprendido por la tozudez del carnicero, un hombre corpulento, más alto que ellos, con la barba recortada repleta de canas, ojos de acero y vigilantes, cabello escaso y corto, con numerosas arrugas y la piel áspera, de manos grandes y ánimo irascible. El delantal que llevaba estaba repleto de manchas de sangre y la camisa arremangada permitía ver sus formidables antebrazos. Inconscientemente, retrocedió cuando Vebo se les acercó. Un hombre tan atrevido como aquel podía ser del todo imprevisible.

- El Consejo es la autoridad. Le debes obediencia -. Respondió Cedric con convicción, algo envarado.
- Será una autoridad para ti. Para mi son un completo atajo de inútiles -. Dijo Vebo con desprecio.

Cedric resistió la ira que ascendía por sus venas y se mostró hierático. Por otro lado, Meriadec estaba escandalizado y así se traslucía en su rostro anonadado. ¿Quién era aquel hombre que se atrevía a hablar así de los grandes magos?

- ¿Cómo te atreves? -. Exclamó Cedric. - ¿Cómo te atreves a insultar a los más altos y poderosos magos de Adentor?
- Digo lo que siento. Los magos del Consejo son un atajo de ridículos feriantes. Sus tan proclamados poderes son una chiste al lado de las fuerzas de antaño. Bien que lo sabes...os

habéis entregado a señores que son indignos y miserables.

Vebo añadía más leña al fuego con aparente tranquilidad.

¿Por qué se siente tan seguro? Pensó Meriadec. ¿Por qué se lo consiente Cedric?

- Cualquiera que hubiera dicho esto en otro momento, ya habría muerto -. Dijo Cedric con voz siniestra.
- Cualquiera que no fuera yo. Aún recuerdo lo que hiciste -. Vebo amontonó las cajas en que le habían traído las gallinas por la mañana, como si su trabajo fuera más importante que la conversación. Les dio la espalda a ambos.

Todo el mundo sabe que no se le debe dar la espalda a un mago enojado, pensó Meriadec. ¡Qué confiado! Si el aprendiz esperaba un ataque a traición del maestro, nada de eso pasó.

- No tengo ganas de discutir contigo, Vebo, amigo mío -. Dijo Cedric con suavidad dejando a Meriadec perplejo.- Pero un consejo te doy, cuida de tu lengua allá donde vayas o alguien te la cortará.

El carnicero sonrió:

- Gracias por la advertencia, pero aún no ha nacido el hombre que me la ha de cortar...- replicó y se encaró con el mago.

El mago suspiró.

- Y bien. No nos enredemos más en nuestros viejos asuntos. ¿Vendrás con nosotros, sí o no?

Vebo le miró fijamente mientras se desanudaba el delantal manchado de sangre que llevaba. Se lo quitó por la cabeza y respondió:

- Os acompañaré. Sé que necesitáis mi espada.

Cedric relajó su rostro crispado y casi esbozó una sonrisa de triunfo. Meriadec se quedó sorprendido. No esperaba el cambio de parecer tan repentino de aquel bruto infame.

- Pero has de saber que no lo hago por tu amado Consejo. Lo hago por el niño. Y espero que sea cierto lo que me dices, porque de no ser así...- se acercó al mago, hasta hablarle a dos dedos de su rostro - ...no regresarás vivo -. Le amenazó.

Cedric retrocedió y sus ojos apareció el miedo como Meriadec no lo había visto nunca.

Vebo cerró la carnicería y se guardó la llave en un bolsillo de su chaleco. Sintió pesar cuando se miró en el cristal sucio de la puerta de su negocio. Pero había prometido a aquellos magos que iría con ellos. Se arrepentía de haberlo hecho, pero no podía volverse atrás. Era hombre de palabra, aunque en aquellos tiempos no significase nada. Desconfiaba de Cedric pues ya le había engañado antes, pero sabía que había dicho la verdad al suplicar su ayuda. Había un niño importante en peligro y él no podía dejarlo morir sin intentar salvarlo. Sabía que el devenir de la historia dependía

de pequeños acontecimientos como el que se le ofrecía y no iba a dejarlo pasar. Sirtán así se lo había indicado, y también le había anunciado que los magos se acercaban, que habían derramado probabilidades y algunas habían tenido éxito. El azar les había favorecido. Así que, aunque sabía que en un futuro próximo le descubrirían, había esperado que tardasen más pues quería seguir allí, con su vida cotidiana e intrascendente. Había pasado mucho tiempo y no había olvidado. Sin embargo, las causas y el dolor se habían marchitado. Despreciaba a los magos vendidos a Icelia, a Valian, al abominable Consejo de Adentor, a la corrupción que dominaba sus vidas. Como más lejos estuviera de ellos, mejor que mejor. Solo apreciaba a Sirtán. Él era el único que conocía su paradero, hasta aquel mismo día. Al final lo habían conseguido, pero habían tardado lo suyo. Sirtán era un mago magnífico, sino el más grande de todos los tiempos, y sus hechizos de ocultación habían triunfado y le habían preservado durante muchas nieves.

Aún no había amanecido y lloviznaba en Tendérim. Se puso la capa impermeable. Los magos le esperaban y levantaban antorchas de fuego blanco para iluminarse mientras refunfuñaban por la lentitud del carnicero.

- Imbradel no está lejos. No os impacientéis-. Les miró mientras se ajustaba el cinturón con la espada que hacía años que no llevaba. Se sentía un poco incómodo con ella. Había tenido que hacer varios agujeros más en el cuero.
- El errante podría atacar al niño en cualquier momento -. Intervino Cedric irritado. La lluvia le molestaba. Se había ajustado la capucha oscura y su rostro traslucía incomodidad.
- Si el errante ha atacado y matado al niño, nada podremos hacer por él y nuestra misión habrá fracasado. Si por otro lado, aún no lo ha hecho, nos lo llevaremos de su hogar para tristeza de su familia. ¿No es así? -. Expuso Vebo con frialdad.
- No debería ser un acto triste. Debería ser motivo de alegría para él poder viajar a Eldén para aprender de los grandes maestros -. Intervino Meriadec. El joven sonrió con reparos.
- Esa es una forma de ver las cosas. ¡Ah, vamos, no nos entretengamos más! Pronto amanecerá y la gente aquí es muy curiosa.

Vebo comenzó a caminar sorprendiendo a los magos.

Cedric siguió al carnicero y Meriadec a éste. El aprendiz llevaba una pesada mochila a la espalda con los utensilios y atributos necesarios para el viaje. Vebo se había cargado un zurrón con una tela de dormir y nada más. Para alimentarse, cazaría o recolectaría frutas o setas del bosque. Y cuando viese una taberna, seguro que desplumaría a cualquier bravucón con cualquier juego que se le propusiese.

Tenía un niño que salvar.

La presencia del errante era un hecho repulsivo. Desde que habían entrado en Imbradel y mientras recorrían sus húmedas callejuelas habían sentido su aura acechando en las proximidades como la sombra de una nube ponzoñosa. Se sentían incómodos y desconfiaban de cualquier ruido, de los gestos de los viandantes, de la incertidumbre de la próxima esquina.

- No me has mentado, podrás vivir un poco más -. Le dijo Vebo a Cedric en tono jocoso. -¿Lo que no entiendo es porqué no le ha atacado antes? -. Se preguntó a continuación, viendo que el mago no atendía a su broma. Él iba delante. Era curioso como los magos se ponían detrás de él siempre que olían peligro cerca, pensó.
- Supongo que esperará el instante justo. Los errantes son unos seres muy extraños y desconocemos sus propósitos -. Respondió Cedric malhumorado por la humedad que hacía las piedras de la calzada resbaladizas.
- Ciertamente es lo que decís, maestro -. Corroboró sus palabras, el joven Meriadec. - En Ur nos han enseñado que la imprevisibilidad de los errantes es lo que les hace tan peligrosos. Acechan a sus víctimas por periodos extensos y cuando más fácil les resultaría matar a su presa dilatan el ataque inopinadamente. En ocasiones tardan años en culminar sus acciones. Y cuando sienten la presencia de un mago cerca tienden a reaccionar con cobardía -. Añadió el aprendiz que por lo que parecía había atendido diligentemente las lecciones de los maestros de Ur.

Cedric asintió algo molesto por la pedantería del jovenzuelo.

Vebo giró en una esquina. La calle embarrada y rebosante de charcos invitaba a evitarla.

- Es ahí. En esa zapatería -. Las instrucciones que había recibido Cedric les habían conducido hasta allí.

Había una tabla con una bota dibujada colgando de una barra de hierro oxidada. La fachada de la casa era común y corriente, con sus ventanas anchas y la pared de piedra lisa. Las nubes que restaban presencia al sol le daban un aspecto lúgubre y descuidado.

Una sombra se detuvo en un charco. Vebo desenvainó la espada con rapidez y la sombra se escurrió del agua turbia con urgencia.

- Ha estado ahí -. El carnicero señaló hacia el tejado de la casa en la que, con toda seguridad, había acechado el errante unos instantes antes.
- No he visto nada -. Dijo Cedric. - ¡Esta ciudad es una mierda! -. Se quejó pues tenían que caminar por aquel barrizal hediendo.
- Prueba a buscarlo con otros sentidos más precisos que tu vista -. Le conminó Vebo.
- Meriadec, hazlo tú. No me apetece utilizar mis artes para esta pobre tarea.
- Cretino...- murmuró Vebo.

El aprendiz se concentró unos instantes.

- Sí, el errante estuvo aquí, pero ya se ha ido.
- Es lo que he dicho -. Comentó Vebo y añadió: - Vamos a hablar con la familia. Será una desagradable sorpresa para ellos. - Y comenzó a andar por el barro como si no le importara mancharse las botas.

Abrieron la puerta de la zapatería y sonó una campanilla. Un hombre sentado en un silla baja golpeaba con un martillo la suela de una bota. Olía a cuero viejo y rancio, a oleos. Una carcomida estantería bullía de botas polvorientas y abandonadas. Había poca luz pues las velas que iluminaban la estancia casi se habían agotado.

- ¿En que puedo ayudarles, señores? -. El zapatero alzó la vista sin levantarse de la silla.
- Somos magos de Ur y nos urge hablar contigo y tu familia -. Anunció Cedric indignado porque el hombre no se hubiera puesto en pie.

Al escuchar las palabras del mago, el pobre hombre se levantó con rapidez, la bota le cayó al suelo y no atinó a dejar el martillo sobre un estante hasta el tercer intento. Con la voz quebrada por el miedo dijo:

- Voy...voy a buscar a mi esposa y a mi hijo....señores...

Desapareció por el hueco de una puerta cubierta con una rancia cortina. Se escucharon murmullos y ligeras exclamaciones de miedo en la casa.

Cedric se impacientaba. De algún bolsillo oculto en su capa extrajo una tablilla.

El zapatero regresó con una mujer delgada y temblorosa junto con un niño.

Cedric les mostró a los padres del niño la pequeña tabla con las indicaciones. Vebo dudó de que comprendieran sus símbolos.

- Estas son órdenes del gran maestro Valian de Eldén, confirmadas por el consejero principal de la Condesa Fabriella, voz magnífica de la Emperatriz Icelia...- se detuvo para introducir un tono digno a su voz -...y en ellas se dice que vuestro hijo debe venir con nosotros.

Ante semejante edicto y aunque no comprendieran nada, el hombre se sintió honrado y orgulloso de que su hijo fuera reclamado por tan importantes personajes, aunque la mujer dudaba. Los súbditos de la emperatriz le debían obediencia absoluta, aunque someterse a sus deseos implicase un cambio radical en sus vidas, aunque significase perderlas también.

- No hace falta que digáis nada más, señor-. Dijo el padre. Tenía la manos gastadas de tanto trabajar el cuero en la zapatería de la que vivían. Se le notaba nervioso y temeroso. - Nos sentimos muy honrados por vuestra exigencia. Se hará como decís...- dijo con aquiescencia.

Para las gentes humildes de Adentor, cumplir las exigencias de la Emperatriz y sus magos era imperativo y se consideraba una gracia y un gran honor obedecer directamente sus órdenes. Sin embargo, la madre no se dejó intimidar por los títulos y por los poderosos señores de los que hablaban aquellos magos. Era su hijo y debía cederlo, quizás para siempre. Quizás no lo viera

nunca más. ¿Qué madre abandonaría a su hijo sin lucha?

- ¡Pues yo digo, no! -. Advirtió la señora retándoles.

El zapatero dio un respingo y abrió los ojos desmesuradamente horrorizado.

Cedric, poco acostumbrado a que se le contradijera, se dejó vencer por la ira.

Aquello no iba bien. Vebo, que se encontraba al lado del mago, había estado observando al niño. ¿Qué querían de él? Se preguntaba. Su rostro era vulgar y no se le apreciaba ninguna virtud a simple vista. Tenía la tez morena, el cabello oscuro y los ojos grandes y resueltos. Su altura era la normal para un niño de diez nieves. Era robusto y parecía despierto. Había estado mirando al gato que merodeaba por el taller con una extraña intensidad. Ese había sido el único detalle peculiar.

- ¡Las órdenes de la emperatriz no se pueden desobedecer! ¡Es un delirio que pagaréis con vuestra vida! -. Bramó Cedric. Las velas adquirieron una intensidad desproporcionada para lo poca cera que les quedaba.

Vebo, que se temía una escena violenta, cogió al mago del brazo.

- Un momento, Cedric. Deja que yo les hable.
- Diga lo que quiera señor, pero no me va a convencer-. Replicó la madre.

El carnicero sonrió a la mujer. Le gustaba su firmeza, su determinación.

- Lo comprendo, señora. Su actitud es muy loable. Pero antes de negarse, permita que le hable y después tome la decisión que considere oportuna. - La mujer le miró y se mostró dispuesta a escucharle, aunque fuera brevemente. Vebo continuó: - He venido con estos magos para que su hijo nos acompañe pues corre un gran peligro y estamos aquí para protegerle.

La señora, al escuchar estas palabras, se asustó, y en un acto reflejo se aproximó al niño para cobijarle en su regazo. El muchacho, creyéndose ya mayor, se zafó de ella con un gruñido. El gato bufó.

- ¿Quién nos amenaza? Somos gente humilde -. Preguntó el padre con inquietud.
- Señor, aunque le parezca absurdo, hay un errante acechando su casa-. Era mejor decirles la verdad.
- ¡¿Un errante?! -. Exclamaron los padres al unísono.
- Sí, señora. Un errante. Aunque no lo hemos visto con precisión, su aura y su presencia le delata. Los magos han conseguido ahuyentarlo antes de que entráramos en su casa, pero tenga la certeza de que les vigila. No sabemos porqué quiere a su hijo, pero es a él a quién quiere.

El padre, aquejado por una súbita debilidad, se sentó en la silla baja que utilizaba para trabajar. Los demás permanecieron en pie, pues la pareja, poco acostumbrada a ejercer de anfitriones, no les había ofrecido asiento. Aunque, claro está, en aquel taller no abundaban las sillas.

- ¿Pero por qué un errante acecha a mi hijo? -. Preguntó la madre horrorizada. Un errante era

un peligro inmenso, una pesadilla, una condena.

- Es algo que desconocemos, señora -. Intervino Meriadec con voz suave y tranquilizadora.
- Por eso debe venir con nosotros a Eldén. No queremos que le hagan daño o se vaya con ellos -. Las duras palabras de Cedric irritaron a Vebo.
- ¡Cállate, Cédric! Con tus palabras lo único que haces es asustar al niño. Joven, ¿cómo te llamas? -. Vebo se dirigió al niño inesperadamente.
- Uter, señor. -. Respondió éste con voz muy queda.
- Pues bien, Uter. ¿tú que piensas? -. Le preguntó para sorpresa de los adultos.

El niño, que había permanecido atento a cuanto se decía, miró a Vebo con timidez, pero cuando habló, lo hizo con gran resolución:

- Señor, yo no quiero ningún mal para mis padres. Si he de irme con vosotros para que se vaya el peligro, pues iré -. Dijo con firmeza e inocencia.
- ¡Oh, hijo mío!-. La madre le abrazó mientras lloraba.

Al escucharle, Vebo pensó que aquel niño tenía valor y sentido común.

El gato se acercó a las piernas del muchacho y comenzó a ronronear.

- Bien, ya está todo dicho. Sus palabras lo aclaran todo. Vayámonos. Volveremos en unas horas para que nos sigas, niño -. Dijo Cedric con autoridad y sin pizca de delicadeza.

Vebo negó. ¡Qué imbécil! Trataba al niño como a un simple esclavo.

- Señora...- le dijo Vebo con dulzura pues comprendía el gran sacrificio que se le exigía -...ahora nos iremos para que pueda arreglar la marcha de su hijo y se despida de él. No tardaremos mucho en partir -. Sintió congoja en el corazón cuando observó el rostro desolado y triste de la pobre mujer.

Meriadec y Cedric salían ya de la zapatería. Vebo iba a seguirles cuando el padre se levantó y le preguntó:

- Pero, ¿y el errante del que han hablado?
- El errante teme a los magos y debe haber huido cuando nos ha visto llegar -. Respondió Vebo para tranquilizarle, aunque sin mucho convencimiento. A pesar de ello, el padre se quedó contento y no replicó más. Aquellas personas humildes y fieles creían con inocencia y fervor en la magnanimidad de la Emperatriz y en la sinceridad de sus mensajeros.

Vebo salió en pos de los magos. No había presencia del errante y tenía sed. Una taberna vulgar y un buen vino mitigarían las ganas de golpear a ese imbécil de Cedric, se dijo.

La taberna era un lugar oscuro y fétido. Vebo estaba en la gloria en aquel tugurio. Y Meriadec tampoco parecía encontrarse a disgusto en aquel ambiente deprimente y desagradable a pesar de su

juventud. Sin embargo, era Cedric el que se quejaba y su rostro se crispaba cada vez que alguno de los parroquianos eructaba sonoramente o gritaba o reía con demasiada estridencia. El olor a vino malo, a salsas demasiado especiadas, a sudor rancio y a cuerpos que no se lavaban habitualmente inundaba la sala.

Cedric echó una ojeada rápida a Meriadec que permanecía atento a las palabras del carnicero. No le convenía que Vebo contase demasiado de su vida anterior. Tenía una reputación que mantener y su pasado le disgustaba.

- Nuestros recuerdos pueden diferir, es cierto. Pero nuestra amistad sí fue verdadera-. Dijo Cedric incómodo, sosteniendo un vaso de arcilla vacío.
- En eso no te equivocas. Llegué a considerarte mi amigo durante un tiempo. Pero me traicionaste y dejé pensar en ello -. Dijo Vebo y bebió un largo trago.
- Y por eso, como amigo tuyo que fui, te pido que me escuches -. Cedric recordaba lo que había hecho y, aunque sus actos habían sido consecuencia de una malvada manipulación, fue su mano la que casi mata al carnicero. El mago sabía que Vebo no lo había olvidado.

El carnicero murmuró, observó de reojo a una pareja de hombretones que se empujaban y palpó la espada. Había desatado el cordel que la sujetaba en la vaina por si acaso. Meriadec le miraba con detenimiento, como si le estudiase. La luz inquieta de las velas gastadas iluminaba su rostro lleno.

- Habla pues.

Cedric se incorporó un momento como para elegir las palabras adecuadas y luego acercó su rostro a la mesa para que los otros dos hicieran lo mismo y así no tuviera que hablar alto. Poco hubiera importado el tono de su voz pues el ruido de las conversaciones, las risas y las flatulencias ocultaba cualquier sonido que emitiera. Aquello indicaba mucho de la desconfianza que sentía el mago en aquel lugar.

- Hemos convencido a los padres para que el niño nos acompañe, pero siento en él algo más...- les confesó.
- Yo no he notado nada -. Declaró Meriadec con inocencia.
- Aún eres un aprendiz y te queda mucho que estudiar. La percepción que poseo se consigue gracias a la instrucción y a la experiencia..- replicó su mentor vanidoso y altanero. - Algo más, digo -. Continuó Cedric. - Aunque desconozco qué puede ser. Intuyo, amigos míos, que por eso le acecha el errante del que debemos protegerlo y confieso que creí que sería una misión fácil cuando se me asignó. Sin embargo, ahora que lo hemos encontrado, comprendo su dificultad...- les reveló.
- ¿Con esto me estas pidiendo que os acompañe a Eldén? -. Preguntó Vebo, mucho más suspicaz de lo que Cedric esperaba.

El mago clavó los ojos en él y se echó hacia atrás. Meriadec no pudo reprimir una risita. Vebo

apoyó los codos en la vieja mesa con cara de pocos amigos.

- ¡Oh, Vebo, Vebo! No has perdido ni un ápice de tu intuición. Es como si me leyese el pensamiento.
- Rara condición que no tengo -. Replicó el carnicero.
- A veces me haces dudar de ello –. Cedric cogió el vaso, como para ir a beber, pero se dio cuenta de que estaba vacío y de que Meriadec y Vebo sabían que era una táctica dilatoria. Sonrió con desgrado y añadió: - Bueno. De acuerdo -. Parecía dispuesto a confesar.- Valian quiere que vengas con nosotros a Eldén. Te quiere allí.

Vebo gruñó y negó con vehemencia:

- No iré. Ya sabes porqué. He aceptado ayudaros para proteger al niño del errante, pero cuando nos aproximemos a Eldén, regresaré a mi carnicería. Dudo que ataque a los Guardianes sin rostro-. Argumentó, sin añadir más. Ese maldito mago no cejaría en su empeño, pensó.

El joven mago se sorprendió de la negativa tajante del carnicero pero se guardó de intervenir para mostrar su desacuerdo.

- Sabía que te negarías...- añadió Cedric.
- Y por eso elaboró la estrategia del niño ¿no? -. Vebo calaba perfectamente el asunto. Otra trampa, otra falsa misión. Estaba asqueado.
- ¿El niño? ¡No! -. Exclamó el mago. - El niño es importante, Vebo. ¡Claro que lo es! Pero tú lo eres más. Valian te necesita en Eldén. Nos ha costado mucho encontrarte, y ahora que lo hemos hecho no nos gustaría que desaparecieses de nuevo, amigo mío. Se avecinan tiempos importantes en los que te necesitaremos.
- Pues buscaos a otro -. Dijo Vebo con fastidio. - No voy a ir a Eldén. Y, escúchame bien, porque no te lo repetiré más, voy a acompañaros hasta los límites de las Montañas del Dragón o hasta que encontremos un guardián para que el niño no sufra daño a manos de ese errante que le acecha, pero nada más. No me pidas nada más. Y te advierto, que si me engañas esta vez, no sobrevivirás, te lo aseguro -. Dejó la amenaza en el aire con firmeza y templanza.

Meriadec no pudo evitar un estremecimiento, aunque Cedric no hizo caso alguno a simple vista.

- ¡Eres un tozudo! ¡Maldita sea! -. Bramó el mago y algunos hombres se giraron molestos.
- Atiende bien, Cedric -. Vebo se puso serio de repente. – Valian quiere algo de mí, algo que no voy a darle nunca. Su codicia ha chocado contra un muro. Y ese muro soy yo. He acudido a esta llamada porque no me permitiría vivir dejando morir a ese niño sin mi ayuda. Voy a ayudarle a él. Nada más. Os podéis valer de mil trucos tú y él - miró a Meriadec que se sintió herido pues desconocía de qué se le acusaba – pero no tendrán ninguna efectividad.

No revelaré nada. Así que ya lo sabes -. Se levantó bruscamente.- Voy a buscar al niño. Saldremos al bosque. Creo que sé cual es su condición.

Sin mediar comentario alguno más, les dio la espalda y se precipitó hacia la salida de la cargada taberna.

Cedric le vio alejarse.

- ¡Maldito zoquete!
- ¿Maestro? ¿No creéis que no hemos sido honestos con él? -. Preguntó Meriadec con inocencia.

El mago le miró iracundo.

- No se trata de ser honestos aprendiz...¡Cuánto te tengo que enseñar! -. Clamó hastiado.- Él es el importante, no el niño. A Valian le da igual si Uter llega a Eldén o muere por el camino. Su verdadero objetivo es Vebo. Lo quiere en la montaña. Vebo, aunque no te lo creas, y lo veas así, gordo y oxidado, es mucho más de lo que parece. Guarda un secreto, Meriadec. Un gran secreto, y necesitamos saberlo.
- ¡Pero él no quiere revelarlo!
- ¡No seas estúpido, aprendiz! -. Cedric se levantó y miró a Meriadec con desprecio. - ¡Eso ya lo sabemos! Que quiera revelarlo o no, nos tiene sin cuidado. Lo que queremos es saberlo. Pero no podemos utilizar instrumentos más precisos sin que lo malogremos -. Añadió mientras salía.

El tabernero les observaba desde el mostrador y vigilaba que no se fueran sin pagar el vino que habían tomado.

Cedric ni le miró. Meriadec cargó la pesada mochila y le siguió sin hacer caso al dueño del local pues rumiaba las palabras de su maestro.

- ¡Eh, vosotros, no habéis pagado el vino! -. Les gritó éste y puso un gran cuchillo sobre la mugrienta barra para disuadirles. Varios hombres se tocaron las empuñaduras de la espada dispuestos a cobrar con sus vidas el miserable precio de una jarra de vino.

El mago se detuvo y le dirigió al hombre una mirada de odio y desprecio.

El tabernero sintió que se ahogaba y se puso las manos en el cuello mientras gemía. Los hombres de la barra retrocedieron mientras Cedric avanzaba hacia ellos.

- ¡El precio del vino es tu vida! -. Le espetó mientras se apoyaba en la barra. - ¿Hemos pagado ya suficiente? -. Preguntó con ira contenida.

El hombre cabeceó como pudo.

Cedric se revolvió y el dueño volvió a respirar. Luego, arrastrando su capa limpia, salió de la taberna seguido de Meriadec que repudiaba en silencio el comportamiento de su maestro.

Vebo llegó a la zapatería y, tras tranquilizar a los padres pues creían que ya iban a llevarse a Uter, le pidió al niño que le acompañase.

- ¿Adónde me llevas?-. Preguntó el niño.
- Vamos al bosque que rodea Imbradel. Creo que tienes algo que enseñarme.

Uter le miró sorprendido.

- ¿Cómo lo has sabido?-. Le preguntó con inocencia.
- El gato...
- ¿El gato?
- Sí Uter. El gato y tu olor. Se me hacía difícil distinguirlo por el cuero y los aceites de la zapatería, pero al final, lo he comprendido.

Los magos les habían alcanzado. El niño les miró de soslayo.

- ¿Ellos lo saben?
- No. No tienen tan buen olfato como yo, pero debemos mostrárselo -. Respondió Vebo con una sonrisa. - Seguro que se encogen de miedo -. Añadió y le guiñó el ojo complacido.

Uter sonrió divertido por la broma del hombre.

Salieron de Imbradel y se encaminaron hacia el bosque. Cedric refunfuñaba.

- Allí están. Los presiento -. Dijo Uter.

Los animales abandonaron la seguridad de los árboles y se dirigieron hacia ellos.

Cedric y Meriadec se estremecieron y observaron con desconfianza a los animales salvajes que se aproximaban. Eran lobos de poderosas mandíbulas, grandes y ágiles. Tenían el pelaje gris de los de su especie y los ojos azules y atentos.

El niño les llamaba con gestos sencillos y muecas de bienvenida. Vebo también se sentía inquieto a su lado y tenía la mano cerca de la empuñadura de la espada.

- ¿Cuando lo supiste, Uter? -. Le preguntó sin dejar de mirar a los lobos que se dirigían hacia ellos mansamente. Estaba tranquilo y miraba a los animales con una sonrisa confiada.
- Un día, no hace mucho, un perro escapó de su amo que le pegaba. Aquel hombre lo quería recuperar y yo sentí que podía encontrarlo. No sé cómo, pero lo sabía. Le ayudé a hacerlo y el pobre animal vino hacia mi tranquilo y confiado. Me obedecía. Pero entonces, el hombre cogió un garrote, y, sin que me hiciera caso, lo golpeó hasta matarlo. Aún recuerdo sus ojos al morir. Me puse a correr y, sin darme cuenta acabé en el bosque que rodea Imbradel. Caí y me puse a llorar pues me había perdido y tenía miedo. Había hecho algo muy malo y el pobre perro había muerto por mi culpa. Cuando levanté la cabeza, los lobos me rodeaban. Tuve mucho miedo pero pronto comprendí que no me harían nada. Al contrario, compartieron mi tristeza. Después me guiaron y me acompañaron de regreso a la ciudad

cuando ya había caído la noche. Desde entonces, salgo a verles y les acompaño sin que mis padres lo sepan.

Los animales les habían rodeado y no parecían tener intenciones hostiles. Al contrario, semejaban perros dóciles que esperasen la voz de su amo. Los magos les miraban con aprensión y se mantenían espalda contra espalda cautos y desconfiados.

El niño se acercó al que parecía el líder de la manada y dejó que le lamiese la mano.

- Bien. ¿Era esto lo que esperabais del niño?-. Preguntó Vebo a los magos.
- No sabíamos qué esperar de él. Esto es en verdad inverosímil -. Respondió Cedric incómodo.

La experiencia duró unos minutos que se les hicieron muy largos para los tres. Desconocían cual era la capacidad de dominio del muchacho y recelaban de aquellos grandes animales que jugaban y ronroneaban tranquilamente sosegados cual tiernos cachorrillos.

Cuando se cansaron de retozar, los lobos se marcharon sin prisas y los tres sintieron gran alivio. Uter les despidió con la mano mientras sonreía satisfecho. Les había mostrado a los magos que era un muchacho especial.

- Bien. Volvamos a Imbradel -. Dijo Vebo ya más relajado.

El cielo estaba cargado y soplabla una brisa húmeda y fresca. Tal vez llovería por la noche.

No estaban lejos pues el bosque era un paraje natural que casi acababa en las mismas murallas que rodeaban la ciudad. Al alcanzar las puertas, Uter les dijo:

- Me gustaría partir mañana por la mañana. Dejarme al menos esta noche con mis padres.
- No veo inconveniente por mi parte -. Respondió Cedric.- La única condición será la de que podamos permanecer cerca de ti para protegerte del errante. Lo ahuyentamos con nuestra mera presencia.
- ¡Oh, sí! ¡No hay problema! ¡Mi padre tiene unas habitaciones libres en la zapatería donde os podréis quedar! -. Exclamó exultante.

A Vebo le apetecía un poco de vino pero no quería emborracharse en la taberna. Llevaría unas jarras a la zapatería mientras vigilaba.

- Voy a irme un momento, amigos.
- ¿Vas a por vino?-. Le interpeló Cédric con suficiencia.
- ¿Qué otra cosa sino?-. Le respondió Vebo mientras se marchaba sin ofenderse.

De camino a la taberna, comenzó a llover.

El tabernero, que le reconoció al entrar, le sirvió presuroso una gran jarra de vino, no fuera a enfadar al mago que le acompañaba, y el carnicero le pagó con dos pequeñas piedras rojas que le quedaban. Había propuesto que se la jugaran pero el propietario no cayó en la trampa pues exigió el importe. Los esbirros que le protegían se acercaron a Vebo cuando presintieron problemas, pero este

desistió de iniciar una tonta pelea.

La lluvia arreciaba al salir y Vebo maldijo y protegió con la capa la frasca de vino que había conseguido en la sucia taberna. No era muy bueno, pero no había otro tugurio donde adquirirla en las proximidades de la zapatería.

De pronto lo presintió. Como una huella húmeda en su conciencia, la presencia de Valian era una la impronta presente que se llenaba de palabras insaciables.

Todo se había oscurecido a su alrededor y las cosas reales y materiales quedaban lejanas como borrones difusos. La frasca se le escapó de las manos y no supo si había caído al suelo o permanecía suspendida en el aire atrapada en un instante. La realidad en la que se anclaba era una paradoja inmediata.

Vebo sentía la presencia de Valian, su voz, su acervo natural, su identidad, a su alrededor, como una telaraña invisible y viscosa.

- Estas inquietándome -. La voz de la impresencia parecía distante, y a la vez evidente y maliciosa.
- Me disgustas, Valian -. Vebo se expresó como hacía mucho tiempo que no lo hacía, con rencor, con firmeza, como contrapeso a su sombra de plomo. Era su forma de defenderse.
- Tu voluntad es fuerte.
- Y tu virtud ha crecido...- replicó Vebo y sintió que su corazón se alteraba.
- Esto es lo que no quieres que se sepa, tu habilidad...¡oh!...- la cadencia en la voz de Valian se empapó de inesperada satisfacción pues había hecho un descubrimiento.

Vebo se sintió violado, ultrajado en el fondo de su alma.

- ¡Debes apartarte de mi! -. Le amenazó.
- Cuanto tiempo lo ocultaste-. La voz continuó deleitándose en su hallazgo.
- No comprendes nada, Valian. ¡Debes irte ahora mismo! ¡Olvídate de mi y de cuanto he sido!-. Bramó. Sentía que su espíritu ardía de furia.
- De pronto, sé que tienes razón Vebo. He de irme -. Sus palabras eran pura inquina, un lento desangrarse sin herida alguna. - Sin embargo...- dudó -...tengo que decirte que Cedric ha caído hace un instante...- añadió con sarcasmo.
- ¿El errante?
- ¿Qué otro sino?
- ¡No me busques más, maldito! -. De pronto, le urgía salir de aquel escenario forzado. Vebo trató de aferrarse a su condición y lo apartó con violencia.

La enorme losa que representaba la impresencia de Valian se mitigó y alivió el espíritu del hombre. Un terrible dolor de cabeza latía en sus sienas.

- ¡Maldito seas! Has hurgado donde no debieras. Los años me han debilitado -. Rabió

mientras sentía como regresaba la realidad hasta él.

Estaba en la calle. Llovía. Comenzaban a empapársele las ropas y estaba oscuro. El vino mojaba sus botas pues la frasca se había roto al caer. Algunas antorchas colgadas de ganchos oscilaban en las fachadas y la lluvia amenazaba con apagarlas en breve. De pronto recuperó de la memoria las palabras de Valian: “Cedric ha caído”. El errante atacaba en su ausencia. La presencia de los magos no había servido como arma de disuasión. Debía correr si quería auxiliar al muchacho y a su familia.

El atardecer y la lluvia adormecían las cosas. De repente, la personalidad de Valian regresó como si se hubiera liberado de una gran carga pues llegaba con ímpetu, con fuerza, con violencia. Las cosas se difuminaron de nuevo a su alrededor y la voz creció cual nube de vapor corrosivo.

Vebo no se amilanó:

- Respondí a vuestra exigencia. ¡Quiero ayudaros con el niño! ¿Qué más quieres de mí? -. Dictaba sus palabras a la oscura ausencia que le rodeaba. Deseaba acabar con aquello enseguida pues temía por la familia del zapatero. Valian quería retrasar su marcha para que murieran, para que no pudiese hacer nada, para que se sintiera culpable y fracasara.
- ¿Por qué te ocultaste?
- ¿Que necesidad tienes de cuestionarme? -. Respondió con rabia.
- La muerte de Ilena. ¿Eso fue? -. Insistió Valian.
- Ella aún vive en mi corazón -. Vebo se aferró a su recuerdo.
- Pues entonces, la vida de Ilena.
- Su vida no es para ti -. Replicó Vebo cansado de palabras.
- ¿Y lo es para ti? -. Preguntó la voz.
- ¿Eldén se te ha quedado pequeño para ti, Valian? -. Quizás con una distracción pudiera librarse del aquel temible influjo.
- No es Eldén lo que necesito ahora.
- ¿Y qué quieres de mí?
- Lo que debes darme.
- Todo esto es muy críptico, Valian. No tengo nada que darte y no quiero nada de ti. Si acaso te ofreciera algo, sería odio tan solo. Por eso desaparecí, porque no quiero nada de vosotros. Bastante he hecho con llegar hasta aquí. Cumpliré con la misión de proteger al muchacho. No me pidas más.

Hubo un silencio. La presencia y la ausencia de Valian se sucedían como la lluvia y el sol en un día revuelto.

- ¿Tienes un secreto, Vebo?
- Y lo protegeré con mi vida, Valian-. Respondió decidido.

Otro silencio. Más largo, más cauto, más espeso.

- Deberías ofrecérmelo, no sea que el Tejedor de Muerte lo tome de tus despojos.
- Mis despojos no tendrán nada que ofrecerle.
- Pero, si vives, sí. Tendrás mucho que darle. Temo que te alcance antes de que me lo reveles.
- No temas por mi. Teme por ti-. Las palabras de Vebo llevaban una amenaza implícita.
- Eres muy atrevido al sugerirme eso.
- No soy atrevido, soy sincero. Las cosas que no debes conocer, no las reclames.
- Pido lo que necesito-. La voz fue tan fuerte que aturdió a Vebo.
- Pues lo que pides no te lo daré -. Afirmó.

Vebo percibió con claridad la impresencia de Valian que, en aquel instante, hurgaba en su conciencia, en su alma.

- Nada bueno viene de esto, Valian -. Le retó. Era como si alguien con un cuchillo hurgase en una herida.
- Es mi obligación conocer.
- Y la mía guardar.

Aquello no tenía buen aspecto, pensó Vebo, y por un instante se sintió débil. Tan débil como un recién nacido. La conversación tenía que acabar de inmediato o desfallecería. Aunque el tiempo transcurriese allí de otra manera, nadie le aseguraba que no fuera demasiado tarde ya.

- ¡Vete, Valian! ¡Tengo que salvar a un niño!-. Dijo con autoridad y volvió a empujarle con todas sus fuerzas a pesar del dolor que sentía.

Notó ligereza de improviso, alivio, y a la lluvia refrescando su rostro. La impresencia le había soltado o había conseguido rechazarla. ¡Que más daba! El desasosiego y la humillación aún permanecían en su cuerpo como moratones tras un golpe. Se sentía entumecido, pesado, lento. Debía correr si quería salvar al niño. No había tiempo que perder, aunque la cabeza le doliera horrores y todas las articulaciones de su cuerpo crujiesen como viejas bisagras.

La calle estaba a oscuras y resbaladiza por la lluvia. Las antorchas se habían apagado y las calles se distinguían gracias al resplandor de las luces que abandonaban las ventanas por los pequeños resquicios que les dejaban los maderos desajustados. Los aleros chorreaban. Unos perros ladraron a su paso. Llevaba la espada desenvainada. Había engordado y le costaba respirar. El tiempo de inactividad se le había acumulado en el vientre y en las piernas y también le había despoblado la cabeza.

- Ese mago maldito quería tenderme una trampa. ¿Por qué, si les dije que les ayudaría? No me lo merezco. No -. Se lamentó. La incursión de Valian había retrasado su regreso y quizás el errante había triunfado.

Torció la esquina. Habían prendido fuego a la casa aunque las llamas aún no ardían con demasiada

virulencia. La puerta estaba cerrada. Vebo le pegó una patada y la abrió hasta casi arrancarla de los goznes. Los zapatos viejos y las estanterías derrumbadas le dificultaban el paso. Habían arrancado la cortina y mojado las baldosas. El fuego crecía sobre el agua derramada sin tocarla. Entró en una habitación más ancha. Cedric y el zapatero estaban tirados en el suelo, inconscientes. La mujer, aterrada, abrazaba a Uter y lloraba. El joven mago tenía una espada en la mano y temblaba enfrentado a una figura oscura. Allí estaba el errante, acechando silencioso, rodeado de fuego, circundado por unas llamas, a todas luces mágicas, que ardían en el aire y que trataban de retenerle tras los barrotes de una prisión ígnea.

- El fuego es una trampa, Meriadec -. Le gritó al joven mientras se colocaba a su lado. - Cuando las llamas crezcan arderá toda la casa y moriremos abrasados. Debemos salir de aquí.
- Pero el errante nos matará si salimos de este círculo -. Titubeó el mago asustado. En el suelo había trazado un símbolo de protección con muchas deficiencias.
- O nos matará el fuego-. Replicó éste. - Cedric no puede controlarlo y por lo que veo, tú tampoco -. Vebo imaginó que había sido el mago inconsciente quién lo había desatado.

Las llamas se aferraban a la escalera y trepaban por las paredes como si se desperezasen.

- Debemos hacer frente al errante y apagar el fuego antes de que el incendio sea demasiado incontrolable-. Sugirió sin dejar de observar a la criatura encerrada ante ellos.
- ¡¿Pero cómo, cómo?! -. Gritó el mago muy asustado.
- ¡Con miedo, no! -. Respondió Vebo y de un ágil salto cruzó las llamas para atacar al enemigo.

El errante esperaba circunspecto. Levantó la espada y detuvo la violenta estocada del carnicero. Su movimiento fue lento, tranquilo, pero suficientemente exacto como para parar el arma que le atacaba.

- Muy elegante -. Se burló Vebo mientras retrocedía y las llamas casi lamían su espalda. Luego se adelantó y barrió el aire con rápidos espadazos. Esta vez, el enemigo no tuvo más remedio que recular o el arma le hubiera cercenado la cabeza. - ¡Ayúdame, Meriadec! ¡Teme a la espada! -. Gritó. Sudaba profusamente y aunque trataba de aparentar vigor y fortaleza, se sentía extremadamente fatigado.

Aunque el mago tuviera miedo, las palabras de Vebo le envalentonaron. Pasó las llamas con precaución y se colocó junto a Vebo.

- ¿Qué debo hacer? -. Preguntó sin dejar de mirar al errante que estudiaba sus movimientos y avanzaba y retrocedía sin criterio alguno.
- ¿Conoces “Acento”? -. Le preguntó Vebo en voz baja y Meriadec se le quedó mirando asombrado pues había hablado en Lengua Antigua.

- Sí.
- Pues cuando te diga, pronúnciala. Yo carezco de la energía que se necesita para que tenga algún efecto.

El errante, al que el fuego impedía la libre circulación, esperaba aparentemente descuidado. Estos seres eran así, imprevisibles, perseverantes, pacientes, mortíferos.

- ¡Enemigo! ¡Me he enfrentado a muchos como tú y a todos he sobrevivido! ¿Crees que tu malicia podrá esta vez conmigo? -. Le provocó Vebo.

No obtuvo respuesta alguna. Los sollozos de la mujer y el crepitar del fuego eran todo cuando se escuchaba en aquella habitación iluminada por las llamas mágicas.

El errante avanzó hacia ellos con parsimonia. Vebo le esperó. Adelantaron las espadas y, al chocar las, no se escuchó estrépito alguno. Los mandobles se sucedieron con una rapidez asombrosa. Arriba, abajo, derecha, izquierda, diagonales, florituras, como una danza ejecutada por gráciles bailarines. El mago miraba asombrado, incapaz de distinguir los movimientos que ejecutaban veloces. Cuando retrocedían para tomar aliento un instante, volvían al ataque con una agilidad mayor. El errante incrementó el ritmo de sus estocadas y Vebo detuvo la espada una y otra vez, como si adivinase el próximo mandoble antes de que se produjese. Aquello pareció llenar de incertidumbre al enemigo, que, por un instante, dio un paso atrás. Era el momento que Vebo esperaba.

- ¡Ahora Meriadec, mientras se llena de dudas!

El mago pronunció la voz.

El errante titubeó sorprendido y, como si le hubiera golpeado un ariete, recibió un fuerte impacto que lo arrojó por los aires hasta que quedar empotrado en la pared en llamas que crecía a su espalda. Vebo se adelantó y, sin esperar a que el enemigo se recuperara, le lanzó rápidas estocadas que alcanzaron las piernas.

Las heridas afectaron al enemigo mínimamente. Sin embargo, el ataque de Vebo le había pillado desprevenido. Se puso rápidamente en pie sin aparentes dificultades y gruñó.

Vebo sabía que Meriadec ya no tendría más energía para una nueva voz y decidió jugar sus bazas.

- ¡Caerás, monstruo! ¡El próximo “Acento” será tu fin!-. Bramó.

El errante, ante la duda que las palabras de Vebo sembraban en su misión, atrapado por el fuego mágico y los dos hombres, titubeó, se agitó y retrocedió levemente. Vebo sabía que debía dejarlo marchar aunque eso supusiese exponerse a otro ataque. No eran enemigos para él, cansados como estaban.

Un crujido en una columna de madera que sostenía el techo desvió sus miradas.

- ¡Saca a la mujer y al niño ahora! -. Le gritó a Meriadec.

El mago obedeció. En ese instante, el errante aprovechó para huir. Rompió una ventana y se perdió

entre la lluvia.

- Mejor -. Suspiró Vebo. Su estrategia había triunfado. De haber persistido, el errante les hubiera destrozado a ambos.

No había tiempo que perder pues el incendio cobraba virulencia. Recogió al zapatero, se lo cargó a la espalda y lo sacó de la casa. Las llamas crecían descontroladas pues el joven mago no tenía fuerzas para controlarlas. La gente acudía para ayudarles. Gritaban, traían lámparas, cubos para evitar que el fuego se propagase.

Vebo ya no podía mas. Dejó al zapatero en el suelo para que lo atendiese su mujer y el niño y sintió que desfallecía. Meriadec estaba sentado en el fango, empapado y demacrado.

- ¡Ve a por Cedric! ¡Yo no tengo fuerzas! -. Le suplicó.

El carnicero negó:

- Debería dejarlo ahí y que se quemara...
- No. No. Debes salvarlo. Es mi maestro -. Imploró desesperado.

Vebo comprendía la relación íntima que tenía todo aprendiz con su maestro. Aunque quisiera dejarlo allí, no podía. Regresó y recogió a Cedric. Mientras salía de entre las llamas y la casa que se derrumbaba, pensó que no se lo merecía.

Uter lloró cuando se despidió de sus padres. Estos, después de una agria discusión con Cedric, habían consentido su inmediata partida, aunque no por él, sino por los argumentos expuestos por Vebo. Habían sobrevivido de milagro al ataque del errante, aunque habían perdido la zapatería, y habían comprendido que el niño estaría mas seguro con los magos que con ellos. Desconocían el motivo por el que su pequeño era el objetivo de semejante criatura y, aunque desconfiaban de los magos, las palabras de Vebo les convencieron.

La pareja les habían acompañado hasta las afueras de Imbradel en una mañana fría y nublada. Las murallas bajas de la ciudad quedaban a sus espaldas y el bosque se extendía oscuro y oscilante ante ellos. Había más gente allí, ocupada en sus quehaceres cotidianos, que no les prestaba atención. Los soldados, a resguardo en sus garitas de madera, charlaban indolentes mientras los ciudadanos entraban y salían de la villa tranquilamente, sin control alguno.

- Adiós, hijo mío. Recuérdanos siempre-. Le dijo su madre entre sollozos.

Uter se abrazó a ella. Ambos lloraron.

- Madre. No podré olvidarte nunca -. Gimió.
- Hijo -. La voz quebrada de su padre hizo temblar al niño.

Éste le abrazó también.

- Aprende mucho. Ese lugar al que te llevan rebosa de sabiduría. Allí hay hombres que te

protegerán como yo no puedo hacerlo. Obedece y aprende. Y algún día regresarás -. La emoción teñía de dolor su voz.

- Sí padre, lo haré. Prometo que regresaré. Puedes estar seguro. Pero mientras tanto, cuida de mamá. ¿Adónde iréis? -. Preguntó afligido y preocupado pues sus padres se habían quedado sin morada.
- No te preocupes hijo mío. Tenemos amigos que nos socorrerán y volveremos a empezar -. Le aseguró su padre con una sonrisa de orgullo ante la preocupación del niño.
- Debemos irnos -. Era la voz intransigente de Cedric que esperaba un poco alejado de los demás.
- Déjalos un momento, Cedric -. Dijo Vebo irritado por la falta de tacto de éste.

El mago fue a negarse pero el carnicero le dirigió una mirada contrariada y desafiante para intimidarle.

La familia se abrazó unida.

- Vete hijo -. Dijo su padre. La emoción entristecía su rostro. La madre temblaba de dolor. Finalmente soltaron su mano.

Los magos se despidieron y comenzaron a andar. Vebo esperó al niño. Lentamente, Uter caminó junto a él con la cabeza baja. El sendero se adentraba entre arcos rojos y dorados tocados por nubes bajas. No quería mirar atrás. Quería ser fuerte. Quería ser valiente. Se marchaba para protegerles. Pero no pudo evitarlo. Cuando se volvió, sus padres ya no estaban frente a las murallas grises de la pequeña ciudad.

- ¡Ya no están! -. Sollozó acongojado.
- No Uter. Se han ido.
- Ya no están-. Repitió desconsolado.
- Así es. Ellos han hecho lo que han creído mejor para ti. Ahora comenzarás una nueva vida-. Vebo trató de infundirle ánimo con sus palabras.

El niño quiso esbozar una sonrisa pero no pudo. Observó el sendero que se adentraba en el bosque y escuchó a los lobos.

- ¡Han venido! -. Exclamó. Aquello era una pequeña alegría para él.
- Te esperan en el linde del bosque. Se han apartado cuando pasó Cedric pero han vuelto a aproximarse.
- ¿Sabías que estaban ahí?
- Sí Uter. Y Cedric y Meriadec también lo sabían.

Los lobos salieron de entre los árboles y se acercaron. Eran un grupo grande. Y el animal dominante, enorme y de pelambrera rojiza, se aproximó con orgullo.

- Ve con ellos, Uter. Creo que te reclaman.

El niño se sintió mejor. Los lobos eran buenos compañeros. Corrió hacia ellos pensando que, al menos, no iba a estar solo.

Meriadec esperaba a Vebo un poco más adelante. Cargaba la mochila y los bultos de viaje como aprendiz que era de Cedric, y lo hacía con satisfacción y entrega. Era joven, fuerte y dispuesto. Tras la lucha con el errante se sentía cómodo con el carnicero y su tranquilidad y experiencia le gustaban. En su rostro aún mostraba la sorpresa de la inexperiencia, la curiosidad del aprendizaje.

- ¿Los lobos vendrán con nosotros?
- Acaso tu sombra no va contigo. No puedes apartarte de ella, amigo mío. Los lobos dependen de él y él de ellos. Nos acompañaran hasta donde puedan. Ya te imaginas que en las ciudades no serian bien recibidos.

El joven mago cabeceó. Eran bueno tener a aquellos animales como aliados.

- Bien, vamos para allá. Cedric no espera a nadie.

El mago seguía avanzando y se había alejado.

Meriadec titubeó, pues tenía algo que contarle:

- Espera un momento, Vebo. Tengo que decirte algo -. En su rostro se dibujaba la incomodidad que sentía por lo que le iba a confesar.
- ¿Qué?
- Soy yo quien debe llevar al niño a Eldén. Cedric tiene prohibido su camino.

Vebo le miró con extrañeza. Algo debía de haber cambiado tras la experiencia con Valian y el ataque del errante para que Cedric hubiera perdido la confianza de su señor. No era asunto de su incumbencia y, bien mirado, era una pequeña victoria para él. Sonrió:

- Muy bien. Mejor. Eso no cambia nada. En cuanto alcancemos la protección de Eldén, regresaré a mi carnicería. ¿Así lo pactamos, verdad?
- Sí. Ese fue nuestro acuerdo.
- Pues vamos a cumplirlo cuanto antes -. ¿Qué habría hecho Cedric para que no pudiera acercarse a los dominios de su maestro?

La compañía de los lobos y el cariño de Vebo fueron determinantes para que Uter recobrar su sonrisa. El dolor que sentía al alejarse de su familia se fue mitigando con el paso de las horas aunque, de vez en cuando, se giraba para ver si sus padres le habían seguido.

La senda por la que caminaban estaba cubierta de hojas secas que la fina lluvia que caía hacía peligrosas. La presencia de los lobos apagaba los murmullos del bosque y una brisa húmeda se deslizaba entre las nubes bajas que tocaban las ramas. No había más viajeros que ellos en aquella ruta que discurría por el interior de un bosque denso.

Cuando se detuvieron para comer fueron a encender fuego al resguardo de unas rocas de gran tamaño. Había parado de llover y el sol trataba de escampar las nubes que quedaban con poco éxito. Vebo y Meriadec recogieron ramas y se acucillaron para encender la fogata. Cedric se había separado de ellos y se había sentado junto a un árbol pues, al parecer, su compañía le molestaba o deseaba estar solo para rumiar su fracaso. Uter jugaba con los lobos. Las capas impermeables extendidas sobre piedras se secaban con la suave brisa que soplaba.

– Está aquí, Meriadec-. Susurró Vebo al mago mientras prendían fuego a las ramas.

El joven mago colocó varias ramitas sobre la llama que Vebo había creado con sus piedras de fuego y pestañeó con disimulo.

- ¿Cedric no lo ha advertido?-. Murmuró mientras adelantaba las palmas de las manos para calentarse.
- No lo sé. No creo. Se ha distanciado demasiado y parece distraído -. Desde que habían abandonado Imbradel, el mago se había comportado de manera esquiva y se adelantaba mucho, como si explorase el camino, cosa que, Vebo estaba seguro, no hacía. Se le veía preocupado y eso le satisfacía. - Y Uter está rodeado de lobos. Habrá ocultado su presencia a los animales para que no le detecten.
- ¿Por qué no le ha atacado ya? -. El joven mago levantó la mirada hacia donde estaba el niño que jugaba con los animales confiado.
- Porque tal vez lo lobos murieran por él. Ya ha fallado una vez y quiere estar seguro. No quiere fracasar de nuevo. Debe esperar su oportunidad. Elegirá su momento, cuando menos lo esperemos o cuando crea que su destino ha llegado -. Respondió. Luego se agachó para soplar a la pequeña hoguera.
- Debemos hacer algo. Debo avisar a Cedric -. Meriadec estaba preocupado. Se sentía amenazado, aunque el desconocimiento que tenía del comportamiento de los errantes le hacía confiar en la experiencia de Vebo. Se apoyó para levantarse.
- No te levantes aún. Cedric sabe protegerse solo. Que el errante crea que no nos hemos dado cuenta. Que se confíe. Mientras, tracemos una estrategia-. Le ordenó Vebo.
- ¿Y qué sugieres?
- Cuando nos levantemos, acercate al muchacho, protégelo, yo tomaré la espada y le distraeré. Te daré tiempo para que Cedric se te una y juntos podáis hacerle frente con mayor probabilidad de éxito.

El joven mago tembló por un momento. Era un plan sencillo y directo. El éxito o el fracaso de su misión se resolverían en unos instantes. Vivirían o morirían en unos minutos. Tragó saliva amarga.

– No tengas miedo. La parte más difícil la asumo yo-. Vebo sonrió con fiereza.

Meriadec bajó la mirada avergonzado.

El carnicero sopló las llamas para que se avivaran y su mano se acercó a la espada que reposaba en el suelo. Todo parecía tranquilo y natural. El bosque, con la luz escasa del sol, tenía el color dorado de la miel. Las sombras se movían con la brisa y trinaban las aves otoñales. Los lobos gruñían y la risa de Uter se deslizaba por el aire.

- Ahora, con tranquilidad, hagámoslos -. Vebo animó a Meriadec que contemplaba las llamas de la pequeña hoguera como si fuera lo último que viera en su vida.

Se levantaron. Meriadec, inquieto, se giró para dirigirse hacia el niño y los lobos. Vebo miró con disimulo hacia el tronco del arce en el que intuía la presencia del enemigo.

Y entonces, la estrategia rápidamente concebida, se derrumbó, pues Cedric gritó de repente:

- ¡Es el enemigo!
- ¡Maldición! ¡Toda cautela está perdida! ¡Corre Meriadec! ¡Corre! -. Bramó Vebo.

El joven, cogido de improviso por el grito de Cedric, se detuvo un instante para decidir su próximo movimiento. Uter se acuclilló instintivamente y los lobos rugieron alterados. El errante apareció de repente entre Meriadec y el niño.

Hubo un estallido, un trueno engendrado entre los árboles y se desataron látigos de fuego y ráfagas feroces de un viento repentino. Vebo no sabía si había sido el errante o Cedric utilizando sus artes mágicas. El bosque quedó oculto por una espesa humareda. Algunos árboles se endurecieron como piedras, otros ardieron y muchos se quebraron por efecto de un golpe estremecedor que, sin embargo, no afectó a los hombres.

- ¿Qué ha sido eso?

Era la voz dubitativa de Meriadec.

Vebo recogió la vaina y sacó la espada. La mochila y las capas ardían y la hoguera recién encendida se había extendido. De súbito, las llamas y el humo desaparecieron barridas por un fuerte vendaval. El errante caminaba hacia Meriadec impasible. El joven mago retrocedió aterrado y se defendió con una palabra dubitativa sin efecto alguno.

- ¡Es inútil! ¡Es inútil! -. Gritó Vebo. No veía a Cedric. ¿Dónde estaba ese maldito mago?

El errante se movía con lentitud, como si sus acciones se ralentizasen a propósito, cual si se deleitase en la espera. Tenía una espada negra en la mano, diferente de la que había utilizado antes. Y su rostro imperturbable, tatuado con símbolos de carbón, era hermoso. Ya lo habían ahuyentado antes, pero ahora parecía más decidido.

Meriadec se había quedado inmóvil frente al errante, como si quisiese impedir con su mera presencia el camino del enemigo. Vebo corrió hacia ellos.

- ¡Muévete, Meriadec! ¡Aparta! -. Le gritó mientras se interponía entre ambos. El joven mago, absorbido por la condición del enemigo, era incapaz de reaccionar por más que quisiese.

Vebo detuvo la espada del errante cuando iba a herir al aprendiz en el vientre. El golpe fue tan fuerte que su brazo quedó dolorido pero había parado la espada negra. La lucha prosiguió, hizo una finta y lo hirió con escasa fortuna. El errante levantó la espada con torpeza y Vebo le pinchó en el vientre sin resultado alguno. No hubo ninguna queja, ninguna mueca de dolor. Entonces, el rival desplazó su cuerpo mientras bajaba el filo de la espada para herirle, pero lo hizo despacio y Vebo lo esquivó con agilidad. Su lentitud era extraña. La siguiente estocada se hundió en su hombro. No sangraba, cada corte que le hacía era como dañar a un cuerpo muerto. Era como si la lucha careciese de importancia para él y sus pensamientos estuviesen concentrados en asuntos de diferente naturaleza y le distrajeran. De pronto, el errante hizo un movimiento con la mano sarmentosa.

Vebo sintió un fuerte golpe en la espalda, voló por los aires y cayó lejos del enemigo, mientras la luz desaparecía de sus ojos.

Meriadec se encontró de repente solo ante el errante. El joven, inmovilizado por una magia poderosa, utilizó la escasa fuerza de sus palabras para derribarle. Tenía miedo, y el miedo no le permitía pensar con claridad. La fuerza de las palabras se desvanecía en algún lugar de sus pensamientos antes de que brotara de sus labios. Sin embargo, el enemigo seguía avanzando hacia él, inmune a una magia inocua e inútil. No podía retroceder aunque quisiera. Era el único que se interponía entre Uter y su muerte. El niño era demasiado importante. Protegería al niño, aún a costa de su vida. ¿Dónde estaba Cedric?

La espada del errante se hundió en su vientre y , mientras moría y el dolor disolvía el miedo, tuvo el valor justo para pronunciar la voz que le volatilizaría a él mismo y a aquella terrible espada asesina que le mataba.

Cedric apareció justo en el instante en que Meriadec desaparecía envuelto en una intensa llamarada. Los lobos rugían y aullaban mientras se movían nerviosos y excitados por la presencia del errante sin atreverse a separarse de Uter por temor a que le atacase. Defenderían al niño aunque les fuera en ello la vida.

Uter vio caer a Vebo y corrió hacia él. El golpe había sido duro y el hombre se había quedado inconsciente.

– ¡Levanta, Vebo! ¡Levantate, por favor!

Uter le golpeó las mejillas con sonoras bofetadas. Estaba desesperado y el miedo atenazaba su voz.

– ¡Vamos, Vebo, por favor!

Las lágrimas rodaban por sus mejillas. No hacía más que sostener la cabeza del hombre y propinarle bofetadas para despertarle. Una tras otras, una tras otra. El desmayo duraba ya

demasiado. El golpe que le había dado el errante quizás había sido demasiado fuerte y Vebo estaba muerto. Los lobos le observaban desconcertados y atentos. Algunos gemían como él.

Vebo abrió los ojos.

- ¡Eh! ¡Ya he tenido bastante con los golpes del errante! -. Exclamó entre bromista y dolorido.

Uter sonrió y soltó su cabeza. Vebo se golpeó el cráneo en el suelo.

- ¡Ay! ¿Es que quieres terminar lo que empezó el errante?

El niño le miró con disgusto y casi le le gritó:

- Ha matado a Meriadec. Lo ha hecho desaparecer. Hizo que se fuera como el humo por una chimenea tras golpearte a ti. ¡Ahora matará a Cedric y luego vendrá a por nosotros! -. Expuso con urgencia y miedo.

Vebo se incorporó, se tocó la cabeza calva y dolorida y murmuró:

- ¿El cobarde de Cedric le hace frente? -. No se lo acababa de creer. - Pensé que se pondría a correr y no pararía hasta esconderse en lo más profundo de Ur...
- Sí. Le está haciendo frente-. Afirmó Uter y señaló en dirección hacia donde se suponía que estaban ambos.

Tenían un árbol astillado a su espalda, como una columna rota. Vebo se arrodilló, se aproximó al parapeto que creaba el tronco y observó.

El errante aun con la ropa desgarrada y chamuscada por la abrasión de Meriadec era un formidable enemigo. Aunque la incineración había hecho desaparecer su espada, con sus manos blancas y sarmentosas podría matar al mago sin dificultades. Cedric retrocedía espantado. ¿Dónde estaba su magia de maestro cuando se la necesitaba?

- No podrá con él -. Masculló Vebo. Por una parte lo quería ver muerto y por otra lo necesitaba para derrotar al enemigo.

Uter se arrodilló a su lado.

- ¿Y qué hacemos Vebo? -. Preguntó con miedo.

El carnicero suspiró. Se sentía muy cansado y la cabeza le dolía estrepitosamente.

- Hemos de distraerle con los lobos. - Sugirió.- Cuando el cobarde de Cedric haga algo, envía a la manada. Si ese maldito mago no hace nada, somos hombres muertos...- añadió para desazón del niño.

Justo en aquel instante, el errante voló por los aires.

- ¡Uf, por fin! ¡Envía a los lobos, Uter! ¡Ahora! -. Gritó.

El niño comprendió que los animales eran su única esperanza.

- Vamos amigos, id a por él -. Les habló, aunque no hiciera falta hacerlo, pues su comprensión provenía de los gestos, las entonaciones y las emociones que Uter desprendía.

Los lobos obedecieron ciegamente. No participaban del miedo de los seres humanos. Solo buscaban

su supervivencia y la protección de su prole. Uter era para ellos uno más de la manada. El mejor. El que debían proteger. Rugieron y salieron disparados hacia el errante para defender a su miembro más importante.

- Muy bien, Uter. Ahora solo quedo yo. Quedate aquí. Lo mataré con mi espada-. Dijo Vebo sin mucha confianza. Antes no había podido lograrlo.

El niño asintió.

- Acaba con él Vebo.

El hombre se puso en pie. Le pesaban las piernas y los brazos y la maldita cabeza continuaba doliéndole.

- Bueno, espero que esta espada haga su trabajo-. Le dedicó una mirada de confianza.

Entonces salió de detrás del tronco y corrió hacia el errante.

Los árboles petrificados, carbonizados, arrancados de cuajo de tierra o convertidos en simples cenizas era cuanto quedaba a su alrededor. El errante ya no tenía en donde esconderse. Se había despojado de la sombra protectora y Cedric, aunque cansado y quizás dolido por la muerte de Meriadec, pretendía destruirlo.

- ¿Dónde está ese maldito Vebo cuando se le necesita?-. Susurró para sí. No tenía la seguridad de derrotar a aquella poderosa criatura. La había despojado de su tejido de engaños y su presencia cierta y real había soportado varios hechizos poderosos. Palabras cargadas de intención que había recibido con desprecio. Una espada, se necesitaba una espada para destruirlo, pensó mientras recomponía su estrategia.

El errante se desplazó hacia la izquierda y dejó un rastro de sangre oscura. Al parecer, los hechizos habían reclamado su antiguo flujo. Lo he herido, pensó, y se sintió alborozado. Todo sería más fácil. No hacía falta nadie más para acabar con él.

Cedric reunió su pericia en una voz y la lanzó contra el errante.

El cuerpo recibió el impacto y lo alzó en el aire. La violencia del golpe destruyó varios troncos de piedra que estallaron cual cristal.

El mago sintió que el gozo hinchaba su pecho, aunque se sentía muy débil. Los pies le trastabillaron y su cuerpo tembló inconscientemente. Si las heridas que Vebo le había ocasionado al errante habían recibido la voz, no se volvería a levantar jamás.

A través de la bruma que se posaba en sus ojos vio una forma que se alzaba de entre los restos.

¡No! ¡No le he derrotado! ¡Maldición! Murmuró mientras retrocedía y buscaba en su organismo algo de la fuerza que ya no tenía.

El errante avanzaba hacia él con lentitud. Moriría como Meriadec. Era una hecho, una certeza.

Tenía que huir.

De pronto, comenzaron a llegar lobos de todas partes y atacaron al errante. Unos ladraban y gruñían, los había que le mordisqueaban las ropas chamuscadas y desharrapadas, algunos trataban de atraparle los pies y otros intentaban saltar a sus brazos, a su cuello, a su cuerpo delgado y pálido para desgarrarle y arrancarle la carne fétida. El errante los rechazaba con enérgicos movimientos de sus manos pero había demasiados y la lucha contra Cedric y Vebo le había debilitado.

Cedric trató de reunir energía para atacarle de nuevo, pero no pudo. Lo que le quedaba en su interior era tan solo la fuerza que necesitaba para vivir y no estaba dispuesto a sacrificarse. Su vida tenía un propósito más alto que derrotar a un errante y proteger a un niño. Pensó en esconderse como antes. Los lobos le habían dado la ocasión de escapar y no la desaprovecharía.

A pesar de que veía con dificultad y los gruñidos y ladridos de los lobos, así como los gañidos que emitían al ser heridos, los escuchaba lejanos y profundos, vio a Vebo que corría hacia el enemigo.

Le decía algo pero le era completamente incomprendible.

El errante dominaba el arte de la percepción y presintió la llegada de Vebo.

Antes, cuando había luchado con aquel hombre, aquella miserable forma se le había escapado y le había privado de cumplir su misión. Ahora no fallaría. Dirigió su atención hacia él. Un lobo le mordió la mano, otro el tobillo. Les dio una patada, agitó el brazo. La carne se le desprendía por las dentelladas y, a pesar de que carecía de sangre viva, un líquido espeso rezumó de las heridas. Era extraño. Se distrajo. Los lobos eran incordios molestos. No vio la espada. La espada que tenía tan cerca.

El filo de la espada penetró por la periferia de su cuello, cortó la traquea, la columna vertebral y salió por el lado opuesto, limpiamente, empapada por aquel flujo denso como la miel y oscuro como la noche.

La cabeza del errante se desprendió hacia la derecha, su cuerpo fue hacia la izquierda. Algo como una luz oscura se apagó en su cuerpo muerto.

Vebo se quedó mirando satisfecho como la energía que habitaba al errante se diluía en su cuerpo mientras caía separado de su cabeza.

Lo había hecho. ¡Sí! ¡Lo había hecho! Gracias a los lobos de Uter, a la muerte de Meriadec, a la cobardía de Cedric, a la espada y a su suerte, porque no decirlo también así. Su suerte y su buen hacer.

Vebo se puso a reír. Los lobos le observaron y comenzaron a aullar.

Cedric se había arrodillado y se apoyaba en la tierra. Sabía lo que había pasado. La derrota y muerte del errante era un hecho y no la había conseguido él. Sintió odio hacia Vebo. Más aún si cabe.

El carnicero se acercó para ayudarlo a levantarse.

- Levanta, Cedric. Sin ti no lo hubiera conseguido-. Le dijo.

Se burlaba. Se burlaba, se repitió. Y sintió deseos de vengarse allí mismo, de matar a aquel patán lastimoso y engreído.

Rechazó la ayuda. Cedric casi no podía tenerse en pie pero su orgullo le sostenía.

- Tu has separado su cabeza. Es tuyo el honor. No mío -. Susurró.
- No importa. Entre los lobos y tú lo habéis molestado. Hemos colaborado todos y su muerte así será relatada. Voy a por Uter. Hemos de reconocer su valor y su ayuda.
- Sí. Ve con él. Yo necesito recuperar el resuello.

Cedric tuvo deseos de volatilizar el cuerpo del errante aun a costa de su vida. Quería acabar con todas las pruebas. Unos minutos. Necesitaba unos minutos para recuperarse lo suficiente para destruir aquella criatura infame.

- No soy estúpido. Vebo, eres más de lo que parece -. Murmuró. Los celos le reconcomían. Se sentó en el suelo. Otro día llegaría. El día en que pudiera vengarse.

Habían vencido al errante gracias a la ayuda de los lobos.

Vebo regresó junto a Uter que estaba orgulloso y atormentado. Dos animales habían muerto en su empeño por defender y complacer al niño.

- Has sido muy valiente, Uter -. Le dijo Vebo al verle entristecido. Le puso una mano en el hombro para reconfortarle.
- Han sido ellos, Vebo. Ellos han sido los valientes-. Le corrigió el niño mientras acariciaba el lomo de uno de los lobos supervivientes.
- Tienes razón. Sin ellos no lo habríamos conseguido.

Los lobos giraban alrededor de Uter, olisqueaban el suelo, gemían por sus congéneres muertos. El niño comenzó a llorar. Hubiera querido que nada de aquello hubiera ocurrido pero el daño ya estaba hecho. Los animales se sentaron ante los cadáveres de los lobos muertos, alzaron la cabeza y el lamento de su aullido se difundió por el bosque. Durante varios minutos la voz de los lobos acongojó sus corazones.

- Vamos, Uter. Nada podemos hacer por ellos -. Dijo Vebo.

Se dirigieron hacia el mago. Cedric se complacía en eliminar los restos del errante abatido. Lo hacía con saña y violencia y en su rostro se comprendía que disfrutaba con su crueldad. Vebo sintió asco y aprensión. Uter apartó la mirada. Los lobos gruñeron. El mago no les caía bien.

- ¿Y ahora qué hacemos, Vebo? -. Preguntó Uter asqueado. - ¿Continuamos el viaje?
- No lo sé, Uter. No lo sé. Meriadec era el que debía conducirte a Eldén. Así me lo confesó. Cedric no puede acompañarte hasta allí.

Esperaron a que el mago terminara su horrible tarea y cuando lo vieron satisfecho y ufano de sus

atroz cometido llamaron su atención pues parecía haber enloquecido de gozo.

- ¡Cedric! ¡Cedric! ¿Has satisfecho ya tu venganza?-. Le preguntó Vebo disgustado.

El mago parpadeó brevemente como si despertara de un sueño.

- ¿Eh? Había que hacer lo que he hecho. Mató a mi aprendiz -. Dijo sin más. No era exactamente una disculpa.
- Precisamente, Cedric, ¿cual va a ser el rumbo que debemos tomar ahora que Meriadec ha muerto?-. Preguntó el carnicero. Había que tomar decisiones. La amenaza del errante se había acabado y con ello, todo había cambiado.
- Yo no puedo ir a Eldén con él. Debe viajar con otro-. Respondió éste secamente y con eso aclaró lo que debían hacer.
- Muy bien. No hay nada más que hablar. El niño no puede ir solo a Eldén. Si no viaja contigo, yo no lo voy a llevar.
- Pues que regrese con sus padres y si a alguien le interesa que venga a por él -. Dijo con desprecio.

Vebo se frotó el mentón. Era un comportamiento muy sospechoso. Cedric había insistido en que el niño debía ir a la ciudad escondida e incluso había implorado su presencia allí pues decía que era muy importante para el devenir del destino. Y Meriadec era quien debía conducirlo. Por alguna razón que no le habían desvelado, Cédric no podía acercarse a Eldén. ¿Y ahora ya no quería que fuese? Había algo extraño en todo esto.

- ¿Has cambiado de idea con mucha rapidez, Cedric? -. Preguntó Vebo en un tono de reproche.

El mago le observó ofendido. En su fuero interno valoraba la respuesta que iba a ofrecerle.

- No he cambiado de idea, Vebo. Simplemente, yo no puedo conducirlo a Eldén-. Respondió en un tono conciliador más aparente que sincero, y añadió: - No es mi cometido. Mi misión ha cambiado. Vendrán otros a buscarle, si la ciudad así lo considera. Pero, si por otro lado deseas llevarle tú, nada nos gustaría más que tenerte en Eldén...- le retó.

Vebo negó:

- Sabes que no lo haré.

No le satisfacía la respuesta, pero los magos tenían comportamientos ciertamente extraños en algunas ocasiones. Tampoco era cuestión de insistir más. Eliminada la amenaza del errante, Uter no corría peligro alguno. Él mismo se encargaría de que así fuese. Contactaría con Sirtán lo antes posible y lo ocultarían. Aunque no dejaba de ser muy raro todo lo ocurrido. Comenzaba a sospechar que todo había sido una burda estratagema para acercarle a los dominios de Valian.

- Mientras espera propongo que regrese con sus padres- . Dijo el mago con desinterés.

Uter sonrió esperanzado. Había sufrido al marcharse y el giro inesperado del destino le favorecía.

- Será una alegría para ellos. Vencimos su reticencia con nuestros argumentos, pero ahora estoy seguro que quedarán mucho más complacidos con tu regreso. - Dijo Vebo observando el rostro sonriente del niño. - Volvamos Uter, Cedric se encargará de avisar a tus padres.

Casi había anochecido cuando divisaron las murallas de Imbradel. En el transcurso de unas horas la vida de Uter había cambiado y regresado a su origen inesperadamente. Los guardias estaban preparados para cerrar las puertas pero esperaban que la humilde pareja recogiese al niño. La madre sonrió cuando les vio. El zapatero cabeceó complacido. El mensaje que habían percibido relatándoles los acontecimientos y comunicándoles la vuelta de su hijo les había alegrado inmensamente.

- Uter, ve con tus padres. Has sido muy valiente y te estaré siempre agradecido-. Vebo se había agachado y le hablaba con cariño y satisfacción.
- Pero...pero...- titubeó el jovencito. No acababa de comprender el cambio de idea que habían tenido los adultos tras la tragedia.
- No. Ve con ellos. El errante no volverá a ser nunca más una amenaza para ti. Puedes estar seguro.

El niño sonrió satisfecho. Sus ojos inocentes agradecieron las palabras del carnicero. En realidad prefería vivir con sus padres y no lejos de ellos, en un lugar remoto y desconocido, por más que se denominara Eldén y le ofreciera un futuro lleno de grandezas y dignidades.

- Gracias, Vebo. Tengo mucho que explicarles.

Los lobos se mostraban inquietos y se movían impacientes. Uter los retenía pues se sentía seguro con ellos cerca. Vebo les observó un instante y comprendió.

- Déjalos ir, Uter. La ciudad no es buena para ellos. Se lo merecen.
- Sí. Tienes razón.

Mientras Vebo se erguía, el niño miró a los lobos, hizo un gesto con la cabeza y los animales, tras estremecerse brevemente, huyeron hacia el denso bosque de arces y se adentraron en la noche. Luego miró al hombre con tristeza.

- Has hecho bien, Uter. Nos han ayudado mucho pero deben vivir en la libertad del bosque. Los hombres solo buscarían su mal.

Uno de los lobos se giró y les miró. Luego bajó la enorme cabeza y gruñó.

El niño sonrió. Levantó la mano y el lobo se marchó corriendo en pos de sus congéneres.

- Ahora vete.

Uter sonrió a Vebo y despreció a Cedric que, como una estatua indiferente, callaba y observaba.

Sus padres esperaban un poco alejados, temerosos de la ira del mago que los había convocado.

Aunque no comprendían el cambio de actitud tan repentina, se regocijaban y no se atrevían a cuestionar los motivos de éste. Solo sabían lo que el mago les había comunicado de forma breve y fría: su hijo ya no corría peligro alguno, el errante había desaparecido y no era necesario su traslado a Eldén. El niño regresaba con ellos.

- Siempre te recordaré-. Dijo el niño mientras se alejaba.
- Y yo Uter. Sin ti hubiéramos muerto...aunque Cedric lo niegue-. Miró de soslayo al mago, impasible y serio.

El niño se abrazó a sus padres casi en el mismo lugar en que se habían despedido. La pareja dedicó una mirada de agradecimiento a Vebo y se marcharon apoyados en Uter.

Vebo y Cedric aún permanecieron mirándoles en silencio mientras los tres se adentraban en la ciudad y desaparecían tras las murallas que rodeaban Imbradel.

- Ahora es el momento de que te vayas, Cedric-. Le aconsejo Vebo.
- Pero primero deberíamos hablar. ¿No crees? -. Replicó el mago.
- Hablemos pues, pero con un buen vaso de vino en la mano.

Y, sin esperar que le siguiera, se encaminó hacia la taberna pasando frente a los guardias nerviosos que temblaban pues la noche era ya una realidad oscura.

La taberna olía a vino malo y a sudor rancio. Estaba atestada de borrachos, mujeres y hombres de mala vida. Había poca luz, ladrones y gente de peor catadura. Pero nadie se acercaba a ellos, como si comprendiesen que se jugaban la vida con solo cruzar una simple mirada. Aunque no supieran que eran magos, o gente poderosa, apreciaban su propia vida y, como el zorro que no se mete con los lobos, ellos tampoco querían problemas. Bien que lo sabía el tabernero.

A pesar de la escasa luz, Vebo veía muy bien las facciones crispadas de Cedric.

- Confieso que la provocación de Valian me sorprendió. Él nunca actúa por sí mismo-. Dijo el mago en confianza.
- No fue una provocación, Cedric. Fue un desafío. No, un desafío no. Fue una injerencia. Puedes estar seguro que nunca más volverá a hacerlo.
- ¿Le amenazaste? -. Se sorprendió Cedric.
- ¿Con qué iba a amenazarle, Cedric? No tengo nada.

Cedric enmudeció de repente. Vebo comprendió con el gesto del mago que algo sabía pero que no quería desvelarlo. El mago era un lacayo servil de Valian. Era evidente. Había que jugar al gato y al ratón. A contar mentiras. No era una novedad por más que quisiera dar la impresión de que se había liberado de su yugo.

- ¿Pues no comprendo por qué lo hizo? Valian no se inmiscuye en las vidas de nadie por

diversión.

- No es diversión lo que buscaba. Fue una intromisión clara y directa. Aún recuerdo el dolor de cabeza que me causó.
- ¿Sospecha de ti?
- ¿De qué va a sospechar? Ha muerto Meriadec, un pobre aprendiz, demasiado inocente y confiado -. Vebo sintió pena por él. - Y yo no tengo nada que ocultar. El errante fue abatido y ya nada amenaza al niño aunque no comprendo porque habéis cambiado de idea. Solo esperaba de ti que me lo aclarases. Aunque ya veo que no lo vas a hacer. Pero, si es lo que queréis, no pasa nada, tendrá la mejor protección. Y ahora, el destino sigue su curso y yo quiero regresar a mi carnicería.

Vebo había aceptado hablar con el mago para averiguar la causa del repentino cambio de comportamiento con el niño. Pero el mago insistía una vez más en desvelar su secreto. Sentía hartazgo de la situación e iba a marcharse de inmediato.

Cedric bebió un sorbo de vino con naturalidad.

Vebo notó que el mago trataba de envolver su conciencia. Abrió los ojos y la esencia de Cedric se le hizo clara y siniestra. Se levantó bruscamente y tiró la silla. La mano voló hacia la empuñadura de la espada.

- ¿Qué intentas hacer Cédric?-. Gritó enfadado.

La taberna enmudeció.

El mago se puso en pie también. Le miró con furia y maldad un instante. Luego, sus ojos se relajaron. El filo de la espada, en la que se reflejaba la luz de las velas, iluminó su rostro.

- ¡Oh, lo siento! ¡No quería! -. Exclamó como el ladrón descubierto con el botín en la mano. Comprendía, para su disgusto, que su fuerza y sus hechizos no podrían con él.
- ¡Márchate! No puedo permitir que repitas lo que intentabas hacerme. ¡Te mataré si lo haces! El poco respeto que me queda es el que me detiene. Debería matarte ahora mismo -. Se corrigió. La cólera crispaba el rostro de Vebo mientras aferraba con fuerza la espada desenvainada.

Cedric retrocedió y se quitó la máscara.

- Él me ha ordenado que lo hiciera -. Su voz tembló. Era una excusa burda y fanática.
- ¡Pues vete con él! ¡No quiero nada de ti! - Gritó Vebo. No le importó que toda la taberna le escuchase. - Nada oculto y nada puedo desvelar. Si Valian cree que poseo algún secreto, que venga a visitarme cuando quiera. Ahora ya sabéis donde estoy. ¡Marchate! ¡Sal de aquí! ¡Quiero asegurarme de que te marchas!

Cedric le miró un instante con odio y, a continuación, bajó la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Vebo fue tras él con la espada apuntando a su espalda. El tabernero esquivó la mirada cuando el

mago pasó ante él, incapaz de pedir el precio de su vino. Todos guardaban silencio en el tugurio. Las callejuelas de Imbradel eran sórdidas y húmedas. Y en aquella noche de confesiones y mentiras habían dejado una mala impresión en Vebo. Aunque había estado en lugares mucho peores, aquella conversación breve con Cedric, en aquel ambiente lóbrego y amenazador, le habían inquietado. El mago caminaba rápido. La luz de la antorcha iluminaba vagamente su capa gris, su cabello largo y suelto. Ni siquiera le hacía falta luz para ver por donde pisaba pues conocía el camino o al menos reconocía las marcas que él mismo había dejado.

De improviso, se volvió y le dedicó una sonrisa amable, como la de una serpiente a su presa.

- Valian solo quiere ser tu amigo, querido Vebo.

El carnicero pensó que usaba algún truco con él, pero no sintió ninguna oscilación mágica. Tal vez solo quería ser condescendiente.

- Pues tiene una extraña forma de demostrármelo, Cédric. En eso se parece a ti.

Vebo apoyó la mano libre en el cinturón y bajó un poco la espada.

Cedric resopló incómodo.

- ¿Crees que hace falta? -. La observó con desdén un instante y añadió. - No quiero irme así. Hemos ganado. Hemos acabado con el errante. El destino seguirá su curso y el niño encontrará su cometido.
- ¿Pero a qué coste, Cédric?
- El coste fue asumible –. Le miró con severidad.- Meriadec sabía contra qué se enfrentaba. Fue muy valiente. Y el niño está a salvo. Nunca más van a acecharle.
- Eso espero.
- La vida de un mago o de un aprendiz no es un precio muy alto por una causa incierta, querido Vebo.
- Hubiera podido ser la tuya, querido Cédric....- ironizó éste.
- O la tuya.
- La mía no vale nada, es vulgar y común como la de cualquier otro. No soy un mago, no estoy por encima de la gente. Vosotros sí lo estáis.

Cedric suspiró:

- Cuando dices eso parece que nos reproches lo que somos, a quién servimos y para qué vivimos.
- Sí, exacto. Esa es la intención. La soberbia os impide comprender a los hombres corrientes como yo.
- Tú tampoco eres un hombre corriente, Vebo. Ya lo sabes.

El carnicero negó. Aunque sabía que era cierto.

- No soy un hombre común, de acuerdo. Solo soy un carnicero. Sé matar -. Hizo una mueca

con los labios entre la burla y la amenaza. Cedric se lo tomó a mal.

- No me amenes -. Se revolvió con ira y continuó su camino chapoteando entre las callejuelas sucias.

Vebo le siguió. Quería asegurarse. Quería ver como se marchaba. Le divertía su soberbia y su desconfianza. Pero tampoco lo quería por enemigo. Aún desconocía cómo le habían encontrado después de tantas nieves y, como podían volver a presentarse en cualquier momento, no deseaba que fuese a traición y para matarle. Cuando llegara a casa tendría que protegerla mejor. Habría que hacer algún viaje o utilizar el Eiter.

Cédric se detuvo en algún punto en concreto de aquella desagradable callejuela.

- En Ur te esperamos, querido Vebo. Aún tenemos cosas pendientes que dilucidar. Tardamos mucho en encontrarte, pero ahora que lo hemos hecho nos resultará fácil volver a requerir tus servicios o quizá Valian tenga otro encargo para ti -. Sonreía, como una hiena a su presa.
- Dile a Valian que encontrará un enemigo en mi-. Enfundó la espada cuando sintió que la partida había comenzado y que ya no era una amenaza para él.

El mago crispó el rostro y sobre su piel se dibujaron cientos de arrugas.

- Haces mal, Vebo. Valian hace lo que debe. No lo quieras de enemigo.
- Yo también hago lo que debo, Cedric.

Éste negó varias veces. No le iba a convencer.

- Todo está dicho por hoy -. Suspiró con descontento.
- Tengo cosas que hacer. Mi carnicería me espera.

Días antes del ataque

El sueño de Vebo había sido intranquilo aquella noche. Las palabras de Cedric no auguraban nada bueno y le habían recordado a Uter y a Meriadec. El niño ya debía ser un hombre y nunca había vuelto a saber de él. Sirtán debía haberlo protegido de alguna forma satisfactoria. Miró por la ventana. La oscuridad de la noche no le intimidaba. - Vendrá -. Se escuchó decir a sí mismo en el silencio de la habitación. - Estoy seguro. Lo que digan Ilún y Mircena le tiene sin cuidado. Es el perro amaestrado de Valian, continua siéndolo.

Se levantó y se sentó en la cama. Buscó a tientas la vela y abrió la cajita con las brasas. Encendió la mecha y con la débil luz que irradiaba el cirio se levantó. El suelo de madera estaba frío. El camisón le quedaba corto y lo había remendado varias veces. Bajó del dormitorio a la cocina y de allí a la tienda. Luego fue al almacén y de ahí al sótano. Allí guardaba hachas, cuchillos, piedras de

amolar, sacos de grano, jaulas de madera y cosas más importantes que todo aquello. Allí tenía la espada. Su espada. Miró al suelo. Había un poco de polvo, pero el símbolo de protección que el mago había dejado seguro que aún era poderoso. El tiempo no lo había deteriorado. Le dolía el pecho. Desde la reunión que había tenido con los tres magos le dolía cada vez más. ¿Era un síntoma o el resultado de la reunión? Se preguntó. ¡Que importaba! Es lo que es. La espada estaba apoyada en la pared. La miró con cariño, con añoranza. ¿No sé por qué he bajado aquí? Suspiró. Tenía los pies fríos. Había sido un impulso inconsciente. No podía dormir, se dijo. Se sentía un poco tonto. Lo que tenga que pasar ocurrirá sin que pueda impedirlo. Se dio media vuelta y subió. Las escaleras crujieron bajo su peso. Voy a visitar a Ordo. Hoy Grosó comerá cerdo si quiere comer de mi carne. Sonrió.

Cómo conocí a Ilena.

Vebo nunca había ejercido un oficio con tanto placer como aquel. Había sido muchas cosas en sus más de cuarenta años de vida: jardinero, matarife, cazador, recolector de viento, mensajero, marino, asesino, soldado y otras ocupaciones más de las que no se avergonzaba pero que quedaban muy lejos en su memoria. Sin embargo, haberse convertido en guardián de aquella noble dama, eso sí que había sido una sorpresa inesperada. Recordaba con una sonrisa la apática respuesta cargada de incredulidad con la que había saludado la propuesta del mago:

- ¿Guardián? ¿Escolta? ¿Crees que sirvo para eso? Estarse callado y vigilante, más criado que soldado. ¡Debes estar volviéndote viejo, amigo mío, si me ofreces un trabajo como ese! -. Exclamó entre trago y trago de vino.
- ¿Y por qué no? ¿Acaso quieres volver a la Frontera? -. Preguntó Sirtán contrariado.

- ¡Hummm! ¡Ahora que lo dices, quizás sea hora de volver allí! ¡Tengo ganas de matar algunos Rugons! -. Respondió con sarcasmo. Eran palabras huecas y el mago lo sabía.
- ¡Eso lo puede hacer cualquiera! ¡Ya has matado más que suficientes! -. Exclamó el mago. - Lo que te propongo es un trabajo serio y nada peligroso. ¡Te mereces un poco de tranquilidad! ¿No crees?

Vebo bebió otra vez y saboreó el vino con deleite mientras pensaba. Sí. Sin duda se merecía un poco de tranquilidad. Desde luego, era algo que nunca había conseguido. Tras las penas y sufrimientos sufridos, las muertes violentas, los combates continuos, las persecuciones al límite y la magia imprevisible, su vida había sido un torbellino. Necesitaba un largo descanso. Paz y sosiego. Tal vez Sirtán tuviera razón. Sopesó la oferta del mago y preguntó:

- ¿Y a quién se supone que debo proteger?
- A una hermosa mujer.

El hombre bufó. ¡Vaya! Esperaba acompañar a un noble, un príncipe, una Hija del Reino, a alguien importante. Se frotó la barba sucia y larga, maloliente y encrespada, y en la que ya habían aparecido algunas canas.

- ¿Y para qué se supone que necesita protección? -. Preguntó disgustado. No estaba dispuesto a aceptar así, sin más ni más. Una mujer siempre traía problemas.
- Quiere emprender un viaje y necesita un protector.

Vebo le miró fijamente. Confiaba en Sirtán. Nunca le ofrecería nada malo, aunque quizás si peligroso. Bueno, podía probar. Aparentemente, se dejaría convencer por el mago.

- ¿Cómo se llama?
- Se llama Ilena, y es una mujer maravillosa. Además, es amiga mía.

La respuesta de Sirtán aún flotaba en sus recuerdos como la espuma sobre el agua. Sí. Lo era. Era hermosa y maravillosa. Nada más verla, se enamoró de ella. Y lo guardó en su corazón pues no estaba bien que se supiera. No. En Ur, adonde le había llevado la propuesta, no era lícito enamorarse así. No hubiera sido del agrado de aquellos magos fríos y vanidosos que gobernaban la ciudad.

Ella le había tratado con respeto, con afecto desde el primer momento. Nada más conocerla, le había entregado aquella espada magnífica que colgaba de su cinturón como una prenda de indisoluble amor. Aunque para ella no había sido más que un mero trámite y no había significado nada.

- Esta debe ser la espada de mi guardián ya que Sirtán quiere que lo tenga. Es un arma especial, cuidala -. Le había pedido al dársela. Al momento, había desechado su vieja espada y empuñado aquella nueva con placer y orgullo.

Ilena trabajaba muchas horas y apenas conversaban unos minutos durante el día, así que Vebo tenía

todo el tiempo del mundo para mirarla, para contemplarla. ¿Quién se lo hubiera dicho? ¡A él! ¡Al más borrachín, tabernero y pendenciero de todo Adentor! ¡Al gran guerrero que nunca había sido derrotado! Si el amor podía redimir, él era el vivo ejemplo.

Habían pasado meses desde que se conocieran. Ilena nunca se había mostrado incómoda ni cansada de él. Al parecer, su presencia le era grata y le hablaba con deferencia y amabilidad. Aquello le gustaba. Ahora le daba las gracias a Sirtán por haberle ofrecido el trabajo que en un primer momento pensó en rechazar.

Suspiró. En ese momento estaba allí, dispuesto a marcharse con ella. Ilena le dio la mano y le miró con ternura. Sus ojos aceleraron su corazón. Había llegado el momento de la partida. Nadie les despediría, pues a nadie le debía explicación alguna una maga libre como ella. Únicamente Sirtán estaba debidamente informado. Y con eso era suficiente. Los magos tenían completa libertad de movimiento y marchaban o retornaban a Ur según su conveniencia. En ocasiones, algunos desaparecían durante décadas y, al regresar, sus compañeros les recibían como si nada hubiera ocurrido. El tiempo, para ellos, fluía de forma distinta.

– El viaje será breve, Vebo. No temas.

Iba a contestar que desde que la conocía lo único que temía era perderla. Pero no. No era la respuesta adecuada.

– No tengo miedo Ilena. He visto cosas peores.

– No lo dudo -. Apreció ella. - Sera tan solo un momento de oscuridad y luego Alcón nos recibirá. Vamos a estar un tiempo allí.

Ilena dijo algo y se desvanecieron. Atrás quedó una habitación vacía.

Una mujer les recibió con una sonrisa sincera en un rostro regordete y simpático.

– Me llamo Dicosa. ¡Bienvenida! -. Exclamó e ignoró a Vebo por completo.

Permanecieron unos instantes cogidos de la mano, aunque ya no hubiera necesidad de ello.

Dicosa se adelantó para tomarles los brazos y saludarles como correspondía.

– Me alegro de vuestra llegada. Lo tenemos todo preparado.

Se dirigía a Ilena. Para ella, Vebo era irrelevante, una sombra nada más. No obstante, por formalidad, le cogió los antebrazos también aunque sin mirarle a la cara.

Olía bien aquella mujer, pensó. Ni por un instante se disgustó por la indiferencia que le había mostrado.

– Seguidme, os conduciré a vuestras habitaciones. Se os han asignado estancias contiguas -.

Dijo Dicosa pues sabía que llegaban a Alcón como estudiosa y protector. - El rector Gamel está ausente en estos momentos, sino, claro está, os hubiera recibido él.

- No te preocupes, Dicosa. Lo comprendemos -. Dijo Ilena.
- Es tarde para la comida de mediodía, pero si os apetece puedo ordenar que se os prepare algún refrigerio si tenéis hambre.

Ilena miró a Vebo. Éste negó con un sonrisa. Parecía distraído y ¿feliz? Cada vez que lo miraba sentía la necesidad de besarlo. ¿Qué le ocurría?

- No, gracias, Dicosa. Esperaremos hasta cenar.
- Muy bien. Los maestros, estoy segura, tendrán muchas ganas de escuchar vuestros relatos.
- Desde luego. Aunque no hago demasiada vida social les contaré todo lo que sé de los últimos acontecimientos de Ur -. Vebo tendría que ponerla al día. Él sabía mucho más de la vida cotidiana de la ciudad de los magos que ella pues se dedicaba por entero a sus investigaciones y carecía de tiempo para acudir a cenas y reuniones. Su protector la sacaría del apuro.

Abandonaron la sala a la que habían llegado. Era un lugar cerrado, carente de ventanas, de paredes iluminadas por el brillo fantasmagórico que desprendía la piedra azul que lo forraba. La claridad bajo los soportales les deslumbró brevemente.

Mientras caminaban, varios criados y doncellas, así como aprendices de distintas edades les saludaron con ligeras inclinaciones de cabeza. Los ropajes que lucían les distinguían: colores apagados para los aprendices, alegres para los criados y doncellas, y serios, casi adustos, para los maestros. Dicosa correspondía en silencio a sus saludos. A su izquierda quedaban los arcos redondos de los soportales apoyados en gruesas columnas amarillas y, tras ellos, una amplio recinto enlosado en el que sol caía blanco. A la derecha, una larga sucesión de grandes ventanas acristaladas tras las que se distinguían salas bien iluminadas repletas de estanterías con libros, pergaminos, papiros, atriles, instrumentos mecánicos y muchos objetos más, así como numerosos estudiosos enfrascados en sus asuntos personales, inclinados sobre los escritos, manipulando instrumentos extraños o dibujando símbolos en el aire. Ilena sonreía ansiosa y contenta, presta a iniciar sus trabajos de inmediato. Unos criados barrían el suelo, otros fregaban las losas blancas que cubrían aquel larguísimo paseo que se perdía en la distancia. Llegaron ante una puerta decorada y amplia. La franquearon y ascendieron por una viejas escaleras de desgastadas baldosas de arcilla roja. Dicosa les llevó a una alcoba de paredes claras. Era espaciosa, con una gran mesa y estanterías de madera vacías apoyadas en los muros, así como un espacioso armario. Ilena pensó que pronto las llenaría con sus textos. Había varias sillas cómodas y acolchadas repartidas por la habitación, una chimenea y leña apilada, cirios y mechas, tinteros y plumines, punzones y buriles, además del brasero para el humo. Por la ventana se recortaba el cielo azul pálido. La cama estaba elevada sobre altas patas de madera oscura. En el suelo descansaba una alfombra con dibujos geométricos. La piedra iluminaria del techo estaba cubierta por la tela de la oscuridad.

Ilena recorrió con la mirada la estancia.

- Me gusta -. Dijo al fin satisfecha.

Dicosa se sintió agradecida por el comentario de Ilena.

- Y está será la vuestra -. Indicó a Vebo una puerta adyacente. Era la habitación contigua, una sala mucho más pequeña, sin chimenea, con un cama más baja, más sencilla y estrecha, además de una mesa diminuta, un armario exíguo y una silla. También habían cirios y mechas. Nada más. El cielo se difuminaba tras los cristales biselados de una ventana pequeña.
- Me gusta -. Dijo Vebo también con sorna.

Dicosa no supo discernir si aquello había sido una ironía o era una certeza. Le miró con suspicacia pero el hombre ya se había sentado en la cama para comprobar su consistencia.

- ¿Necesitáis alguna cosa? -. Preguntó Dicosa a la mujer.
- Por el momento no, gracias. Permitidnos descansar unos minutos -. Respondió Ilena.
- Sí, naturalmente.- Dicosa observó a Vebo que se quitaba el cinturón con la espada y la dejaba en el suelo. Era extraño para ella ver a alguien con un arma en Alcón. Ni los maestros, ni los aprendices, ni los criados las llevaban consigo. Pero, claro, la misión que se le había encomendado a aquel hombre así lo requería. No añadió nada más y se marchó por donde había venido.

Cuando Ilena y Vebo quedaron a solas, sin poder precisar los motivos individuales que cada uno tenía, se miraron. Sus ojos se hablaron con más naturalidad y precisión que mil palabras. No se sintieron incómodos, ni disgustados, ni sorprendidos. Se revelaron, como si el mutuo secreto que habían compartido sin desvelárselo, sin entregarlo, en un instante mágico e inesperado, se les presentase cierto y urgente, maravilloso e irrepitible.

Vebo avanzó hacia ella. Ilena hacia él. La distancia de un palmo separó sus rostros mientras se miraban con cariño, con amor.

- Vebo -. Susurró ella.

No pudo decir nada más. El hombre la besó y se fundieron en un fuerte abrazo.

El amor les ocupaba.

Vebo la había amado nada más verla. ¿Qué importaba que tuviera cincuenta nieves más que él? ¿Acaso la edad era tan importante si se amaba de verdad? ¿Acaso Ilena no era de naturaleza erenia y, como tal, su semblante, su fisonomía y su cuerpo eran como los de una mujer de cuarenta nieves de su raza? La veía revolver entre los manuscritos, entre aquellos pergaminos viejos y agrietados en los que se acumulaban los años de olvido, entre aquellas páginas arrancadas de incunables perdidos,

entre ajadas pieles a veces malolientes, y la veía feliz, excitada y resuelta. Como si en aquel momento de su vida hubiera encontrado lo que realmente cualquier hombre o mujer querría para afrontar su futuro. Y él también. También lo había encontrado.

Ilena se dio cuenta de que la miraba. Levantó la cabeza y le observó. Las llamas de la chimenea iluminaban una franja de su rostro sonriente.

- ¿De qué te ríes?-. Preguntó.
- Pensaba en los propósitos de Sirtán -. Respondió Vebo.- Aunque ¿hace falta tener un motivo para reír cuando se es tan feliz como yo? -. Su sonrisa se hizo más ancha. - Pero si te molesta mi presencia, me marchó enseguida -. Añadió como con descuido.
- ¡No, no! -. Ilena dejó sobre la mesa el pergamino que sostenía con el dorso de su mano derecha y éste se enrolló enseguida con un sonoro quejido. Se levantó y fue hacia él.

Vebo se le acercó. Se miraron a los ojos y se besaron. El fuego alumbró su abrazo. Las manos volaban. Pronto comenzaron a suspirar y dejaron que el amor se les escapara de entre los besos. Por un instante, le dieron las gracias a Sirtán.

El origen del destino

- Creo que si dispusiera de “Azzluzz” mis investigaciones podrían avanzar más rápidamente, Gamel -. Dijo Ilena con tranquilidad.
- “Azzluzz” no está a tu disposición, querida Ilena. De hecho, no está a disposición de nadie en Alcón -. Dijo el rector de la gran biblioteca mientras se recostaba en una de las mullidas sillas de su sala privada. Sostenía una copa de cristal llena de vino en su mano izquierda, se la llevó a los labios y bebió un sorbo pausadamente mientras observaba la reacción de la mujer.
- ¿Y eso, por qué? -. Ilena se removió en su butaca. Notaba la respiración de Vebo tras ella, sosegada y firme. Era su guardián, su protector, su amor.

Había un fuego encendido vivo y agradable en la chimenea que caldeaba la estancia adornada con

magníficas estatuillas de mármol negro, junto a otras hechas de piedra mescolanza y de oro rápido. De las paredes colgaban tapices de precioso acabado, mapas de las tierras conocidas y una hermosa librería repleta de objetos que ocupaba toda una franja. Diosa permanecía en pie, junto al hogar, y atendía a la conversación en silencio. Tenía los cabellos rubios brillantes y la mirada franca y suave en un rostro regordete.

- Porque el libro está muy bien guardado y no puedo recuperarlo solo. Se necesita más de una voz para liberarlo -. Respondió Gamel. Aquella respuesta era claramente enigmática, pensó Vebo.
- Entiendo. Lo has preservado -. Dijo Ilena resignada.
- Así es.
- Pues es un fastidio. El hecho de que los Arcanos tengan alguna debilidad podría estar muy bien documentado en ese libro. - Ilena se recostó en la silla, disgustada.
- Tus estudios deberán apelar a otros textos, querida amiga. “Azzluzz” no puede ser obtenido salvo que se reúnan de nuevo los elementos y principios necesarios, lo cual es muy difícil por el momento y, francamente, creo que hay otros caminos por los que proseguir con tus investigaciones.
- Que las ralentizaran.
- Bueno. Tal vez. Es una posibilidad, pero eso es mejor que nada. De hecho, tengo aquí, en mi biblioteca privada, un antiguo texto de los reyes traidores que creo te será muy productivo -. Se levantó y se dirigió hacia un anaquel en el que abundaban los rollos amontonados.

Ilena se levantó también y fue con él a la estantería. Desde su llegada hacía unos meses, ella y Gamel habían entablado una magnífica amistad, proclive a compartir conocimientos y a elaborar propuestas conjuntas. Se ayudaban y se retaban en largas disquisiciones que iluminaban su sabiduría y que les permitían abrir nuevos canales de investigación. En pocas palabras: progresaban.

Gamel rebuscó entre los secos papiros, los pergaminos deslustrados y las viejas pieles escritas. También tenía en aquellas baldas tablillas desordenadas con grafías incrustadas, pintadas o troqueladas, y pedazos de cerámica, piedra o mármol transparente, en las que un buril o punzón había garabateado signos, letras y palabras, en lenguajes ya perdidos o definitivamente muertos. Cuando encontró lo que buscaba, se lo mostró a Ilena. Ella lo cogió y trató de leerlo allí de pie, a la lumbre de la chimenea.

- “...enseñaron los hechizos de sombra a los...” - leyó con dificultad -...esto es difícil de interpretar Gamel. - Dijo con fastidio.- No entiendo bien su sentido...conflictos...¿pone conflictos? -. Se preguntó mientras enseñaba el viejo texto a Gamel.

El hombre lo observó y se encogió los hombros:

- Sabes tú más que yo de esto, Ilena. Yo solo guardo el texto, no sé leerlo.

La mujer le miró sorprendida. Ella pensaba que el rector sabía mucho más de aquel lenguaje perdido. Le creía un erudito con conocimientos superiores a los suyos.

- Estas grafías están escrita en una lengua que desconozco. - Continuó Gamel -. No son de una lengua común ni antigua. Solo son símbolos preinteligentes, anteriores a las normas de nuestro lenguaje. El que sepas interpretarlas dice mucho de ti y de tus habilidades, amiga mía.- Añadió mientras se sentaba.

Ilena se sintió adulada y orgullosa de que reconociesen sus méritos. Había dedicada toda su vida a adquirir conocimientos sobre los tiempos pretéritos pues pensaba que de su discernimiento se podría extraer la sabiduría necesaria para afrontar con garantías de éxito el difícil presente y el incierto futuro. Releyó con curiosidad y vanidad el texto:

- "...enseñaron los hechizos de sombra a los conflictos"...debe ser el nombre que se les asignaba a lo que hoy conocemos como Arcanos...hum, aunque no tenga "Azzluzz" creo que con este texto podré entretenerme en las largas noches de invierno que nos aguardan...- sonrió y echó una rápida mirada a Vebo.

Gamel no advirtió nada, aunque Dicosa, perspicaz y atenta, sí la registró. Una sonrisa rebosó su rostro enrojecido por el calor de las llamas.

Ilena se sentó con el documento en la mano. Dicosa le ofreció una copa de vino.

- ¿Quieres tu también, Vebo? -. Le preguntó. Su condición de guardián no era impedimento para que pudiese disfrutar de una buena copa de vino.
- No gracias, mi señora.
- Puedes beber, Vebo, no tienes que estar todo el tiempo así, serio y vigilante. No hay peligro aquí con ellos, ¿verdad? -. Dijo Ilena lánguidamente.
- En Alcón no hay peligro de ninguna clase -. Respondió Gamel tajante. -. No entiendo porque Sirtán te asignó un custodio si venías aquí -. Añadió pues desconocía la íntima relación que mantenían.
- Debe tener sus razones. Él es mucho más sabio que yo -. Replicó Ilena con seriedad.

Mientras, cambiando de opinión, Vebo aceptó la copa que le sirvió Dicosa. Ésta le guiñó el ojo con complicidad. El hombre le sonrió y luego bebió hasta casi apurar la copa de un trago.

- Comprendo que cuando se haga un viaje difícil y peligroso se les asigne a las personas importantes o a los nobles un guardián o un protector experto, pero, para ti, querida mía, que viajas a través de luz y por rutas mágicas, creo que un custodio es totalmente prescindible -. Miró a Vebo con indiferencia. Para el Maestro quedaba claro que Vebo estaba de más allí.
- Bueno, tal vez. Pero Sirtán así me lo ofreció y yo no encontré inconveniente alguno en que me acompañara, y tampoco me propuse cuestionar sus opiniones pues se que él no me

quiere ningún mal.

Gamel no pudo menos que darle la razón cabeceando. Su amigo Sirtán era un mago poderoso y rara vez equivocaba sus intuiciones.

Por otro parte, Dicosa comprendía perfectamente cual había sido la intención de Sirtán al asignar la protección de Ilena a Vebo. Él debía saber que sus espíritus eran afines y que en Alcón se encontrarían y se amarían. El mago había sido, ciertamente, clarividente y, en este caso, tierno además. No se explicaba como Gamel no se percataba del amor que rebosaban en uno por el otro. ¡Que ciego!

El Invierno Largo pasó rápidamente y la Primavera fue como un suspiro. Ilena era feliz. ¿Quién le iba a decir a ella que cuando Sirtán le ofreció la posibilidad de que Vebo la custodiase, fuera a encontrar en aquel hombre al amor de su vida? Ciertamente era que el primer día había visto en él tan solo a un patán barbudo, mal vestido, brutal y que olía peor cuando se le acercaba, y que no se había fijado en su honradez, valentía y dulzura hasta mucho tiempo después, pero cuando lo había hecho, se había deslumbrado. Porque, así estaba bien decirlo, el amor la había deslumbrado. No es que Vebo hubiera cambiado muchos de sus hábitos indumentarios pues aún vestía aquella casaca gris y sucia, los pantalones viejos y remendados cientos, por no decir miles de veces, la camisa, que ya no se sabía si era blanca o negra, las botas gastadas de cuero ajado y el cinturón del que colgaba la vaina con la espada que le había regalado, la espada antigua de su familia, que se merecía algo más decente y elegante. Sin embargo, su aspecto físico había mejorado. Eso sí que había que alabárselo pues se había recortado la barba desastrada, llevaba el pelo corto y se lo lavaba con regularidad, se bañaba con frecuencia y sus manos, cuidadas por los hechizos y los aceites de Ilena, eran más suaves, aunque aún lo bastante rudas y firmes como para empuñar el arma con destreza. Ya no olía mal, sino que su aroma personal la embriagaba de alguna manera especial. No sabía explicar cual era el motivo exacto por el que le amaba. Estaba deslumbrada y embriagada. Así era su amor, así era como se sentía. Él cumplía su tarea de custodio con toda la imparcialidad y delicadeza de la que era capaz. Firme, protector, distante, atento y servicial. Todo lo que se esperaba de un magnífico e insuperable guardián personal. Siempre, claro está, de cara a los demás. En la intimidad, todo era muy diferente.

El Extenso Verano estaba siendo muy caluroso y las horas centrales del día se dedicaban a tareas que se pudieran realizar a la sombra, a descansar o a estudiar en lugares frescos y bien ventilados. Vebo y ella se retiraban a retozar, lejos de las miradas suspicaces de maestros, criados y aprendices. Cuando ella se enfrascaba en el estudio de algún pergamino indescifrable o en la interpretación de una oración confirmada, Vebo se marchaba y, como correspondía a su posición, le pedía permiso

para cazar, entrenar o disertar con los sirvientes de Alcón. Por las noches, en su habitación contigua, el hombre deshacía el camastro para que ninguno de los sirvientes sospechase nada y se solazaban juntos a la espera del alba mientras un hechizo de protección se encargaba de ocultarles de ojos y oídos curiosos y madrugadores.

Los días transcurrían así, tranquilos, pacientes, encantadores.

La mañana había transcurrido serena y mientras comían en el refectorio un criado se había acercado y les había comunicado una petición de Gamel, el rector de Alcón.

La invitación no hubiera tenido nada de particular si la hubiese convocado en sus salas de trabajo, en su residencia o en algún lugar común como la biblioteca o el aula de conferencias, pero el sirviente había dicho que la esperaba en la sala del Sendero de Voz, un lugar bastante peculiar para entrevistarse.

- Si que es raro que Gamel quiera verte allí -. Comentó Olivio entre bocado y bocado. El maestro botánico alimentaba su redondez con deleite e interés.
- Sin duda debe ser algo relacionado con los mensajes de Adentor -. Comentó Alfición, la hermosa maestra de tez pálida y mirada penetrante mientras buscaba patatas tiernas en el guiso.
- Bueno, no sé. El mensaje no decía para qué quiere verme -. Repuso Ilena con despreocupación. - Gamel tiene sus cosas y a veces actúa de una manera extraña -. Añadió. Aunque le conocía muy bien pues eran íntimos colaboradores, el hombre no dejaba de tener sus rarezas y curiosidades. Tal vez aquella cita tuviera un trasfondo secreto, pensó.
- Que no te oiga -. Cuchicheó Vare, siempre tan desconfiada. Aunque el rector no estuviera allí, ella creía que tenía espías por todas partes. Los maestros comían en el refectorio, a la vista de todos, pero mantenían generalmente las distancias unos con otros a no ser que se reuniesen para debatir o comentar asuntos importantes.
- ¿Acaso le tienes miedo? -. Susurró Ilena sorprendida por el comentario de la mujer.
- No. Pero está muy raro últimamente. Nos oculta algo y Diosa no es capaz de sonsacarle nada -. Respondió Vare. Había dejado la cuchara en el plato y la miraba con aire preocupado.

Ilena miró de soslayo a Vebo que comía con ganas y en silencio apartado de los maestros de Alcón. No tendrían tiempo de retozar aquella tarde, pero el hombre disimulaba muy bien cuando interpretaba su papel de guardián ya que se mostraba abstraído y ajeno a las conversaciones de los maestros aunque ella sabía que permanecía atento siempre.

- Bien, pues quizás con la entrevista me entere de algo. Ya os contaré -. Dijo Ilena. Había terminado el guiso e hizo la señal para que los sirvientes retirasen el plato y le trajeran una pieza de fruta.

- Eso esperamos. Necesitamos saber qué le mantiene tan nervioso. Ayer, rehizo no se cuantas veces un símbolo que teníamos bien planeado Olivio y yo -. Dijo Vare circunspecta.
- Es verdad. Yo también creo que algo le pasa. El símbolo estaba bien y nos lo hizo modificar varias veces hasta que, finalmente, volvimos al principio, al signo que habíamos preparado, y nos dijo que así era correcto. ¡No entendimos nada! -. Corroboró Olivio.
- Adara también dice que algo le pasa -. Expuso Alfición.
- Sí, ella es la que mejor le conoce -. Confirmando Olivio.
- Bien. No hablemos más. Después de la entrevista os lo contaré todo. Bueno, si puedo hacerlo -. Comentó Ilena divertida. Había cogido la pera y la mordisqueaba con ganas. Era una fruta dulce y jugosa difícil de conseguir en Alcón.

Terminaron la comida conversando sobre asuntos intrascendentes, al más puro estilo receloso de los maestros de Alcón. Ilena hizo ademán de levantarse y Vebo, que hacía rato que había acabado, se apresuró para situarse tras ella.

- Amigos míos. Nos vemos al anochecer -. Se despidió.

Ilena salió del refectorio y caminó bajo los soportales seguida por Vebo. No había nadie cerca. La luz del mediodía caía sobre Alcón como una catarata transparente de fuego. Revoloteaban los gorriones, los vencejos y las golondrinas a pesar del fuerte calor y se refugiaban entre las ramas de los árboles de sombra. La brisa era cálida y desagradable. No había aprendices ni criados pululando en aquellas horas centrales del día en las que el sol del Extenso Verano se abatía sobre la biblioteca y propiciaba el descanso. La mujer se paró y el hombre la alcanzó de inmediato. Un susurro, un aspecto de secreto y se ocultaron a la luz. Se besaron apasionadamente largo rato envueltos en un hechizo de transparencia.

- Hoy no hay siesta, amor mío.
- Lo sé, lo he oído.

Ilena suspiró y se volvieron a besar. Podría estar así toda la vida.

La mujer acarició el rostro de Vebo. ¡Había tanto amor en sus ojos!

Bajo la sombra tibia de los soportales, mientras muchos dormían la siesta, se estaba bien.

- Debo hablar con Gamel, amor mío.

Era agradable escuchar su voz, sus palabras, su cadencia. Vebo tocó sus cabellos con una suave caricia.

- ¿No podría esperar al atardecer?
- Sí, podría. Pero me ha pedido que vaya ahora. Debe ser algo importante.
- No tardes mucho. Voy a echarme un rato, pero...no me apetece nada dormir.

Ilena le miró con picardía. Ella tampoco tenía ganas de dormir.

Deshizo el hechizo y Vebo se marchó hacia sus habitaciones. Salió al sol y dejó que el calor directo

de la luz la abrazara. El vestido de lino era fresco, blanco y escotado. Su piel ya estaba morena después de aquellos meses en Alcón. Mientras caminaba, comenzó a sudar. Susurró una palabra y, de inmediato, sintió que a su alrededor la calidez de los rayos solares se mitigaba, aunque también notó una pequeña sensación de debilidad, fruto de intercambio de fuerza interior que había hecho con la magia para refrescarse.

El gran estanque brillaba. Las aguas limpias y transparentes dejaban ver las teselas y los azulejos aguamarinos del fondo y de las paredes laterales. Por las ventanas abiertas en las fachadas de la extensa Alcón se escapaban fuertes ronquidos. La ciudad se perdía recta en la distancia. En aquellos tiempos no estaba repleta de aprendices, criados, trabajadores y maestros, sino que se habitaba tan solo en una pequeña porción de la enorme ciudad que era Alcón, la zona que quedaba más próxima a los bosques, mientras que la parte más alejada, la que daba a la superficie desértica del otro extremo de la biblioteca, hacía mucho tiempo que estaba abandonada. En la ciudad de la sabiduría habían vivido miles de personas en otros tiempos, en pasadas épocas de esplendor, en antiguos periodos en las que se consideraba a los magos y maestros individuos meritorios y especiales. Ahora, sin embargo, quedaban como mucho mil o mil doscientas. Muchas, sí. Pero no las suficientes para defenderse de cualquier locura de Icelia. La emperatriz, que vivía recluida en su palacio rojo, estaba decidida a acabar con los magos desleales y sospechaba de todo el mundo. Por eso, Alcón peligraba. No tenía ni la envidia ni el reconocimiento de Ur, pero era un foco de constante peligro para ella según sus miserables y alocados pensamientos. Gamel lo sabía. Estaba segura de ello. Tal vez para eso la había convocado en secreto. Pero, se preguntaba qué le pediría. Allí estaba, esperándola. Su rostro mostraba la afabilidad y la tranquilidad de quién se siente cómodo con su destino. La fachada debía ser elegante y lustrosa, pensó.

- Querida amiga, gracias por venir. Necesito hablar contigo en privado y he pensado que el mejor sitio para hacerlo es ahí, en la Sala del Sendero -. Le dijo mientras la cogía del brazo para llevarla hacia el interior del edificio.
- ¿Acaso no os sentís seguro en vuestras habitaciones?-. Preguntó Ilena, sorprendida por la desconfianza de Gamel.

Habían pasado de la sofocante luz del día a las sombras de una sala mal iluminada. Se habían quedado solos pues la habitación estaba vacía. Sobre las mesas dispuestas en el amplio espacio esperaban instrumentos de metal, matraces y morteros a que los investigadores los utilizaran cuando pasase el calor. Continuaron con pasos sosegados, como si aquella fuera una entrevista sin importancia.

- Nunca está de más asegurarse de ello -. Respondió Gamel tras un breve silencio.

Entraron en la sala del Sendero de Voz. Estaba oscura. Gamel pronunció una palabra y las paredes se tiñeron de luz azul. El atril con la superficie del Sendero estaba en medio de la sala. El hombre

cerró la puerta.

- Ahora estamos completamente sellados del mundo exterior -. Suspiró aliviado.

Ilena estaba sorprendida por las excesivas precauciones que había tomado el maestro rector de Alcón. ¿Qué ocurría allí para que fuese tan cauteloso?

Gamel miró con confianza a Ilena.

- Icelia quiere destruir Alcón -. Dijo sin rodeos, sin recurrir a la variedad de circunloquios y verborrea con los que solía hablar.

Ilena abrió los ojos sorprendida e incrédula. Aunque imaginara que la biblioteca corría peligro, descubrir la certeza de tal cosa era una impresión que no esperaba. Súbitamente, negó.

- No puede ser.
- No puede ser. Es lo que dije en primer lugar. Pero lo sé. Lo he confirmado. Lo único que le ha impedido enviar de inmediato a sus temibles soldados blancos ha sido el problema de Eren, querida amiga. Pero una vez encuentre la solución o concluya un pacto, no dudes de que seremos su próxima víctima.

La mujer se había quedado conmocionada por la veracidad y seguridad con la que hablaba Gamel. Él, que amaba aquella ciudad, aquella biblioteca por la que se había desvivido décadas, a la que había dedicado su vida y que ahora le anunciaba que corría grave peligro. Peligro de extinción. Pero, una vez asimilada la terrible noticia, no comprendía qué pretendía conseguir Gamel de ella con aquella entrevista secreta. ¿Qué quería? ¿Qué podía hacer?

- Y ahora te preguntarás qué quiero de ti – continuó Gamel como si hubiera leído sus pensamientos.

Ella cabeceó en silencio. Se sentía tan impresionada por la noticia que se sentía incapaz de hablar.

- He de pedirte, amiga mía, aunque me duela profundamente pedírtelo, que te sacrifiques por Alcón.

Ilena dio un paso atrás asustada. La luz azul oscuro de la sala se tornó negra por un instante.

- No, no quiero tu muerte -. Añadió Gamel alarmado, y la cogió del brazo para darle confianza.- Nunca te pediría eso. Ni lo pienses siquiera. Quiero...quiero... – titubeó – ...utilizarte, si me lo permites, como excusa para que la emperatriz crea que le soy fiel y leal, completamente fiel y leal - matizó - mientras me ocupo de proteger y guardar la mayor cantidad posible de los documentos que atesora Alcón antes de que envíe a sus malditos soldados blancos. Se trataría de postergar la destrucción de la biblioteca para preservar cuantos conocimientos pueda mientras tanto, porque, amiga mía, la decisión ya está tomada y es cuestión de tiempo que se cumpla -. Le aclaró Gamel mientras la miraba fijamente, abatido, dudando entre la pena y el deber, entre la tristeza y la obligación, a sabiendas de que con aquello que le pedía, acabaría con su amistad tal vez para siempre. Al menos, a los

ojos de los demás.

Ilena sabía que lo que le suplicaba Gamel era, con toda seguridad, el último recurso de que disponía el rector. No había desesperación en sus palabras, ni urgencia, tan solo la constatación de que era la única salida que había encontrado para salvaguardar la riqueza de Alcón. Toda la que pudiera.

- Y con todo, a pesar de lo que te pido, desconozco de cuanto tiempo dispondré. Hay ojos y oídos que nos vigilan, que le cuentan todo lo que se hace y dice en Alcón y tendré que ser muy cauto mientras actúo, siempre a espaldas de los espías e informadores, siempre temiendo que la próxima hora sea la última...- dijo casi llorando.
- ¡Oh, Gamel! ¿Tan grave es la situación? -. A pesar de la sinceridad del rector, Ilena no quería creerlo.
- Nunca, nunca te pediría una cosa así si pudiera actuar de otra manera. Si Icelia y sus consejeros piensan que ejecuto con total sumisión y lealtad sus deseos podré entorpecer sus decisiones, o, al menos, retrasarlas, aunque, nada es seguro, eso también debo decírtelo con franqueza, amiga mía.

Ilena suspiró. Aún no había acabado su trabajo de investigación en la biblioteca. Era importante seguir trabajando en Alcón. Allí encontraba todo lo que necesitaba sin muchos problemas ni impedimentos, había maestros con los que discutir y progresar, y gracias a los debates que mantenía encontraba ayuda y enfoques nuevos para sus dudas y discrepancias. Todo aquello se perdería. ¿Por qué ella?

- ¿Sabes lo que me pides, Gamel? -. Inquirió con angustia.

El hombre bajó la mirada.

- ¡Claro que lo sé! ¡Y tu sacrificio será lo que lo hará más creíble! ¡No he encontrado otra solución, Ilena! -. Exclamó con desesperación, con dolor.

Ella dudaba.

- ¿Y por qué yo? ¿Por qué? -. Preguntó angustiada.
- Porque vienes de Ur. Porque creen que estoy forjando contigo una alianza secreta con la ciudad, tal es su locura. Y nadie les convencerá de su equivocación -. Aclaró.

Ilena comprendió. En verdad la emperatriz estaba desquiciada si creía eso. Miró a su alrededor. Aquella luz cobalto teñía su espíritu de pesadumbre. Se sentía atrapada por las palabras de Gamel, por su vehemencia y angustia, por su sinceridad y certeza. Pero, entre perder su trabajo y retrasar sus estudios o perder la riqueza de Alcón, no había duda. La decisión solo podía ser una.

- De acuerdo, Gamel. Lo haré -. Dijo con rabia pero con firmeza. - Alcón es demasiado importante para mí.

El hombre suspiró. No con alivio, sino con pesar. En su fuero interno sabía que lo que acababa de pedirle resolvía transitoriamente sus problemas, y que quizás los trabajos de Ilena hubieran podido

afrontar amenazas más grandes y mucho peores en un futuro, y, con su petición, lo único que conseguía era postergarlos sino perderlos para siempre.

- Entonces, amigo mía, vamos a planear nuestros actos -. Dijo sin asomo de satisfacción ni alegría en la voz.
- Sí. Una comedia. Vamos a escribir una comedia.
- Y la representación deberá ser creíble, amiga mía.

Gamel expuso su plan y sus ideas sin emoción. Era un hombre delgado, en cuya cabeza comenzaba a escasear el que había sido abundante cabello rojo, de mirada autoritaria y sabia, y de voz comedida y profunda. Mientras hablaba, se acariciaba la barba, síntoma de su inquietud y preocupación.

La mujer le escuchó con detenimiento y le planteó sus dudas cuando algo no le quedaba claro. Al final, las ideas de Gamel quedaron definidas aunque el rector vacilaba. Lo que habían maquinado causaría una profunda conmoción en la biblioteca y podría causar disensiones y dolor.

- No temas, por mi parte la representación será creíble y sincera. Nadie dudará de mi -. Trató de tranquilizarle Ilena.

Allí, reunidos en la sala del Sendero de Voz, un lugar protegido de miradas y oídos indiscretos, tanto de los presentes como de los futuros, sus palabras resonaron abatidas y tristes.

Ilena se movió hacia el atril en que se ubicaba el Sendero y acarició la superficie lisa.

- Aunque siento en el alma lo que vamos a hacer. Me gustaría que hubiera otra solución, pero, no sé, no puedo encontrarla -. Gamel hablaba verdaderamente compungido, apenado por la decisión que habían tomado.
- Es mejor así. ¿Quién mejor que yo para que los espías se lo crean?

El hombre cabeceó.

- Nadie. No puedo encontrar a nadie más. Pero no por ello dejo de estar triste y sentir rabia porque debas abandonar tus estudios en Alcón. Siento que tus investigaciones podrían salvar Adentor un día.
- Pero es mejor así. Icelia y su corte deben saber que les eres fiel y leal. Tal vez así impidamos que destruya Alcón. Tal vez tu actitud les haga recapacitar, aunque, si he de ser sincera Gamel, yo también soy escéptica respecto a eso.

El hombre suspiró. Sabía que Ilena tenía razón. Miró las paredes iluminadas por el acto de voz que había creado al entrar. Sobre la superficie de la piedra se extendía, como una capa de pintura, el brillo azulado de una luz irreal.

- Yo tampoco estoy muy seguro, Ilena. Y no sé si hago bien. Tal vez este plan nos dé un poco de tiempo. ¡Hay tanto que salvar! -. Exclamó Gamel con desesperación.

Ilena se aproximó y le puso el brazo derecho sobre los hombros, con ternura. Se miraron a los ojos.

Desde que llegara a Alcón, habían compartido muchos días de discusiones y estudio, de compromiso y cariño, y la amistad que habían forjado se había hecho grande y sincera.

– Gracias, Ilena –. Le susurró con dolor.- No sabes lo que representa tu sacrificio para mí.

La mujer cabeceó y se apartó un poco.

– Nadie debe saberlo.

– Sí. Nadie.

– Ni siquiera Dicosa.

– Dicosa no lo sabrá. Creerá que me he vuelto loco. Ella sabe que no siento aprecio alguno por la emperatriz y sus acólitos, así que mi cambio de actitud la dejará perpleja e inquieta. No sé. Tal vez dentro de un tiempo, en función de lo que ocurra, pueda decírselo -. Añadió disgustado consigo mismo.

– Tampoco Vebo lo sabrá. Es mejor así.

Se miraron. Ya estaba todo dicho. Ahora debían actuar. Cada uno tenía su papel en aquel drama. Del resultado de su pantomima dependía que Alcón tuviera más tiempo para preservar su extensísima biblioteca o para que fuera pasto de las llamas de los temibles soldados blancos de Icelia.

– Tengo entendido que necesitas “Azzluzz” para tus investigaciones, ¿no es así? -. Preguntó Gamel con irritación y de malos modos.

Desde hacía unos días algo había cambiado entre ellos. Se mostraban más inquietos, contrariados y disgustados el uno con el otro. Algo había cambiado tras la entrevista secreta que habían mantenido en la sala del Sendero de Voz, pensó Vebo y no había sido para bien. Éste se sentía incómodo y francamente perturbado pues Ilena parecía haber perdido la línea de sus investigaciones y se revelaba más fría y distante con él, como si quisiera alejarle de su vida. ¿Por qué razón volvía a exigir el libro si el rector ya había dejado claro que no lo tendría? Se extrañó. Le había explicado los motivos de su negativa y la insistencia de Ilena le incomodaba.

– Sí. Así es -. La respuesta de la mujer fue clara y franca.

El rector se mesó la barba roja con parsimonia y luego la miró con detenimiento.

– Pues no va a poder ser -. Dijo al fin con contundencia y desprecio, irritado sobremanera.

Tampoco era para ponerse así. Vebo, habitualmente relajado, notó que la tensión le invadía.

Ilena apretó los labios y se puso seria de repente. En la sala repleta de libros y pergaminos titilaron las esferas de luz.

Alfición, Blanda y Vare dejaron sus lecturas y los miraron con interés y dudas. Habían oído que tenían problemas y el tono de aquellas palabras confirmaba sus sospechas. Dicosa colocó la labor que tejía sobre la mesa y se preparó para intervenir si hacía falta aunque en sus ojos se reflejaba un

brillo de incredulidad e impaciencia. Vebo, estupefacto por el acento airado que había utilizado el rector, acercó la mano a la empuñadura de la espada en un acto reflejo.

- Pues eso va a suponer un gran retraso en la descripción de la palabra que investigo. ¡Te lo suplico, Gamel! ¡Me es preciso! -. Estalló Ilena. Pasó de la tranquilidad a la irritación en un segundo.

Gamel se encogió de hombros, despreciando su urgencia. La mujer se encontraba de pie y el rector sentado. Aún tenía abierto el libro que había estado leyendo y actuaba como si la presencia de Ilena le molestase. Cerró el libro, se reclinó en la mullida silla y la miró con una sonrisa irónica en los labios.

- Lo comprendo, Ilena, pero no puedes tener acceso al libro. No tengo nada más que decirte. Ya me lo pediste una vez y me negué. No he cambiado de idea.

Su forma de hablarle no era amable ni respetuosa. Desde hacía unos cuantos días se comportaban como verdaderos enemigos.

Ilena no estaba conforme con su respuesta. Nada conforme. La negativa del rector representaba un inconveniente considerable pues retrasaría su estudio meses, sino años. Las maestras que la escuchaban lo sabían pues Ilena les había explicado sus necesidades.

- ¿Acaso lo guardas solo para ti?-. Preguntó en un tono enfadado que molestó al rector de Alcón visiblemente.

Dicosa fue a intervenir, pero Gamel hizo un gesto brusco para que se callara.

Vebo se sintió desconcertado. Ilena no era así. La conocía lo suficiente para sospechar de su comportamiento, porqué, cada vez lo tenía más claro, aquello era una actuación, sí, una buena y brillante actuación. ¿Con qué fin? ¡Ah! Eso no lo sabía. Echó una rápida ojeada a las maestras. Estas atendían con interés a la discusión. Sonrió con suavidad. Ellas eran el público.

- ¡No te permito ese tono, Ilena! ¡Te recuerdo que eres una invitada aquí y que puedo echarte cuando me plazca! -. Vociferó furibundo.

La mujer le sostuvo la mirada iracunda que le dirigía. Vebo dio un paso al frente y se situó junto a su protegida instintivamente. El teatro había que apoyarlo.

- Ya puestos...
- ¿Qué quiere decir, ya puestos? -. Preguntó Gamel con rabia. El libro se deslizó de su regazo y distrajo al rector un segundo.
- Ya puestos quiere decir que...¡Gamel, voy a decirte lo que te mereces!

Las maestras, estupefactas y anonadadas por el cariz que tomaba la conversación no se decidían a intervenir. Seguro que alguna de ellas disfrutaba con la discusión inesperada a la que asistían.

- ¡Vamos, vamos! ¡Seamos sensatos! -. Dijo Blanda, ella siempre tan conciliadora, que se puso en pie para tranquilizar los ánimos.

- ¡No, Blanda, no! ¡Es el momento justo de decir todo lo que he callado, todo lo que postergado! ¡Oh, Gamel! ¡No sabes lo que haces!-. Ilena ordenó con la mano que Blanda se sentara de nuevo.
- ¿Qué no sé lo que hago? -. Estalló Gamel.
- Vas a perder Alcón con tus desatinos -. Afirmó Ilena.
- ¿Perder Alcón? ¿Qué dices, desquiciada? -. Se levantó de la silla con violencia. El libro cayó al suelo. Acusarle de necio e insensato era muy grave. El rector era la máxima autoridad de Alcón y sus palabras se consideraban edictos en la biblioteca.
- Lo sé, Gamel. Lo sé. Icelia te la arrebatará. Puedes estar seguro de ello -. Respondió Ilena con tranquilidad y se enfrentó a su mirada sin pestañear, sin miedo ni asomo de duda. Había increpado a Gamel y éste, nervioso, no podía refrenar su furia. Sus palabras le habían hecho daño.
- ¿Cómo te atreves? ¡Eso que has dicho es alta traición! ¡No te atrevas a mancillar la realidad de nuestra emperatriz! -. Exclamó con vehemencia.

Dicosa fue hacia el rector mientras suplicaba que se calmase.

- Lo repito Gamel. Icelia destruirá Alcón y tendrás que huir si quieres salvar la vida -. Dijo con tranquilidad, la espalda recta, la frente alta, la mirada firme. ¡Que actriz, que actriz!

Gamel se retrasó bruscamente y tiró la silla en la que se sentaba. Su rostro ardía de rabia.

- ¡Nunca más! ¡Nunca más vuelvas a ensuciar el buen nombre de nuestra emperatriz! ¡Vete! ¡Vete de aquí, antes de que tome decisiones más graves! ¡Desde ahora quedas expulsada de Alcón! ¡Vete con ese hombre que te protege y es tu amante! -. Bramó. - ¡Vete antes de que me arrepienta y ordene que te apresen los guardianes de Alcón! -. Mientras gritaba iba retrocediendo, como si temiera algún hechizo contra él. Se giraba iracundo, gesticulaba y bramaba sus palabras con enfado.

Blanda, Alfición y Vare no osaron intervenir. Solo Dicosa pedía tranquilidad aunque nadie la escuchaba. Vebo se mantenía firme al lado de su protegida. No estaba autorizado a participar en un debate entre maestros aunque fuera desagradable. Su único cometido era impedir que Ilena sufriera daño y allí nadie la amenazaba. Por el momento, al menos.

- ¿Qué has hecho, Ilena? -. Dijo Vare con tristeza, decidida por fin a exponer sus sentimientos.
- Ya era hora de que alguien le abriese los ojos -. Respondió Ilena henchida de orgullo y sin asomo de arrepentimiento.
- No creo que esto se los haya abierto, Ilena. Gamel es fiel y leal a Icelia. Me temo que tu jugada te ha salido mal -. Expuso Alfición con suficiencia. Su sonrisa la delataba.
- No Alfición. No es ninguna jugada. Es la pura realidad. Habrá cambios en Alcón y serán

para mal. Icelia ha cambiado y pronto ordenará la destrucción de Alcón -. Miró a Vebo. - Mañana, al alba, me marcharé con él. - Añadió sin asomo de arrepentimiento. El espectáculo debía seguir hasta el final.

- Es muy sencillo, Ilena -. Dijo Gamel, que se acercó a ella algo más calmado aunque el tono de su voz era firme y autoritario. - Lo que has dicho es alta traición y yo no puedo acoger a una traidora y a su pareja -. Los señaló con el índice. - Así que tenéis hasta mañana al alba para marcharos de Alcón o me veré obligado a ejercer mi autoridad.
- Nos marcharemos, sí, Gamel. Si es lo que quieres -. Admitió Ilena sin titubeos.
- Es lo que quiero. No quiero traidores y mentirosos entre mis allegados o me obligaréis a ejecutarlos.

Gamel se mostró inflexible y autoritario. Sus ojos verdes centelleaban firmes. Todo estaba dicho. Aunque para Ilena quedaba la conclusión:

- Antes de irme, Gamel, voy a repetirte lo que he dicho. Sé que consideras traición la exposición de la verdad que he hecho. Pues, lo siento. Lo siento mucho, sí. Pero lo siento más por ti que por mí. Estáis todos equivocados -. Miró a Alfición, a Vare y Blanda, que permanecían expectantes ante el atrevimiento de Ilena. - Escuchadme bien. No quiero elevar la voz ni poner barreras a su sonido – dijo refiriéndose a que no deseaba hechizar la sala – Icelia destruirá Alcón y tendréis que huir si no queréis que os maten -. Añadió con resignación, casi con tristeza.
- ¡Oh, Basta ya! -. Se exasperó Gamel. - ¡Basta de sandeces! ¡No quiero volver a escucharte más! -. Se dio media vuelta y abandonó la sala sin despedirse.
- No es ninguna mentira...- susurró Ilena mientras Alfición y Vare salían tras Gamel visiblemente irritadas.

En la sala se hizo un silencio incómodo. Blanda se sentó con las manos en las sienes tratando de aliviar algún extraño y repentino dolor de cabeza. Dicosa miraba a Ilena desconcertada y triste, casi exigiendo una explicación de lo que había ocurrido allí.

- Vayámonos Vebo. No hay nada más que decir. Mañana nos iremos de aquí.

Ilena quiso despedirse de Blanda pero esta continuaba con la cabeza hundida entre las manos y lloriqueaba. Dicosa había adoptado una expresión sombría. Sobraban las palabras además de los gestos. Salieron sin decir nada.

El corredor estaba vacío y las piedras iluminarias alumbraban el camino.

Vebo cogió a Ilena del brazo y la miró con aire interrogativo.

- ¿Qué ocurre aquí? -. Preguntó con calma.

Ilena sonrió. A él no le había engañado, era demasiado suspicaz y astuto para que las palabras dichas allí le convenciesen. Pronunció una palabra para quedarse aislados de oídos ajenos y del

recuerdo y le respondió:

- No hemos podido engañarte, ¿eh, amor mío? -. Le acarició el rostro con dulzura.
- No. Aunque sois buenos actores, he estado observando y sé que Gamel nunca defendería a la emperatriz, ni te acusaría de traición. Te conozco y esta representación que habéis escenificado me parece más bien un sacrificio, tu sacrificio. ¿Por qué lo has hecho Ilena? -. Le preguntó con seriedad.

La mujer le miró a los ojos y se sintió avergonzada por no haber confiado en él, por haberse mostrado fría y distante, emborrachada de pergaminos y libros. Y él había permanecido a su lado, firme, cariñoso y dulce. Le debía una explicación clara y franca.

- ¡Oh, lo siento, amor mío! ¡Siento todos estos días pasados! -. Se acercó a Vebo para abrazarle, pero el hombre levantó una mano para que se detuviera.
- Habla antes de abrazarme.

La mujer se paró y tembló de miedo a perderle.

- Gamel sabe que Icelia quiere destruir Alcón y me pidió que le ayudara. Quiere más tiempo para preservar la riqueza de la biblioteca y convinimos que la única manera que tenía de conseguirlo era hacer creer a sus espías que le es fiel como un perrito faldero.
- Pero eso significa que te has sacrificado por él -. Matizó el hombre más tranquilo.
- Por él no, Vebo. Lo he hecho por Alcón. No sé de cuanto tiempo dispondrá, ni si nuestra representación ha conseguido convencerles, pero no podía ignorar el peligro que corre la biblioteca.
- ¿Y por qué no me lo dijiste?
- Gamel me lo exigió. Pero tu...- se adelantó un paso, sus ojos pedían clemencia -...tu, eres demasiado inteligente como para morder el anzuelo, amor mío.

Vebo abrió los brazos y ella se le abrazó con fuerza. Después de aquellas semanas de incertidumbre y dudas, con aquel abrazo se desvanecían los sinsabores. Ilena, mientras le besaba, comprendió que debía ser siempre honesta y sincera con él. Le amaba más que a nada en aquella vida.

Vebo e Ilena dormían en un fría alcoba de Alcón. No había más muebles que la simple cama y la ropa colgaba de unos ganchos anclados en la pared. Por la ventana sucia de polvo se filtraba el sol de la mañana. La espada y el cinturón de Vebo estaban en el suelo, sobre las baldosas de arcilla gastada. Aquella era una habitación muy distinta de la que habían disfrutado hasta aquel día. La expulsión de Alcón había comenzado con la pérdida de sus cómodas estancias además de negarles ropa limpia para cambiarse así como la posibilidad entrar en los baños para asearse y continuaba con el desprecio manifiesto que les dedicaban tanto criados como los otrora amables maestros.

Ilena se despertó y miró el rostro dormido de su amado. No pudo evitar acariciarle y, con su gesto, le despertó. Se miraron y se devolvieron una mirada de felicidad y ternura. La mujer acercó el rostro y se besaron. Sentían su calor, sus cuerpos cálidos y dispuestos para amarse de nuevo. ¿Qué importaba que aquello fuera Alcón? Se habían descubierto. Lo sabían todos. Se querían. Iban a ser sus últimas horas en la biblioteca y, aunque el viaje no había acabado como tenían previsto, el resultado final había sido infinitamente mejor que el perseguido desde un principio, pues en Alcón se habían reconocido y amado. Eso era lo mejor que les había pasado.

Vebo se apartó después del largo y tierno beso.

- Gamel nos ordenó que nos marcháramos al alba y, mira - señaló la ventana - ya es mucho más tarde.
- ¿Qué importa? Está bien un poco de rebeldía, ¿no?-. Se quejó la mujer.
- Tengo ganas de irme de aquí, Ilena -. Vebo se incorporó y se irguió sobre el frío suelo. El vello corporal se le erizó pues la habitación estaba húmeda y fresca. - La comedia tiene que acabar -. Añadió con una sonrisa.

Ilena contempló su cuerpo desnudo y sonrió complacida.

Vebo comenzó a vestirse.

- ¡Vamos, vamos! -. La animó para que se levantara sin demoras.

A regañadientes, la mujer obedeció.

Cuando estuvieron vestidos, abandonaron la parca estancia, salieron a un largo pasillo en el que pululaban criados y doncellas que, nada más verles, apartaron los ojos, bajaron las escaleras y llegaron al patio. El aire fresco les saludó.

- ¡Tampoco es tan tarde! -. Exclamó Ilena mirando al sol.
- Mucho más tarde de lo pactado. No me gustaría que nos lo reprochasen. ¿no te quieres llevar nada? -. Le preguntó. - ¿Eso sí podemos hacerlo, no?
- No. Todo lo que necesito lo tengo aquí -. Señaló su sien con el índice.

Vebo se encogió de hombros. Ilena, desde luego, tenía mucha memoria.

Caminaron junto al estanque. Algunas criadas utilizaban el agua clara proveniente del río para lavar la ropa que luego tendían en cordeles dispuestos sobre palos repartidos por las proximidades. Las muchachas cantaban y tarareaban canciones alegres mientras trabajaban. Pasaron hombres que tiraban de mulos de carga albardados con ladrillos y arena. Seguramente los necesitarían para continuar la renovación de los edificios más alejados. Algunos maestros vestidos con túnicas blancas, grises, negras o marrones paseaban enfrascados en sus discusiones particulares o caminaban silenciosos, ensimismados en sus pensamientos, y ni siquiera les miraron. Todos conocían la sentencia de Gamel y ninguno se atrevía a quebrantarla.

Ilena estaba bien allí. Aquella inmensa biblioteca, magníficamente provista de libros, pergaminos,

tablas, papiros, telas y piedras era la perfecta fuente de inspiración para sus investigaciones. Además, había máquinas para experimentar que no se encontraban en ningún otro lugar, artilugios mágicos exclusivos, difíciles de manejar, que requerían la colaboración de expertos como los que vivían en Alcón, y organismos autónomos de memoria y resolución. Y también estaban los maestros y los magos con los que discutir y conversar, con los que converger o discrepar. El compendio de información y conocimiento que era la biblioteca se reforzaba con la calidad de los pensamientos de aquellos hombres y mujeres entregados a la magia y al estudio. Muchos de ellos compartían su sabiduría y ofrecían enfoques nuevos y diferentes a los investigadores, con lo que estos se encontraban ante retos diversos y de nuevo cuño cuya resolución ampliaba los límites de su propia experiencia. Sí. Definitivamente Alcón era un buen sitio para vivir. Ilena se daba cuenta de todo cuanto perdía y a veces pensaba que el sacrificio que hacía era excesivo.

Entraron bajo la sombra de los soportales y, de allí, a la estancia desde la que partirían. Olivio y Dicosa les esperaban. La luz débil de la piedra iluminaria tejía un ambiente cálido en la habitación desnuda. Solo habían venido ellos de cuantos conocían en la biblioteca. Era lo esperado, pero no por ello dejaba de ser doloroso. Tras la discusión y su expulsión, muchos de los que habían sido sus compañeros les consideraban unos apestados, indignos de su condición de maestros y magos.

- Ya estamos aquí -. Les anunció Ilena, afectada en aquel instante al verlos desafiando las órdenes del rector.
- Pensé que no le obedeceríais -. Dijo Dicosa mientras se aproximaba a la pareja para despedirse. Si pensaba que el rector había sido injusto con ella no se atrevió a mostrarlo.
- No Dicosa. Lo dicho, dicho quedó. Hay palabras que no se pueden cuestionar, ni órdenes que deban desobedecerse. Nos marchamos -. Sentenció Ilena. - Aunque lo siento. Aquí, en esta ciudad, podría pasar el resto de mis días -. El aprecio que sentía por aquellas salas atestadas de libros y sabiduría era sincero.

Vebo carraspeó a su lado.

Ilena le miró:

- Claro que ahora la vida carece de sentido sin él -. Dijo con ironía, aunque era totalmente cierto.

Dicosa les sonrió comprensiva.

- ¿No quieres llevarte nada? -. Intervino Olivio.
- No. No. Gracias Olivio. Lo que deseo llevarme, lo guardo en mi memoria -. Respondió agradecida.
- Pues, cuando llegues a Ur, despréndete de ello enseguida. Sé por propia experiencia que la memoria a veces nos es esquiva y que nunca viene mal dejar los conocimientos impresos en algún objeto perdurable -. Le aconsejó el hombre. En su rostro se leía la tristeza que sentía

al despedirse.

- Cierto. Tienes razón, y así lo haré, Olivio. Gracias por el consejo -. Ilena suspiró. Llegaba el momento.
- Siento todo lo ocurrido, querida Ilena -. Dijo Dicoso con cara de circunstancias.
- Comprendo. No importa. Estás tú aquí y Olivio. No necesitamos a nadie más -. El aludido sonrió. Su rostro amplio y orondo mostraba desazón.
- Tus aportaciones le han hecho dudar. Está obsesionado con algo que él llama “*quimiética*” y que no le deja descansar. No sé qué le ocurre -. Dijo a modo de disculpa. - Y quiero decirte que no comparto la acusación que te dirigió -. Añadió con atrevimiento.

Ilena le cogió los brazos a modo de despedida y negó.

- No digas más -. Le puso la mano sobre los labios para que callara y no se viera involucrada en sus intrigas por error. - Gracias por todo, Dicoso. Sin tu protección habiéramos tenido más problemas -. La miró a la cara con franqueza, agradecida por sus esfuerzos. - Y a ti, Olivio, gracias también de corazón -. Se dirigió hacia él y también le tomó los brazos a modo de saludo.- Eres una buena persona -. Le sostuvo la mirada unos instantes y finalmente le sonrió dulcemente. - ¡Partamos, Vebo! -. Exclamó a continuación. No había razón para demorarse más. El hombre les saludó con una simple inclinación de cabeza. - ¡Ah, Dicoso, dile que a pesar de todo no le guardo rencor! -. Añadió antes de pronunciar la palabra de viaje.

Vebo sonrió a los maestros de Alcón, echó una rápida ojeada a la estancia y cogió la mano de Ilena.

En breves instantes estarían en Ur.

Vida cotidiana

Ordo era un maniático. No quería vender sus cerdos hasta que no estuvieran en buenas condiciones. Y por buenas condiciones entendía que debían pesar más de doscientos kilos. Así que Vebo se llevaba a casa dos bestias enormes que le dificultaban en grado sumo el sacrificio. Pero, ¡bah! Eso no era ningún problema. Vebo había matado a hombres más grandes, más fuertes y más ágiles que aquellos lentos animales. Aunque matar cerdos, por lo que pudiera parecer, no era tarea fácil ni simple.

El corral de Ordo se encontraba en las afueras de Tendérim y allí había acudido con una buena bolsa de piedras rojas y dos pollos que le sobraban.

- Estos son -. Le había dicho el ganadero con el orgullo del criador.
- ¡Oh! ¡Que grandes! ¿Seguro que tendrás suficiente con lo que te he traído? -. Ordo, de naturaleza jovial y confiada, afirmó con la cabeza.
- Son todos tuyos -. Tiró al aire la bolsita que Vebo le había dado y la recogió al vuelo. Luego, abrió la puerta del corral y los animales, como si obedecieran la llamada cotidiana de la

costumbre, salieron sin que se les reclamara.

- Vais a ir con Vebo -. Les dijo con naturalidad, como si le comprendieran. - Y no correréis en pos de ninguna cerda -. Les amonestó.

Los animales, con la cabeza gacha, olisqueaban el suelo con naturalidad ajenos a la advertencia.

Vebo ya no se sorprendía. Había visto aquella escena cientos de veces. La puerta que se abría en el corral, los animales dóciles y obedientes, las palabras severas de Ordo y luego el viaje tranquilo hasta su corral para encontrarse con la muerte.

- Hará un buen día, ¿eh? -. Dijo Ordo cuando acabó de hablarles. Aún era de noche y a pesar de lo avanzado del año no hacía frío a aquella hora tan temprana.
- Sí. De otoño -. Para Vebo era un día como cualquier otro. Bueno, con un poco más de intranquilidad. Las palabras de la reunión con los magos le tenían pensativo.
- Te noto distraído, Vebo-. Comentó Ordo.

Los animales permanecían impasibles. Olfatearon los pies del ganadero y éste les apartó suavemente.

- No. No. Es que no he tenido una buena noche.
- ¿Estas preocupado por los forasteros?-. Preguntó Ordo que sabía de las riñas de Vebo.
- Precisamente por ellos no. Son cuatro buscavidas que no saben dónde caerse muertos. No tengo nada contra ellos y gritaré y escupiré cuanto me plazca, y si es contra el Tejedor de Muerte, lo haré con más ganas. ¡A mi no me amilana nadie! -. Exclamó Vebo. De repente se había puesto tenso.
- No grites -. Le rogó Ordo acobardado. - Si tu no tienes miedo, muy bien, pero yo no quiero que nadie me robe esta noche o que me cause algún problema.

Vebo le miró ofendido.

- No sé qué le ocurre a las gentes de este pueblo. Llegan cuatro sabandijas y enseguida os asustáis de ellos. ¿Es por qué llevan espadas? ¡Groso ya se encargará de quitárselas! No es estúpido y sabe que las leyes de la emperatriz han de cumplirse, aunque les tenga miedo. Tiene competencia y no le gustaría que alguien le arrebatase el puesto -. Dijo Vebo mirando a Ordo fijamente.
- Tal vez tengas razón -. El hombre se frotó el mentón. - Pero no me gusta nada esa gente.
- Ni a mi. En eso coincido contigo. Pero de ahí, a tenerles miedo....- dejó la frase inacabada.

Los cerdos comenzaban a impacientarse.

- ¡Ah, tienen ganas de irse! -. Exclamó Ordo.
- Sí. Sienten que con el cambio van a mejorar -. Dijo Vebo con ironía y luego se echó a reír mientras iniciaba la marcha. - No dejaré que sufran mucho con una larga espera -. Le confirmó.

Vebo sacrificó a los dos cerdos aquella mañana. Con la sangre recogida en varios cubos haría morcillas y chorizos. Los jamones los reservaba para que el Antemagistrado Groso los llevase al secadero de las montañas y se los quedase. Había que estar a buenas con las gentes de poder del pueblo, aunque fueran unos miserables. Había troceado los animales y los había repartido por el mostrador según sus calidades. Algunas piezas colgaban de ganchos del techo.

Cuando se abrió la puerta, entró Gloria con su cesta perpetua colgando del viejo brazo. La anciana tenía el aspecto de aquellas personas que conocieron tiempos mejores.

- Buenos días, Vebo, ¿qué me puedes ofrecerme hoy?
- Tengo cerdo. ¿Le corto varios filetes? -. Preparó el cuchillo y le dedicó una gran sonrisa.
- Sí. Ponme dos. Ya sabes que te los pagaré con un buen consejo...

Vebo asintió. Ya lo sabía. Nunca le cobraba a la pobre mujer. Gloria subsistía gracias a la caridad de las gentes del pueblo.

- Tus consejos valen más que las piedras rojas, Gloria -. La alabó.

La anciana arrastró su cuerpo hasta el mostrador mientras el carnicero cortaba los filetes. Se detuvo junto al mostrador, abrió la cesta de mimbre que llevaba y el hombre le colocó la carne sobre unas hojas de vid bastante pochadas que cubrían el fondo.

Vebo le sonrió.

- No vayas a la posada esta tarde -. Le alertó Gloria. Más que un consejo era una advertencia.

El carnicero se encogió de hombros y negó despreocupado.

Gloria apretó los labios pero no dijo nada, se volvió y se dispuso a salir. Nunca daba las gracias por la caridad que recibía. Seguramente pensaba que era obligación de sus vecinos alimentarla y cuidarla pues a su edad, sin la ayuda de la gente, moriría de hambre con toda seguridad. ¡Ya les pagaba con sus sabios consejos!

- ¿Tiene mucha prisa hoy, señora Gloria? -. Le preguntó Vebo con sarcasmo.

La anciana se detuvo y se giró enojada.

- Sí. Tengo mucha prisa. Hay gentes de mal ver por la ciudad. Y no me gustan. Tú te burlas demasiado de lo que no deberías. Y no quiero estar cerca de ti cuando te castiguen.
- No tema. Nada va a ocurrirme. Soy demasiado poco para alguien tan poderoso-. Dijo Vebo con tranquilidad.

Gloria cabeceó, murmuró algo ininteligible y reanudó su marcha. Cerró con cuidado la puerta para no alterar el silencio de la calle.

Vebo se quedó pensativo. La vieja siempre decía que las gentes de Tendérim estaban siendo vigiladas por acólitos del Tejedor de Muerte, que el Antiguo Mal, como ella lo llamaba, les tenía

observados permanentemente. Sus consejos siempre se circunscribían a advertir a los demás de ello. Repartía miedo e incertidumbre y cosechaba un día más de subsistencia con sus tenebrosas palabras. Nunca, desde que la conocía, había tenido razón en nada de lo que había presagiado. Pero, ¿por qué no iba a tenerla ahora?

La puerta se abrió y entró Gerta, la esposa del Antemagistrado Groso. Siempre iba bien vestida, con su sonrisa falsa, su desdén y su abundante presunción. La acompañaban dos criados que la protegían, no fuera que alguien quisiera vengar en ella los malos oficios de su marido. Eran dos tipos grandes, musculosos, de mirada impenetrable.

- ¿Qué nos ofreces hoy, carnicero? -. Preguntó y, sin esperar respuesta, añadió: – A mi esposo le apetece pollo asado.

Vebo negó.

- Pues hoy no tengo. Hay cerdo. Nada más -. Respondió con franqueza mientras hacía un gesto con la mano indicándole lo que había a su disposición.

Gerta observó las piezas que colgaban de los ganchos.

- Vaya, pues, tendré que decepcionar a mi marido. ¡Él, que se había hecho la ilusión!

Vebo se encogió de hombros.

- Tal vez mañana mate algún pollo. Si vuestro marido puede esperar...- trató de complacerla. En su interior se reía pues había entregado las aves a Ordo con toda la intención.
- No. Para mañana, no. Lo quiere hoy. Bueno. Si no tienes pollo, tendré que marcharme.
- Como gustéis señora. Lo siento.
- Más lo sentirá mi marido cuando vea que no le sirvo lo que quiere.

Gerta salió airada de la tienda. Vebo no pudo reprimir una sonrisa cuando los criados abandonaron la carnicería tras ella.

La mañana pasó rápida. La tarde transcurrió mucho más lenta. Los clientes hablaban del tiempo, de los animales, de la familia, de asuntos banales y cotidianos, pero siempre acababan la visita con alguna leve insinuación sobre el peligro que suponían los extraños en la ciudad. Tantas advertencias y tanto miedo le revolvían el estómago. ¡Ya estaba bien! Tenía sed y hacía días que no visitaba a Cabán. Las palabras de advertencia de Gloria suponían un reto para él. Eran tan pocos los que se le proponían en aquellos tiempos. Suspiró.

- Iré. Desde luego que voy a ir. Me apetece un buen vaso de vino y alterar, como no, la marcha del destino.

La rebelión de Ur.

– ¿Estáis seguros?

Sirtán les invitó a sentarse en las mullidas sillas de sus aposentos. No había abierto la boca en todo el recorrido, a pesar de los saludos que le habían dedicado los numerosos magos, criados y aprendices con los que se habían cruzado. Y Vebo e Ilena tampoco habían sentido necesidad de responderles. Habían sido maleducados, eso sí, pero ni siquiera se habían dado cuenta, cada uno de ellos inmerso en sus propias cavilaciones.

En aquella amplia sala había de todo, desde oscuras cerámicas a brillantes libros de cristal pasando por ajadas bolsas de cuero llenas de sustancias desconocidas a pequeños retratos en marcos de oro de una perfección excelsa; en definitiva, un cúmulo de recuerdos, objetos fantásticos y materiales de estudio propios de un legendario coleccionista. Los ojos de Vebo se entretenían en repasar los objetos que recordaba de su última visita. Nada parecía estar en el mismo sitio que en la ocasión anterior, aunque de eso hacía ya bastante tiempo.

– ¿Estáis seguros? -. Repitió Sirtán.

– Sí, Sirtán -. Respondió Ilena. Vebo, que se había distraído unos instantes, asintió también.

– Nos amamos. ¿Qué hay de malo en ello?-. Dijo el guardián con sinceridad. - Y sospechamos que tú ya lo sabías antes incluso de que ocurriese, ¿no es así?

- ¿Eh, no, no? - La pregunta le sorprendió.- Yo solo sabía que el destino podía unirnos, no que ello ocurriría con certeza. Las posibilidades no siempre se cumplen. - Respondió con tranquilidad -. Me es muy grato escucharlo de vuestra propia voz. Aunque ya lo había deducido de vuestro comportamiento, eso ya lo sabéis, siempre resulta agradable que te confirmen la evidencia -. Dijo el mago que tomó de una mesa una hermosa botella de cuello estrecho y ancha base en la que había un líquido negro. - ¡Brindemos con el mejor vino de Zu! ¡Por el destino y vuestro amor! -. Añadió alegre y se levantó para coger tres vasos de cristal dispuestos sobre una pequeña bandeja que descubrió tras apartar unos rollos de pergamino.

Tomaron los vasos, les sirvió y bebieron. Era un vino fuerte, aromático, que enseguida les calentó el estómago y entonó su ánimo.

Sirtán se sentó y mientras observaba el vaso de un granate intenso dijo:

- Es bueno. Me lo traen de Zu expresamente para mí. Vinzenza tiene un lagar y cultiva las vides con mucho cariño.

Vebo asintió con el vaso en la mano. Lo había vaciado de un trago. Era de lo mejorcito que había bebido últimamente.

- Si te apetece, puedes servirte más -. Le invitó Sirtán.
- No voy a decir que no.

Mientras Vebo se levantaba para rellenar su vaso, Ilena fue al grano:

- ¿Y bien? ¿Por qué nos has traído a tus aposentos?

El mago se mesó la barba y la miró con intensidad:

- Hum. Veo que eres muy perspicaz, querida Ilena.
- Siempre hay algo más. Lo sé. Tus actos te delatan. Podrías haber creado un nudo de silencio a nuestro alrededor y contárnoslo mientras caminábamos -. Aunque Vebo le conocía mejor, ella sabía que el mago nunca actuaba sin un motivo preciso.
- Cierto, cierto. Soy como un libro abierto para quién me conoce y me observa. Bien -. Sonrió. - Aunque, en esta ocasión, no quería importunar a Bona -. Aclaró.

El regreso de la pareja no había sorprendido a nadie, tal como era costumbre en Ur. Nada más llegar, habían buscado a Sirtán y, éste, con la intuición que le caracterizaba, había comprendido la evidencia. Se había despedido de la jardinera y los había arrastrado a sus habitaciones.

- ¿Y entonces, qué ocurre?
- Pues que vuestra relación no será bien recibida.
- Ya lo sabíamos - intervino Vebo - y no nos importa.
- Me parece muy bien. Eso es lo primero: seguridad en una relación. - Comentó con socarronería. - Luego está lo demás, ¿hasta donde llegaríais para preservar esta relación? -.

Les preguntó con seriedad.

- Hasta donde sea -. Respondió Vebo con mayor firmeza.
- ¿Hasta perder todo lo que habéis conseguido? -. El mago miró a Ilena con ternura.

La mujer se alarmó un instante. Sus investigaciones, su labor de décadas, todo su trabajo podría malograrse. Suspiró y respondió:

- Puedo perder mucho, Sirtán. Lo sé y lo asumo. Pero perderle a él sería muchísimo peor -. Le dio la mano y Vebo se la apretó con delicadeza.- Prefiero perder todo mi pasado, todo mi trabajo, que dejarle a él -. Le miró con dulzura. Sus ojos esbozaron pequeñas lágrimas.

Vebo comprendió todo lo que abandonaría Ilena por él y de repente se sintió mal. No quería que renunciara a nada por él. No quería ser un estorbo en su vida. Quería compartirla, no cambiarla. Fue a decirlo alto y claro pero Ilena se le adelantó.

- Vebo, sé que nunca querrías que abandonara mis investigaciones y lo que he dicho, es cierto de alguna manera. Para tu tranquilidad, amor mío, todo lo que he estudiado, todo lo que sé, reside en mi cabeza además de en todos esos documentos con los que trabajo. Así es como soy. Si tuviéramos que irnos de Ur, nada ha de preocuparte, pues en cualquier otro lugar, aunque sea con menos medios, proseguiría mis estudios. Y creo que tendría también la ayuda de algunos amigos ¿no es así? -. Miró al mago para confirmar lo que ya sabía.

Aquellas palabras tranquilizaron a Vebo. Por un instante había temblado de miedo al pensar que debería dejarla para que fuera feliz con sus investigaciones.

Sirtán asintió y la miró con ternura.

- Espero que no tengáis que marcharos nunca, amigos míos. Te necesitamos aquí, querida Ilena. Valian asume con demasiada autoridad el control de los actos de Ur y es bueno que tenga ideas nuevas en las que pensar, ideas que enturbien sus manipulaciones y alteren sus planes. Los maestros de Consejo que no se suman a su causa son cada vez más escasos y pronto llegará el día que hará de Ur su feudo. Pero aún nos queda tiempo para impedirlo y vuestra relación, amigo míos, es toda una rebelión para sus métodos y su concepto de la vida aquí -. Sirtán rió con ganas. - Bien, bien. Él no sabe lo que le espera -. Se levantó y se dirigió a servirse más vino de Zu. Tomó la botella y se sirvió. Tras beber, dijo:- Está condenadamente bueno, ¿eh?
- Hay otro asunto que debemos explicarte -. Expuso Ilena satisfecha por el apoyo del mago.
- ¿Sí? ¿Cual?
- El motivo de nuestro precipitado regreso.
- ¿Precipitado? No he advertido nada de ello en vuestra apariencia -. Se sentó de nuevo y les observó con interés.
- Sí, Sirtán. Las cosas no han ocurrido tal y como pensábamos -. Comenzó Ilena y entonces le

relató cuanto había acontecido en Alcón.

La rebeldía de los amantes

El regreso de Ilena fue bien recibido por la mayoría de sus colegas y enseguida reanudó las lecciones que impartía en las aulas libres. Allí, en los lugares escogidos, cualquier maestro podía declamar sus lecciones cuanto quisiese, sin ningún compromiso, horario ni restricción alguna. El auditorio difería en la mayor parte de las ocasiones, pues los aprendices nunca estaban seguros de si se iba a impartir una lección o no y, estos, naturalmente, solían acudir a escuchar las conferencias de aquellos maestros más regulares y previsibles. Había maestros que ejercían con puntualidad su oficio y otros que nunca se prodigaban o lo hacían ocasionalmente. Ilena era considerada una excelente comunicadora, así que, en cuanto se extendió la noticia de su retorno, enseguida se formaron grandes grupos de aprendices para escucharla.

Falsa atendía a las palabras de Ilena encandilada. Sus ojos negros parecían extasiados. La lección de la maestra era interesante y el método que seguía perfecto. No había maestro alguno que supiese comunicar sus mensajes como ella.

Los aprendices estaban sentados en el suelo, sobre la hierba, y soplaba una brisa suave y fresca, agradable bajo la sombra del arce, aunque esta no los alcanzase a todos.

Del brasero dorado salía humo azulado e Ilena lo detuvo en el aire. A continuación, como si fuera elástico y maleable, lo retorció en una espiral que quedó suspendida ante ella. Había utilizado un

vocablo para que el vapor se consolidara y adquiriese aquella consistencia mágica. La lección de aquel día se orientaba hacia la consecución de habilidades con el humo.

- Bien, aprendices – llamó su atención – habéis visto cómo lo he hecho. ¿Alguno de vosotros se atreve? -. Les retó. Desde su regreso se complacía en enseñar a los más jóvenes, los más inexpertos o los más difíciles.

Falsa se levantó como si la hubiera empujado un resorte.

- ¡Ah, Falsa!

La muchacha era tímida y recatada. Generalmente siempre era la última en ofrecerse, hablaba con excesiva delicadeza y parecía como si tuviera miedo permanentemente. Aquel atrevimiento era inusual en ella. Al acercarse a la maestra parecía que iba a ahogarse de vergüenza.

- Tranquila muchacha -. Ilena la cogió del brazo para infundirle un poco de confianza. - Todo irá bien. El humo es para ti.

Ilena hizo un gesto y la espiral que flotaba en el aire se esfumó.

- Prepárate. Voy a destapar el brasero.

La maestra así lo hizo y el humo emergió como antes.

Falsa, nerviosa, pronunció la palabra y el vapor se paralizó ante ella. Luego, lentamente, se convirtió en una magnífica espiral.

Ilena estaba satisfecha.

- ¡Muy bien!-. La felicitó con efusividad.

La muchacha sonrió por primera vez.

- ¡Oh, gracias, gracias, maestra!

Se la veía satisfecha y contenta, feliz por su logro.

- Bien. Ahora siéntate. Tienes cualidades positivas. - Le dijo y observó como se alegraba sobremanera. - Tus compañeros también lo van a intentar.

Muchos de los llegaban a Ur para convertirse en magos fracasaban pues se necesitaban cualidades innatas y naturales que no poseían. Los aprendices de origen noble eran devueltos a sus casas con una sonrisa y un consejo, lo más humildes, hijos de comerciantes, campesinos y gente corriente podían quedarse en la ciudad ejerciendo de criados si había vacantes o si así se lo permitían los magos del Consejo. Con el tiempo, aprendían algo más pero nunca llegaban a dominar la magia.

Falsa obedeció.

A partir de aquel día, Falsa se convirtió en una fiel seguidora de Ilena, su aprendiz predilecta, su mejor alumna. Compartieron tantos momentos íntimos que Ilena llegó a considerarla una amiga más que en una simple aprendiz.

La relación con Vebo era mal vista por la mayoría de los maestros de Ur, pero como llevaban con discreción sus amores, Valian y sus acólitos no tuvieron ocasión alguna para manifestar sus quejas aunque todos supieran que eran una pareja de enamorados. Sirtán se reía y les apoyaba cuando alguno de aquellos magos renuentes se atrevía a cuestionar su relación. Nadie, salvo Valian, se creía con la autoridad suficiente para contradecir las opiniones e ideas del gran mago, pero callaba.

En aquellos días, Ilena consideró la idea de enseñar a Vebo secretos mágicos que pudieran serle de utilidad.

Desplazarse con la palabra exacta de un espacio a otro era sencillo. Claro está, cuando se comprendía a la perfección la desinencia y la estructura semántica de ésta. Este era un recurso que Ilena dominaba a la perfección y había insistido en que Vebo lo intentase. No había peligro. Ninguno, le había dicho.

- ¿Y si aparecemos en el interior de una roca?-. Preguntó Vebo preocupado.
- Eso no ocurrirá. Estoy yo aquí.
- Menos mal...- Resopló el hombre con ironía.

Ilena le pegó un codazo.

- ¡Oh, vamos, inténtalo!
- ¿Seguro que no quieres continuar escribiendo lo que recuerdas de nuestra estancia en Alcón? A mi no me importa -. Preguntó Vebo reticente.
- ¿Tienes miedo, gran guerrero?-. Le preguntó Ilena, divertida por la inseguridad de Vebo.
- ¡No! -. Exclamó éste.- ¿Cómo voy a tener miedo si tú estás conmigo?

Vebo hizo una mueca con los labios y se concentró en recordar los sonidos que debía de conjugar. Cuando los tuvo claros, tomó la mano de la mujer, la miró con cariño y los enunció.

Se hizo la noche y luego regresó la luz. Más rápido que un parpadeo, suave como un suspiro.

Estaban en un prado, con la hierba húmeda a sus pies, el cielo azul por techo y las mariposas verdes revoloteando a su alrededor. El sol era suave, agradable.

- ¡Muy bien! -. Exclamó Ilena.- ¡Aunque no sé donde estamos! -. Miró a su alrededor para identificar el lugar o la región, pero solo se veía el prado extenso con el cielo azul a su alrededor. Montañas, ni una en lo que alcanzaba la vista. Una inmensidad verde por todas partes que se deslizaba hacia el lejano horizonte.
- Actoplan -. Dijo Vebo.
- ¿Las praderas de Decepción? -. Se sorprendió Ilena. - Estamos muy lejos.
- Siempre me pareció un lugar muy hermoso -. Vebo la atrajo hacia sí y la besó con ternura.

Hacía calor y la pesada ropa que vestían les molestaba.

- ¿Quieres quitarte la ropa? -. Preguntó Vebo con picardía.

Ilena sonrió.

- ¿No hay nadie por aquí?
- Supongo que no. Estas praderas son muy extensas. Tal vez haya algún colono perdido o acostado entre la hierba pero...- miró a su alrededor – no veo a nadie.

La mujer volvió a sonreír. ¿Qué más daba? Se sentía feliz y Vebo había sido hábil, mucho más de lo que esperaba.

Cuando regresaron a Ur, despreocupados y felices, Vebo besó con pasión a Ilena en presencia de varios aprendices.

Estos se rieron pícaros y contentos pues era una acción que tenían que hacer ellos mismos a escondidas. Besarse en público era un acto mal visto, impropio, vulgar e indigno. Aquello era, a sus ojos jóvenes, todo un desafío a las costumbres y normas recatadas que regían la vida cotidiana de Ur.

Los jóvenes continuaron su camino cuchicheando mientras Ilena, abrazada a Vebo, susurraba:

- ¿Sabes lo que has hecho?
- Besarte, creo.
- ¿Y sabes qué significa eso?
- ¿Que te quiero?
- ¡No seas simple! -. Trató de zafarse de sus brazos.
- ¡No te me escapes! -. Él la abrazó con más fuerza.
- Ya hemos roto un tabú por hoy, dos, me parece excesivo -. Sonrió Ilena.
- Pues por mi, como si rompemos siete u ocho...- sugirió Vebo y la volvió a besar. Esta vez con más pasión si cabe.

A los ojos de Cedric, aquello era una aberración, una completa ignominia. Su viejo amigo, mejor dicho, al que había considerado su amigo, actuaba de forma impura, inadecuada y grosera. Caminó hacia ellos con fuego en la mirada.

- ¡Esto es indigno! -. Les conminó a que se separasen gritando con fuerza.

La pareja le miró con sorpresa fingida y, más por incomodidad que por vergüenza, se apartaron el uno del otro.

- ¿A quién ofendemos? -. Preguntó Ilena irritada.
- Esto...esto...es vulgar...propio de criaturas sin entendimiento o de seres groseros y sin educación -. La acusó con enfado.

Vebo dio dos pasos hacia Cedric y éste retrocedió espontáneamente.

- No vuelvas a decirnos eso -. Le amenazó con un gesto duro y firme.

Ilena agarró del brazo a Vebo y sintió sus músculos tensos, duros como la piedra.

- Déjalo, Vebo. No tiene importancia. Desde que Valian lo ha tomado como perrito faldero, se cree con autoridad sobre todos nosotros -. Le menospreció Ilena y le dio la espalda para

alejarse.

El miedo de Cedric se tornó furia. ¿Cómo se atrevía a tratarle así aquella simple mujer? Una palabra ascendía a sus labios con rabia. ¿Qué importaba si la utilizaba? Pagarían por insultarle. La voz pugnaba por escapar de su boca. Pero no. Si les hacía daño, perdería todos sus privilegios en Ur. Le había costado mucho llegar hasta donde estaba y no iba a echarlo a perder por estos dos miserables. Sintió que sus labios se relajaban. No. No estaba bien actuar impulsivamente, sin reflexionar. Ya tendría tiempo de vengarse.

La pareja ya se había alejado. No los iba a dejar sin castigo. Eso no. Al menos sufrirían una humillación pública.

– ¡Esto no quedará así! ¡Tenedlo por seguro! -. Les bramó desde lejos.

Ilena y Vebo ni siquiera se giraron para responderle.

El sol era tibio y agradable. Los gorriones se perseguían y las flores que aún quedaban en los parterres desprendían fragancias dulces.

– ¿Qué crees que hará? -. Preguntó Vebo ya relajado.

– ¡Oh, cualquier cosa extraña y simple que se le ocurra! No te preocupes. Es lo que queríamos ¿no?

– Y pensar que lo consideré mi amigo.

– Y lo fue, Vebo. Aunque quizás no fuera tu amigo de la misma forma en que tu lo considerabas. A veces, cada uno supone una cosa diferente del otro.

– Y luego está Valian.

Ilena suspiró. El sol, el aroma, los pájaros, Vebo. ¿Cuántas cosas hermosas que no había admirado durante tantos años? ¡Qué sencillo y qué próximo estaba todo! ¡Y no lo había considerado hasta que llegó él! ¡Qué ciega estaba! Pensó.

– Valian, sí. Está Valian. El dueño de Ur, como dice Sirtán. Su forma de gobernar coarta las emociones y banaliza los sentimientos. Y parece que todos nos hemos vuelto como él. Extraños a los seres humanos -. Expuso Ilena.

– Bueno, todos no. Conozco una bella maga que no se ha vuelto deshumanizada e intrascendente -. Vebo la cogió de la mano y le señaló unas flores. Luego, se puso a reír.

Cogidos de la mano se dirigieron hacia los aposentos de Cobijo, el enorme edificio que albergaba las grandes habitaciones de los maestros.

Las majestuosas edificaciones que conformaban la ciudad de Ur se diseminaban en una amplia zona albergada por pequeñas colinas y bajas montañas, prados y lagos. Palacios y casas nobles, bibliotecas y herrerías, establos e invernaderos, salas de justicia y campos de estudio, pirámides escalonadas y cúpulas esmaltadas, foros y plazas cubiertas, celdas y apartamentos, granjas y piscifactorías, se distribuían en un amplio espacio cuyo radio abarcaba muchos kilómetros y se

enlazaban unas con otras mediante largas avenidas enlosadas o pavimentadas con teselas que conformaban hermosos mosaicos, en las que los árboles tendían su sombra agradable, las fuentes danzaban cantarinas y los parterres adornados con flores teñían la mirada. Y entre las edificaciones y las vías había campos de cultivo, bosques variopintos y extensiones de terreno en los que experimentaban los maestros y aprendices, cazaban o se entregaban al descanso. Miles de personas las habitaban y hacían de aquella ciudad un lugar de estudio y crecimiento que enaltecía el poder de Adentor.

La respuesta de Cedric no se hizo esperar e Ilena fue convocada a una adusta reunión de maestros para debatir su comportamiento impropio, en palabras del manifiesto que le entregó un joven mensajero.

- Tengo cita -. Expuso ésta con alegría.
- ¿Quieres que te acompañe?
- ¡Oh, no! ¡Gracias amor mío! No quiero que oigas las insensateces que va a decir ese rufián. Solo servirían para que te hirviera la sangre y te sintieses con ganas de romperle la cara. ¡Y no creo que eso nos hiciese ningún bien!
- Como tu digas -. Vebo se ajustó la capa al cuello. - Creo que saldré a cazar mientras tu te encargas -. Recogió el arco, se acercó para besarla y se marchó.

El amor reforzaba la lucidez de Ilena. Desde que su vida tenía un nuevo sentido, algunas cosas las enfocaba desde otra perspectiva y así, desde ese punto de vista diferente, descubría carencias que había obviado o detalles insignificantes que mejoraban sus investigaciones. Se sentía reforzada, completa y feliz. ¡Cuan diferente a la oscuridad de sus años en soledad! ¡De vivir completamente rodeada de magos, aprendices y criados y saberse sola como nadie! Eso era algo que Cedric no podía entender. Su voz, sus gestos, su alocución, su discurso, así se lo confirmaban. ¿Por qué estaba tan enfadado? Era cierto que Vebo y él habían sido amigos. ¿Pero, grandes amigos? No. Eso no. Según la apreciación de Vebo, Cedric era un amigo y punto. Se habían emborrachado juntos muchas veces, habían compartido experiencias y participado en asaltos y menesteres. Y nada más. ¿Quizás estaba celoso? Su rostro esbozó una sonrisa al pensar en que aquel joven mago podía ser un rival.

- Me opongo -. Dijo Cedric con vehemencia. Aunque su disertación era sincera, a veces excelente y convencida, los espectadores parecían aburridos o faltos de interés.
- ¿Y por qué os oponéis? -. Preguntó Bona, una anciana maestra, cansada de tanta palabrería y floritura verbal. Le parecía la pregunta obvia a raíz de los argumentos expuestos por Cedric, que había hablado mucho y no dicho nada.

El mago titubeó. Ante una pregunta tan directa carecía de una respuesta rápida. Mala señal.

- Por lo que sé y según tengo entendido, los magos de Ur han visto alterados sus trabajos de investigación por lo que comúnmente se llama...- tartamudeó -...una relación.
- Pues tienes entendido mal -. Le rebatió Bona con sorna.- Es cierto que en las últimas décadas no ha habido ninguna...hum...digamos...relación...como tú has calificado al amor entre dos personas, pero no hay en los anales de esta ciudad ninguna prohibición o restricción a la unión entre dos seres humanos que así la manifiestan de mutuo acuerdo. ¿No es cierto, maestro Copec?

Copec estaba distraído. Al escuchar su nombre, reaccionó como si despertara de una larga cabezada. Aquel foro de discusión era realmente tedioso para él. Solo acudía porque lo exigía la praxis y la costumbre.

- ¿Qué decías, Bona? -. Preguntó.
- Decía que el amor no está prohibido en Ur, ¿verdad? -. Repitió la mujer algo divertida.
- Así es. El amor es un buen sentimiento. Nada lo prohíbe.
- Gracias, gracias, Copec...- Cedric se apresuró a quitarle la palabra. Sus argumentos flaqueaban. - Yo no digo que el amor deba ser prohibido, digo que Ilena no debe distraerse yaciendo con eso rudo de Vebo.

Las palabras de Cedric denigrando a su amado enojaron a Ilena. Fue a replicar, más Bona se le adelantó.

- Ese Vebo, que tan mal te cae, ¿acaso no fue tu amigo durante mucho tiempo?

Cedric titubeó por segunda vez. No podía mentir pues los maestros captarían el embuste de inmediato y acabarían con su intervención seguidamente. Quería triunfar en aquella contienda.

- Sí. Lo fue, pero eso no tiene nada que ver con lo que estamos debatiendo aquí...- se defendió.
- Pues a mi parecer que sí tiene algo que ver...- intervino Planche, un mago corpulento, completamente lampiño.
- ¿En qué sentido? -. Intervino Valian que parecía distraído pero que en realidad estaba bien atento.
- En el sentido de que este debate no tiene fundamento. Cedric quiere que Ilena no se distraiga, que abandone a su amado, porque cree que le resta clarividencia, sensatez y tiempo para sus estudios. ¿no es así?
- Así es. Ni yo mismo lo hubiera podido presentar mejor -. Dijo Cedric exultante de que alguno de aquellos inútiles le hubiera comprendido.
- Pues es un argumento que se cae por su propio peso, maestro Cedric -. Añadió Planchet, arrojando un cubo de agua fría sobre éste.

- ¿Cómo? -. Titubeó de nuevo.
- Ilena no ha abandonado los estudios sino que ha hecho todo lo contrario pues ha descubierto nuevos enfoques para sus investigaciones. Ha vuelto a enseñar y lo hace con interés. De ello puedo dar fe pues la he escuchado conferenciar largamente. ¿No sé por qué deberíamos renunciar a esto, amigos míos? -. Preguntó al conclave allí reunido.

Cedric enmudeció. Se le habían acabado los argumentos. Solo le quedaba calumniar. Y eso podía ser muy peligroso. Vebo no estaba atado a ninguna de las normas de Ur. Había llegado para custodiar a Ilena, no para participar de Ur. Era un invitado, no un criado, ni un siervo, y menos un aprendiz que debía obediencia a sus maestros. Y sabía cuan peligroso podía llegar a ser.

- Bien. Veo que Cédric se ha quedado mudo -. Dijo Bona y muchos rieron pues el mago había enrojecido.

Ilún, que presidía el consejo, levantó la voz en aquel instante. En esa ocasión, era la autoridad y debía dictar sentencia:

- En mi opinión no hace falta compartir el voto. Cedric, retírate. Ilena puede continuar con Vebo. No vemos inconveniente en ello.

Ilena sonrió. Se había quitado un peso de encima. No es que le preocupase demasiado la denuncia de Cedric, pero con el consejo nunca se sabía. Ahora se daba cuenta de que sus reticencias eran infundadas. En aquel amplio foro había magos con sentido común, humanos y competentes. Y Valian no los dominaba tanto como pensaba.

El mago derrotado retornó a su asiento mientras rumiaba su impericia y lanzaba miradas de odio hacia Ilena.

- Asunto resulto. Nuevo asunto -. Dijo Ilún con formalidad. Esas eran las palabras rituales para iniciar un tema distinto.

Antes de que expusiera la cuestión, Seragún, un mago de mediana edad, visiblemente alterado, entró en el foro.

- ¡Amigos, maestros! ¡Han asesinado a una joven! -. Gritó de pie, en medio del círculo que formaban los estrados en que se sentaban los magos de aquel consejo.

Todos se levantaron al unísono de sus asientos asombrados y espantados. Era inconcebible. Nadie moría de forma violenta en Ur desde hacía mucho tiempo. ¿Qué había pasado?

Un asesino imposible.

Blanca yacía sobre el amplio charco de su propia sangre. La habían apuñalado en la espalda y le habían abierto el cuello. Quién lo hubiera hecho, había obrado a traición, con malicia y rabia, pues habían contado más de treinta heridas en su pobre cuerpo.

- ¿Quién la ha encontrado? -. Preguntó Valian, con un porte de indignación muy altivo en su rostro bello.
- Ha sido una de las aprendices jóvenes, maestro -. Respondió Cédric, que le hacía las veces de adulator y acompañante.
- ¿Cómo se llama?
- Creo que se llama Falsa. Es una de las alumnas predilectas de Ilena -. Se apresuró a decir el mago con una sonrisa malintencionada.
- Y, ¿en dónde está esa muchacha, ahora?
- Ilena está con ella. Se encontraba en estado de shock cuando se la han llevado. La habrán llevado a su alcoba.
- ¡Vamos, es urgente que hablemos con ella! ¡Y vosotros! -. Se dirigió a un grupo de sirvientes que no se atrevían a acercarse - ¡Limpiad todo esto!
- Pero, maestro, ¿qué debemos hacer con el cadáver? -. Preguntó uno de los criados.

Cedric respondió por Valian sin demasiada consideración.

- Haced lo que os ha dicho el gran maestro. Dejad el cuerpo en alguna habitación y limpiadlo todo. Después decidiremos qué hacemos con los restos de Blanca.

Mientras se marchaban para localizar a Ilena y Falsa, Cedric comentó:

- Tuvisteis una buena idea, maestro, al impedir que vuestros compañeros pululasen por la escena del crimen. Sin duda lo hubieran torcido todo.

Valian se detuvo irritado.

- Un asesinato. ¿Te das cuenta de lo que significa esto, Cédric?

El mago le miró asustado. Antes de que respondiera, Valian continuó:

- Este accidente – obviamente no quería llamarlo asesinato – pronto llegará a oídos de la Condesa. Será su oportunidad. La que necesitaba desde hace tiempo. Ya sabes que pugna por acabar con Ur y Alcon y este crimen le servirá como excusa perfecta para acabar con nosotros. Pronto tendremos soldados blancos aquí -. Le anunció con rabia a modo de presagio.

Cedric se asustó.

- Debemos averiguar de inmediato quién es el culpable. No importa quién sea. Debemos entregarle un reo antes de que sea tarde -. Expuso Valian pensativo y malicioso.

Atravesaron el Pórtico Azul, un amplio arco ojival apoyado en columnas estriadas de una rara piedra añil. El asesinato había tenido lugar tras las Gradass, el lugar en que se sentaban los jóvenes para meditar, leer o simplemente dejar pasar el tiempo suspirando. A pesar de la advertencia de que no quería ver a nadie cerca de allí, había varios magos y aprendices conversando.

- Están demasiado cerca -. Dijo Valian en un susurro.- Llévatelos de ahí, no quiero a nadie -. Le ordenó a Cedric.

Mientras él continuaba su camino, Cedric no tuvo más remedio que dirigirse hacia los congregados para exigir su marcha.

Valian entró en las zonas comunes. Los aprendices se apartaban de su paso cuando observaban su rostro crispado, enfurecido y altivo. No le hizo falta saber hacia donde habían llevado a Falsa pues tras la puerta cerrada de una de las alcobas aguardaban varios alumnos de rostros preocupados. ¿Amigos quizás?

- ¡Apartaos, dejadme pasar!

Los aprendices obedecieron y Valian entró en la sencilla alcoba de Falsa sin pedir permiso.

Ilena estaba sentada en la cama. Tomaba la mano de la joven y le hablaba suavemente. Al notar la presencia de Valian, se levantó sin sobresalto. La muchacha se había quedado dormida. El gran maestro torció el gesto contrariado.

- ¿Qué has hecho? -. Escupió su pregunta como si Ilena fuera la culpable del asesinato.

La mujer le miró con tranquilidad.

- Lo que tú deberías hacer con todos los demás. Calmarla -. Respondió con paciencia. En lugar de retroceder o sentirse intimidada, avanzó hacia Valian y le sostuvo la mirada.

- No me desafíes, mujer -. Espetó éste irritado.
- No me calumnies -. Dijo Ilena con firmeza.

Valian, que odiaba que se cuestionase su autoridad, también sabía cuándo se había sobrepasado. En un tono más comedido añadió:

- Relátame sus explicaciones.
- La muchacha encontró el cuerpo de la joven mientras se dirigía a las Gradass. Como todas las mañanas, dedica un tiempo a cuidar sus pensamientos. Se encontraba muy impresionada, así que tuve que sosegarla para que ordenase sus recuerdos. Si crees que algo tuvo que ver con el asesinato, puedes estar seguro de que es inocente. Recorrí los hechos con uno de nuestros procedimientos más eficaces, como tu mismo hubieras obrado -. Añadió antes de que Valian se lo demandara. No quiso desconfiar de sus métodos pues sabía que Ilena era una maga excelente.

El gran maestro miró a la muchacha. Dormía relajada, con una expresión tranquila, fruto, seguramente, de la calma impuesta que le había otorgado Ilena.

- Has hecho bien -. Reflexionó éste, aunque parecía que le costara horrores reconocerlo. - Debo dejarte. Cualquier cambio que se produzca, comunícamelo de inmediato.

Ilena asintió.

Sin añadir nada más, la dejó.

- Maldito estúpido -. Murmuró la mujer, a pesar de que no le importaba nada que la hubiese oído. Suspiró y regresó junto a la joven.

Lope se había alejado de sus compañeros pues tenía una idea maravillosa que quería comprobar. El maestro Seragún insistía en la imposibilidad práctica de tal suceso. Pero él no estaba de acuerdo. Y como no quería quedar en ridículo ante él ni ante sus compañeros había decidido esconderse de miradas inoportunas y experimentar por su cuenta.

El agua estaba fría y trasparente. Las piedrecillas del fondo, doradas y grises, cedían bajos sus pies descalzos. Las sombras de los alisos se tendían sobre el riachuelo.

- Bueno, vamos allá -. Se dijo. Cerró los ojos y comenzó a imaginarse el símbolo que quería crear.

De repente, notó un ruido a su espalda.

- ¡Vaya, no me podéis dejar tranquilo! -. Exclamó mientras se giraba enojado pues pensaba que le habían encontrados sus camaradas. - ¡Ah, eres tú! -. Reconoció a la persona que le había seguido hasta aquel lugar apartado. No tenía miedo de ella pues era fuerte, ágil y fanfarrón. - Te agradecería que me dejaras solo -. Le exigió. - Ya te lo explicaré en otro

momento ¿de acuerdo? -. Añadió y volvió a observar el fondo del riachuelo pues estaba seguro de que aquella persona le obedecería.

Sin embargo, escuchó como entraba en el agua.

– ¡Te he dicho que te vayas! -. Abrió los ojos mientras se giraba de nuevo enfadado.

Demasiado tarde. El cuchillo se le hundió en las tripas varias veces seguidas. La sorpresa y el dolor le abrieron los ojos.

– Tu...- murmuró mientras daba dos pasos hacia atrás y el frío de la muerte le robaba las fuerzas.

El agua se tiñó de rojo. El sol atrapó un instante el brillo de una gota escarlata que se deslizaba del filo del cuchillo.

Encontraron el cuerpo de Lope dos días después tras buscarlo denodadamente pues había desaparecido misteriosamente.

Valian ordenó reforzar las guardias y en Ur cundió el miedo y la desconfianza ausentes durante décadas.

Ilena regresaba a sus habitaciones ubicadas en otra ala del inmenso edificio de Cobijo. Era tarde, el pasillo estaba frío y escasamente iluminado, y reinaba el silencio. Las paredes de piedra oscura del largo pasadizo en las que se abrían oquedades a modo de pequeñas ventanas, la rodeaban. Pero ella caminaba feliz y resuelta. Vebo la esperaba en la alcoba. Otra noche de amor. Sonrió. Desde que había descubierto que le amaba no había dejado de sonreír. Antes, y eso le parecía muy lejano aunque solo hubieran transcurrido unos meses, su vida era solo cátedra e investigación. ¿Quién iba a pensar que encontraría el amor en un hombre como él, asignado para que la custodiara en un sospechoso desplazamiento? Si no hubiera sido por aquel viaje y por la insistencia de Sirtán nunca le hubiera conocido. Sirtán. ¿Qué sabía él del futuro? Se preguntó divertida. Las teorías de algunos magos sobre adivinación de tiempos venideros eran patrañas, pura especulación. Bien que lo había estudiado ella. Pasó junto a uno de los huecos y notó la brisa fresca que se colaba por ellos. Se detuvo un breve instante para mirar hacia el exterior. En los edificios cercanos ardían altas antorchas que lo iluminaban bien todo. Los asesinatos. Desde la muerte inexplicable de los aprendices, de Blanca primero y de Lope después, Valian había ordenado que hubiera más luz en las zonas comunes, en los tránsitos y en los exteriores. Se asomó un momento, con la indiferencia de quién se sabe protegida, segura y feliz. Había guardias patrullando el perímetro. Y ella no tenía miedo. Miró hacia el cielo. La oscuridad, como siempre, le devolvió la mirada. Suspiró y reanudó el camino. Había varias puertas tras la que estudiarían, descansarían o dormirían maestros y aprendices. Pensó en Falsa. Pobre chiquilla. ¡Tenía tanto miedo! Desde que habían encontrado los

cadáveres no descansaba bien, lloraba y su capacidad de atención y aprendizaje había caído hasta cotas mínimas.

De pronto, notó un roce a su espalda. Se giró desconcertada pues tras ella no venía nadie. No había escuchado pasos, aunque no hubiera estado atenta. Efectivamente. No había nadie. Una mala pasada de los sentidos, pensó. Quizás el roce de la capa contra la pared o alguna baldosa deteriorada que había pisado. Sus ojos no la engañaban.

Al volverse para reanudar el camino notó el acero como se hundía en sus riñones.

– ¡Ahhhh! -. Gritó.

El dolor, el dolor la asfixiaba. La luz de sus ojos desaparecía tragada por el dolor. Trató de revolverse pero un daño lacerante se lo impidió. Caía. Sus piernas se habían quedado sin fuerzas y ya no sostenían su propio peso. Había alguien a su espalda, alguien que la mataba.

– ¡Oh, Vebo! -. Solo alcanzó a susurrar.

Antes de perder el conocimiento notó una sombra que se cernía sobre ella.

Vlaria pensaba en su casa pues anhelaba regresar a ella. Ur, desde luego, no era el lugar que esperaba. El estudio se le hacía complicado y, desde los asesinatos, se sentía espantada y desprotegida. En aquel instante escuchó un grito en la tranquilidad de su cuarto. Había sido en el pasillo, justo al lado de su puerta. Sí. Estaba segura. Y tenía miedo. Los asesinatos la tenían asustada y nerviosa. Se había desnudado para acostarse, así que buscó el vestido antes de salir a comprobar si sus oídos no la habían engañado. Aunque tuviera aprensión no podía dejar que nadie muriera si podía auxiliarle. A pesar de que aquello supusiera exponer su propia vida.

Al abrir la puerta, vio la sangre que se extendía sobre las baldosas oscuras. Una mujer yacía en el suelo, y antes de salir se cercioró de que allí no había nadie más.

– ¡Auxiliadme, Auxiliadme! -. Gritó con fuerza mientras se agachaba para atender a la herida. La sangre brotaba de su espalda. Aquella persona moriría desangrada si no actuaba enseguida. No era muy buena sanadora, pero atendía a las lecciones de Ilún y sabía qué debía hacerse ante aquella grave lesión. Urgía la palabra de presión, aunque le robase el sentido. Se aproximó a las heridas y pronunció el nombre. Sintió que desfallecía pero aún tuvo tiempo de ver como la hemorragia se detenía.

Vlaria notó como otros aprendices acudían corriendo hasta allí.

- ¡Vlaria, Vlaria! -. Gritaba uno.
- ¿Qué ha ocurrido?
- ¿Quién está herido?
- ¡Llamad a los maestros!

- ¡Es Ilena!
- ¡Rápido, rápido! ¡Ha cortado la hemorragia, pero está muy mal!
- ¡Está herida! ¡Está herida!

Las exclamaciones se atropellaban. Valia estaba tan débil que a duras penas se mantenía despierta. Las cosas sucedían a su alrededor como si surgiesen de la bruma.

- ¡Llamad a Sirtán!
- ¡Despertad a Valian!

Alguien la tomó en brazos y la levantó en volandas. Era un rostro fuerte, amable. No sabía quién era. Aunque quizás, sí, lo había visto, pero no estaba segura. El hombre la dejó sobre una cama y la miró con gratitud. Luego se fue para que durmiera.

Vebo salió de la alcoba de la muchacha. Por lo que le habían dicho los jóvenes aprendices con nerviosismo y poca concreción, aquella muchacha había salvado a Ilena al cortar la hemorragia. Parecía increíble que nadie la hubiera atendido. Todos se habían centrado en Ilena ya que la joven solo parecía cansada. El esfuerzo de la voz había sido excesivo. Ahora iría junto a Ilena. Sirtán ya la atendía.

Cuando llegó a su alcoba, la mujer deliraba. Sintió que su corazón se detenía. Sirtán actuaba sobre ella y Valian observaba sus actos con desconfianza. Cedric e Ilún simplemente observaban.

- ¿Cómo está, Sirtán?

El mago tenía el rostro crispado por el esfuerzo.

- Vivirá -. Susurró, y Vebo sintió alivio y gratitud hacia el mago. - Pero su herida es muy grave. Además de acero, el asesino introdujo deshecho.
- ¿Te refieres a un hechizo de muerte? -. Preguntó Valian.
- Sí.
- ¿Y quién puede tener los conocimientos para engendrarlo? -. Preguntó Ilún, preocupado.
- No lo sé. Dejados. Vebo y yo necesitamos estar solos. Cuando sane, ya pensaremos en quién pudo ser el agresor y qué conocimientos posee -. Dijo Sirtán sin demasiados miramientos.

Ilún y Cedric le miraron ofendidos. Valian, indiferente a su tono y a sus gestos, les ordenó que se retiraran, no sin antes decir:

- Interrogaré a esa joven testigo. Puede que sepa algo.
- Ella salvó a Ilena. Agradecédselo -. Dijo Vebo, que temía la ingratitud del orgulloso mago.
- Ya veré yo qué hay que agradecer -. Añadió Valian mientras cerraba la puerta.

Vebo fue a quejarse pero Valian ya se había ido.

Ilena se lamentó. Sirtán sudaba profusamente. Tenía las manos de la mujer entre las suyas y

observaba su gesto dolorido, el color tremendamente pálido de su rostro, la lágrima que se derramaba por su sien, la respiración entrecortada y costosa.

– Acércame la luz –. Exigió Sirtán.

Vebo se levantó y cogió una de las velas del escritorio en que se amontonaban los papiros y los viejos libros.

A la luz del cirio, el rostro de Ilena parecía transparente.

– Las heridas son mortales, amigo mío -. Miró a Vebo con tristeza.

– Pero tú la salvarás -. Replicó éste con seguridad y su voz, más que un ruego, sonó como una exigencia. - Acaso no eres el mejor de los magos -. Añadió con esperanza.

Sirtán negó, suspiró y luego matizó:

– Haré todo lo que pueda, pero no te aseguro nada. Quién la haya atacado conoce el daño que puede hacer una mala interjección, una ponzoña intensa inoculada a traición.

Vebo sintió que sus palabras helaban su corazón. Sirtán no era de los que se rendía pronto. Sirtán persistía. Entonces lo miró y comprendió que el mago estaba muy lejos de allí, quizás luchando una batalla imposible contra la propia muerte.

Sirtán tardó diez días en conseguir su objetivo.

– Ilena vivirá -. Dijo escuetamente. Su rostro demacrado y su aspecto cansado denotaban la enconada lucha que había mantenido con la muerte.

Vebo suspiró. Durante aquellos tensos días, terribles días, no se había apartado de su lado salvo para dormir y comer parcamente. Y, Sirtán, el gran mago Sirtán, había mantenido la lucha y la confianza en que sus métodos la salvarían.

– Gracias...- murmuró suavemente.

– Y ahora que el peligro ha pasado, he de averiguar qué ocurrió -. Se separó de la cama en la que Ilena descansaba pálida y con las respiración sosegada. - Quién posea conocimientos para que mis artes tarden diez días en ser eficaces es un gran peligro para todos -. Añadió.

Vebo le observó decidido aunque cansado y pensó que hubiera sido mejor que descansara antes de comenzar sus investigaciones, pero no quiso impedir que se marchara. Era muy terco y en ocasiones difícil de contradecir.

– Vigíla en todo momento Vebo y si percibes un atisbo de empeoramiento haz que me busquen enseguida.

A continuación, salió de la alcoba dejando al hombre al cuidado de su amada.

Al cabo de unas horas, cuando regresó, la decepción ensombrecía su rostro. Después de comprobar el estado de la mujer, comentó:

- Nada. No hay nada. El tiempo precedente y cuantos acontecimientos lo integran ha sido anulados. Quién quiera que fuese el asesino, reconozco que sabe ocultarse incluso de mí -. Se sentó derrotado y fatigado.
- ¿Crees que pudo haber sido Valian?-. Preguntó Vebo. Desconfiaba de él como de una rata hambrienta.
- Valian...- Susurró Sirtán y luego negó -...está demasiado asustado y no se atrevería a matar ni a intentar nada que pudiera dejar su huella, por muy indescifrable que fuera. Sé reconocerlo allí en dónde actúa-. Afirmó.- Lo he investigado. Era una vía de las que desconfiaba. ¿Quizás uno de sus acólitos inducido por él? -. Se preguntó.- Ninguno de ellos tiene ni la menor cualidad ni el oficio necesario para borrar su rastro ...no...no, Vebo. La verdad es que no sé quién pudo ser. Me he implicado con la mayoría de los maestros de Ur y tampoco he hallado vestigio alguno en sus quehaceres. Me siento desconcertado y es una sensación que no me gusta -. Apretó los puños y Vebo observó que una aureola de luz se formaba a su alrededor, aunque tan brevemente que cualquiera hubiera dicho que la había imaginado.

Se hizo el silencio. Ilena se quejó en sueños. Sirtán fue hacia ella y le tomó la mano. Sonrió:

- Está mejor. Vete a descansar, yo la cuidaré -. Le ordenó a Vebo.
- De acuerdo. Pero cuando despierte tú deberás hacer lo mismo...- le dijo al mago con seriedad. - quizás encuentres en los sueños las respuestas que se te escapan despierto...- Añadió con firmeza.

Sirtán le observó pensativo mientras se recostaba en uno de los cómodos sillones de la cámara.

- Quizás tenga razón...- murmuró.

El asesino.

Falsa se ocultaba entre las sombras de las columnas octogonales del Auditorio. Aunque había demasiada luz para su gusto, se había escondido bien. Esperaba a su presa con ansiedad, casi temblando de placer. Apretaba el cuchillo deseando que los pasos de la víctima, que cada vez estaban más próximos, se acelerasen. No podía evitar el deleite que sentía al imaginarse la sangre cálida en sus manos, el estertor de la muerte en los labios de la víctima, los ojos abiertos por la sorpresa y el fin cuando se apagaba una vida. Nadie sospechaba de ella. Se sentía feliz y protegida por su gran inteligencia. ¿Quién iba a pensar que la dulce y humilde Falsa fuera la asesina que pululaba por Ur? Casi le daban ganas de reírse. Pero no. No. No debía hacerlo. La risa alertaría a la víctima.

Una persona se intuyó a la luz de las antorchas que alumbraban el perímetro del edificio. Se cubría con una capucha y caminaba con excesiva seguridad. Aquello le hizo dudar un poco, pero no podía pararse. Tenía sed de muerte. Se apretó contra la columna. El tejido desnaturalizado de la capa que se había tejido la protegía de la luz, la ocultaba mucho mejor que un encantamiento. Levantó la mano para asestar el golpe.

De pronto sintió que una mano detenía bruscamente su brazo. Se quedó paralizada, con el cuchillo en alto, sin poder ejecutar a la víctima. No podía hablar, no podía pestañear ni cerrar los ojos. Tan solo podía escuchar aquella voz que le hablaba con sosiego.

– ¡Ay, ay, ay, Falsa! -. Dijo la presencia.- ¡Cuan útil me has sido! Pero todo tiene su fin y pronto llegará otro principio.

Tan de repente como había quedado inmovilizada sintió que recuperaba el movimiento de sus músculos.

– ¿Qué había pasado? -. Se preguntó. - ¿Quién le había hablado?-. Estaba sola y solo

recordaba una voz lejana.

No tuvo tiempo de pensar en nada más. Nuevos pasos se aproximaban hacia ella. Entonces, al bajar el brazo, se apartó de la oscuridad por accidente. ¡La verían!

– ¿Quién hay ahí? -. Preguntó alguien.

Falsa trató de ocultarse y se envolvió en la capa desvanecedora. Sintió que su corazón se le aceleraba y, sin saber porqué, la mano le flojeó y soltó el cuchillo.

Cuando el arma rebotó en el suelo, el golpe fue un aviso para los que se acercaban.

– ¡El asesino! -. Gritó alguien. - ¡Está aquí! -. Bramaron los desconocidos.

Falsa se movió incómoda y una luz brumosa encendida por uno de los que iban a ser asesinados iluminó las grandes columnas.

Mientras se agachaba a recoger el arma, la reconocieron.

– ¡¿Falsa?! -. Preguntó una de las voces entre asqueada y sorprendida.

La muchacha miró al joven que tenía a dos pasos. La chica que le acompañaba había formado una esfera titubeante que alumbraba sus rostros.

– ¡Guardias, guardias! -. Gritó ella. - ¡Está aquí!

Desde la primera muerte, el Consejo había ordenado el despliegue regular de guardias armados en Ur pues los asesinatos habían sido acontecimientos extraordinarios. Desde hacía décadas, los hombres armados tan solo custodiaban de forma testimonial los edificios de la ciudad. Eran más un ornamento que una necesidad. Sin embargo, tras las inesperadas tragedias, vigilaban los exteriores e incluso los pasillos y las salas interiores. Falsa había sabido escabullirse de los centinelas con la ayuda de sus ropas de camuflaje, su pericia y su infamia. Pero ahora todo estaba perdido.

Veloz, sedienta, ávida, recogió el cuchillo y sin importarle ya lo que pasara, se abalanzó sobre el joven que la miraba incrédulo y triste y, antes de que se diera cuenta, le asestó varias puñaladas en el vientre.

Ya tenía su sangre. Sus manos sintieron el calor y la humedad y sonrió extasiada.

El joven se apoyó en ella y la miró mientras los ojos se le nublaban.

La otra joven gritó horrorizada:

– ¡Asesina! ¡Lo has matado!

La muchacha se desplazó hacia atrás horrorizada y, mientras Falsa se deshacía del muerto, trató de escapar. Arrojó la esfera de luz que se apagó de inmediato y huyó a la carrera. Guardias armados venían hacia ella.

Falsa, emocionada y ahíta por la muerte que había causado, se detuvo un instante para contemplar su obra.

Los guardias acogieron a la muchacha que corría desesperada y escucharon sus atropelladas palabras.

– ¡Lo ha matado! ¡Lo ha matado! ¡Es ella! ¡Es Falsa! -. Exclamó.

Los hombres comprendieron y corrieron hacia la asesina que les esperaba junto al cadáver sin intención de escapar.

– ¡Venid, venid, no os tengo miedo!-. Bramó con una voz cargada de odio y malicia.

Los centinelas se estremecieron al escucharla.

– ¡Vamos, detenedla!

Eran seis. Pero la alarma había cundido y se escuchaban voces y carreras por todos lados. Su destino era el Auditorio.

Falsa se reía. Levantó el cuchillo y lo enfrentó a las alabardas de los guardias. Las antorchas tejían sombras reptantes a su alrededor.

– No me detendréis. Me regocijo en la muerte -. Dijo con alegría. Entonces se abalanzó sobre los guerreros con su cuchillo como única arma. Golpeó la alabarda y trató de herir al guardián que la empuñaba. Su arma rebotó contra el acero de la armadura inútilmente.

Uno de los guardias trató de cogerla por detrás, pero la muchacha se zafó con agilidad.

Reía. Reía con locura. Reía con orgullo. Reía de placer. Se sentía feliz. Se sentía acogida. Pero a cualquiera que la escuchase, su risa le recordaba un alarido de maldad, una carcajada de vileza.

Entonces, sabiéndose atrapada, enloqueció y saltó hacia el guardia más cercano, se ensartó en la afilada punta de la alabarda, y se retorció en ella con deleite mientras reía y reía y reía.

Los soldados, asombrados y fascinados por la terrible escena que contemplaban, se habían quedado paralizados. La sangre fluía de las entrañas de Falsa como un torrente. El guardia trató de sacar la alabarda, pero la muchacha la retuvo y continuó hundiéndose en su extremo, hasta que, de pronto, una convulsión violenta acabó con sus fuerzas y se derrumbó sobre el amplio charco de su propia sangre.

Habían llegado numerosos magos y más guardianes, pero ninguno había sido capaz de detener la violenta escena.

Seragún, Bona, Cedric, Ilún y otros habían acudido con rapidez al escuchar los gritos de alarma. Bajo la luz alterada de las antorchas no podían dar crédito a la realidad vivida. Aquello era una monstruosa pesadilla, una conmoción imposible.

Más gente se aproximaba. Más guardias, magos, invitados, aprendices, criados, todos ellos, todos, que habían vivido amenazados y con miedo, descubrían la horrible verdad de la asesina y quedaban mudos de asombro al escuchar el relato de lo acontecido. Vebo y Sirtán llegaron también y contemplaron a los muertos.

– ¡Oh, Falsa, ¿Qué has hecho?! -. Murmuró Vebo con rabia al comprender lo ocurrido. La muchacha casi había matado a Ilena.

Sirtán se aproximó al cadáver del joven asesinado para comprobar su estado. Era el único en cuyo

rostro se leía la determinación y no el asco, la rabia, la sed de justicia o la duda.

Valian llegó corriendo.

- ¿Qué ha ocurrido aquí? -. Preguntó mientras se hacía un hueco entre la muralla de personas que rodeaban a los muertos.
- Tenemos a la asesina, maestro -. Respondió uno de los soldados.

El gran maestro se sorprendió pero no dijo nada. Sirtán, arrodillado, acariciaba el cabello del muchacho muerto y se lamentaba. Levantó la mirada y observó a Valian.

- El último que ha matado. Falsa era la asesina -. Dijo con aplomo, con certeza.

El mago vaciló. ¿Cómo podía ser ella? Tan dulce, tan franca, tan clara.

- ¡Retiraos todos! -. Exclamó el gran maestro nervioso. Debía imponer su autoridad en aquellos duros momentos.

Lentamente, los allí reunidos, obedecieron. Incluso Vebo se marchó para seguir cuidando de Ilena.

- Debemos dejar el cadáver de la asesina en el refectorio. No voy a permitir que yazca junto al del muchacho -. Ordenó Valian.

Ilún se acercó al gran maestro.

- ¿Qué vamos a hacer? -. Le preguntó preocupado.
- Aún no lo sé. Lo único que sé es que Ur ha quedado libre de amenazas -. Respondió éste con frialdad.
- Pero esto pronto se sabrá en Adentor...- murmuró Ilún.
- Sí, lo sé-. Masculló Valian con rabia. - Las malas noticias vuelan rápidas.
- Enviaran soldados blancos -. Expuso Seragún inquieto.
- Sí, sí...algo tendremos que hacer respecto a eso...- respondió Valian misteriosamente mientras observaba a los criados que se llevaban el cadáver desangrado de Falsa.

Sirtán había escuchado la conversación en silencio. Todo aquello le parecía muy extraño. Debería investigar qué había pasado exactamente allí.

Audacia y temeridad

En la Posada de Cabán, Vebo se reía. El vino de Vatlem era fuerte y desataba una alegría incontenible y desmesurada en los labios del carnicero, aunque luego le trajese un fuerte dolor de cabeza.

- Creo que ya tienes bastante por hoy, Vebo -. Opinó Berti, la esposa de Cabán, una mujer diminuta, servicial y avispada. - Ya has hablado más de la cuenta -. Añadió y lanzó una furtiva mirada a los parroquianos desconocidos que murmuraban en la mesa más alejada del local. Su aspecto hosco y huraño no invitaba a compartir risas ni chanzas.
- ¿Y qué? -. Preguntó Vebo con una chispa de picardía en la mirada. - ¿No puedo hablar de lo que me apetezca en tu posada, Berti? ¿Es que ahora no se puede hablar de las derrotas del Tejedor de Muerte? ¡Pues sí! ¡Vaya que si lo haré! ¡Perdió, perdió, perdió! ¡Jajajajaja! -. Se rió con ganas, con absoluta y descarada confianza.

Berti negó con la cabeza y se llevó la jarra de vino vacía de la mesa.

- No te voy a traer más. ¡Márchate! -. Le sugirió antes de cerrar la cortina.

Vebo se acabó el vaso de un trago, cerró y abrió los ojos con brusquedad y observó la lámpara de hierro que colgaba del techo. Oscilaba a su mirada.

- Vaya, quizás si que me he pasado hoy-. Se dijo.

Cabán salió de la cocina. Era un hombretón fuerte, calvo y que traía cara de malas pulgas.

- ¡Eh, Cabán! ¡Por fin sales de esa cocina! ¿Qué estabas haciendo? ¿Dando de comer Rugons a Yezú?
- ¡Ya va siendo hora de que te vayas, Vebo! ¡Ya te dije que no quiero problemas en mi negocio! ¡Te defendí una vez y no voy a hacerlo más! -. Sugirió el posadero mientras abandonaba la barra y con cuatro zancadas se situaba frente a él.

- ¡Ya me voy, ya me voy! ¡Tú me echas, pero yo me voy! -. Dijo Vebo, simulando sentirse herido en su dignidad mientras se levantaba con dificultad del banco. El mundo parecía zozobrar bajo sus pies. Realmente sí que se había emborrachado.

Cabán se aproximó a él.

- Será mejor que no grites tanto. Esos hombres de ahí no dejan de murmurar cuando insultas al Tejedor de Muerte. Aunque esté muy lejos de aquí, sus esbirros pueden adoptar cualquier forma y quizás esos desconocidos sean quienes no deseamos que aparezcan por Tendérim-. Le susurró al oído.

Vebo iba a replicar en voz alta pero Cabán le tapó la boca con su manaza.

- Grita en la calle cuanto te apetezca, Vebo. Aquí no quiero problemas.

Le propinó un empujón y se lo llevó hacia la salida.

Vebo caminó más rápido de lo que podía arrastrado por el posadero. Sus quejas eran vanas y patéticas. Lo dejó en el umbral de la posada.

- Vuelve cuando quieras, pero solo si contienes tu lengua-. Le dijo Cabán mientras regresaba a la barra.

El carnicero miró a su alrededor: el huerto, los naranjos, el pozo, el porche, el establo, el murete y la salida. El sendero de grava se estiraba ante él. Aún había buena luz para regresar a casa.

- Bueno, quizás tengan razón y haya bebido demasiado. ¡Ay, ni siquiera le he pagado! -. Se encogió de hombros-. Bueno, no importa, mañana le pagaré. No creo que me regale el vino.

Avanzó renqueando y se dirigió hacia la salida del patio. Escuchó pisadas y notó una presencia a su espalda. Sonrió. Aquellos hombres le observaban y uno le habló de malas maneras:

- ¡Eh, borracho! ¡No me gusta lo que has dicho!

Vebo se volvió y observó al hombre que le había hablado así. Un insulto. Ufff, pensó.

- ¿Cómo me has llamado?
- ¡Borracho, te he llamado, borracho! -. Exclamó el desconocido con gallardía y desprecio. Era grande y joven.
- Borracho, sí. Así estoy. Pero no siempre estoy borracho, buen hombre. Me llamo Vebo. ¿Cuál es vuestro nombre?
- ¿Y qué te importa a ti mi nombre? Solo tienes que saber que soy el que puede arrancarte los dientes de un puñetazo.

Vebo le miró despectivamente.

- Pues no pareces muy fuerte...- le ninguneó.

El hombre apretó los dientes.

- Además de borracho eres imbécil.

Dos insultos. Ufff. Eso es más de lo que puedo soportar.

El hombre se lanzó contra él, seguro de su fuerza y de su victoria. Un pobre borracho no era rival para alguien sereno y aguerrido.

Vebo, justo cuando iba a ser golpeado, se apartó con tranquilidad y el zote cayó al suelo víctima de su propia inercia. Antes de que se levantara, Vebo, todo corpulencia y alegría, puso su bota sobre la espalda del caído y le inmovilizó.

- ¡Quedate ahí muchacho! ¡No quiero hacerte daño! ¡Escúchame bien, zoquete! ¡Y esto también va para vosotros, inútiles! - gritó señalando a los demás que le miraban sorprendidos - ¡Estoy gordo, calvo y viejo, pero aún puedo merendarme seis imbéciles como vosotros sin romperme ni una uña! ¡Queda claro! -. Bramó.

Luego le pegó una patada al hombre en la cabeza y se marchó feliz y satisfecho de sí mismo. Sus compañeros se habían quedado paralizados, anonadados por la rapidez de acción del que creían ebrio, e intimidados por la violencia de sus gestos.

Cabán, que había contemplado la escena desde el umbral de la posada con la espada en la mano, le miraba boquiabierto.

Vebo se giró y dijo:

- ¡Eh, Cabán, cierra esa boca o te van a entrar moscas! ¡Como ves, sé cuidar de mí mismo! ¡Nos vemos mañana! ¡Ah, y mañana te pagaré el vino!

La posada estaba un poco alejada de su casa y el atardecer ya se derramaba sobre las nubes de Tendérim.

Incidentes como éste los tenía a cientos cuando era joven, pensó. Bueno, no estoy tan mal. Si hubiera tenido una espada en la mano, ahora habría un imbécil menos en el mundo.

Le dolía la cabeza. Pero nada más colocar la llave en la cerradura el sopor del vino desapareció como por ensalmo. Había alguien en casa.

Compasión

Los jóvenes Torcuato y Loredana se postraron ante Valian, como si éste fuese su señor y ellos sus esclavos. Y tras ellos, todos los compañeros que imploraban misericordia para los restos de Falsa, la asesina.

Por un momento, Vebo reconoció en el rostro impertérrito e insensible del gran maestro una sombra de satisfacción. Pero solo fue un momento.

- ¿Por qué íbamos a dejar que la entreguéis al Árbol?-. Les preguntó el gran maestro con visible desdén.
- ¡Oh, Maestro! ¡Era nuestra compañera! -. Exclamó Torcuato alzando una mirada implorante.

Bona, que acompañaba a Valian, hizo gestos repetidos para que se levantaran. No debían humillarse así ante nadie. Los magos no eran sus señores, eran sus maestros, y a los aprendices se les exigía obediencia, no servilismo.

No obstante, los jóvenes, dispuestos a entregarse ellos mismos como ofrenda para convencer a Valian, omitieron los gestos de la mujer.

- Una compañera no mata a sus amigos. Era un ser despiadado, una asesina cruel -. Ningún gesto de incomodidad nubló la frente de Valian. Bona le dirigió una mirada de soslayo, de viva contrariedad.
- Es cierto, maestro. Pero se nos ha enseñado a respetar a los muertos. Debemos entregar su cuerpo al Árbol del Luto, su legado humano debe pervivir bajo su sombra. Son los seres inferiores los que no merecen su savia. Y Falsa, aunque equivocada y entregada a la maldad, era un ser humano.

Valian negó de nuevo. Luego, cansado de que le adoraran, les ordenó levantarse con un gesto aburrido.

Vebo sonrió. ¡Cómo le ha gustado! Pensó.

- Un ser inferior no sabe lo que hace y ella lo sabía -. Murmuró algo inteligible que nadie de los asistentes llegó a comprender y añadió.- Pero veo que sois compasivos y la compasión es un gesto que os honra. Debemos tener misericordia hasta con los asesinos -. Esbozó una suave sonrisa de irritación pues esa era una expresión milenaria.

Vebo supo entonces que algo tramaba. No sabía qué pero pensó que no sería bueno. Aunque luego desechó la idea por creerla demasiado desconfiada.

- Alguna vez he de claudicar...- susurró. – Está bien. Os autorizo a entregarla al Árbol del Luto. Hacedlo cuanto antes.

Los aprendices se sintieron emocionados cuando Valian pronunció estas palabras y se deshicieron en alabanzas mientras el gran maestro se marchaba seguido de la silenciosa Bona.

Mientras los jóvenes iban en busca del cuerpo de Falsa, llegó Sirtán.

- ¿Qué ha pasado aquí? -. Le preguntó a Vebo.
- Valian ha cedido.

Sirtán arqueó las cejas incrédulo.

- Así, ¿sin más?
- Sí, sí, te lo creas o no, ha sido rápido. Ni ellos mismos se lo creían. Ha hecho un poco de comedia y luego ha aceptado.

El mago murmuró. Algo iba mal.

- Me quedaré a ver cómo lo hacen. No me gusta. Inspeccioné el cuerpo de la muchacha y no encontré nada extraño. Si embargo, dudo. Debería expurgarlo antes de entregarlo al Árbol del Luto. Esa ansia de muerte que mostró al acabar con su propia vida...- dejó la frase inacabada y negó visiblemente preocupado.
- Has pensado lo mismo que yo -. Dijo Vebo atento.

Sirtán sonrió pero se sentía inquieto. Los motivos por los que Falsa había matado se habían diluido con su muerte.

Los jóvenes se aproximaban con el cuerpo de Falsa envuelto en un sudario blanco. Algunos lloraban. Les parecía imposible que aquella muchacha tan dulce y frágil fuera una asesina cruel y malvada. Algo había torcido su espíritu y el Árbol del Luto lo purificaría. Había acabado con la vida de Lope, Domitilo y Blanca y casi mata a Ilena. Y a pesar de sus crímenes sería entregada al Árbol. Los que habían sido sus amigos y compañeros no podían permitir que fuera incinerada como una alimaña. Aunque fuera una asesina. Una asesina malvada, intrigante y cruel, y no mereciera más que desprecio. A pesar de ello, aquellos jóvenes, que habían compartido con ella momentos felices, risas, ilusiones y aprendizaje, la perdonaban lo suficiente para que pudiera ser entregada. Pues solo con perdón podía entregarse un cuerpo al Árbol del Luto.

Eran quince jóvenes, quince almas caritativas las que habían convencido a Valian para que les dejaran hacer la ceremonia. Falsa merecía que su cuerpo fuese devorado por una bestia salvaje o peor aún, entregada al fuego mágico que todo lo extinguía. Pero no, el gran mago había cedido. Así que Mara, su mejor amiga, llevaba en brazos el cuerpo frágil, desangrado y ligero de la joven para depositarlo bajo la sombra del Árbol del Luto.

El castaño azul y frondoso, más viejo que cualquiera de los edificios de Ur, más antiguo incluso que la Vieja Estera, tenía el tronco grueso y retorcido, y susurraba mientras la brisa balanceaba sus hojas limpias.

Vebo se había quedado junto con Sirtán para contemplar la entrega. El mago se sentía responsable en parte por no haber comprendido el alcance de la maledicencia de Falsa. Habían muerto tres aprendices por su falta de atención. Era terrible. Ninguno de los maestros principales, salvo él mismo, participaba en aquella ceremonia. Eran ellos quienes debían vigilar que la inquina no se adueñara de Ur.

Mara llevaba a la difunta envuelta en una sábana blanca manchada con la sangre sucia de Falsa. Entró bajo la sombra del castaño y la dejó en el el suelo, sobre las hojas secas. Luego se retrasó sin darle la espalda. Los asistentes se acercaron en silencio mientras miraban el sudario. Algunos susurraron unas palabras. El viejo árbol, la vieja esperanza, actuó sobre el cuerpo y comenzó a diluir su esencia material mientras la integraba en su savia, en sus hojas, en su sombra. Pocos lloraban. Era un acto de piedad que no necesitaba lágrimas.

De improviso, una sacudida muy fuerte estremeció la tierra. Muchos jóvenes perdieron el equilibrio y dieron con sus huesos en el suelo. La luz del cielo se apagó como cuando una nube inmensa y negra lo cubre antes de la tormenta.

Sirtán, alarmado, miró a su alrededor con incredulidad.

Vebo, que también había caído, se levantó con rapidez y observó la miasma inesperada que ensombrecía el aire.

Entonces, mientras los aprendices asustados trataban de incorporarse, se escuchó un estremecedor crujido.

Y el Árbol del Luto se derrumbó.

Atónitos por lo que acababa de ocurrir, casi hipnotizados por el terrible suceso, nadie percibió la forma oscura que emergía de entre las raíces arrancadas.

Era algo grotesco, un remedo de vida, una forma terrible de consistencia inmunda que extendió una protuberancia, como una mano esquelética y lúgubre, y derramó la muerte entre los pobres jóvenes reunidos allí, paralizados y horrorizados ante la abominación que les atacaba. Pues era Falsa la que había recuperado una copia torturada de su frágil forma humana.

Nunca un cuerpo que hubiera sido entregado al Árbol del Luto, aunque fuera de un ser vivo

malvado, cruel y despiadado había regresado de la muerte. Aquello era un delirio, una pesadilla, una locura imposible. Hertzum misma nunca hubiera soñado semejante quimera.

¡Era Falsa regresada!

Una forma abominable que se arrastraba bordeando la apariencia humana, que había matado y mataría con el salvajismo propio de los instintos más viles, que no se detendría ante nada ni ante nadie pues carecía de consciencia y sentimiento alguno.

El Árbol del Luto, arrancado de sus raíces, se había secado al instante y había llorado su tristeza derramando sus hojas púrpuras en la tierra mancillada. ¿Quién sabía cuantos siglos tenía? ¿Cuántos espíritus cobijaba? Y todo había ocurrido con tremenda rapidez. Con demasiada rapidez.

Los muertos, los pobres aprendices insensatos que se habían atrevido a sentir piedad, los incrédulos de buena fe, los compasivos, yacían quemados los rostros, arrancados de la vida junto al viejo Árbol destrozado.

Falsa avanzaba, terrible y violenta.

Sirtán se había quedado paralizado, ebrio de incredulidad y dolor, pasmado de desasosiego. Temblaba como una hoja helada. Vebo nunca lo había visto tiritar como un niño asustado.

Un horror, una negación impura, caminaba hacia el mago con determinación.

- ¡Sirtán! ¡Sirtán! -. Gritó Vebo con desesperación. Le agitó para sacarle de aquella inmovilidad que presagiaba su muerte, para derribar aquella columna de duda que le oprimía. Sin embargo, el peso de la incredulidad lo había vuelto de piedra. Paralizado. Estaba paralizado. - ¡Pero si nadie te ha tocado! ¡Maldita sea! -. Exclamó Vebo y, a continuación, le golpeó el brazo derecho con furia.

Falsa, el remedo, la burla de Falsa, circundada por el aura peregrina de una malevolencia insondable, avanzaba hacia ellos.

Vebo lo veía todo negro a su alrededor, como si la horrible presencia le quitase la luz al parco día.

- ¡Maldita sea! -. Bramó de nuevo, impotente. Entonces, comprendiendo que no podía socavar la parálisis del mago, tomó una decisión imprudente. Cuando lo que se requiere es huir, haz lo contrario, ataca.

Se puso frente al mago como un padre protegería a un niño de los malos sueños. Le dirigió una última mirada para confirmar que sus ojos permanecían vacíos, lejanos, perdidos, y se dispuso a afrontar su destino pues sabía que no podría detener a la criatura. Con la espada por delante, se enfrentó al remedo de Falsa.

El monstruo caminaba lento y firme. Vebo agitó la espada y cortó el aire en una vana amenaza. Nada la intimidaba. Aquel cuerpo pisoteaba los cadáveres e iba directo hacia ellos para segar sus vidas. Las palabras que conocía de poco servirían. A pesar de ello, las pronunció. ¿Cómo iba de dejar de intentarlo? El tiempo transcurría muy despacio. Falsa era una criatura imparable. Vebo se

resignó. No abandonaría a un amigo.

- Nos va a matar -. Susurró. - ¡Oh, Ilena! -. Era el único consuelo que le quedaba. Ella estaba en cama, convaleciente. Al menos, ella viviría. Podría huir, vengarle.

Falsa había llegado a dos pasos de él. Ya no había nada más que hacer, salvo morir. ¿Cómo podía la espada capaz de acabar con errantes matar la nada?

- ¡Alejate de eso! -. Escuchó la voz de Sirtán como un trueno a su espalda.

Luego, el mago le apartó con violencia y se adelantó para afrontar la forma macabra de Falsa.

Vebo se sintió débil e inútil de repente, como si al tocarlo le hubiera robado la fuerza que necesitaba para vivir. La espada pesaba en su mano, la conciencia que regía su espíritu zozobraba. Parecía que nada ocurría y todo a su alrededor se vencía. La fragilidad que sentía era tan intensa que tuvo que arrodillarse. Mago y fuerza terrible se enfrentaban. No había luces, ni vientos, ni violencia. Solo sus presencias elevadas del suelo que combatían frenéticamente sin mover un músculo, sin gesto alguno que así lo confirmase. Era una lucha que se libraba más allá de la energía y la magia, en la complejidad del espacio y el tiempo.

Y, lentamente, a los ojos de Vebo, Falsa se fue diluyendo como la niebla hasta que la sombra de Sirtán cayó de nuevo al suelo y supo que el mago había vencido.

Vebo estaba tan aturdido y confuso que no supo de donde venían los gritos. Había túnicas a su alrededor, alguien gritaba, lloraba o vete a saber qué. Lo tocaron. Alzó la cabeza y vio el rostro del mago, sereno, cansado, agradecido. Le ayudó a levantarse en silencio. Allí había muchos magos que gemían y rebuscaban entre los muertos algún amigo, alguien vivo. Otros, estupefactos y espantados ante la muerte del Árbol centenario, lloraban.

Había otra vez luz a su alrededor.

- Vayámonos de aquí -. Sirtán le hablaba pero él le escuchaba lejano, como si no le comprendiese o hablase una lengua extraña.

Había alguien que gritaba más que los demás, pero Vebo y Sirtán no le hicieron caso.

Justicia.

La Sala de la Justicia vibraba de tensión. Valian y sus acólitos temblaban de ira contenida. La magia que desprendía su frustración amenazaba con desbordar los límites de su cordura.

- Pero, con franqueza, ninguno de vosotros tenéis pruebas...- dijo Sirtán, que se había erigido en una especie de abogado defensor, mientras les daba la espalda tras el comentario cargado de desdén y desprecio que les había dirigido.

Cedric, el más impulsivo de los aprendices del insigne Valian, a punto estuvo de saltar sobre aquel mago engreído. Sin embargo, una dura mirada de su maestro lo mantuvo en su pedestal.

Seguidamente, Sirtán bajó del bloque y se situó junto a Vebo e Ilena. No sonreía. La seguridad que había mostrado en su discurso se había esfumado convertida en un rápido reproche al mirarlos.

La luz que se filtraba por la cúpula de cristal teñía de un suave color azulado los rayos de sol. Los espejos evidentes, guardianes de la sala, relucían. Las grandes columnas blancas en las que habían esculpido enormes bustos de antiguos magos ascendían hacia la cúpula cargadas de bajorrelieves y poderosos símbolos. El suelo, decorado con pequeñas piezas esmaltadas doradas y negras, brillaba. Los pedestales en los que se erguían los magos eran de granito negro.

Seferia fue a descender de su piedra para tomar la palabra cuando Valian alzó la mano y la detuvo. A continuación, él mismo, con la agilidad de un cuerpo vitalizado por la magia, saltó de su podio y se subió al lugar de honor, a la base desde la que cualquiera podía expresar sus pensamientos libremente y sin interrupciones durante el tiempo que quisiese.

La luz suave que iluminaba sus cabellos dorados refulgía. Era un hombre muy bello, de formas delicadas, sonrisas cautivadoras, ojos verdes y dulces. Sus modales y su voz eran comedidos, exactos, pacientes y temibles. Su larga túnica oscura resaltaba la piel pálida de sus manos y de su rostro. Antes de hablar, observó a sus semejantes con detenimiento: los magos que podían intervenir en la liza se plantaban sobre las piedras que les otorgaba el derecho a hacerlo. El resto esperaba de

pie, sobre las baldosas ajedrezadas, tan interesados en la lid como lo estaban los contendientes de los pedestales. Era tradición que los intervinientes se subieran a las piedras antes de participar en el debate y solo los acusados y el propio benefactor podían permanecer sobre el suelo y auparse a hablar cuando se les permitiese.

Vebo nunca había estado allí. Había oído hablar mucho de aquella sala espaciosa y terrible en la que los magos dirimían sus asuntos de manera razonable, impartían justicia y litigaban sobre casos de difícil resolución. Y le parecía magnífica aunque no tan bella como los salones dorados del Palacio Rojo de Adentor.

Valian levantó la mano y pidió silencio. Los murmullos se acallaron al instante. Solo Sirtán habló estentóreamente, pero se dio cuenta de que hacía el ridículo y calló pidiendo disculpas con un gesto comedido.

- Sirtán... – habló Valian con voz vibrante y encantadora. Los magos le escucharon con atención – ...de cuya sabiduría todos nos congratulamos, dice bien. No tenemos pruebas -. Se detuvo un momento para deleitarse en su alocución.- Si las tuviéramos, el cariz de esta conversación, pues esto no es más que una conversación formal, sería diferente. No lo dudéis -. Aquello no era una amenaza, era un hecho, pensó Vebo. Si los magos supieran con certeza que su amada y él mismo eran culpables de los terribles hechos acontecidos, ya hubieran sido ajusticiados. Ni su amigo lo hubiera podido evitar

Valian miró a la pareja. Luego se giró sobre sí mismo para observar al auditorio. Rostros amables, rostros entregados, rostros indecisos, miradas subyugadas y fascinadas. Estaba satisfecho. Podía ser magnánimo. - En todo caso, los hechos que nos han traído aquí deben ser aclarados. Por ello propongo que Ilena permanezca recluida en sus habitaciones hasta que no se determine la verdad de lo ocurrido.

Ilena fue a protestar, pero Sirtán la detuvo apoyando su mano en el antebrazo de ella. - Espera y calla -. Le susurró.

- Y no se le permitirá continuar con sus estudios mientras dure la investigación. No recibirá visitas, aunque podrá yacer con ése...- dijo con desprecio mientras señalaba a Vebo.

Ilena se enfureció. Esta vez fue Vebo quien detuvo su rabia al darle la mano.

- Demasiado sabéis de su amistad con Falsa, y nosotros, ¡todos nosotros! - alzó la voz – queremos dilucidar qué se tramaba en sus charlas y contactos.
- Simplemente eramos amigas, ella quería saber y yo...- murmuró Ilena, enfadada porque no se le permitía replicar a aquel energúmeno arrogante y cruel. Se la acusaba de ser la instigadora de los asesinatos de Falsa, de ocultar a la comunidad sus sospechas, de instigar en la difunta muchacha el espíritu criminal que la había llevado a matar. ¡Calumnias y más calumnias! Pensaba. Sentía que la sangre le hervía en las venas.

- Es justo. Es una previsión justa. - Siguió Valian. - Pido vuestro parecer, Sirtán -. Se dirigió al mago con un sonrisa de condescendencia.

Éste le sostuvo la mirada pero no le devolvió la sonrisa. Valian descendió del pedestal y los murmullos aumentaron. Mientras se realizara la investigación, los trabajos de Ilena se interrumpirían.

Ilena quería que Sirtán fuera a replicar de inmediato. No podía estar de acuerdo con aquella medida que le impedía trabajar en sus proyectos. Sin embargo, Vebo dijo:

- Acepta lo que exige, Sirtán.

La mujer le miró sorprendida y enfadada.

- ¡No! ¡No podemos aceptarlo! -. Exclamó. - ¡Te has vuelto loco!
- No. No me he vuelto loco -. Dijo Vebo con tranquilidad. - Confía en mi. Por favor, Sirtán, acepta lo que Valian ha exigido.

Ilena negaba con vehemencia. Sirtán dudaba y lo observaba de hito en hito. Vebo permanecía seguro, sereno y firme.

- Creo que haré lo que ha pedido Vebo -. Decidió el mago contagiado por la seguridad del hombre.

La mujer les miró contrariada y estupefacta. ¿Cómo iban a plegarse a las exigencia de aquel maldito bastardo? ¿Y cómo iban a quedar sus estudios después de eso? ¿Qué haría durante el tiempo que durara la investigación de los sucesos por los que se la acusaba? Ella había sido una víctima, no la causa. No había justicia en la propuesta de Valian. Todo quedaría retrasado, incompleto.

- Sirtán, no lo hagas -. Le exigió. - ¡Os habéis vuelto locos! -. Espetó y le dirigió una mirada de furia a su amado
- ¡Hazlo!-. La voz de Vebo, que sonó como una orden, contrarió a Ilena e irritó a Sirtán.
- ¡Muchacho, no me hables así!-. Exclamó el mago.
- Disculpa -. Se excusó éste pues comprendió que se había propasado. - Haz lo que te he pedido, mientras tanto se lo explicaré a Ilena.

Sirtán negó con la cabeza pero se dirigió hacia la piedra para hablar. Ilena miraba a su amado con desesperación y enfado.

En voz muy baja, para que solo lo escuchara ella, le dijo:

- Amor mío. No nos quedaremos aquí. Debemos huir -. Ilena abrió los ojos sorprendida.- Piénsalo bien. Valian necesita justificarse ante sus aprendices y sus acólitos. Aunque no haya pruebas, las tendrá o las fabricará. Nos odia. ¿No lo ves? Conseguirá lo que se proponga y mandará matarnos. No lo dudes. Si aceptamos su oferta, aunque sea por poco tiempo, se confiará. En ese lapso, aprovecharemos para escapar. Hablaremos con Sirtán. Él nos ayudará. Él nos cubrirá.

Ilena no quería admitir lo que escuchaba, pero cuando comprendió las razones de Vebo, asintió. Valían les odiaba. Si no podía conseguir mediante la manipulación de la justicia su objetivo, lo conseguiría por medios más directos y brutales. Las palabras de su amado le abrieron los ojos. Aquel juicio, aquella pantomima convocada por el gran maestro, solo tenía como objetivo acabar con ella. Los asesinatos de Falsa y su amistad habían sido la excusa perfecta para condenarla. Todo era cierto. Solo quedaba huir y salvar lo máximo posible de su vida y su memoria. Aunque aquello significase que fueran a considerarles culpables.

Solo un mago como Sirtán era capaz de pasar desapercibido entre tantos colegas inferiores sin que estos lo notaran. Caminaba oculto a sus sentidos y se sentía ufano y orgulloso de su hazaña, por otra parte, nada fácil de conseguir. Las piedras iluminarias del ancho corredor brillaban con intensidad y arrancaban brillos de las pulidas superficies de mármol gris de las paredes en las que estaban incrustadas. Seragún se paseaba ante la puerta de la alcoba en la que habían encerrado a los acusados y murmuraba:

– No está bien, no está bien, no tienen pruebas...

Sirtán le escuchó y se detuvo divertido y complacido, tan próximo a él que le echó el aliento en el cuello sin que éste lo notara. Se había ocultado muy bien a la luz y a los sentidos. Era un hechizo que no acudía a sus pensamientos desde hacía años, pero que seguía siendo muy útil como podía comprobar. Y no es que Seragún fuese un mago cualquiera. No. Era de la élite, de los que se creían perfectos, superiores a cualquiera y dictaban como infalibles las leyes de Ur.

Flanqueaban la puerta dos soldados acorazados cuyas armaduras de plata relucían. Permanecían tan tiesos como estatuas y vigilaban que nadie incumpliese las órdenes de los magos.

Sirtán se paró ante ellos, retrocedió un paso para dejar pasar a Seragún que se movía por el pasillo adelante y atrás, y regresó a su posición. Sonrió. Tampoco ellos le percibían a pesar de que habían sido convenientemente adiestrados. Ahora había que repetir el hechizo mientras abría la puerta. Hizo la sutil declinación añadiendo a la voz las variantes conocidas de los objetos inanimados y abrió la puerta sin que nadie se inmutara para entrar en la alcoba.

Vebo e Ilena dormían en una amplia cama con dosel. Estaba oscuro pero había suficiente presencia en los objetos para que Sirtán los distinguiese. La hermosa mesa de trabajo rebosaba de libros y pergaminos, de frascos de tinta austera y plumas, de estiletes y berbiquies, de redomas y frascos. Seis sillas elegantes, cómodas y decoradas, se repartían por la estancia. Unos tapices suntuosos adornaban las paredes. Varios anaqueles, en los que no cabía ni un pergamino más, completaban los huecos libres de tapices. Pisaba una alfombra de piel de ciervo algo gastada. Como prisión, no estaba mal. Con una voz alumbró las llamas de las lámparas.

Vebo se despertó sobresaltado, apartó las sábanas, estiró el brazo y sacó la espada de la vaina, tan despierto como si estuviera en medio de una batalla.

- No te serviría de nada contra mi -. Dijo Sirtán deshaciendo el hechizo de ocultación que tan bien había pronunciado.

Vebo le miró sorprendido y luego se relajó.

La voz de Ilena se escuchó clara:

- Nada más abrir la puerta supe que era él, Vebo.

El hombre le dirigió una mirada de soslayo a la mujer que se hacía la remolona en la cama y torció el gesto. Enfundó la espada y la dejó sobre la mesa.

- Esta espada podría acabar con tu vida si estuviera lo suficientemente próxima a tu cuello -. Dijo mientras se levantaba y cogía los pantalones tirados sobre una de las sillas para cubrir su desnudez.
- No lo dudo. Eso sería cierto si me tuvieras cerca y te tuviera como enemigo -. Replicó el mago divertido.

Ilena se incorporó. Era hermosa, tenía la piel tersa y suave, firme y luminosa a pesar de su edad. Sus cabellos limpios y de un azul oscuro perfecto, pues gustaba teñirlos cada cierto tiempo, caían sobre sus hombros blancos. Sus ojos negros, despejados e inteligentes, sonreían.

- ¿Qué sabes? -. Le preguntó Vebo.
- Nada bueno. Quieren un juicio largo. No tienen pruebas, pero eso no les impedirá juzgaros de nuevo. Es lo que quieren, un juicio, no un veredicto-. Respondió Sirtán que se acomodó en una de las preciosas sillas.
- No quiero pasar por eso, Sirtán -. Dijo Ilena visiblemente afectada. - Un juicio me quitaría mis derechos. Mientras se reúnen las pruebas y se formaliza la investigación no podré continuar mi trabajo.
- Yo os defenderé. No soy un jurista muy bueno, pero sé de la verdad más que todos ellos juntos -. Sirtán quiso darles confianza, seguridad en una rápida victoria.

Ilena se levantó de la cama y tras cubrirse con una bata ligera se sentó junto al mago.

- Lo hemos hablado, Sirtán. Confiamos en tu maestría, no te quepa la menor duda, pero queremos huir -. Le miró con firmeza y resignación.
- ¿Huir? -. Exclamó el mago con irritación pues la noticia le había sobresaltado.

Ilena y Vebo se asustaron pues su grito había sido desesperadamente alto.

- No os preocupéis -. Dijo Sirtán con desdén.- No se enteran de nada -. Señaló la puerta tras la que vigilaban los guardias y Seragún. - ¡No podéis huir! ¡No! ¡Sería como si os declararais culpables! -. Añadió mientras gesticulaba contrariado y adelantaba su cuerpo para mirar fijamente a Ilena.

- No somos culpables de nada -. Replicó ella.
- Ya lo sé y ellos lo sabrán. Se lo demostraremos -. Sirtán gritaba para inquietud de la pareja.
- Y mientras lo hacemos, tardaremos meses, sino años en lograrlo. Mantendrán una estrecha vigilancia sobre mí y sobre Vebo y perderé todo lo que he conseguido. ¡Meterán sus narices en mis cosas! - Se enervó. - ¡Sabes de la importancia de mis investigaciones, Sirtán! ¡Se trata de la complejidad del Arcano! ¡Y tengo la solución muy cerca! ¡No puedo dejarlo así como así! -. Exclamó Ilena con vehemencia, con lágrimas en sus ojos súbitamente entristecidos.

Sirtán negaba. Se levantó y comenzó a pasearse por la habitación como un león enjaulado y a mesarse la barba con ansiedad.

- ¡No, no, no! ¡No lo veo claro!
- ¡Mago!-. Le interrumpió Vebo. - No eres tú quién ha de sufrir las calumnias ni las difamaciones. Seremos nosotros los culpables a ojos de todo el mundo. Tan solo te pedimos que nos ayudes a escapar de Ur, que nos ocultes y nos protejas un tiempo. Sé que tú puedes hacerlo muy bien.
- ¡Casi nada! ¡Vaya! -. Se paró en seco y le miró indignado.- ¡Lo que me pides es muy difícil! ¡Es imposible!
- ¿Difícil? ¿Imposible? ¿Qué hay difícil o imposible para ti? - Preguntó Vebo tranquilo mientras le miraba con firmeza. - ¡Sé que puedes hacerlo! ¡Lo que pasa es que no quieres! ¡No quieres involucrarte más! -. Exclamó Vebo que pasó de la tranquilidad a la rabia en un parpadeo. Ilena se levantó y le cogió de la mano. Era la constatación de que estaba decidida y de que suplicaban su ayuda aunque le doliese.

El mago se enfrentó a las palabras del hombre con furia. Luego miró a Ilena y al rastro de lágrimas de sus mejillas y se tranquilizó.

- ¿Puedes o no? -. Le preguntó Vebo sin inmutarse.
- Sin duda podría -. Respondió con orgullo algo más sosegado. - Por eso querías que aceptase las palabras de Valian...- añadió con suspicacia y con aire pensativo mientras sostenía la mirada inquisitiva de Vebo.

Éste sonrió con descaro.

Sirtán les miró desconcertado. Hacía mucho tiempo que no sentía un amor tan grande y firme como el de la pareja, pues entre sus incontables habilidades estaba la de percibir la naturaleza de los sentimientos, y en ocasiones pensaba que había perdido esa capacidad pues no había encontrado amantes tan sinceros y fuertes como ellos en mucho tiempo. Los sucesos habían sido terribles y en cualquier persona con afectos más endebles, menos seguros y firmes, los acontecimientos hubiera generado dudas y quizás cercenado esa profunda sensación que latía entre los dos. Se alegraba de lo

que notaba y le desconcertaba que aún pudiera haber gente así en aquella tierra en la que los magos lo ligaban todo a la razón y a la cordura. Se tocó la larga barba blanca y les miró con una sonrisa tierna.

- Os ayudaré.

Ilena suspiró profundamente y apretó la mano de Vebo.

- No podía ser de otra forma -. Dijo el hombre con seguridad.

Sirtán arqueó las cejas disgustado.

- Sí que hubiera podido ser de otra forma -. Añadió con el único objeto de contradecirle.
- Y entonces no hubieras sido tú mismo. No hubieras sido el amigo que recordaba, el amigo al que ayudé en tantas ocasiones.
- ¡Muy seguro te sientes tú de tus palabras! -. Exclamó Sirtán molesto porque hubiera descubierto una debilidad en su imagen de mago poderoso e insuperable.

Vebo permanecía impertérrito, aferrado a la mano de su amada, seguro de sus palabras, comprometido con su futuro.

- ¡Oh, sí, el gran guerrero! -. Continuó el mago. - ¡Muchos aliados he tenido en mi larga vida! ¡Y muchos más tendré en lo que me resta! ¡Pero ninguno me ha dicho “no podía ser de otra forma”! - Hizo una mueca entre divertida y patética. - ¡Pues claro que pudo ser de otra forma! ¡Todo puede ser de otra forma! -. Gritó mientras se paseaba ante la pareja con irritación.

Ilena apretó la mano de Vebo. Dudaba y tenía miedo. La cólera inesperada del mago la turbaba. Vebo la miró un instante para tranquilizarla. Sabía que la rabieta del mago era pura pantomima. Bueno. No es que estuviera seguro al cien por cien de ello, pues con los magos nunca se sabía, pero hubiera apostado todo cuanto tenía a que no se equivocaba. Además, había utilizado la burla del “gran guerrero”.

- Bueno. ¿Nos ayudarás o no? -. Preguntó Vebo, un poco cansado de tanta palabrería.

Sirtán se detuvo. Le observó con furia y bramó:

- ¡No me interrumpas! -. Le señaló con el dedo. Las llamas de las numerosas lámparas que alumbraban la estancia oscilaron y algunas se apagaron de repente. La irritación de Sirtán se desprendía en ráfagas muy tangibles mientras rumiaba su cólera. Luego le miró a los ojos. Se sostuvieron la mirada unos breves instantes y, a continuación, el mago le sonrió. - ¡Os ayudaré! -. Dijo por fin sosegado.
- ¡Lo sabía! ¡ No hacía falta tanto discurso, ni tanta palabrería!-. Exclamó Vebo.

El rostro del mago paso de la tranquilidad a la furia, y de esta al sosiego en un segundo.

- ¡No me alteres, muchacho! - Exclamó. - ¿Y entonces, a dónde queréis ir? -. Preguntó con despreocupación como si toda la diatriba que había pronunciado un momento antes hubiera

sido puro teatro y ya la hubiese olvidado.

- Hemos pensado en un lugar bastante apartado de aquí, donde pueda proseguir mis investigaciones...- respondió Ilena, visiblemente relajada. Se sentó y el mago acercó una silla e hizo lo propio a continuación. Vebo permaneció en pie, al lado de ella.
- ¿Y qué país es ese? -. Sirtán les miraba curioso.
- A Decepción. Conozco...-
- ¿Decepción? ¡A Decepción no podéis ir! -. Exclamó el mago con vehemencia.
- ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo Decepción? -. Preguntó Ilena incómoda.
- Decepción es una tierra de traidores, demasiado próxima a Adentor y, además, no podréis utilizar rutas rápidas. Tus deseados viajes de investigación tendrán muchos espectadores, quizás demasiados...
- Me ocultaré a sus ojos como nos ocultamos ahora a nuestras voces.
- Incluso así, Ilena. En Decepción abundan los magos retirados y muchos traidores. ¿Quién nos asegura que no han enseñado a aprendices desconocidos sus artes de vigilancia? -. Le preguntó.

Ilena dudó. Eran circunstancias que desconocía o que no había valorado con rigor.

- Si crees que ir a Decepción no es seguro, entonces iremos a Eren.

El mago se echó hacia atrás, pensó unos instantes y luego negó.

- A Eren tampoco debéis ir. Es tu origen, ya lo sé. Aunque lo conozcas bien, allí os encontraríais con los mismos problemas que hallaríais en Decepción. Aunque no hay tantos traidores, cierto es, te conoce demasiada gente y pueden delatarte aunque sea de forma involuntaria. Hay demasiadas probabilidades de que sea así. No. A Eren no.

Las razones de Sirtán eran firmes y tenían solidez.

Ilena suspiró. Eran los mejores sitios que se le ocurrían y con dos simples frases habían dejado de tener consistencia. ¿Adónde ir? ¿En qué lugar estarían seguros?

Se hizo un largo silencio. Cada uno de los tres pensaba en un lugar para vivir olvidados, para ocultarse de los poderosos magos de Ur y de cualquier otro que les buscase. Querían vivir su amor libres, lejos de las maquinaciones de aquellos que no aceptaban sus sentimientos y de los juicios a los que les someterían, libres de las mentiras y los odios sin fundamento. Por lo menos durante el tiempo que tardasen en aclararse los tristes sucesos acaecidos allí.

- Entonces iremos a Bas -. Dijo Vebo.
- ¿Bas? ¿Dónde está Bas? -. Preguntó Ilena.
- Bas es una comarca que se encuentra cerca de La Frontera. Aún no es territorio peligroso, ni zona de embocadas y ataques de los Rugons, pero es tan humilde y pobre que son escasos los colonos que lo habitan. Tierras así son tranquilas y los magos suelen tener tendencia a

despreciarlas y olvidarlas -. Le aclaró.

- ¿Bas? -. Susurró Sirtán mientras valoraba la propuesta con interés.
- Bas está demasiado lejos de todo, Vebo -. Dijo Ilena.

El hombre suspiró decepcionado.

-¡No, Ilena! ¡Bas es perfecto! -. La contradijo Sirtán. - Está demasiado lejos de todo y, a la vez, no lo está en exceso. Claro que no tendrás la posibilidad de realizar viajes rápidos, ni por la luz, pero con caballos y algún tiempo conseguirás todo lo que quieras. Dudo mucho de que cualquier estúpido mago de esta ciudad sepa donde está Bas.

Ilena negó.

- No quiero ausentarme mucho tiempo del lado de Vebo -. Reconoció que ese era el motivo de su reparo.
- ¡Oh, no! ¡No te preocupes por mi! ¡Estaré bien! Bas es un buen sitio. Iré contigo cuando quieras, adonde quieras. Buscaremos una granja, una casa por la zona y viviremos olvidados y tranquilos. Dejaremos atrás todo esto, Ilena -. Dijo emocionado.

La mujer le miró y le sonrió con amor. Sirtán se sintió conmovido.

- Bas será un buen lugar -. Dijo Ilena por fin. Aunque no estuviera convencida del todo tenía fe en su amado y eso, para ella, era suficiente.
- Entonces, preparemos vuestra partida cuanto antes. Deberá ser secreta. Poca carga, buenos caballos. Yo me encargaré de los hechizos de ocultación y de las trampas -. De repente, Sirtán comenzó a pensar en voz alta todo lo que iba a hacer. Sus ojos se iluminaron.

Vebo e Ilena se sonrieron felices.

Al otro lado de la puerta, Seragún paseaba y rumiaba sus dudas.

Sirtán les acompañó hasta donde pudo pues no quería que una larga ausencia levantara sospechas entre los magos de Ur. Las instrucciones de la ruta y el mensaje estaban claros y no tendrían ninguna dificultad a la hora de proseguir su camino. Las palabras que les había enseñado, con sus matices peculiares, hacían que su tarea de ocultación fuese mucho más fácil.

En Ur estallarían las disputas, se echarían las culpas unos a otros y, al final, los carceleros serían vilipendiados, degradados y juzgados. Valían buscaría con denuedo y emplearía cualquier tipo de magia a su disposición para descubrirlos, de eso estaba seguro. Pero él era Sirtán y sabía que éste fracasaría. El mago se reía de lo fácil que había sido urdir toda la trama, de las simplezas que había empleado para escapar de la conspiración, para conseguir su objetivo. Aunque quizás aquello no fuera tan fácil y él era, en verdad, un gran mago, pensaba a veces engreído y vanidoso. Había tardado algunos días en preparar los pertrechos y los animales que se llevarían en su huida, y se

había encargado de retrasar las entrevistas y los interrogatorios a los que querían someter a la pareja, así como de borrar todas sus huellas. Nadie sospecharía pues había establecido las barreras y tejido trampas para disipar cualquier rastro de su fuga.

Habían llegado. El paraje estaba lejos de Ur, a siete días de viaje a caballo. Ni el propio Valian podría determinar su ubicación por más que lo intentase. Había enredado los destinos en una madeja de millones de probabilidades y había dejado mensajes indescifrables en todas y en cada una de las presencias. Así, las expectativas se separaban en un entramado imposible de resolver.

– Debemos separarnos aquí -. Dijo Sirtán.

El sitio era común y corriente: árboles sencillos en un bosque de pequeños pinos, malas hierbas y murmullo de bestias y aves en las ramas y en el sotobosque.

– Gracias Sirtán -. Ilena tenía ganas de abrazarle.

– Gracias a vosotros. Vebo tuvo la deferencia de salvarme alguna vez -. Sirtán miró al hombre con seriedad.

– Lo hubiera hecho de todos modos. Tú ya lo sabes -. Comentó éste lacónico.

Sirtán cabeceó.

– Iré a veros. Recordad que no debéis usar las rutas de luz. Pondrán alertas y estarán atentos. Nos hemos ocultado muy bien pero en Ur hay sabios que podrían desenredar la madeja con tiempo y paciencia. Trataré de que no sea así.

– A partir de ahora dependemos de nuestros caballos -. Dijo Ilena algo contrariada. Sus investigaciones requerían de numerosos viajes y las rutas de luz los hacían rápidos y menos farragosos. - Me acostumbraré.

– No lo dudo. Tu amor es grande -. Le sonrió el mago.

– Nos las apañaremos Sirtán. No lo dudes. Tengo alguna experiencia y sabré aprovecharla -. Expuso Vebo con tranquilidad. - Aunque no he sido nunca granjero conozco bien la tierra. Sabremos sobrevivir -. Añadió divertido.

– Tengo confianza en ella, pero de ti nos sé si fiarme...- repuso el mago paternal.

Vebo sonrió. Se acercó al mago y le abrazó. Ilena hizo otro tanto.

– ¡Marchaos! ¡Marchaos o me vais a hacer llorar! -. Exclamó Sirtán y parecía que iba a ser cierto.

La pareja montó en sus caballos. Vebo tomó las riendas del animal de carga y tras dirigirse una mirada de despedida cargada de emoción y reconocimiento, huyeron sin más.

– ¡Han desaparecido! ¡Se lo han llevado todo! -. Gritó con rabia Valian.

Cedric, postrado ante su señor, hundía la nariz en el frío suelo de la estancia.

- ¿Cómo ha sido? ¡Dime cómo ha sido! -. Bramó exasperado.

Sin osar levantar el rostro ni un milímetro y con un hilo de voz humilde y tembloroso respondió:

- No lo sabemos, mi señor.
- ¿¿Qué no lo sabéis?! - .Valian se levantó del sillón de piedra verde en el que gustaba sentarse.
- No hay rastro alguno, mi señor. Sin duda les habrá ayudado Sirtán....- susurró Cedric que pensaba que aquellos eran los últimos instantes de su vida. Había defraudado a su maestro y era justo que pagase por ello.

Sin embargo, notó que la presencia de Valian se alejaba de su lado.

- Sí....- murmuró con odio -...ese mago....después de todo lo que he tejido a su alrededor...después de todo cuanto he malogrado por él...- suspiró con desazón, con hastío.

Se produjo un silencio. Cedric no supo si se había quedado solo pues no se atrevía a levantar la mirada del suelo hasta que no se lo ordenase. Pero había tal quietud que parecía que Valian se había esfumado. Entonces una voz resonó en el interior de su cabeza:

- Quiero saber cómo lo ha hecho. No importa el tiempo que tardes en conseguirlo ni quién haya de caer para que lo sepas. Ahora, marchate.

La escasa luz de la cámara se apagó y Cedric supo que debía buscar la salida a oscuras. Eso solo le había ocurrido en contadas ocasiones. Retrocedió arrastrándose por el frío suelo. Se sentía mal por haber decepcionado a su gran maestro y, en su interior, se prometía que nunca más volvería a fallarle. Adoraba su magnanimidad y se sentía agradecido por tenerle como maestro. El mago maldito había sido más inteligente de lo que creían. Pero se vengarían. Encontraría a la pareja y la mataría. No podía permitir que se riera de su amo. Aunque tardase toda su vida.

La visita que esperabas

Al cerrar la puerta de la carnicería Vebo notó un cambio sutil en la densidad del aire. Alguien había llegado. No se preocupó demasiado. Las protecciones no le permitirían salir del edificio aunque fuera un mago muy poderoso. Bueno. Si hubiera sido un mago muy poderoso no hubiera llegado por allí, hubiera venido directo por la calle después de haber matado a todos los habitantes de la villa. Una de sus crueles acciones era no dejar testigos de sus actos.

Caminó hacia las escaleras. Él era el único que utilizaba el medio de desplazamiento en exclusiva. Cada vez con menos asiduidad, ciertamente. Pero aún así lo hacía. En sus salidas no buscaba investigar nada ni descubrir lugares inexplorados, tan solo llegaba a espacios con buen sol, sitios alegres y naturales en los que relajarse, parajes que le recordasen a su amor perdido. Tranquilidad, paz y añoranza. La vida de combates, magia y muerte había acabado. Lo había prometido. Y lo cumpliría.

Encendió una vela y bajó al almacén. Abrió la puerta del cuarto y descendió con cuidado los viejos escalones en los que se acumulaba el polvo. Recordó la advertencia. Había luz. Un residuo del paso. Una figura envuelta en una capa de plata contemplaba el cuarto de espaldas a él.

- ¿Así que esta es tu vida? -. La persona miró en derredor, a los objetos que acumulaban el polvo de mucho tiempo.
- Sí. Esto es lo que soy.

El hombre se volvió y lo miró atentamente:

- ¡Ay, amigo mío! ¡Cómo has cambiado! Estás gordo y calvo. ¡Pareces más cerca de la muerte que de la vida! -. Exclamó sonriente.

Vebo tocó el suelo, avanzó y se situó sobre el viejo símbolo. Aquel que tan trabajosamente había elaborado Sirtán nieves atrás. Nunca se sabía hacia donde le llevaría la conversación con el mago recién llegado. No se había anunciado como enemigo pero dudaba de que se hubiera despedido como amigo o aliado. Y las palabras de Sirtán aún las tenía presentes en la memoria. Sonriendo, respondió al recién llegado:

- Esta es la vida que elegí, Cedric. Y no me arrepiento de ella. No conservo tu frescura ni tu elegancia pero vivo tranquilo y feliz.

- ¿Llamas felicidad a esta miseria?
- ¿Llamas tu miseria a la libertad? ¡Soy libre, Cedric! ¡Libre!
- ¿Eres libre para huir de esta miseria? ¿Y por qué no lo has hecho? ¿Acaso no estás recluido aquí porque tienes miedo?
- ¿Miedo? -. Vebo sonrió tranquilo.- ¡Me fui! ¡Con todas las consecuencias que eso representaba! ¡No quiero nada de vosotros! ¡Ni de él! ¿A qué has venido, Cedric?
- A recuperarte, amigo mío.

Vebo apretó los labios con rabia.

- ¿A recuperarme, o a recuperarlo? ¡Sé franco, Cedric! No creo que queráis a un viejo y gordo guerrero como yo entre vosotros. No soy tan estúpido. Sé quién soy y en que me he convertido.

El mago suspiró cansado y le miró con desprecio.

- Eres suspicaz, amigo mío. Vengo a recuperarlo y si además te recuperamos a ti, bueno, pues mejor que mejor. Seguro que tras esa capa de grasa, desaliño y brutalidad, aún se esconde un magnífico guerrero. ¿No te gustaría recuperar tu puesto?

Vebo observó el lugar en el que guardaba la espada. Un rápido movimiento y estaría en su mano.

Pero por el momento debía esperar.

- No. No me gustaría, Cedric. No quiero ser esclavo de nadie.
- ¡No soy esclavo de nadie! -. El mago se alteró. No se movía de su sitio, como si valorase en silencio las astucias que podrían esperarle en aquella pequeña habitación.
- Eso decís siempre. No es verdad, Cedric. Creéis tener libertad para disfrutar de una vida de placeres y poder. Creéis que sois sabios entre los sabios y que nadie se os puede comparar. ¿Cuán ignorantes sois? ¡Os tiene atados! ¡Cada uno con un dogal al cuello! -. Exclamó. Hacía tiempo que tenía ganas de decírselo a la cara.

Cedric rió.

- Soy libre, Vebo. He elegido. Eso me hace libre. Yo también elegí y por eso soy libre, como tú.

Vebo cabeceó. No le convencía aquel discurso. Pero iba ganando tiempo. Estaba seguro de que había venido a reclamar el manuscrito. ¿Cómo lo haría? Con violencia, seguro.

- ¿Y puedes abandonarlo cuando quieras? -. Le preguntó.
- No quiero abandonarle. Soy mejor así, con él. Por eso te propongo que vengas conmigo. Entrégamelo y marchémonos juntos. Todo será más fácil.
- Lo siento, Cedric. Estoy bien aquí y no te lo voy a entregar. Yo elegí este camino y aquí me voy a quedar.

Cedric suspiró. Aquella conversación se encaminaba hacia una disputa inevitable. Sería más fácil

razonar con un muerto. Pero insistiría un poco más.

Los días más felices de nuestras vidas

El Antemagistrado Ictus era un hombre resolutivo, decidido y franco. Ilena le había entregado el escrito con las órdenes del Magistrado de Bas y no había dudado ni un instante.

- Estas son las granjas disponibles. Están abandonadas desde hace algunos años, pero son recuperables, aunque tendréis que trabajar mucho -. Se sinceró.

Ilena y Vebo echaron un rápido vistazo al documento que Ictus les mostraba y en el que señalaba lugares desconocidos. Eran nombres, localizaciones, descripciones simples de los bienes que allí encontrarían. Dobló el pergamino y se lo entregó al hombre.

- No nos da miedo el trabajo -. Dijo Vebo sonriéndole con complicidad mientras lo recogía.
- Lo comprendo -. Ictus se levantó de la original silla en que se sentaba, cuyo respaldo era triangular, y les invitó a marcharse con un gesto. Era un hombre muy ocupado y una vez cumplido el edicto de su superior debía continuar con sus quehaceres cotidianos.
- Nos gustaría que fuera discreto -. Le rogó Ilena.
- Naturalmente señora -. Respondió sorprendido el Antemagistrado.- Nada se sabrá de esta reunión -. Aunque era extraño que los nuevos colonos no quisieran entablar relaciones con los granjeros establecidos en las inmediaciones nada tuvo que objetar. Allá cada uno con su vida.
- Puedes estar seguro -. Murmuró Ilena mientras seguía a Vebo que ya había retrocedido un par de pasos. Una sutil voz incrustada entre dos palabras había alcanzado a Ictus y le había eliminado el recuerdo.

Salieron a la calle de la soleada ciudad, solos, pues el Antemagistrado, en cuanto hubieron abandonado la sala de recepciones, se preguntó qué hacía allí, aunque sabía que debía cumplir un encargo que alguien le había pedido. Los niños jugaban sobre el empedrado, gritaban y se jaleaban. Ilena observó sus carreras con tristeza. Ella nunca tendría hijos. Niños como aquellos eran los que echaba de menos en su vida. Vebo la miró y supo al instante el cariz de sus pensamientos.

- Algún día, si quieres, adoptaremos uno -. Le dijo con ternura.

La mujer le sonrió y le acarició el brazo:

- No Vebo. Sé que no sería una buena madre. Un niño se merece el esfuerzo de sus padres y

yo soy demasiado egoísta. No puedo abandonar mis estudios ni mis predicciones.

- Yo me ocuparé de él si te hace feliz.

Ilena le tocó el rostro y le besó a continuación. Los niños se detuvieron para observarles un instante y luego volvieron a sus juegos.

- Te quiero Vebo. Contigo tengo suficiente -. Caminó para coger las riendas del caballo que habían dejado atado junto a una casa.

Vebo montó en el suyo y cogió las riendas al tercer animal en el que cargaban un buen número de bultos. Los niños les saludaron alegremente y ellos les devolvieron el saludo. Unas mujeres tendían la ropa en cordeles colgados de palos clavados en las fachadas. El sol invitaba a conversar y dejar que las mejillas se coloreasen. En aquellos días del final del Extenso Verano, cerca de la Frontera, las últimas jornadas de sol suave eran momentos únicos con las que solazarse. Ya todo había quedado muy atrás.

- No es una tierra muy buena -. Dijo el granjero con una mueca de desprecio en los labios.

Vebo se encogió de hombros. Ilena sonrió por cortesía, un poco ofendida por el comentario insidioso del hombre. Les había acompañado a sus nuevas propiedades y había estado todo el rato menospreciando aquel paraje.

La gran parcela que se les presentaba era un erial. Zarzas, espinos, hierbas corrosivas, grama hiriente, toda una variedad natural de plantas invasoras de difícil erradicación abarrotaban la plana superficie del campo que habían elegido. El edificio destartado que se veía a lo lejos debía ser la vivienda que les correspondía.

- Esta comarca está demasiado cerca de la Frontera -. Añadió el campesino para justificar sus palabras e hizo visera con la mano para mirar hacia la casa.
- No importa. Está bien. Lo que necesita esta tierra es trabajo duro -. Dijo Vebo emocionado.

El tono alegre y desenfadado de éste desconcertaron al hombre.

- Una cosa es trabajar y otra...- murmuró como si pensara que Vebo estaba un poco desquiciado.
- Gracias, buen hombre. Cuando el Antemagistrado Ictus nos asignó la parcela, nos comentó que seríais muy amable. He de confesar que así ha sido -. Dijo Ilena despidiendo al campesino en un tono que no desmerecía el que utilizaría una dama de alta cuna.

Cuando el hombre comprendió que le echaba, se sonrojó.

- ¡Oh, sí, ahora me marchó! ¡Si necesitan alguna cosa, vivo ahí, ya saben! -. Señaló hacia una granja lejana.
- Si necesitamos algo, no dude en que se lo pediremos -. Dijo Ilena tajante y comenzó a

caminar hacia la granja ruinosa que les pertenecía tirando de las riendas de su caballo.

Vebo le dirigió una sonrisa al granjero y la siguió.

El hombre se quedó rumiando sobre sus nuevos vecinos mientras se alejaban.

- No me gusta ese tipo -. Dijo Ilena cuando ya estaba segura de que no les escuchaba.
- ¡No hagas caso! No debe estar acostumbrado a tener vecinos con ansias emprendedoras o es que tal vez pensaba adueñarse de la propiedad y nuestra llegada se lo ha complicado.

El camino había sido más ancho en un pasado lejano. En aquel momento solo quedaba un pequeño sendero, no más amplio que una persona, por el que transitaba Ilena. Vebo caminaba sobre los hierbajos, los espinos y las zarzas.

- Trabajo no te faltará -. Dijo Ilena observando la tierra baldía y reseca al final del Extenso Verano.
- Sí. Ya veo. Me llena de satisfacción -. Comentó Vebo. No es que se sintiera molesto por el abandono del terreno y del edificio en el que vivirían, sino que, todo lo contrario, le satisfacía mucho poder construir algo bueno a partir de su esfuerzo.
- Puedo ayudarte -. Se ofreció la mujer.
- Tú tienes cosas más importantes que hacer que arar la tierra, sembrar y reparar la casa -. Negó él. - Además, será divertido -. Añadió de buen humor mientras oteaba los campos plagados de malas hierbas. - Con la ayuda de estos buenos caballos esta tierra no la reconocerá nadie en poco tiempo -. Se vanaglorió de sus dotes de campesino.

La granja era una ruina. La techumbre de madera tenía numerosos agujeros de los que salían pájaros revoloteando, las paredes de piedra estaban pintadas de musgo amarillento, el porche se había caído pues uno de los pilares de madera se había partido. La hierba crecía a su alrededor y alcanzaba las pequeñas ventanas ordenadas en la fachada. El brocal del pozo se había roto.

- No tiene buen aspecto ¿eh? -. Comentó Ilena.

Vebo suspiró. Desvió la mirada hacia un bosquecillo que había en las proximidades.

- Pero tenemos madera -. Respondió.- La vamos a reconstruir -. Añadió con determinación.

Ilena sonrió:

- Sí. Será nuestro hogar, lejos de todo aquello que quería separarnos.

El Antemagistrado Ictus les hizo llegar herramientas de labranza, capazos, hachas, picos, martillos, clavos y una pasta grumosa que usaban en aquel país para pintar las casas; semillas de trigo, cebada y avena así como víveres en abundancia para que no tuvieran problemas durante una buena temporada además de animales domésticos que criar para su subsistencia. Vebo tuvo mucho trabajo, sanó el pozo con ayuda de Ilena, limpió la tierra, taló árboles, hizo tablones, reparó la casa con las

indicaciones de la mujer, pintó, construyó un establo y un corral, sembró, cazó en el bosquecillo cercano y dejó transcurrir los días feliz y contento, cansado pero extasiado.

Ilena sea ausentó en numerosas ocasiones aunque sus viajes no la llevaron más de una semana lejos de él. Cuando regresaba, se enfrascaba en el estudio e investigación de los viejos y ajados documentos que había conseguido. Como no podía utilizar rutas de luz había desarrollado un símbolo inerte que le permitía cortos desplazamientos libres de huellas y alertas. El uso reiterado y continuo del vocablo le permitía cubrir grandes distancias a pequeños saltos, aunque Vebo tenía serias dudas y temía que el uso indiscriminado de la voz alertara a los magos vigilantes y burlados en Ur.

El Lento Otoño tiñó el cielo con una miasma espesa y grisácea que angustiaba el espíritu y ensombrecía las emociones de los habitantes de aquellos parajes. Las personas se recluyeron en sus casas y cerraron las granjas como si esperasen el ataque inminente de las huestes de Hertzum. Pero nada ocurrió. Aquel comportamiento era una costumbre enraizada en la idiosincrasia propia de las tierras fronterizas. Sin embargo, ellos no se dejaron malograr por la depresión instalada en las pobres gentes de la comarca, pues continuaron con su vida sencilla y tranquila.

El Largo Invierno trajo lluvias intensas y vientos fríos. Fue duro y más dilatado si cabe que los inviernos de Ur o de cualquier país del vasto Imperio de Adentor. Vebo empleó aquellos días en que la temperatura descendía intensamente para reparar herramientas, coser ropa, tallar utensilios de cocina y divertirse esculpiendo un busto de Ilena o construyendo una cajita para guardar imprevistos mientras observaba el trabajo intenso de su amada enfrascada en el estudio de un símbolo extraño. A veces pensaba que aquella rara grafía se había convertido en una obsesión para ella, pero Ilena siempre se lo negaba cuando se lo comentaba.

Una mañana fría, un ave se paró en el porche. Era una paloma torcaz común y corriente excesivamente curiosa.

Ilena, al verla, sonrió:

- Viejos métodos siempre efectivos -. Murmuró mientras se agachaba para cogerla suavemente. El pájaro, tranquilo y paciente, no hizo movimiento alguno para escapar. Ilena le acarició la cabeza suavemente y luego desató el cordel para liberar el pequeño bastoncillo que llevaba en una de las patas.
- Bueno, ya puedes regresar -. Le dijo al ave y la lanzó al aire para que volara.

La paloma abrió las alas azules y emprendió un rápido vuelo.

Ilena observó como se perdía en el cielo y a continuación contempló el palito.

- Noticias frescas -. Sonrió y se dispuso a descifrar su sentido.

Cuando llegó Vebo, Ilena parecía ansiosa.

- ¿Qué te ocurre? -. Le preguntó con una mueca de preocupación. Generalmente, cuando

descubría algo importante o preparaba un viaje de investigación no se mostraba tan nerviosa.

- ¡Entra, entra! Tenemos noticias. No las he activado aún, quería que estuvieras conmigo cuando lo hiciera.
- ¡Ah! -. Se sorprendió Vebo. - Pues vamos a ello.
- Siéntate. Ven -. Ilena quiso que se sentara a su lado, no frente a ella como hacían para comer.

Sobre la mesa tenía el palo.

- ¿Cómo ha llegado eso aquí?-. Preguntó Vebo.
- Sirtán es precavido. Aunque haya pasado tiempo aún teme que no hayan olvidado que huimos. Ha utilizado el antiguo procedimiento de mensajería basado en palomas o águilas que tan bien domina. Ni senderos de voz, ni olorones, ni nada que deje o insinúe una huella mágica. Muy inteligente.

Entre los hombres comunes utilizar aves mensajeras era un acto normal y cotidiano, cosa que no ocurría con los magos. A Vebo le pareció curioso que Ilena pensase en estos sistemas como en algo viejo y simple.

- Y, bien, ¿ahora qué hacemos? Siempre suele haber un texto pero no veo más que un simple palo.

Ilena le miró con cariño.

- ¡Claro! Hay que activarlo.
- ¿Activarlo? ¡Pero eso no dejará alguna huella mágica!
- Sí, pero no más que la que dejamos nosotros con nuestra presencia aquí.
- ¡Ah,! Bien. Hazlo.

Ilena tomó el palo, lo frotó con el pulgar y el índice y lo volvió a dejar sobre la mesa. Al poco, comenzó a brotar de un extremo una forma suave de humo que moldeaba los contornos de una persona. Lentamente, la escultura de humo fue tomando consistencia hasta convertirse en un Sirtán de tres palmos de altura con una sencilla y llamativa túnica verde claro.

- Saludos amigos míos -. Comenzó a hablar como si estuviese allí, con ellos.

Vebo fue a responder pero Ilena le detuvo.

- No está aquí. No te puede ver. Todo lo que diga está guardado en ese intervalo de tiempo que he activado al frotarlo. Escúchalo con atención. No se repetirá.

Vebo asintió.

La figura siguió hablando:

- Como veis, todo va bien en Ur. ¡Mejor que bien ahora que Valian ya no está aquí! -. La figura sonrió.

Vebo e Ilena se mostraron complacidos.

- Ha sido reclamado por Eleara de Eldén y no ha podido negarse. Nos hemos librado de su influencia nociva aunque ha dejado acólitos tan nefastos como él mismo. Tu viejo amigo Cedric, sin ir más lejos, parece que quiere tomar su manto de desprecio y desconfianza -. Continuó. Vebo apretó los labios contrariado.- A lo que vamos. No pudieron encontrar rastro alguno de vuestra huida. Me ocupé a conciencia. Valian alteró cuantos flujos pudo, más no encontró huella alguna que perseguir. Sois una incógnita para él. Una gran derrota, de la que me siento plenamente satisfecho -. La figura rió con ganas. - Sospecharon de mí. Naturalmente. Pero ¿qué iban a hacer? Llevarme a juicio. ¡A mi! Ni siquiera Icelia se atrevería y menos un mago menor como él -. Vebo pensó que no estaba bien que le subestimase. Valian, por lo que sabía, podía ser muy peligroso.- El caso es que todo fue bien y que habéis desaparecido por completo. Aunque, he de decirlo, no he podido resolver el enigma de Falsa. Es algo que me tiene preocupado. ¡Bah, pero no quiero daros malas noticias! -. Su gesto pasó de la preocupación a la ternura en un segundo. - Deseo que seáis felices, ya lo sabéis. Soy el único que conoce la verdad y vuestro paradero. Ahora, todo depende de vosotros. Sois los únicos que podéis revelarlos. Poned atención a lo que hacéis. Me comunicaré con vosotros por este medio tan despreciado y olvidado por los magos. Soy bastante aficionado a usarlo -. Rió otra vez.- En breve, amigos míos, voy a ausentarme de Ur. En Adentor se urden problemas importantes y se requerirá mi presencia allí. Haré cuanto pueda para preservar Alcon y mantener alejados de Ur a los soldados blancos. Aunque no sé si podré convencer a Icelia de lo vano de sus ideas. Os visitaré en cuanto pueda. No lo dudéis. Cuidaros. Ya me contarás cuando os visite los progresos de tus investigaciones, Ilena -. Levantó la mano y la forma se disolvió.

Vebo e Ilena se miraron. De súbito comenzaron a reír con fuerza, felices por las novedades que acababan de recibir.

- ¡A Eldén! -. Exclamó Ilena. - ¡Que sitio mejor que ese para contener la ambición desmedida de Valian! Aunque, claro, me compadezco de la tarea que le corresponde a la pobre Eleara. El Autor sabrá lo que hace -. Dijo y volvió a reír con ganas, como hacía tiempo que Vebo no la escuchaba.

El palito se había convertido en cenizas. Ambos lo contemplaron. La luz que penetraba por las ventanas repartidas por la paredes tejía un momento mágico. Había costado reparar aquella casa pero una vez terminada era bonita y acogedora.

- Estas noticias me dejan más tranquila, amor mío, a pesar de que Sirtán no haya podido averiguar qué pasó para que Falsa se convirtiera en una asesina. Si él no puede descubrirlo, nadie más puede -. Le confesó Ilena y le cogió las manos. Vebo aún las tenía sucias de tierra

y traía alguna herida, nada que una palabra no pudiera sanar de inmediato. Pero no debía. Había que curarlo mediante procedimientos más naturales. - ¿Quieres que te cure estos arañazos? -. Le preguntó.

- No. No me duelen. Cicatrizaran enseguida -. Vebo apretó con cariño la manos de la mujer y luego añadió: – Desde luego que son buenas noticias. Aunque temo que todo se complique para Alcón. No sé si aquella estratagema que diseñasteis Gamel y tu tuvo algún efecto en la emperatriz.
- Bueno. Es preocupante, sí -. Corroboró Ilena que sopló después para quitar las cenizas de la mesa. Estas se disolvieron en el aire. - Pero, al menos, le dimos un poco más de tiempo.

Vebo suspiró y se levantó. Había trabajo que hacer.

- Iré a dar de comer a los animales -. Dijo y le dio un beso. A él no le gustaba nada que Sirtán no hubiese averiguado quién había manipulado a la joven muchacha para transformarla en un monstruo asesino. No se lo había dicho, pero era así. Los magos tenían muchas preocupaciones y tal vez los hechos acontecidos en Ur y por los que habían tenido que huir eran males menores para los grandes problemas que estos afrontaban. Incluso Ilena, inmersa en sus estudios, lo había menospreciado.

Ilena le vio salir. La vida en pareja le parecía maravillosa. La muerte de Falsa le dolía, pero tenía cosas mucho más importantes que descubrir y no debía perder más tiempo. Algún día, todo se sabría.

Al Invierno Largo le sucedió la suave calidez de Entrefríos, una época del año corta pero agradable, con días frescos de suave luz preludio de la Primavera próxima. Cuando el Invierno Corto, heredero de aquellos días templados, acabó, la cebada, el trigo y la avena despuntaron. Vebo los vio crecer durante la Primavera y se sintió henchido de gozo cuando comprobó que su cosecha tenía buen grano y sería abundante. Y llegó el Extenso Verano.

Las mieses se agitaban con la brisa y llenaban de orgullo a Vebo. Había atravesado el sembrado solo por el gusto de pasear por entre las espigas repletas de grano, para arrancar alguna amapola atrevida, para escuchar a los pájaros aventureros y a los insectos que pululaban, para sentir el aire fresco en la piel desnuda. A lo lejos se acercaba una tormenta.

- Nunca creí que vería una cosecha tan espléndida en ese viejo erial -. Comentó Mut, el vecino, asombrado por el aspecto imponente del trigo.

Se había acercado al verle caminar por el trigal. Era un hombre mayor, de cabellos blancos y cortos, de luenga barba, delgado y envidioso.

- Sí, quién lo hubiera imaginado cuando llegamos, ¿eh, amigo? -. Sonrió Vebo, satisfecho por

su obra e irritado por la envidia que denotaban las palabras de Mut.

El campesino cabeceó.

- Si hubiera sabido que era una tierra tan buena, hace tiempo que la hubiera tomado -. Se lamentó.
- No te quepa la menor duda de que es una tierra magnífica, ¡ya ves! -. Exclamó Vebo.

La cerca que separaba ambas fincas estaba muy deteriorada. La madera carcomida y gris se deshacía nada más tocarla. Era un simple linde testimonial.

- ¿Quieres que te ayude a reparar la valla? -. Preguntó Vebo para cambiar de tema pues sus mieses eran espléndidas y las de Mut no habían crecido ni la mitad aunque hubieran recibido la misma lluvia, los mismos cuidados y el mismo deseo.
- No. No, gracias. Está bien como está -. El hombre parecía contrariado. - Bueno, voy a volver a casa, Luca me espera.

No dijo nada más. Le dio la espalda y se marchó atravesando sus flojo sembrado.

Vebo le vio alejarse con la cabeza gacha y murmurando. No le gustaba, pero era su vecino. ¡Qué se le iba a hacer! También iba a volver a casa. Ilena preparaba una interrupción, como ella llamaba a sus ausencias. Solían durar varios días y cuando regresaba se entregaba al estudio frenético de los papiros y libros que traía, a diseñar experimentos y pruebas que le hacían temer por su salud y a atormentar la tierra con símbolos y grafías. Pero ella siempre le tranquilizaba: ¡Nada que deje huella! Decía. Contempló la luz que se derramaba sobre su cosecha. Mañana comenzaría la siega si el tiempo no lo impedía. Había acabado ya de preparar el granero y se sentía feliz contemplando el dorado del trigo. Cerca, los árboles del bosque se agitaban. Un trueno se hizo presente y la luz se marchitó.

Al entrar en casa, la vio agitada.

- Tendré que dejarte -. Dijo Ilena. Y en su voz se palpaba la culpa.- Casi he acabado estos libros y necesito más para proseguir mis investigaciones. ¿Te importa?
- No. No. Es lo que te hace feliz. No me importa.

Ilena le dio un beso.

- Me llevaré los caballos unos días-. Exclamó satisfecha.

Vebo la miraba embobado y contento.

- Pero que no sean muchos. O tendré que ir a buscarte.
- Como mucho, una semana. Prometo regresar antes si puedo.

Se escuchaba la lluvia repiquetear en el tejado y una gotera que no paraba de verter su desencanto.

- Tengo que arreglar el tejado. Esta granja que nos cedieron tiene mucho que desear. Aunque la arreglo siempre aparece un nuevo desperfecto -. Vebo se quejó mientras se dirigía a vaciar el cubo que casi se desbordaba.

- ¿Qué querías, un palacio? -. Preguntó Ilena con sarcasmo mientras desplegaba un rollo de cuero blanquecino. Entre la chimenea y las velas había luz suficiente para leer e interpretar los signos.
- He vivido en palacios, ya lo sabes -. Abrió la puerta y entró una corriente de aire fresco y húmedo mientras tiraba el agua afuera. Las llamas oscilaron.- Pero este hogar me parece mejor que el más hermoso de los palacios -. Las gotas resonaron en el suelo y luego en el cubo.
- Porque estoy yo aquí. ¿Quién crees que se preocupa de tener flores todos los días en el jarrón?

El ramo raquíptico y ya casi seco colgaba de una jarra sobre una repisa.

- Pues si esa es tu manera de preocuparte...- murmuró Vebo con descuido.

Ilena se irritó por el comentario. Sin embargo, miró las flores y arqueó las cejas. Tenía razón. Hacía semanas que no las cambiaba. ¿Tanto tiempo hacía?

Unos golpes en la puerta interrumpieron la conversación y les puso en alerta. Una voz sonó clara tras ella.

- ¿Es que queréis dejar a un pobre viejo a la intemperie con este tiempo que hace?
- ¡Sirtán! -. Exclamó Ilena con alegría.

Vebo se apresuró a abrir la puerta. Era la primera vez que les visitaba en persona. En realidad, era la única persona de su pasado que les visitaría alguna vez.

- ¡Es por vosotros que no he venido por una maldita ruta de luz! -. Rezongó mientras pasaba al interior.

El anciano, tocado con una boina amarilla y cubierto con una capa naranja de la que sobresalían los pliegues de una túnica magenta, estaba completamente seco, a pesar del diluvio que caía afuera.

- ¡Entra, entra!-. Dijo Vebo contento. - ¡Sé bienvenido! -. Casi fue a abrazarlo pero se detuvo a tiempo. - ¿Has venido caminando? -. Preguntó sonriente.

El mago entró como si estuviera en su casa, se quitó la capa y la boina y se las dio a Vebo. Éste los tiró sobre una silla. Sirtán le miró con desagrado. Hizo una mueca y se sentó frente a Ilena.

- ¿Cómo quieres que venga? -. Protestó. - ¿Qué hay de comer en esta casa? -. Preguntó a continuación.- ¿Acaso queréis matarme de hambre? ¡Soy vuestro invitado! ¡Dadme algo de comer! -. Exclamó con voz autoritaria.
- La cena aún no está lista -. Respondió Ilena con tranquilidad tras abrazarlo. - ¿Quieres un poco de queso mientras tanto?
- Sí. Dame queso. ¿Que maneras son estas de tratarme? ¿Qué os he hecho yo?

Vebo no sabía si enfadarse o reírse. Abrió un armario y sacó un buen pedazo de queso. El pan que les quedaba estaba bastante duro, pero, sonrió, sería un pequeño castigo. Puso el queso y el pan

sobre la mesa y Sirtán se lo apropió enseguida.

- Este pan no sirve ni para abatir presas -. Dijo cuando comprobó su dureza. Vebo había fracasado.
- ¿Quieres un poco de agua?
- ¡Vino es lo que quiero!
- No tenemos. No necesitamos.
- ¿Y qué bebe este? -. Miró a Vebo.
- Agua -. Respondió Ilena. - Vebo no ha bebido vino desde que llegamos. Es lo único que puedo ofrecerte.

El mago rezongó unos instantes pero se conformó con la jarra de agua que le traía Vebo. Este se sentó a la mesa y observó comer al anciano. Tenía hambre sin duda.

- ¡Nos alegramos mucho de que estés aquí, Sirtán! -. Exclamó Ilena. - ¿Te quedarás esta noche con nosotros o unos días? Prepararemos una cama junto al fuego -. Dijo la mujer de corrido.

Sirtán sonrió. No precisaba calor para sentirse bien, pero era de agradecer su ofrecimiento.

- Solo voy a quedarme esta noche. Tengo muchos asuntos a los que acudir -. Respondió con la boca llena.
- ¿Cuéntanos que tal el mundo?-. Preguntó Vebo alegremente.
- El mundo...- Sirtán hizo una pausa prolongada mientras acababa el queso.- Icelia quiere cambiarlo.

Vebo e Ilena se miraron preocupados. Sus ojos pedían aclaraciones. Si había venido en persona es que algo grave pasaba.

- ¿Qué ocurre, Sirtán? -. Preguntó Ilena inquieta.
- Icelia ha prohibido todo lo antiguo, persigue a los sabios y doctores que no se someten a sus designios y los encierra en lugares alejados e inaccesibles para que no puedan reivindicar su defensa, ha ordenado el asesinato de magos descuidados y ha formado un consejo de calumniadores fieles a sus deseos. ¡Esto es lo que ocurre! ¡Adentor es una locura! ¡Nadie está seguro en esa maldita ciudad! Y lo peor de todo es que ha ordenado la destrucción de Alcón -. Concluyó con un improperio.
- ¡Alcón! -. Exclamaron ambos al unísono.
- Ahora mismo viajan miles de soldados blancos para derruir sus muros, para quemar la sabiduría acumulada por siglos de progreso, para...
- ¡Debemos impedirlo! -. Exclamó Ilena con ira. Había renunciado a mucho por la ciudad.
- ¿Impedirlo? -. Murmuró Sirtán. El mago bajó la mirada. Vebo nunca pensó que le vería así. Parecía derrotado. - No puedo impedirlo. La Joya brilla en su frente. Le debemos

obediencia. Es la emperatriz.

- ¡Es una locura, Sirtán! -. Exclamó Ilena. - ¡Partamos de inmediato! ¡Si Icelia ha enloquecido o le dicta sus deseos el Tejedor de Muerte, debemos actuar de inmediato!

La mujer se levantó y fue directa a recoger su capa para marcharse enseguida sin pensar en las consecuencias de sus actos.

- ¡No corras tanto, mujer! -. Dijo Sirtán resignado. - ¡Nadie dirige sus palabras! ¡Es ella la que las dicta de su propio y negro corazón! No hay indicio alguno de influencia del enemigo en sus órdenes...- añadió con pesar. - ¡Bien que lo sé! -. Exclamó enfadado.

Ilena se detuvo, suspiró y se sentó de nuevo apesadumbrada. El mago nunca se rebelaría contra la emperatriz, ni la atacaría ni la derrocaría por muy en contra que estuviera de sus decisiones, por muy nefastas que fueran sus resoluciones. Icelia había sido la elegida y, mientras la Joya anidase en su frente, su palabras eran incontestables e infalibles, aunque fueran equivocadas y malvadas. Adentor se regía por esas leyes, gustasen a quien gustasen.

- ¿Y no podemos hacer nada? -. Preguntó con tristeza.

Sirtán les miró con cariño.

- ¡Podemos hacer mucho! Ayudar a los débiles, recuperar manuscritos, investigar en secreto, despreciar las banalidades. Eso es lo que haremos. Eso es lo que podéis hacer.

La mujer suspiró con desaliento aunque las ideas esbozadas le gustaban. Eran una esperanza. Su trabajo serviría para preservar lo que ahora se denigraba con los arrebatos de Icelia.

- Vosotros no existís para ellos. Eso nos da ventaja-. Aclaró el mago.
- ¿Y Ur? -. Preguntó Ilena.
- Ur... - suspiró -...otro nido de víboras. Los mejores han escapado y ya no llegan aprendices, los más ancianos se resignan y acatan todo cuanto dicta el consejo de Adentor, Ilún y Cedric se han erigido en fieles esbirros de la emperatriz. No hay nada que nos interese en Ur. Aunque una cosa si es cierta, Icelia no lo destruirá.
- ¿Tan mal están las cosas? -. Inquirió la mujer con desaliento.
- Peor.
- ¿Y entonces, qué vamos a hacer?-. Insistió Ilena.
- Lo que has hecho hasta ahora, amiga mía. Proseguir tus investigaciones. Tengo la intuición que todo cuanto descubras sobre los Arcanos nos será muy útil un día no muy lejano -. Respondió el mago para satisfacción de la mujer.

Se hizo un largo silencio en la que solo se escuchaba la lluvia y el crepitar del fuego. Vebo se levantó para añadir un tronco a las llamas.

- Bien. Os he traído noticias funestas y lo siento de veras, pero ahora quiero que me cuentes lo que has descubierto, querida Ilena. No puedo permanecer ausente mucho tiempo, pero

quería que lo supierais de viva voz. Las cosas se han vuelto muy difíciles para todos y temo que puedan empeorar -. Añadió como presagio de tiempos aciagos.

Ilena se levantó y fue a tomar sus notas. Se lo iba a explicar todo. Cenaron y luego comenzaron a disertar, a tejer teorías incomprensibles para Vebo, a sintetizar argumentos sustanciales o paradójicos, a contarse procesos y procedimientos enigmáticos para él. Le comenzó a entrar sueño y, sin quererlo, se durmió apoyado en la mesa mientras las voces vagas de los magos le envolvía en un dulce arrullo.

Vebo era feliz en aquella granja. Su vida había cambiado desde que habían decidido huir de la inquina del Consejo de Ur y su maldito gran maestro. ¿Para qué defenderse? ¿Para qué retrasar el veredicto de su inocencia? Ellos se sabían inocentes, no hacía falta que nadie lo sentenciase. ¿Acaso les importaba? Ilena proseguía sus investigaciones, hacía rápidas incursiones para obtener materiales, libros e informaciones, y dedicaba su tiempo al estudio de viejos pergaminos y pellejos cuarteados. Él, por su parte, había sosegado su corazón. Trabajaba la tierra, cuidaba de los animales, cortaba leña, cazaba en el bosquecillo próximo y ayudaba al vecino, aunque no se lo mereciera. Tareas sencillas, fáciles, tranquilas. Sin amenazas, ni intrigas, ni crueldades. Sin que fuera necesario matar a nadie, ni herir, ni causar daño alguno. Sin vicios estridentes, sin noches de borrachera, sin pendencias ni desvergüenzas. Llevaba una vida sin miedos ni exigencias. Y le gustaba. No añoraba su vida anterior. En ningún sentido. Le bastaba ver la silueta de Ilena, escuchar su voz, saber que estaba cerca, para ser feliz.

Sirtán se marchó por la mañana quejándose de lo lejos que estaban de algún lugar civilizado. Les abrazó y les deseó suerte y persistencia. Auguraba nuevas preocupaciones y lamentaba cuanto ocurría en aquellos días negros. Antes de perderse entre la bruma del amanecer les dijo que ellos eran el baluarte, su última defensa, y que acudiría enseguida si le necesitaban.

Vebo trenzaba una cuerda con los tallos fuertes de las plantas silvestres que había encontrado en el sotobosque mientras pensaba en las funestas noticias que les había comunicado Sirtán. Ilena hacía experimentos interesantes sobre la tierra blanda que él había preparado un poco antes. El cielo veraniego en aquel atardecer se había vuelto dorado y se había cubierto de aves. Más allá, el trigo dorado que aún no había cosechado, se ondulaba suavemente. Si no hubiera sido por las lluvias ya lo tendría cortado y en el granero, rumió. La granja vecina era un punto oscuro en el horizonte.

Ilena blandía un palo y rayaba en el suelo. Iba de un lado a otro, trazaba líneas, fijaba puntos, esbozaba espirales en la circunferencia y luego las borraba cuando no estaba satisfecha de su

consistencia, para volver a dibujarlas enseguida con mayor exactitud. La Lengua Antigua requería precisión milimétrica.

Vebo estaba encantado con su silueta. La ropa veraniega que llevaba le cubría hasta los muslos, dejaba los hombros al aire y dibujaba el contorno de su figura. Su cabello castaño decorado con alguna hebra blanca se agitaba mientras se movía.

-¿Tienes sed?-. Le preguntó.

- ¡Ay, calla, no me concentro! -. Se quejó sin girarse siquiera.

Vebo sonrió.

-¿Qué buscas?-. Insistió.

- ¡Cállate te digo! -. Esta vez le miró enfurruñada.

Aquellos ojos oscuros, tan hermosos, tan dulces. Vebo suspiró.

Una bandada de patos azules sobrevoló el campo. En el bosque berreó algún corzo. Vebo ni siquiera pensó en ir a cazarlo.

La luz se acababa, roja, intensa. Pronto todo quedaría ahogado por esa noche negra que era el cielo nocturno.

Ilena se había detenido y miraba con detalle lo que había grabado en la tierra. Se apoyó en el palo, dudó y trazó nuevas líneas. Meneó la cabeza contrariada.

- Ahora sí que me apetece agua.

Vebo cogió la jarra de arcilla que tenía al lado, rellenó el vaso y se lo acercó.

Ilena bebió con ganas. Se apreciaba sudor en su frente. Agitó la cabeza para apartar el cabello con violencia, con enfado.

- ¿No sale?

- No. Y no sé lo que falla.

- ¿Y qué es lo que buscas ahora, Ilena?

- Algo muy difícil -. Respondió evasiva.

- Eso ya lo veo -. Admitió él.- Te esfuerzas y no te sale, luego te pones nerviosa y te pasas mucho rato así, pensativa y despierta. No descansas lo suficiente. Tal vez sea eso lo que te confunde.

Ella le miró como para rebatirle. Luego, se lo pensó mejor.

- Quizás tengas razón. A lo mejor necesito otra perspectiva. Estoy demasiado obsesionada, ¿no crees?

- Sí -. Vebo respondió con sinceridad. Dejó la cuerda que trenzaba, bajó las escaleras del porche y rodeó a Ilena con los brazos y fue a besarla.

- Y tú solo tienes una obsesión...- remarcó ella.

La besó. Sus cuerpos se unieron en un prolongado abrazo. Cuando se separaron, Vebo dijo:

- Pero te gusta, ¿eh? -. Rió pícaro.

Luego, para evitar un manotazo de Ilena, se desplazó unos pasos.

Nada más alejarse de ella, la mujer regresó a sus cavilaciones.

- Vebo, estoy buscando un símbolo que nos daría una gran ventaja en un futuro -. Le explicó aunque sin mirarle-. Después de los que nos ha contado Sirtán, me urge conocerlo.
- ¡Oh, bien! -. Exclamó él. - En un futuro superarás al propio Sirtán y aún más a ese memo de Valian y su cohorte -. Añadió mientras regresaba a sus cuerdas.
- ¡Ya me gustaría! -. Exclamó Ilena con gracia.
- ¿Y qué interpretación tiene ese signo que se te niega?
- El secreto de la consistencia de los Arcanos, Vebo. Llevo años estudiándolo y creo... - titubeó- ...pienso que ya estoy muy cerca de desentrañarlo. El último documento que traje tiene la clave, estoy segura, pero hay algo que se me escapa...algo que no acabo de comprender -. Con los pies borró el símbolo que había trazado.

Ya casi no quedaba luz en el cielo.

- Voy a encender unas velas, repararé esos escritos...- Dijo mientras subía los escalones para entrar en la casa.
- ¿No sería mejor que descansaras un poco? -. Le aconsejó Vebo. La visita de Sirtán había encendido la urgencia en Ilena.

Ella le miró sentado en el suelo. Aunque tuviera razón no podía parar ni un segundo. ¡Estaba tan cerca!

- Tengo que marcharme otra vez, Vebo. Sirtán me dio una idea. ¿Lo comprendes?
- Sí, amor mío...- pero lo que quería decirle no se le iba a quedar dentro -...pero pienso que te estás equivocando. Deberías descansar y después buscar lo que necesites. Creo que lo estás haciendo mal. Las preocupaciones y las prisas no te ayudan a tener la mente clara.

La mujer le miró contrariada.

- Vebo, tú mejor que nadie deberías saber que no puedo detenerme ahora. Debes confiar en mi. No me digas que me equivoco. No. No me lo digas.

Vebo le sostuvo la mirada. No quería discutir con ella. Su obsesión la cegaba. Quizás el viaje le viniera bien para darse cuenta de su error.

- Ilena, no quiero que te equivoques. Eso es todo. Esta vez podría acompañarte.

La mujer le sonrió.

- ¡Oh, Vebo! ¡No! ¡No te preocupes! ¡Sé perfectamente lo que hago! Y tu tienes una cosecha que recoger.

Ante semejante argumento poco podía discutir. La mujer entró y Vebo se quedó mirando el cielo y rumiando para sus adentros que la visita de Sirtán no había sido nada positiva.

Ilena se marchó y regresó al cabo de una ausencia de tres días. Traía un buen fajo de pergaminos, pieles curtidas y un viejo libro. Tenía aspecto de cansancio, con ojeras azules bajo los ojos y la tez muy pálida. No había consentido que Vebo la acompañara, pues decía que viajaba más rápido sin él. Y debía ser cierto por lo que le contaba. Aquellos sitios a los que había ido y de los que regresaba siempre cargada de documentos, estaban a meses de distancia. Y ella iba y volvía en tres días, a lo sumo. Era el máximo tiempo que se ausentaba últimamente. Él no sabía qué tipo de urgencia le impelía a utilizar los procedimientos mágicos que les había desaconsejado Sirtán. Y cuándo se lo preguntaba, ella respondía que era preciso, que no dejaba huella, que nadie les encontraría.

– No puedo estar más de tres días sin ti-. Le decía para tranquilizarle.

Y él se sentía feliz pues confiaba plenamente en ella y en su buen criterio. ¡Qué poco se necesita para ser feliz! Pensaba.

– Sabes, Vebo, si un día me ocurre algo, quiero que vivas por mí -. Dijo en aquella ocasión Ilena de forma enigmática.

Estaban acostados, muy juntos, desnudos.

– ¿Qué te va a ocurrir? -. El hombre se asustó un poco, aunque enseguida desechó la alarma. No imaginaba una vida sin ella.

Sus ojos oscuros, su rostro hermoso, sus labios delicados.

– ¡No, Vebo! ¡Escúchame bien! ¡Si me ocurre algo algún día, vive por mí! ¡Honra mi vida!-.

De repente se había puesto seria y le miraba con el rostro crispado por la emoción.

– ¡Oh, bueno, no te pongas así! -. Se abrazó a ella.

– ¡Dime que lo harás! ¡Prométemelo! -. Le rogó con urgencia y vehemencia.

– Lo prometo, lo prometo....- susurró él mientras hundía su nariz el pelo enmarañado de la mujer.

– No, así no. Dilo así: “Prometo” -. La voz surgió como una mezcla de ronroneo y tañido de campanas. Algo que, a todas luces, Vebo era incapaz de pronunciar. Aquello era Lengua Antigua y, aunque él conociera ciertas palabras, esa no se encontraba entre ellas.

– Sabes que no puedo pronunciar eso. ¡Icelia está cerca! -. Rió con picardía.

– ¡No, no, Vebo! -. Exclamó Ilena mientras se incorporaba y se apoyaba en la pared.

– ¿Pero, qué pasa Ilena? ¿A qué viene tanta urgencia? -. Vebo se enfadó pues no comprendía el motivo de su inquietud y se sentó como ella.

La luz del fuego que menguaba les iluminaba parcamente.

Ilena le acarició el rostro con cariño.

– ¡Oh, perdóname Vebo! Es que...tengo miedo por nosotros...

- ¿De qué?
- De la vida.

Vebo bufó.

- No tengas miedo. Estamos aquí. Vivamos lo mejor que podamos. Y si nos sorprende la muerte, sea bienvenida. No has de temerla.

Ilena bajó la mirada. Parecía que iba a llorar. Vebo sintió angustia y responsabilidad.

- No llores. No sé que te pasa. Pero si es por eso, te prometo que viviré por ti, aunque no crea que viva tanto como tú. ¡Una Erenia vive muchos más años que un simple hombre, ¿no?! -.
Añadió Vebo y se puso a reír con estruendo.

Ilena le golpeó el hombro.

- ¡Oh, vamos, Vebo, no saques ahora eso de mi naturaleza Erenia!

Vebo cortó sus quejas con un largo beso. Luego se hundieron entre las mantas.

Tragedia

Ilena se había levantado antes que Vebo y bebía un vaso de agua fresca del jarrón que acababa de rellenar del pozo. Dejó el vaso en la mesa mientras él la observaba sin que se diera cuenta, bueno, creyendo que no se daba cuenta. ¡Era tan hermosa! Llevaba aquel vestido viejo que ocultaba sus formas femeninas, el cabello largo y suelto y, aunque fuera muchas nieves mayor que él, aún conservaba la belleza de toda mujer fuerte y dulce.

– ¿Crees que no sé que me miras?-. Le dijo sin volverse.

Vebo apartó las mantas y se levantó del camastro. La escasa luz de la vela era lo único que la iluminaba pues el fuego se había apagado.

– Tienes ojos en el cogote -. Dijo Vebo y se acercó para abrazarla por la espalda. Sobre la vieja mesa tenía los pergaminos. Le dio un beso en el cabello, la revolvió y le miró el rostro. Tenía arrugas en las sienes, sobre los labios. Su rostro ya no guardaba la lozanía ni la tersura de la juventud. Los ojos oscuros era bellos y le devolvían una mirada enamorada. Ya se había recuperado del último viaje. La besó. Sus labios, su lengua. Quería amarla en aquel momento.

Ilena lo apartó con suavidad. Ahora no quería. Vebo se sintió un poco decepcionado.

– Quiero estudiar estos pergaminos. Creo que estoy cerca.

Vebo cogió la jarra y se sirvió agua en el mismo vaso. Tenía la garganta reseca. Miró por la ventana. El alba se traslucía en un leve brillo.

– Voy a arar un rato.

– Hará frío. Parece que ha helado -. Dijo Ilena. El Lento Otoño tenía días así: mañanas frías y ardientes mediodías.

Vebo miró la chimenea en la que solo había cenizas. Tras las palabras de Ilena se había dado cuenta de que la casa estaba helada. Vio que solo quedaban dos troncos para alimentarla y dijo:

– Después iré a cortar leña. El Invierno Largo se acerca. No creía que por estas tierras fuera a hacer frío tan pronto -. Añadió mientras se agachaba, removía las cenizas hasta descubrir unas brasas incandescentes y ponía uno de los troncos sobre ellas. Luego sopló hasta que las llamas lamieron la madera seca.

Ilena se había sentado y ya desplegaba uno de los pergaminos sobre la mesa. Había símbolos esparcidos sobre su superficie amarillenta y se dispuso a estudiarlos con interés. Aunque la luz aún era escasa no parecía importarle. Tenía cerca la cajita que había tallado Vebo con el buril con el que escribía en la piedra.

Vebo se acercó y la observó ávida e interesada.

- ¿Es Lengua Antigua, verdad?
- Sí Vebo.
- Si Icelia lo supiera...- se preocupó el hombre.
- No creo que llegue hasta aquí su largo brazo, ni el de sus miserables amigos...- dijo ella con rabia.

Vebo se rascó la barba. Tenía razón. Estaban muy lejos de todo. Aunque, las incursiones que hacía ella para traerse aquellos documentos gastados, aquellos viejos libros o los ajados pergaminos que exploraba con deleite, podían alertar a los enemigos.

Como si leyera sus pensamientos, Ilena añadió:

- No temas. Se cubrir muy bien mis huellas. Nadie sabrá que estamos aquí.
- Nadie salvo Sirtán.
- Salvo Sirtán. Pero Sirtán está por encima de todas esas banalidades y no respeta las prohibiciones. De hecho creo que solo se respeta a sí mismo.

Vebo se encogió de hombros. La apreciación de Ilena era cierta. Aunque Sirtán era un buen amigo, era engreído, orgulloso y ufano de sus obras.

- Me voy a labrar. He de preparar la tierra para la siembra.
- Prepararé el desayuno dentro de un rato. Ya verás el humo y olerás su aroma.

Él la besó antes de salir. Ella había hundido su mirada en el pergamino de nuevo.

Salió. La espada colgaba del gancho en la entrada. La luz ya marcaba la solidez de las cosas, del pozo, de la cerca que rodeaba a las gallinas. Había una algarabía cada mañana cuando él salía. El cerdo olisqueaba el aire y los corderos rastreaban el suelo en busca de hierba. Habían conseguido más animales con las ganancias de la esplendida cosecha que había obtenido.

- Luego os soltaré un rato, sino lo hace Ilena primero -. Se disculpó con las bestias.

En el cobertizo que utilizaban de establo esperaban los caballos. La granja del vecino aparecía a lo lejos. El cielo estaba plomizo y el robledal desnudo. Se sentía feliz.

La mañana era fría y del cuerpo sudado de Vebo brotaban aureolas de vapor blanco. Se había desnudado el torso y no sentía el frío mientras araba la tierra con el caballo. La felicidad tiene esas cosas. Como que uno trabaje, se canse y se sienta feliz tan solo con ver el rostro dulce de su amada. El sol oscilaba sobre un velo bajo de nubes, los cuervos rebuscaban en los sembrados despreciando a los espantapájaros que el granjero vecino había plantado a lo lejos, el bosque de robles, castaños y pinos aguantaba la escarcha en sus ramas desnudas, el caballo tiraba y la reja se hundía en la tierra marrón y blanca. Eso era felicidad. La granja vecina se veía a lo lejos, una simple construcción en el horizonte cercano. Se sonrió. ¡Un gran guerrero haciendo el trabajo de un esclavo! ¡Y no me importa! Llegó al extremo de su amplia parcela. Hizo girar al animal y se detuvo un instante para limpiarse el sudor de la frente. Le picaba la barba. Sopló un poco de viento y se estremeció

ligeramente al notar su fresco aliento. Había dejado la camisa y la chaqueta sobre el lomo del caballo y se los puso de nuevo. No pensaba que fuera a resfriarse pero nunca se sabía. Su casa quedaba allá a lo lejos. Humeaba la chimenea. Ilena ya se habría cansado de estudiar aquellos pergaminos y estaría preparando el desayuno. Eso le recordó que tenía hambre. Cuando llegara al otro extremo iría a comer, a besarla, a – suspiró –...ver si no le apetecería hacer el amor antes de alimentarse. Se sonrió. Él siempre estaba dispuesto a amarla. Reanudó la tarea. Observó el arado. Casi tenía ganas de cantar alguna de aquellas letras soeces que recordaba de otros tiempos más, digamos, sangrientos, tiempos de muerte y ebriedad. ¡Qué triste era aquello! Matar por la noche o por el día y emborracharse después, por el día o por la noche. ¡Qué destino más patético! ¡Qué miseria!

Estos eran sus pensamientos cuando notó el sople de aire cálido.

– ¿Eh? -. Levantó la mirada de la grupa del animal que le precedía. - ¿Qué demonios?

Había sentido como una bofetada de calor, algo imposible en aquella mañana fría. ¿De dónde había salido? Otra más llegó al cabo de un instante. Venía de la casa.

– ¡Ilena! -. Exclamó. Y, a continuación, el miedo estremeció todo su cuerpo.

Corrió con rapidez y desesperación hacia la granja por sobre la tierra arada. Mientras corría gritaba su nombre:

-¡Ilena! ¡Ilena! ¡Ilena!

Conforme avanzaba sentía el calor en aumento. Corría todo lo veloz que podía. El aire le faltaba. Vio la espada en su vaina colgando del gancho. Por la ventana se vislumbraban luces, como el fuego de un incendio. Sin embargo, por la chimenea salía el humo normal de un hogar cualquiera.

– ¡Ilena! ¡Ilena!

Nadie le respondía.

El pozo quedó a un lado, el huerto al otro, el granero, el corral, las gallinas había huido así como los cerdos y los tres corderos pues la cerca se había roto extrañamente.

De un salto subió al porche, cogió la espada y abrió la puerta. Estaba oscuro a pesar de la luz.

Sintió un empujón terrible y cayó de bruces al suelo de su granja sin tiempo para ver más que un simple borrón de fuego negro que amenazaba el cuerpo de su amada. No podía moverse, como si le hubieran atado con fuertes cadenas, y de pronto notó que alguien se las retiraba. Se levantó con rapidez.

– ¡Ilena! -. Era lo único que sabía decir en aquel instante.

Las ropas de la mujer eran jirones sobre su cuerpo que cubrían torpemente las heridas. Tenía el rostro arañado y la sangre lo impregnaba. Sus ojos suplicaban auxilio.

Una nube negra de vapor se retorció sobre ella.

– ¡El Arcano! -. Gritó Ilena como pudo.

Vebo desesperado y atónito trató de avanzar hacia ella. El suelo eran cenizas ardientes y, sin embargo, no le quemaban las sandalias.

– ¡Ilena! ¡Qué debo hacer para ayudarte! -. Se sentía confundido, ansiaba ayudarla, defenderla, pero no sabía cómo. Solo era un guerrero con una espada y nada en donde hundirla.

– ¡Vete! -. Le gritó Ilena pero con una voz muy extraña.

Vebo se quedó paralizado, estupefacto y horrorizado por el cambio en el timbre de su voz.

– ¡No! ¡No le hagas caso! ¡Cógelo! -. Con esfuerzo, Ilena le mostró un pedazo de papiro que tenía aferrado en su mano izquierda mientras con la derecha escribía símbolos entre el vapor negro.

El aire oscuro golpeó a Ilena y ésta soltó el pergamino que cayó entre las cenizas. Vebo lo vio y fue a recogerlo como había dicho ella en última instancia. Al acercar su mano notó que ardía y la retiró espontáneamente.

– ¡No, no! ¡Tómalo! ¡Déjalo! ¡Guardalo! ¡No lo toques!

Vebo no creía lo que escuchaba. La voz de Ilena cambiaba por instantes y sus palabras se contradecían. ¿Quién era ella en verdad? ¿Qué pasaba allí? ¿Qué había hecho?

Ilena sufría inmensamente. Su cuerpo era el Arcano y el Arcano era ella. Era la carne convirtiéndose en ponzoña y la ponzoña adquiriendo carne.

Vebo tenía la espada en la mano. Su espada. La que ella le había dado y de la que sentía tan orgulloso. Y en aquel momento, era insoportablemente pesada. Se sentía desesperado, sobrepasado, inútil ante un futuro incierto que no sabía cómo afrontar.

Todo a su alrededor eran llamas, vapores ardientes, pero que, sin embargo, no le quemaban. A él no. Ilena sí ardía un instante y al otro recuperaba su carne mortal y su dolor infinito.

– ¡Vete, vete! ¡Guardarlo! -. Gritaba.- ¡Ven conmigo! ¡Acércate! ¡Dámelo! -. Decía seguidamente con otra voz, pues Ilena tenía dos en aquel instante y ninguna era la suya.

El calor aumentaba terriblemente en una fracción segundo, doloroso y malvado, y al siguiente desaparecía apagado por el amor de Ilena.

Allí en el suelo, el trozo de pergamino yacía entre las cenizas. Ilena se debatía ante él sin que pudiera acercarse siquiera.

– ¡Recógelo, llévatelo, guardalo! ¡Consérvalo! ¡No se lo entregues a nadie! ¡Dámelo! ¡No te lo lleves! ¡Por nuestro amor! -. Las palabras contradictorias hacían dudar a Vebo.

Éste se agachó y de un zarpazo rápido lo recogió como una de las voces le había pedido.

– ¡Dámelo! -. Gritó Ilena.- ¡Mátame!-. Volvió a gritar. - ¡Sálvame. Es nuestra!-. Clamó de nuevo.

La nube oscura se expandía y se comprimía a intervalos irregulares. Los gritos de dolor de Ilena y

los súbitos murmullos de placer le confundían.

- ¡Qué locura es esta! -. Exclamó Vebo horrorizado, aturdido, con el dolor y el miedo sofocando su corazón y sus ojos.
- ¡No tengo salvación, Vebo, amor mío. Acaba conmigo! ¡Protégeme. Te haré feliz! ¡Vete. Vete! ¡Quedate!

Era una absoluta demencia incongruente que solo le causaba espanto y dolor. Vebo se apartó instintivamente e interpuso la espada entre él y Ilena. El Arcano, cuya presencia física no guardaba consistencia ni se limitaba a un espacio continuo, había adquirido el don de la palabra por los labios de la mujer. Ilena se debatía en una lucha inclemente, casi imposible de superar. Vebo lloraba. El combate entre mujer y Arcano acabaría con la derrota de ella. Casi estaba seguro.

- ¡Oh, qué insensatez has cometido! -. Gritó. Iba a perderla. Iba a perderla. Todo lo bueno que había en su vida.

Ilena dejó de retorcerse y suspiró.

- Es mía ahora...- su voz siseaba – ¡No! ¡Soy yo, soy yo...!- también siseaba. - ¡Vete!

Aquella paradoja que era Ilena le atormentaba.

- Recuérdalo. ¡Guardalo!-. Dijo la voz de la mujer y dio un paso hacia el.

De súbito, un pensamiento se abrió en la mente de Vebo: “Tú serás mi trampa”. Abrió la mano. El pedazo macilento de pergamino que las cenizas habían manchado guardaba un signo. Un signo que la mano de Ilena había redactado y que él no sabía leer. Pero ella sí. Había comprendido. Sabía lo que tenía que hacer. Era su única esperanza. Un momento de lucidez. Necesitaba un momento de lucidez. Un sencillo soplo.

Avanzó hacia ella. Ilena le sonrió con amor y al instante con lascivia. Era una contradicción perpetua. Vebo debía adivinar quién era. Apuntó con la espada al pecho de Ilena. Sintió que el corazón se le oprimía en el pecho y que, enseguida, se le ensanchaba hasta casi desbordar los pulmones. Levantó el pergamino y lo colocó ante la mirada perdida y fija de su amada. Unos ojos felices lo observaron un momento. Luego, una mirada asesina. Gratitud y furia. Todo era uno.

Los labios de Ilena trataron de abrirse lentamente. Vebo los contemplaba esperanzado. Era como si ese simple gesto, la simple vocalización de una sílaba, fuera un esfuerzo infinito, doloroso y terrible.

Y, de pronto, cuando la boca iba a abrirse para que escapara una palabra, los labios se cerraron de golpe. Vebo supo que Ilena había fracasado. Su mirada. Su mirada pedía clemencia, piedad. Era una mirada de amor. Tembló cuando la golpeó con la espada inesperadamente. Le hizo una herida profunda en el vientre y luego retiró la espada. Ilena le miró sorprendida, asqueada, agradecida. Abrió la boca mientras la espada se retiraba.

Y entonces....

La voz que acababa con todo escapó de sus labios moribundos.

Vebo sintió que la luz desaparecía de su ojos, notó que su cuerpo era golpeado por un cataclismo y que luego era arrastrado lejos de Ilena por la fuerza de una tormenta.

Todo quedó oscuro. Sin duda perdido. Y no supo más.

Cuando despertó, vio el incendio de la casa. Nadie había venido a ayudarlo pues se habían protegido con hechizos. Trató de moverse pero le dolía todo el cuerpo. Era la noche en el cielo y las llamas consumían aquel hogar. Su hogar. ¿Dónde estaba Ilena? ¿Había sobrevivido? Se sentó. No pudo cerrar los ojos mientras pasaban las horas y las llamas se apagaban pues ya nada quedaba de aquella casa. Su cuerpo no respondía y solo reaccionó con la llegada del día. Ya todo eran ascuas, cenizas y humo. Y a pesar de todo, le dolía más el alma. Se levantó como pudo, como un enfermo después de muchos días de cama. Y se arrastró hacia la casa, a lo que quedaba de ella. No le salía la voz.

– ¡Ilena! -. Gritaba pero ni él mismo se escuchaba.- ¡Ilena! -. Lloraba. Avanzó hacia los restos humeantes. Tenía la mano apretada y en ella el trozo de pergamino. - ¡Ilena!

El sol pendía del cielo. Hasta el humo se había acabado y ya se oían las aves. Se tambaleó. Los restos carbonizados de la casa era lo único que quedaba de aquellos días. Cayó de rodillas. Vio la cajita. Lo único que, al parecer, se había salvado de arder en aquel fuego. La recogió con ternura. La abrió. Allí estaba el exquisito buril con que escribía las voces en las piedras elegidas. Lo quitó y puso en ella el pergamino. Algo más valioso, por lo que había muerto Ilena. Pues sabía que ella había muerto. Dejó el buril en el suelo, cobijó la caja junto a su pecho y cayó sobre la tierra exhausto. Creyó que también moriría de pena. Quería morir allí mismo.

Llegó la noche y luego el día. Unas manos y una voz le devolvieron a la vida.

– ¿Qué ha ocurrido aquí?

La voz potente de Sirtán Unir le despertó. Abrió los ojos y vio su rostro barbado y preocupado sobre él. Y un techo de madera oscura.

– ¿Dónde estoy? -. El cuerpo no le dolía pero lo sentía débil. Trató de incorporarse y se mareó. Volvió a recostarse mientras se recuperaba.

– Tus vecinos nos han cedido amablemente un poco de espacio. He venido en cuanto lo he percibido. Pero eso no es lo importante -. Refunfuñó el mago. - ¿Dónde está Ilena?

Vebo sintió que la angustia y el dolor le hundían en la desesperación.

– ¿Dónde está Ilena?-. Repitió el mago. Por el tono grave de su voz, Vebo supo que comprendía.

El hombre se incorporó de nuevo a pesar del mareo y miró al mago con pena.

- Ilena ha muerto -. Dijo sin más. Y le sostuvo la mirada con tristeza.
- No puede ser que un simple fuego haya acabado con ella -. Rugió el mago mientras se levantaba del camastro.
- No fue un simple fuego, Sirtán -. Vebo apoyó los pies en el suelo y sintió que estaba frío.
- ¿Y entonces, qué fue? -. El mago se expresaba con rabia, con dolor.

Vebo suspiró profundamente y sus ojos se empañaron al recordar.

- Fue el Arcano -. Murmuró.

En los ojos del mago se agitaron las pequeñas partículas doradas que rodaban por sus iris.

- ¿Fue un Arcano? -. Susurró con incredulidad, o con miedo. Vebo tuvo sus dudas.
- Sí, eso dijo antes de morir -. Rebuscó en su pecho la cajita que había guardado y se la mostró -. Dijo que lo guardara aquí, que lo conservara.
- ¿Qué?

Vebo le entregó la cajita.

Sirtán tomó la pequeña caja como si fuera una reliquia muy valiosa.

- ¿Cómo pudo derrotar a un Arcano con sus conocimientos? -. Se preguntó mientras la estudiaba con intensidad.
- No lo sé, pero lo hizo -. Respondió Vebo, pero estaba seguro de que el mago ya no le escuchaba absorto en sus pensamientos.

Sirtán abrió la caja y observó su contenido con ansiedad poco disimulada. Hacía mucho tiempo que no sentía esa emoción y se sorprendió de que aún hubiera alguna cosa que se la produjera. Tomó el retazo de pergamino que había salvado Vebo y, lentamente, lo aproximó a sus ojos azules y dorados para observarlo con detalle. Su sorpresa fue grande y aunque trató de disimularla, Vebo alcanzó a comprenderlo.

- Es sencillamente increíble -. Susurró fascinado.

Vebo bajó la mirada. Increíble, sí. Una vida maravillosa perdida. Ilena muerta. Su vida destrozada. ¿Qué motivos le quedaban para continuar viviendo? La quería más que a su vida y, ahora, ahora ya no estaba... No era increíble, pensó, ha costado su vida. Comenzó a llorar en silencio.

- Ilena consiguió algo que creía imposible -. Repitió Sirtán. Dejó la cajita en sobre la mesa sin dejar de observar el pedazo de pergamino.
- A costa de su vida -. La pena desfiguraba el semblante de Vebo.

Sirtán apartó la mirada fascinada de la caja y le observó con cariño. Sintió congoja en el corazón.

- Ilena murió por ti.

Vebo sonrió con amargura. No había sido así. Aunque el mago lo creyera. No había sido así. Murió por completar sus conocimientos.

- Yo la amaba, amigo mío. Hubiera entregado mi vida por ella, para que fuera ella quien

estuviera aquí, conversando contigo, enseñándote eso con la mirada ávida que tú mismo has puesto, y para que luego se entregara a su estudio y a preparar la caída de nuestro enemigo...- al pensar en lo que hubiera podido ser y no había ocurrido comenzó a sollozar de nuevo.

Sirtán, afligido, dejó el pergamino sobre la mesa y acarició el pelo sucio y enredado de Vebo.

– Ay, amigo mío, las cosas fueron así.

Durante unos instantes solo se escucharon en la humilde habitación de aquella granja, con los granjeros dormidos y los animales silenciados, los sollozos de Vebo. Sirtán solo le acariciaba el pelo. Hubiera podido influirle, utilizar su magia como antes la había empleado para aliviarle las heridas y recuperar su cuerpo, pero el dolor de su corazón no era quién para arrebatarlo. Cuando Vebo se calmó, levantó los ojos anegados en lágrimas y dijo:

– Ni siquiera pude despedirme –. Murmuró, y luego, inquirió: - ¿Qué hacemos ahora?

La pregunta sorprendió a Sirtán. Se alejó unos pasos y retomó el pergamino con el símbolo único.

– ¿Estudiarlo? ¿Ella hubiera querido eso, verdad?

Vebo pensó en que no había sabido pronunciar la voz en Lengua Antigua, en la promesa que le había hecho a Ilena de que viviría por ella. Y también, las palabras finales que con tanta intensidad le había dicho mientras se debatía contra el Arcano.

– No sé. Ella me dijo que lo guardara. Fue lo último que me dijo.

Sirtán se quedó helado. Pensó durante unos segundos y, aunque se mostrase reacio a complacerle, expuso:

– Si ella así lo quería, así será. Ella fue la única que comprendió lo que obtuvo y ese conocimiento le costó la vida. Justo es que respetemos su pensamiento -. Lo decía aunque negaba con la cabeza.- No me gusta, ya lo sabes. Creo que esto nos daría más respuestas que preguntas – levantó el pergamino - pero respeto su decisión. Son cosas que con todos mis conocimientos aún no comprendo. Pero tengo fe en sus palabras. Haremos lo que te suplicó.

Vebo sintió alivio al escucharle. Había temido enfrentarse a Sirtán. Hubiera cumplido su promesa aún a costa de su vida o de arrebatarse la del mago. Y eso, el propio mago, lo intuía. Seguramente, no quería acabar aquella cita con alguno de los dos amigos muertos o incluso ambos. Vebo comprendía que él era una minucia al lado del poderoso Sirtán pero no hubiera dejado de intentarlo pues se lo debía a su amada.

– Gracias, Sirtán. Me has dado esperanza.

El mago sonrió y luego añadió con desilusión.

– Tenerlo tan cerca y renunciar a él ¡Ah, quién me lo hubiera dicho hace unos años! -. Se quejó y le entregó el pergamino.

- Lo guardaré, amigo mío. No lo destruiré. Quizás dentro de un tiempo lo necesitemos

perentoriamente y me vea obligado a recuperarlo. Pero ahora ¡No! -. Resolvió tajante.- Ahora se lo debo -. Vebo cogió la cajita que estaba sobre la mesa, lo colocó con cariño en su interior, la cerró y la guardó junto a su pecho. - Debo partir cuanto antes. Antes de que te arrepientas. Pero primero, ayúdame a borrar mis huellas. No quiero que nadie sepa adonde voy, ni tú mismo. ¿Lo harás? Guardó silencio unos instantes. En su mente se repetía una y otra vez la palabra de compromiso.

- No debes saber adonde voy a ir.
- No lo sabré -. Respondió Sirtán con sinceridad.
- Ni yo mismo debo saberlo.
- Ni tu mismo.
- Seré como esos errantes que desconocen hasta en que lugar se encuentra su propio corazón.
- Como los errantes.

Vebo suspiró. El mago le daba la razón en todo. Confía en él plenamente.

- Pero no te pierdas. No acabes tu vida en cualquier cuchitril, borracho -. Añadió con aflicción. - Sabes que los borrachos hablan demasiado.

Vebo sintió rabia pero admitió la certeza de sus palabras.

- Tienes razón, los borrachos hablan demasiado -. Afirmó con dolor.

Vebo montó a caballo. En la granja en que se habían hospedado, la de aquel vecino celoso y avaricioso, las gallinas, los cerdos y los perros eran los únicos seres vivos que les observaban. Los granjeros dormían profundamente, aunque el sol ya estuviera bastante alto en un cielo brumoso.

- ¿Nos volveremos a ver? -. Preguntó Sirtán.
- Ten por seguro que sí. No voy a convertirme en un borracho sin futuro. Se lo debo a ella -. Azuzó al caballo y el animal partió al trote.

La figura solitaria del mago quedó pronto atrás. Confía en que borraría sus huellas como le había dicho.

Se adentró entre los árboles y escuchó el trino de las aves. Su corazón aún estaba herido y las ganas de vivir, aunque escasas, habían aumentado un poco.

- Ilena -. Susurró. Animó al caballo a galopar y estuvo un buen rato disfrutando del viento en el rostro, de la luz matizada por las nubes, de los árboles que pasaban y los animales que escapaban asustados. Y, mientras, pensaba adonde iría. A partir de algún lugar en concreto, nadie sabría adonde se dirigiría. Necesitaba secreto. Y los magos podían recuperar los hechos, las sombras y las voces del pasado con sus poderes. Pero Sirtán era el más poderoso de los magos y con su ayuda borraría las huellas permanentes que el tiempo anclaba. Y también utilizaría el recuerdo de Ilena. Era su íntimo secreto.

El perro calló cuando el hombre le chilló y se hizo el silencio en aquella cotidiana oscuridad. Vebo se arrodilló junto a los pequeños cipreses. No los veía pero sabía que estaban allí, a su lado. Lloraba. Dejó en el suelo la pequeña caja de madera que había llevado sobre al pecho aquellas largas semanas y comenzó a cavar con las manos, junto al tronco que de vez en cuando tocaba con sus movimientos. Ni gemía, ni suspiraba. Tan solo cavaba. Cuando tuvo el agujero de un tamaño suficiente y de una profundidad razonable, recuperó la cajita, la observó en la oscuridad aunque no la viera y la depositó en el fondo. Dijo las palabras de protección que le habían enseñado y, a continuación, la cubrió con la tierra que había apartado. Palpó la superficie con la mano y dejó el suelo como si nada hubiera escondido allí. Y esto, todo lo hizo llorando, pues con sus actos enterraba su alegría de vivir, su amor. Después, se acurrucó sobre la tierra, y trató de no pensar, de no recordar, de que sus sueños fueran tranquilos por una vez en los últimos tiempos. Quizás con tiempo lo consiguiera. Lentamente se durmió.

– ¡Ay Vebo, Vebo! ¡Cuán equivocado estás!

El mago le hablaba con familiaridad. Era agradable, tierno y entrañable. Entrañable, sí, esa era la palabra que mejor lo definía. Sus ojos risueños, su barba cuidada y peinada en finas trenzas, sus gestos suaves y amigables, sus manos ágiles que se agitaban formando descuidados símbolos para infundirle confianza. En eso sí que no le iba a engañar. Sus ropajes plateados en los que se reflejaba su figura gruesa y confusa, su maravillosa capa brillante. ¡Nadie diría que tan elegante personaje, tan amable camarada, pudiera ser un poderoso enemigo!

– ¿Crees que me equivoco, Cedric?

Vebo trató de ganar tiempo con sus palabras. Estaba claro que el mago era su enemigo, que buscaba robar su legado. Pero lo hacía con una sutileza tan magnífica que no podía dejar de admirarle. Encendió otra vela y, por si acaso, trazó un indeleble símbolo de protección en aquel rincón. Cedric no reparó en él. Eran viejos hábitos que le había enseñado ella.

– Sí. Te equivocas -. Dijo con autoridad, tal vez cansado de divagaciones y disquisiciones que no conducían a ninguna parte. - Tu trabajo. ¡Fíjate! ¡Un miserable trabajo de carnicero en una aldea miserable! ¡Lejos! ¡Lejos del lugar que te corresponde! ¡Esta es tu vida! ¡No te das cuenta! ¡Estúpido!

Vebo se aproximó al lugar en que guardaba la espada. Habría que luchar. Cada vez estaba más convencido.

– Yo elegí tener esta vida, Cedric. No sabes como me siento aquí -. Respondió con tranquilidad. No tenía miedo. Pero estaba gordo, lento y falto de entrenamiento. Aunque matar, sí. Eso lo hacía todos los días. Aunque solo fueran pollos, cerdos y algún que otro cordero.

– ¿A esto lo llamas vida? -. Paseó su mirada cálida por el cuarto. Hachas, piedras de amolar, sacos de grano, jaulas de madera.- ¡Esto es una vida miserable! ¡En Ur te esperan cien criados que complacerán todos tus deseos, todos tus caprichos! ¿Renuncias a una vida de placer por esta vida de matarife? -. Escupió las palabras pero lo hizo con elegancia, con amabilidad. En realidad, una contradicción.

Vebo no se dejaba amilanar por su aura de bondad. Sabía muy bien qué vendría a continuación.

La traición de Cedric

Vebo divisó Adentor desde la colina. Las altas murallas, los ríos, la Colina Hueso, los almacenes del puerto, las galerías surcando las aguas del primer río. El sol declinaba a lo lejos. Las nubes se teñían de rojo anunciando el viento del día siguiente.

- Unas horas más y llegamos -. Dijo Sirtán que había bajado del caballo y se situó a su lado.
- No me quiero quedar mucho, ¿eh?
- Te lo prometo.
- Quiero desaparecer.
- Te lo prometo.

Vebo le miró y sonrió.

- No quiero estar más al acecho de todos esos magos...- se justificó.
- Te lo prometo. Te he dicho que lo haremos cuando quieras. Pero primero, lleguemos a casa, descansemos, recuperemos la mente y descubramos qué maldades habrá hecho esa Condesa frustrada que gobierna Adentor estos días.

Sirtán estiró las riendas de su cabalgadura y comenzó a caminar por el sendero que se estiraba hacia Adentor.

Cedric disponía de una amplia habitación bien caldeada en invierno y agradablemente oreada en verano. Las ropas con que se vestía era elegantes, suaves y dignas. Lo que le correspondía como verdadero mago que era. Aún no había ascendido al Círculo ni formaba parte de Consejo pero todo llegaría a su debido tiempo. Fabriella le ascendería. Eso era, al menos, lo que le había ofrecido por sus servicios en Ur. Estaba cómodo en aquella cama blanda comiendo uvas y bebiendo aquel brebaje amargo que tanto le gustaba. La luz de los cirios incrementada por el polvo ardiente teñía de dorado la piedra roja de las paredes. Alargó la mano para coger otra uva. Valian estaba allí.

Se incorporó de golpe, asustado en un principio y fascinado al momento siguiente.

- Mi señor -. Se echó de rodillas sobre las alfombras que cubrían el suelo.
- Hum. Veo que no vives nada mal...- murmuró el espectro de Valian, materializado como un cristal transparente en ocasiones o como una niebla densa en otras, mientras recorría con la mirada la habitación de Cedric.

Éste levantó la cabeza con devoción para mirarle.

- ¡Oh, mi señor! ¿Qué deseáis de mí? -. Preguntó con sumisión pues por ningún motivo quería molestar a su mentor.

Valian se detuvo frente a la frasca del brebaje amargo. Trató de cogerla pero su forma etérea no pudo agarrarla. Sonrió.

- Algo sencillo. Quiero que hagas venir a Vebo, tu viejo amigo, a Eldén. He descubierto algo

muy interesante de lo acontecido con Ilena. He de interrogarlo.

- Pero mi señor. Vebo no se encuentra en Adentor, nadie sabe dónde está. Está lejos, quizás en la Frontera o en algún lugar que desconozco. Ni vos mismo pudisteis averiguarlo como sin duda recordaréis.
- Vebo llegará mañana con ese maldito Sirtán Unir como compañía. Debes hacer que venga contigo a Eldén. O que venga solo, tanto da. Pero quiero que venga. Haz lo que sea necesario pero no lo mates.

Cedric comprendió que aquellas palabras eran órdenes superiores a las que cualquiera pudiera dictarle en Adentor. Había comprometido su vida por él. Se había entregado a él.

La forma etérea recorrió la habitación en silencio. No parecía muy satisfecho con lo que veía.

- Vives con demasiadas comodidades, esclavo mío. Deberás purgarlas mientras llegas a mi feudo -. Añadió. Cedric supo a qué se refería. Nada de comodidades. Ni palanquines, ni caballos. Debería realizar el recorrido a pie. Su cerebro comenzaba a maquinarse una estrategia para convencer a Vebo. Sería difícil pero sus capacidades de persuasión habían mejorado mucho. Una intriga crecía en su mente. Aunque no había obrado bien en Ur, haría que el hombre le perdonase.
- Haré cuanto me pedís, mi señor. Os debo eterna obediencia.

Valian sonrió.

- Te estaré esperando -. Dijo y luego se desvaneció.

Cedric se incorporó y se sentó en la cama. Tenía el corazón ilusionado, lleno de felicidad por la visita de su maestro y a la vez se sentía decepcionado no haber sabido llevar una vida en Adentor acorde con el guión que Valian esperaba de él. La reprimenda le había dolido. Era esa maldita ciudad de Adentor que todo lo corrompía. Aquello le dio una idea. Convencería a Vebo. Estaba seguro.

Ilún declamaba su lección al pequeño coro de aprendices que le miraban atentos. El aula era diminuta y los incensarios dispuestos en las esquinas hacían que sobre las cabezas de los alumnos y el profesor flotase un humo amarillento de aroma agradable. Ilún usaba palabras en Lengua Común. Icelia había prohibido la mejor voz, como llamaba el maestro a la Lengua Antigua para no incurrir en blasfemia. Entre sus alumnos había de todo: mentes abiertas y ponderadas, y mentes obtusas y entregadas al fanatismo. Así que había de dirigirse a ellos con cuidado. Su lección versaba sobre la magia practicada en la Frontera.

- ¿Alguno de vosotros ha estado en la Frontera alguna vez?

Nadie levantó la mano.

Ilún sonrió. Mejor, pensó. Así puedo contarles cualquier fábula sin que cuestionen su veracidad.

La puerta de la estancia se abrió de repente. Allí estaba Cedric, visiblemente incómodo.

- Necesito hablar con vos, maestro -. Dijo con urgencia, el rostro demudado.
- No es manera de interrumpir mis momentos -. Se quejó Ilún. - ¡Espera fuera! -. Gritó.
- No, mi señor. No puedo esperar -. Replicó éste con inquietud. Miró hacia izquierda y derecha como si alguien le acechase en el pasillo.

Ilún le sostuvo la mirada. Podían emplear comunicación silenciosa pero decidió no hacerlo pues quedaría abierta a cualquiera que la comprendiese.

- Bueno, queridos alumnos. Al parecer mi colega necesita mis consejos con urgencia. Podéis salir y mañana continuaremos. Gracias -. Les dijo a los alumnos con tranquilidad y una voz muy dulce, pues allí había hijos de nobles a los que había que tratar con deferencia.

Los aprendices se levantaron en silencio y salieron envueltos en sus túnicas blancas de acólitos de Icelia.

Cuando quedaron solos, Cedric entró en el aula. Estaba sudado y sus ojos transmitían inquietud y desconcierto.

- Verme reducido a enseñar Lengua Común -. Murmuró Ilún con asco, aunque enseguida cambio su discurso al observar a Cedric : - ¿Qué ocurre que me interrumpes y me obligas a cederte mi tiempo ? -. Preguntó con orgullo y desdén.
- Fabriella quiere matarme.
- Condesa Fabriella. Cualquiera podría oírte -. Hizo un gesto y recordó porque no quería mantener una conversación silenciosa, así que propició que la estancia se quedara sin sonidos que escaparan de las rojas paredes iluminadas por los braseros. Era un hechizo sin importancia y nadie lo detectaría.
- No importa cómo la llame. No puedo hacer nada. Quiere matarme.
- ¿Y por qué quiere hacerlo?
- Porque me he negado a cederle mis servicios.
- Ya sabe que eso no puede exigírtelo. Fue lo que acordamos para venir aquí.

Cedric se rió.

- ¿Y crees que le importa?

Ilún se paseó por la habitación irritado y pensativo. Suspiró. La Condesa se hacía más osada conforme pasaban los meses. La emperatriz era un títere en sus garras y la vida en Adentor se había vuelto peligrosa para los que contrariaban a Fabriella.

- Tienes razón, Cedric. Jamás le ha importado lo que pensemos los miembros del Círculo. Y menos aún lo que diga el Consejo. Se está convirtiendo en un peligro para todos -. Admitió preocupado.

- ¿Comprendes mi urgencia entonces? No sé que hacer. Veo asesinos en cada esquina, hechiceros negros en mis sueños, adalides malvados acechando en la sombra. ¡Me matará! -. Gritó Cedric sumamente alterado.
- ¡Cálmate! -. Exclamó Ilún. Aunque había entregado un hechizo a las piedras, las voces tan fuertes como aquella podían escapar sin desearlo. - No grites tanto. No puedo fortalecer un hechizo de calma con tantos acólitos subordinados a los deseos de Icelia cerca.

Cedric recorrió con los ojos las paredes rojas de la sala en busca de algún desgarró o ranura por la que alguien pudiera espiar.

- Nadie nos escucha. ¡Cálmate!-. Exigió Ilún enojado.
- ¿Qué puedo hacer, maestro? -. Murmuró con resignación y miedo.
- Debes irte de Adentor. Vete a Eldén. Fabriella no se atreverá a atacarte allí y, además, está Valian.
- Sí. A Eldén. Es un buen sitio ahora que Valian ha cambiado -. La desesperación de Cedric disminuía. Su aspecto era el de alguien que ha sonreído a la esperanza.
- Pero deberías ir con alguien que te ayudase. Un criado o un lacayo -. Los magos siempre viajaban con servidumbre. Aprendices obedientes, sirvientes entregados, cualquiera que hiciera las tareas mundanas que ellos denigraban.
- ¿Un criado o un lacayo? No. Eso no. Huirían ante el peligro más insignificante. Tiene que ser alguien que me proteja, alguien en quién confíe -. Propuso Cedric más calmado. Parecía que un torbellino de ideas y posibilidades agitara su cabeza.
- ¡Espera! ¡Quizás tengamos todo eso en una persona!-. Exclamó Ilún.
- ¿Quién?
- Vebo. ¿Recuerdas a Vebo, verdad? El amante de Ilena, el que desapareció antes de que se celebrara el juicio por la muerte de aquella joven. Nunca se aclaró pero ahora Icelia les ha perdonado.
- Pues claro que lo recuerdo. Pero Vebo está lejos de aquí, desapareció. Cuando lo localicemos y lo hagamos venir, yo ya estaré muerto. No me queda tiempo.
- ¡Pero si lo he visto hoy!
- ¡Hoy! ¡No puede ser!
- Estoy seguro.
- ¿Y dónde está?
- Llegó con Sirtán Unir. Tal vez se aloje en su casa.
- ¿Sirtán? No puedo hablarle en su casa. Es demasiado astuto y poderoso y descubriría lo que quiero pedirle aún sin proponérselo.
- Tienes razón. Sugiero que lo convoques y le expliques lo que te pasa. Estoy seguro de que te

ayudará. Sé que apoyaste el juicio contra Ilena pero no creo que se niegue a auxiliarte pues fuisteis amigos, ¿no es así?

- Sí, lo fuimos. - La parodia de Cedric triunfaba. - ¡Oh, gracias, Ilún!
- Prepararemos un mensaje claro. Sirtán podría sospechar.

Cedric sonrió. Se sentía un poco más vivo tras la conversación con el mago. Aunque su sonrisa no era del todo sincera. Había embaucado al simple de Ilún. Se sentía inteligente y manipulador. A ojos de los magos, Cedric era fiel a Ur y, desde la partida de Valian, la percepción que sus compañeros tenían de él había cambiado. Todos decían que se había convertido en un mago justo y entrañable, muy diferente de aquella persona vil y desconfiada que era cuando seguía las enseñanzas de Valian. ¡Qué lejos estaban todos de saber la verdad! Solo Sirtán, el maldito Sirtán, la podía descubrir. Por eso se mantenía lo más alejado posible de su influencia. En el pasado había acusado a la amante de Vebo en un remedo de juicio popular. Había fracasado y se había mostrado arrepentido. La comedia que había interpretado frente a los magos había sido provechosa. Su maestro confiaba en él, le tenía en alta estima. ¿Qué podía pedir más?

Ilún se encargó de preparar el encuentro entre los viejos amigos cuyos caminos se habían separado y convenció a Sirtán de que el cambio que había experimentado Cedric tras separarse de la influencia de Valian era verdadero y auténtico. Había que darle una oportunidad de redimirse, expuso el mago con convicción. Vebo se mostró reticente y triste. Ilún desconocía qué había pasado con Ilena y al contemplar la mirada apenada de Vebo supuso que se habían separado. Al final, había podido más el ansia de saber que el amor, pensó, pero se guardó para sí estos pensamientos incisivos.

- Ayúdame, Vebo. Mi vida corre peligro en Adentor -. Suplicó Cedric. Desde que me negué a entrar al servicio de la Condesa Fabriella, siento mi vida amenazada. Debo ir a Eldén y temo hacerlo solo -. La voz siempre cautivadora y suave de Cedric era temblorosa y dubitativa. - Te necesito. Sé que el el pasado no actúe bien contigo ni con la pobre Ilena -. El mago observó como Vebo se había puesto muy serio de repente. No. No debía proseguir por ese camino. Nombrar a su antigua camarada había sido un gesto bastante inoportuno. Casi lo tenía convencido. Muchas nieves atrás habían sido grandes amigos. Algo debía quedar de aquella vieja amistad. Bueno. Eso pensaba él. - Era Valian, no sé si Sirtán te lo ha explicado.- Continuó.- Era su influencia nefasta e implacable la que me obligaba a actuar como lo hice. No sabes...- bajó la mirada y esbozó un lamento -...no sabes cómo me

persiguen aquellos días. ¡Yo ya no soy aquel ser vil, ruin y completamente desquiciado que fui! -. Exclamó con vehemencia. Si él mismo no supiera que sus palabras eran burdas mentiras se las hubiera creído. El sutil influjo innatural con que las mancillaba vencería, sin duda, los recelos del hombre. Estaba jugando con fuego. Lo sabía. Podía perder, podía encontrarse con protecciones que le hubiera proporcionado Sirtán, pero era un peligro totalmente asumible, un riesgo que había que correr por complacer a su señor. Todo, con tal de satisfacer a su amado maestro Valian. - ¡Solo te pido que me acompañes hasta Eldén! Solo eso -. Repitió más calmado. - Quiero que me protejas, porque siempre confié en ti -. Finalizó con ímpetu y miedo.

Vebo observó a los magos y aprendices vestidos con aquellas largas túnicas blancas que pululaban por el amplio comedor del Palacio Rojo. También había sirvientes, doncellas y algunos soldados que comían despreocupadamente. Las piedras escarlata de las paredes iluminadas por las grandes antorchas brillaban. El aroma de los guisos lo envolvía todo. El Palacio Rojo era un lugar que le resultaba incómodo y aprensivo. Allí dentro se suponía que todos eran camaradas y compartían un mismo objetivo, pero la traición y la envidia era el pan de cada día en aquellos tiempos. No se podía confiar en nadie. La Emperatriz Icelia no abandonaba desde hacía meses sus suntuosas habitaciones y había entregado el poder a unos nobles depravados, ambiciosos y malvados. Cualquiera podía ser un espía, cualquiera un traidor y al día siguiente un reo ya condenado.

- Acabo de llegar con Sirtán a la ciudad, Cedric -. Se excusó Vebo. - Tengo otros planes. He acudido a esta cita por la vieja amistad que nos unía y porque el mago ha insistido. No me pidas nada más -. Le rechazó.
- Por favor, Vebo -. Cedric se derrumbó, como si con sus palabras hubiera dictado su sentencia de muerte. - Tienen asesinos. Aquí, en todas partes -. Dijo con vehemencia y echó una rápida mirada a su alrededor. -Tengo miedo. No puedo defenderme de todos ellos. Ni aquí, entre mis camaradas, estoy seguro. No quiero vivir encerrado para siempre. Esta ciudad se ha convertido en una cárcel para mi. ¡Oh, Vebo, Vebo! ¡Fuimos amigos! ¡Somos amigos! ¡Lo que te hice no estuvo bien, lo sé! ¡No era yo, era Valian que había seducido mi espíritu! ¡Ayúdame! ¡Solo tienes que acompañarme hasta Eldén! ¡Solo hasta allí! ¡Eres el único que puede ayudarme! -. Alzó la voz ligeramente y luego miró en derredor. Nadie prestaba atención a lo que hablaban. Al menos, aparentemente. Pero nunca se podía estar seguro.
- Valian está en Eldén. No creo que sea bueno para ti ir allí -. Expuso Vebo con franqueza.
- Ya lo sé. ¿Crees que me place ir? Eldén es el único lugar seguro para los magos ahora que gobierna Fabriella. - Susurró como si temiera que alguien le escuchase.- En Eldén, Valian no será ningún problema para mi. El Autor lo tiene bajo su influjo y nadie puede

superarle. ¡Oh, por favor, Vebo, ayúdame! ¡No dejes que me maten!

Vebo negó con la cabeza. Quizás se lo mereciera. Aún recordaba las acusaciones que había vertido contra ella. Pero no, el rencor y la venganza nunca eran buenos consejeros. Otro viaje más. No. Quería iniciar una nueva vida. Quería desaparecer. Desde la muerte de Ilena había sido buhonero, peregrino, marinero y asesino. De puerto en puerto, de ciudad en ciudad. Nunca había permanecido más de dos meses en el mismo sitio, nunca había hecho amistad con nadie. Ya estaba cansado de huir. Porque eso es lo que hacía, huir. Sirtán lo había encontrado, lo había buscado porque le quería y se lo había dicho. Esto es lo que le había dicho: “Huyes. Estás huyendo desde ese día. Ella no regresará. No. Te pidió que vivieras por ella. Te lo exigió. ¿Y qué haces? ¿En qué te has convertido, amigo mío? Tienes las manos manchadas de sangre. ¡Y no me digas que es justicia! ¡No eres ni juez ni verdugo! Y quieres ser ambas cosas. Ven conmigo. A Adentor. Encontraremos algo que hacer mejor que esto. Vas cayendo, amigo mío. Vas cayendo y quiero levantarte.” Y tenía razón. Pero ¿qué podía hacer si un viejo amigo le pedía ayuda? ¿Acaso no podía redimirse? No iba a dejarlo morir. ¿Acaso no se la habían prestado a él? Además, odiaba a los nobles que manipulaban las decisiones de Icelia. La habían hecho su títere y la emperatriz ya no gobernaba con sabiduría ni con justicia. Aunque, hacía tanto de ello, que quizás no hubiera gobernado bien jamás. Sin embargo, Eldén estaba muy lejos. Muy, muy lejos. Quizás fuera la oportunidad que le ofrecía el destino para cambiar el rumbo de su vida.

- No me queda más remedio que ayudarte -. Murmuró sin ganas, casi sin reflexionar un minuto más.

Cedric sonrió:

- ¡Oh, gracias, gracias! Sabía que no me abandonarías -. Dijo con patético entusiasmo.- Partiremos cuanto antes. Yo me encargo de los salvoconductos, sé quién me los puede vender.
- ¿No hablará?
- Me encargaré de que no lo haga. Con algunas piedras y algún que otro hechizo estaré seguro-. Admitió el mago complacido por su victoria.

Una sirvienta se acercó con dos cuencos humeantes en las manos y los tiró sobre la mesa. Cedric se había erguido y puesto en guardia por si acaso. El guiso no tenía nada de peligroso y además olía estupendamente. Vebo cogió la cuchara de madera y lo probó.

- ¿No comes? -. Le preguntó al ver que el mago no participaba de la comida.
- No. No me fío. Podría estar envenenado -. Respondió con cierta paranoia.
- Pues este guiso está muy bueno -. Vebo continuó comiendo con tranquilidad. Si envenenaban un guiso como aquel es que estaban verdaderamente locos en Adentor.

Cedric no comió nada de lo que los sirvientes trajeron y Vebo se lo acabó todo. Cuando abandonaron el Palacio Rojo, Vebo apreció el considerable aumento de vigilancia que había dispuesto la Condesa Fabriella, auténtica gobernante del Imperio. Debía tener mucho miedo y sentirse muy insegura, pensó, si se rodeaba de tanta gente armada. Aunque tener tantos soldados cerca podía ser peligroso si las cosas se torcían para ella. La política cambiaba los escenarios y las vidas de los nobles inesperadamente.

Las calles de las proximidades al palacio estaban atestadas de ciudadanos, soldados y criados. El cielo amenazaba lluvia y los humos coloreados se alzaban en columnas tranquilas y altas.

– Acompáñame hasta la academia -. Le había suplicado Cedric.

No estaba lejos pero había que pasar por lugares en los que la concurrencia podía ser desagradable. Mientras caminaban, Vebo se dio cuenta de que los seguían. Habría problemas. Torció en un callejón y sonrió.

Los esbirros eran cuatro y los habían cercado en aquella callejuela de Adentor. Ya casi caía la noche y aunque hubiera espectadores que supieran lo que iba a pasar, estos se habían cuidado de cerrar los postigos de las ventanas para hacerse anónimos e ignorantes de los sucesos que iban a acontecer ante su propia casa. Alguien moriría, seguro, pero ellos no sabrían nada. Y, además, sería cierto. Cuando los magos hurgasen en sus recuerdos solo verían ventanas que se cierran, oscuridad y charlas cotidianas. Era una buena estrategia si querías evitar participar en algún juicio cuya sentencia nunca era segura. A veces, los testigos eran condenados, y el reo liberado, aunque hubiese cometido el peor de los delitos, tal era la corrupción que habitaba entre los jueces de la ciudad. Así que lo mejor era no saber nada y no quererlo saber siquiera. La ignorancia era un buen seguro.

Se habían situado dos a cada lado de la calleja para cortarles la escapatoria. Cedric temblaba y Vebo estudiaba a sus enemigos embozados en capuchas grises. Llevaban espadas curvadas en las manos, botas ligeras y una sonrisa maligna sobre las barbas rojas y largas. Imprudentemente, no llevaban protecciones acorazadas.

– Sicarios de Eren. Peligrosos -. Le murmuró a Cedric. - ¿Puedes encargarte de los de ese lado? -. Lo tenía a su espalda y notaba su miedo.

– No sé...no creo...- dudó.

Vebo comprendió que el miedo le hacía imprevisible. Tendría que ocuparse él de los cuatro o sería el fin de los ambos.

– Muchachos, muchachos. Será mejor que os vayáis si apreciáis vuestras vidas -. Había que intentar resolver aquello de manera pacífica. - Si no lo hacéis, esta será la última luz que veréis del mundo -. Les amenazó. Siempre había que presentar una alternativa.

Uno de los esbirros que se aproximaba por su lado, rió.

- No nos das miedo -. Su voz era ronca, grave.
- Porque no sabéis quién soy. Soy Vebo, mi nombre causa terror en esta ciudad.

El sicario rió.

- Sabemos quién eres, sabemos a quién venimos a matar.
- Bueno. Lo he intentado. Pero os quiero hacer saber que renunciáis a vuestra vida -. Dijo y, sin previo aviso, con una velocidad que no se le diría para una persona corpulenta como él, atacó al sicario más próximo.

Éste fue a levantar su espada pero el arma de Vebo centelleó, fintó y el brazo que la sostenía cayó al suelo separado de su propietario. Un grito espeluznante brotó de la capucha y la sangre se derramó sobre las inmundicias.

Vebo apartó de un empujón al mutilado y atacó al otro. Este paró el golpe pero había sido tan intenso que trastabilló como si hubiera chocado contra un muro. Vebo se agachó y le cortó una pierna haciéndole oscilar entre gritos de dolor. Y cuando ambos estaban en el suelo, con un par de movimientos ágiles y veloces, los remató atravesándoles el corazón.

Todo había sido tan rápido que los esbirros que amenazaban a Cedric no habían avanzado ni un paso hacia él. Al contrario. El mago se había retirado dos pasos y estaba más separado de ellos que antes.

Vebo saltó y se situó a su lado.

- ¡Iros! -. Les gritó. - Ellos han muerto sin ni siquiera darse cuenta. ¿Queréis seguir su camino?

Los hombres se detuvieron y dudaron. Parecía que iban a volverse para huir pero continuaron avanzando hacia ellos.

- Bueno. Lo he intentado. Veo que no queréis vivir más.

Luego corrió hacia ellos tan rápido como lo había hecho antes. Cedric lo observaba boquiabierto. La espada de Vebo trazó una figuras en el aire oscurecido del callejón. Uno de los esbirros tenía el pecho abierto y el otro trataba de que no se le derramasen las tripas. Mientras caían, Vebo les atravesó el corazón con dos estocadas veloces.

Los sicarios se derrumbaron entre los desperdicios. La sangre humedecía los restos humanos.

- Vayámonos Cedric. Si queda alguno emboscado, habrá escapado.

El mago le miraba maravillado.

- ¡No creía que pudieras hacer eso! -. Exclamó.
- Pues ya ves que sí -. Dijo Vebo pasando sobre los cadáveres. - Vayámonos. Este callejón huele mal. Cuando les hice entrar en él no pensé en el olor.

Cedric le siguió. Advirtió que el sudor perlaba su frente amplia.

Acompañó al mago hasta la residencia académica sin más contratiempos y continuó hacia el

hermoso palacio que ocupaba Sirtán. Alrededor de aquella maravillosa construcción no había muros ni altas verjas que impidiesen el paso como en la mayoría de las grandes residencias de los nobles de Adentor sino un hermoso jardín cuajado de flores permanentemente, con fuentes naturales y silenciosas, setos bajos, estatuas, antigüedades y recuerdos de épocas remotas. Nadie se había atrevido nunca a robar ni destruir nada de todo aquello que se mostraba para su maravilla y educación. Senderos de grava o enlosados recorrían el suelo dibujando intrincados símbolos de protección y confianza.

En cuanto se acercó a la gran puerta, Tiberio apareció con su sonrisa satisfecha y afable.

- Sirtán os espera, mi señor-. Dijo e hizo una reverencia.
- No hace falta que te inclines, Tiberio-. Dijo Vebo.
- Como queráis, mi señor, como queráis...- Y mientras lo decía iba inclinándose una y otra vez.

Vebo negó con la cabeza. No había manera de convencerle.

Tiberio le acompañó por el palacio hasta un amplio salón de ventanales estrechos, cubiertos por un solo cristal transparente como el aire limpio, con paredes forradas de estantes y librerías. Había luz suficiente con las piedras iluminarias y los candelabros de oro repartidos por la estancia estaban apagados. El mago le esperaba sentado en un cómodo sillón de tela negra y dorada. Se mesaba la barba en un gesto pensativo e inocente.

- ¿Cómo te fue? -. Le preguntó mientras Vebo se sentaba en otro sillón, gemelo del primero.
- ¿Deseáis un poco de vino, mi señor? -. Preguntó Tiberio.
- Sí, me apetece -. Respondió Sirtán.

El criado se marchó y regresó al poco con una bandeja de plata con dos copas de cristal y una frasca de vino muy oscuro. Sirvió dos copas y se las ofreció servicialmente. Luego se marchó mientras Vebo y Sirtán lo saboreaban.

El hombre respondió a la pregunta que había formulado el mago:

- He de acompañarle Sirtán. Me lo ha pedido y no puedo negarme. Moriría si no lo hago.

El mago suspiró.

- Justo ahora que querías desaparecer, Vebo, amigo mío.

Vebo cerró los ojos y asintió.

- Esperaré un poco más. Solo es un viaje hasta Eldén. Nada más. Para protegerle.

Sirtán se rió al escucharle.

- ¿Protegerle? ¿Con esa simpleza te ha convencido?-. Preguntó con malicia el mago.
- No es una simpleza -. Respondió Vebo molesto. - ¿Acaso no te das cuenta de la mezquindad de los nobles que gobiernan esta ciudad? -. Cogió el vaso de fino cristal que tenía medio lleno de vino y bebió.

- No. De eso sí que me doy cuenta. Pero pronto cambiará, no te preocupes. Lo que me hace gracia es que digas que Cedric necesita protección. Él. ¡Un aprendiz cualificado del gran Valian! ¡Su mejor acólito!-. Alzó la voz con dramatismo.

Vebo negó.

- Se ha reformado y yo me inclino por creerle. Vino a mí con razones y explicaciones suficientes que no necesito relatarte pero que me convencieron. Mi desaparición tendrá que esperar unos meses.
- ¡O unos años, nunca se sabe! -. Rió Sirtán.
- Bueno. No importa. El tiempo que haga falta. No puedo fallarle a un viejo amigo -. Vebo trató de zanjar la conversación. - He tomado mi decisión y ya está.

Sirtán le miró con intensidad. Sabía que no le convencería, que cargaría con su error aunque le costase la vida, como en otras ocasiones.

- Lo único que me queda claro es que eres un hombre en quién se puede confiar. Tu lealtad y nobleza son dignos de admiración. ¡Ya quisiera tener muchos amigos como tú! -. El mago se levantó de la mesa en la que conversaban y se dirigió hacia uno de los estantes de la fabulosa librería que forraba las paredes de la estancia. Había tantos pergaminos amontonados en los anaqueles que la vieja madera no se distinguía. Abrió un cajón de la librería y rebuscó entre papiros y telas pintadas -. ¡Ah, aquí está!

Vebo observaba en silencio, rumiando las palabras del mago. Quizás tuviera razón. Pero ya se había comprometido. Cedric estaba en peligro. No se lo había dicho a Sirtán pero antes de hablar con él habían sufrido una emboscada. Sicarios bastante entrenados, caros y difíciles de encontrar. Algo de razón tendría Cedric si enviaban tales esbirros para acabar con su vida. No sobreviviría sino le acompañaba.

- Toma -. Sirtán dejó sobre la mesa un cristal con forma de huevo. Era transparente y parecía frágil.

Vebo lo cogió. Estaba frío y parecía que un líquido se agitase en su interior.

- ¿Qué es?
- Un grito.
- ¿Un grito?
- Eso he dicho. Un grito. Cuando lo rompas, acudiré. Será como si me gritases al lado de la oreja que necesitas mi auxilio. Esté en donde esté, sabré que es muy urgente y acudiré para ayudarte. No lo dudes.
- ¿Por qué?
- Porque eres mi amigo y, además, un amigo muy valioso para mí. Una vez acudí tarde y no quiero que vuelva a ocurrir.

Vebo miró el cristal. No pensaba que fuera a utilizarlo nunca pero no quería contrariar al mago. Personajes como él siempre había que tenerlos a su favor.

- Me lo quedaré pero no creo que lo utilice. Mi espada será suficiente para lo que me envíen los nobles.

Sirtán sonrió.

- No es a los nobles a lo que temo -. Afirmó.
- ¿Temas a Valian? -. Vebo acabó su copa y jugó con el grito.
- Sí, para qué mentir -. Al ver la mirada sorprendida de Vebo, el mago matizó sus palabras . - ¡Ah, pero no piense que le temo como si fuera mi enemigo imbatible! ¡No quería decir eso! Lo que temo es su negra influencia en Eldén. Aunque el Autor es muy superior a él, sus ardides y sus intrigas son siempre imprevisibles. Y Eleara, a quien conozco bien, no se dejará embaucar por sus zalamerías.
- ¿Crees que es un esbirro del Tejedor de Muerte? ¡Si es así, deberíamos matarlo! -. Gruñó Vebo con energía.
- No lo sé, Vebo, no lo sé...si estuviera seguro ya me hubiera encargado de él. Pero hay otros magos que perciben la sombra y muchos de ellos residen en la ciudad oculta y no temen ni recelan de Valian. Aunque hay una cosa que aún no he podido aclarar...- arguyó.
- ¿Falsa?
- Falsa, sí. De entre todos los acontecimientos que he vivido y estudiado, éste transgrede mi percepción. ¿Por qué una joven dulce y encantadora se entregó a la muerte? ¿Por qué se convirtió en una asesina ávida de muerte que se complació con su propia condena? ¿Por qué su cuerpo adquirió dones malignos cuando la dejaron bajo el Árbol del Luto? Tengo muchas dudas respecto a este episodio, amigo mío y fue el propio Valian el que lo investigó.

El recuerdo de Falsa cubrió de nostalgia el rostro de Vebo. Ilena. Falsa atentó contra su amada y casi acaba con su vida.

- Bueno, tal vez cuando llegué a Eldén con Cedric, coja del cuello a Valian y le haga confesar... - murmuró Vebo.
- Conociéndote, estoy seguro de que lo harías...- rió Sirtán. Comenzaba a llover y las gotas toqueteaban los cristales.
- Partiremos mañana mismo. Aunque Eldén está muy lejos, Cedric debe viajar a pie.

Sirtán arqueó las cejas, sorprendido.

- No me importa Sirtán. Tendré más tiempo para pensar y menos trabajo sino llevamos caballos. Y también, cuanto más tiempo esté lejos de esta maldita ciudad, pues, mejor que mejor -. Añadió.

La distancia entre Adentor y las Montañas de Dragón no se medía en leguas ni en medidas espaciales como la milla, el kilómetro o el sendero, sino en meses, pues meses era el tiempo en que se tardaba en alcanzarlas. Vebo se preguntaba cómo se había dejado embaucar por aquel mago de pacotilla, cobarde y engreído, narcisista y estirado, para que lo acompañase durante aquellos días interminables hacia el refugio de Eldén. Y encima, a pie. “No podemos utilizar caballos, los controlan”. ¿Huir? El no había huido nunca de los problemas, ni de los que provocaba con sus palabras soeces ofendiendo a Icelia, a los condes y a todo el Imperio si hacía falta. Él se enfrentaba a los problemas. Si había que sufrir prisión, se sufría. Si había que trabajar en las minas o en los vados de la Frontera, se trabajaba. Si había que acabar ajusticiado, pues, se escapaba. Aquello de huir era la primera vez en mucho, pero que en mucho tiempo que lo hacía. Y lo hacía para salvar a aquel miserable que se decía su amigo. Lo de Ilena, no contaba. Tenía un humor de perros. ¡Cuánta razón tenía Sirtán! pensaba. Llovía. En realidad hacía semanas que llovía sin parar. Aquella primavera y en aquellas regiones, la lluvia era el signo de la estación. Los caminos se embarraban, los campos y las sendas se volvían intransitables y para encontrar cobijo se las veían y deseaban pues las posadas estaban llenas, y en las casas, los aldeanos sufrían los devastadores efectos del hambre y la falta de trabajo y no tenían nada que ofrecerles. Pero se las iban arreglando. Un robo aquí, un sortilegio allá, un pequeño trabajo, alguna curación. Pocas cosas. Menudas cosas que les permitían pasar desapercibidos a pesar de la intensa búsqueda que había impuesto algún conde poderoso de Adentor.

Se habían refugiado bajo los soportales de un plaza en una ciudad de tamaño medio y llovía. De la taberna fluían cánticos obscenos y hedor a vino rancio y a comida requemada.

- Tengo hambre -. Comentó Vebo. Siempre solía llevar el cinturón con la vaina de la espada demasiado apretado a las carnes y en aquel tiempo le caía. Lo cogió con las manos para ajustarlo a la cintura pero le iba holgado. - Tendré que hacerle un agujero más a este maldito cinturón. Me cae -. Constató. Había adelgazado, quizás excesivamente.

Cedric se quitó el sombrero mojado que llevaba y dijo:

- Nos hará bien un poco de calor. Estoy calado -. La capa chorreaba. Las botas estaban rebozadas de barro y tenía el rostro y la barba mojados. - No nos irá mal una buena sopa.
- ¿Tienes con qué cambiarla? -. Le preguntó Vebo que se atusó la capa para que estuviera menos húmeda.
- No. Pero no importa. Ya haré el sortilegio aquel del despiste.
- Espero que nos salga bien...- murmuró Vebo y se encaminaron hacia la taberna.
- Sabes, Vebo, en realidad yo no debería estar aquí...- expuso Cedric y, cuando fue a continuar, Vebo acabó la frase.

- ...pues soy un mago de Ur de gran potencial. ¡Eso ya lo has dicho miles de veces! ¡Y para lo que nos ha servido!-. Se quejó de malhumor.

La puerta de la taberna era una tela espesa que escondía la escasa luz y mitigaba el estruendo de las voces. Al apartarla, el griterío se hizo ensordecedor. Cedric gesticuló con desagrado. Otra vez entre palurdos y sinvergüenzas. Lo que he de hacer por él, pensó.

En la taberna había prostitutas, bebedores empedernidos, truhanes y malhechores, desertores y mercenarios. Gente de mala catadura, que imploraban una buena pelea, un buen asesinato. Cedric se estremeció y, sin pensarlo, se acercó demasiado a Vebo.

- ¡Eh, qué no soy tu madre! -. Le increpó éste.

El mago se dio cuenta y se separó tres pasos.

Vebo había llegado a la barra mugrienta de la taberna. Había muy poca luz. El hombre que regentaba el tugurio le miró con indiferencia.

- ¿Tiene algo de comer? -. Le preguntó mientras se apoyaba en la madera.
- Pan, queso, sobras...- respondió lacónico.- ¿Tienes algo que ofrecer? -. Le preguntó de inmediato.
- Algo me queda.
- Pues quiero verlo antes de servirte. Aquí no se fía a nadie -. Expuso con descaro.

Cedric estaba a su lado. Observaba a aquel insolente con disgusto. En realidad, todo el local le resultaba desagradable.

Vebo se llevó la mano al cinturón que le iba holgado, como si tuviera un pequeño bolsillo escondido allí, y mientras hacía como que sacaba piedras rojas, murmuró un vocablo específico. Sobre la barra puso dos piedras pequeñas de un vivo color escarlata.

- ¿Suficiente?

El tabernero las cogió, las apretó y asintió:

- Suficiente. No creía que tuvierais cambio.
- Pues ya ves que sí. Ahora que te he pagado, danos de comer.
- Buscad una mesa libre, aunque hay pocas. Os serviré. ¡Cuidado con Rosli, es muy persuasiva! -. Les aconsejó mientras iban a buscar una mesa libre.

Una muchacha casi desnuda se les acercó.

- ¿Buscas mesa, cariño? -. Se dirigió a Cedric.

Éste, atribulado, tardó en responder. Y Vebo se le adelantó.

- Mi amigo gusta de los hombres, muchacha. Será mejor que le dejes en paz y nos busques una mesa libre. Con él no tienes nada que hacer.

Cedric se giró pero Vebo ya estaba siguiendo a la muchacha contrariada que les llevaba a una mesa libre dispuesta en un rincón a oscuras.

- Esta es la mejor mesa que tenemos.

La muchacha no les sonrió cuando se marchó.

Se sentaron. Aunque hacía calor no se quitaron la ropa húmeda. Cedric dejó el sombrero sobre la mesa.

- No sabía que podías hacer trucos con la voz, Vebo -. Le comentó el mago.
- Es algo que aprendí hace mucho tiempo para sobrevivir. Cuando está en peligro tu propia existencia y quieres comer se aprende cualquier cosa -. Le aclaró.
- Pues es una sorpresa.

Vebo no le hizo mucho caso.

- Las piedras ya se habrán desvanecido en su bolsa, pero él no lo sabrá. Si lo supiera tendríamos problemas. Ves aquellos energúmenos que beben allí -. Señaló con la mirada a unos hombres que levantaban grandes jarras de cerveza. - Son sus sicarios. Ha desviado la mirada un instante para alertarles por si tenía problemas. Comamos y vayámonos. Y espero que no sea suspicaz y revise sus ganancias mientras estemos aquí. No quiero matar a nadie más.

El tabernero se aproximaba con la comida. Cedric apartó el sombrero. Tenía hambre también.

Mientras comían, Vebo pensaba en todo lo que había pasado en las semanas anteriores y se preguntaba hasta cuando aguantaría la pantomima del mago. Ya se había dado cuenta de que aquel viaje no entrañaba peligro alguno para él y que el verdadero motivo sería, a buen seguro, muy diferente. Esperaría un poco más, pero ya se estaba cansando.

Tres días después, por increíble que pareciera, había dejado de llover, lucía un sol radiante y el cielo estaba azul claro. El camino se había secado aunque aún quedaban numerosos charcos repartidos por el suelo. Los robles teñían de sombras el sendero y las ardillas levantaban un gran estruendo entre sus ramas.

- Las Montañas del Dragón ya no están lejos. Pronto veremos algún guardián -. Comentó Cedric.
- ¿Cómo dices? -. Preguntó Vebo. Estaba distraído.
- Digo que las Montañas del Dragón ya no deben estar lejos -. Repitió el mago molesto.
- Eso espero. Me duelen los pies -. Dijo Vebo sin mirarle y luego añadió por sorpresa. - Sabes, creo que he cambiado de idea.
- ¿Sobre qué?
- Sobre este viaje -. Vebo se paró, tomó el odre y bebió un largo trago de él sin apartar la mirada del mago.

- ¿Qué quieres decir? -. Cedric avanzó hacia Vebo y éste le tendió el odre pensando que quería echar un trago. - No, no quiero agua -. Levantó la mano para apartar el pellejo.

Vebo se secó la barba oscura con el dorso de la manga y respondió:

- Que decidí acompañarte en este viaje porque pensé que no sobrevivirías. Sin embargo, me equivoqué, he de admitirlo. He estado pensando. He visto como te comportas cuando llegamos a una ciudad, he visto que usas tus poderes sin reparos ni vergüenza y creo que te las apañarías muy bien tu solo. Por eso me preguntaba porqué quisiste que te acompañara cuando no era necesario que lo hiciera. ¿Qué quieres de mí? -. Le preguntó con claridad.

Cedric, sorprendido por la suspicacia de Vebo, suspiró.

- Eres más inteligente de lo que mi maestro cree -. Admitió. - No. No me sorprende que me lo preguntes. Creía que no podríamos engañarte. Ya ves, me tuve que fingir débil y lleno de dudas para convencerte, pero, claro, mi naturaleza ha vuelto a resurgir. He tenido que ser yo. ¡No puedo disfrazar mi naturaleza permanentemente! ¡Me has descubierto! -. Gritó con jocosidad. Algunas aves escaparon raudas espantadas por las voces.

Vebo retrocedió un paso. A cuento de qué venía tanto grito y elocuencia.

- Sí. Te he descubierto. Pero ¿qué he descubierto? ¿Que quieres de mí? -. Sirtán tenía razón. Éste no es de fiar, pensó.
- Muy sencillo, amigo mío -. Cedric avanzó hacia él con una sonrisa amigable. - Quiero que me hables de lo que pasó con Ilena. Necesitamos saberlo.

Sin que Vebo lo advirtiera, las palabras y los gritos inexplicables de Cedric habían convocado a su maestro. Su forma etérea e invisible, cierta y peligrosa, se formaba junto a un árbol.

- ¡Esto es lo que querías de mí! ¡Maldito seas, Cedric! ¡No estás bien de la cabeza si esperas que te hable de aquello! -. Exclamó Vebo enfadado, desconcertado y decepcionado.
- ¡Necesitamos saberlo, amigo mío! -. Replicó Cedric nervioso.
- ¡Me llevas a las Montañas del Dragón, a Eldén, solo para embaucarme! ¡Esto es ruin! -. Vebo dio unos pasos para alejarse del mago que temblaba de vergüenza y frustración. - ¡No creí que fueras capaz! -. Bramó cuando se revolvió. Iba a dejarlo y marcharse de inmediato.

A su alrededor, las escasas aves que aún se mantenían agazapadas en los árboles cercanos huyeron asustadas por los gritos de Vebo.

- No solo soy yo quien precisa esos conocimientos...- murmuró el mago a modo de patética excusa.- ¡Por favor, Vebo! ¡Por nuestra amistad, por el Imperio! En estos meses nuestra amistad se ha fortalecido. ¿No creerás que he estado fingiendo que era tu amigo? ¡Soy tu amigo! ¡Eso no lo puedes dudar! -. Exclamó. - Y si te pido que me narres el suceso de la muerte de Ilena es porque desean saberlo de tu propia boca. Solo pueden imaginarse lo que ocurrió. Nada más. Las fases del acontecimiento se perdieron. No quedó nada. Nada.

Ninguna huella, ni rastro de recuerdos o de tiempos pretéritos. Nada. ¡Y eso no es posible! -. Se había percatado de la presencia silenciosa de Valian y desvelaba sus verdaderas intenciones sin pudor y con orgullo.

A Vebo le entró la risa al ver la actitud patética y desesperada de Cedric.

- Qué estúpido he sido -. Murmuró mirando al mago con desprecio. - Pensaba que habías cambiado, pero veo que no -. Recordó el juicio y sintió lástima por el mago.

Cedric se le acercó e, inmediatamente, en un acto reflejo, Vebo tocó el pomo de su espada.

El mago se detuvo sorprendido e irritado.

- ¿La empuñarías contra mí?
- Si fuera necesario...- dejó escapar Vebo. - No eres el mago bondadoso y bonachón del que te has disfrazado, el pobre indefenso que corre peligro. Eres el mismo, el que se arrastraba tras Valian, su esbirro más fiel -. Añadió con desagrado.

Cedric se enfadó aún más.

- ¡Acabemos con esto, Cedric! -. Continuó Vebo, haciendo caso omiso a su irritación. - ¡Cada uno se marcha por su lado y haré como que no me has exigido nada! ¿Estás de acuerdo? -. Propuso Vebo en tono conciliador alejando la mano de la espada.

El mago miró al suelo mientras evaluaba sus opciones. Había alguien más allí con ellos, pero solo él lo sabía. Era el que le había exigido que Vebo hablase. Era su maestro. Si quería formar parte de su círculo de poder debía obedecerle en todo. Primero súbdito, después partícipe, ese era su empeño. ¡Y anhelaba tanto ser su amigo!

- Podría entrar en tu mente y averiguarlo -. Dijo rechazando implícitamente el ofrecimiento de Vebo.
- No encontrarías nada. Hay aspectos de mi vida que desconoces, Cedric. Quemarías mis recuerdos antes de comprender lo que ha pasado -. Expuso Vebo defraudado.

Cedric dudó. El maestro estaba tan próximo a él, era tan íntima su presencia. Suspiró.

- ¡Por última vez, Vebo, explícame qué pasó con Ilena! - . Exclamó enfurecido.

Vebo le observó un largo instante. Sentía lástima por él. ¿Cómo podía estar tan ciego? ¿Por qué le traicionaba? ¿Por qué rechazaba su amistad o es que solo la había fingido? Se sentía decepcionado y triste. Muy triste. Debían separar sus caminos. Le había hecho llegar hasta allí con mentiras. Pero eso no era lo que le enojaba. Se sentía contrariado, eso sí. Pero enfadado, no. Era mejor terminar así que seguir ensuciando los recuerdos con más mentiras. Por alguna razón, aquel que había sido su amigo no podía desembarazarse de la influencia ponzoñosa de Valian.

La brisa que soplaba entre ellos se detuvo unos instantes. El sol del atardecer les alargaba las sombras.

- Me voy, Cedric.

El mago arqueó las cejas confuso.

Vebo le dio la espalda y enfiló hacia la ladera. Quería regresar o incluso iniciar una nueva vida.

Un instante después, Valian tomó la iniciativa.

Cedric no pudo resistirse. Valian se había incorporado a su forma y, mientras Vebo se marchaba por el bosque pues se sentía estafado por su antiguo amigo, le atacó.

La primera palabra que le asestó fue sencilla y breve pues no quería matarle. Intuía algo secreto en aquel hombre impredecible y soez, y necesitaba descubrirlo. Le golpeó en la espalda y lo derribó.

Vebo se levantó como un gato y se quedó mirando a su amigo con incredulidad y rabia.

– ¿Por qué me atacas?-. Le preguntó irritado. - ¿Qué te ocurre? ¿Por qué empeoras las cosas?

Cedric no le respondió. No era él aunque ni él mismo lo supiera.

Una barra metálica e incandescente creció en la diestra del mago para sorpresa de Vebo.

– No sabía que pudieras hacer eso, Cedric.

El mago no dijo nada. Sonrió brevemente y le atacó a continuación.

Vebo saltó con agilidad hacia un lado y la esquivó con facilidad. Y mientras lo hacía, sacó la espada. No quería herir a su amigo pero iba defenderse. Se sentía desconcertado. Cedric quería que desvelara su secreto y, como no lo había hecho, le atacaba, razonó. No sospechaba lo que en realidad ocurría en la integridad del mago.

Cedric se movió con rapidez y lo hizo a tal velocidad que Vebo esquivó el ataque por milímetros.

La agilidad y destreza con la que movía la barra eran propias de un experto bien adiestrado. Los golpes que detenía con la espada eran fuertes y precisos, continuos e insistentes. A pesar de que paraba la mayoría de ellos, alguno alcanzaba su objetivo y notaba la fuerza del golpe en la carne.

– ¡Basta ya, Cedric! ¿Por qué haces esto?

El mago no respondió. De repente, movió los labios y la voz empujó a Vebo con furia lanzándolo hacia atrás como si le hubiera golpeado un ariete. A su vez, estalló una enorme llamarada, los árboles se volatilizaron y las rocas se desmenuzaron aplastadas por una fuerza gigantesca.

Vebo se golpeó la cabeza en el suelo, se desgarró una pierna, perdió las botas y la espada, la capa se le escapó del broche y el zurrón voló por los aires. Se había quedado sin aliento. Esto no era normal, se dijo mientras trataba de ponerse en pie con dificultad. A través del humo vio la silueta del mago que iba hacia él con lentitud. Sin poder acabar de erguirse, se arrastró hacia el zurrón rogando que se le concediese tiempo suficiente para cogerlo. Justo cuando tomaba la correa rota, Cedric lanzó su vara contra él. Vebo rodó sobre sí mismo para esquivar el golpe y encontró la espada. El mago le acosaba con movimientos rápidos y seguidos. Entonces, paró con el arma recuperada un golpe poderoso que le hizo vibrar hasta el brazo. Pero la velocidad con la que el mago agitaba la vara era excesiva para él, aturdido y confuso tras el estallido. Un fuerte golpe impactó contra su hombro y el brazo se le enfrió de repente como si se lo hubiesen congelado. La

espada se le escapó de nuevo. No quería hacerlo, pero no había más remedio. Tenía la figura de Cedric sobre él que le miraba con indiferencia, como si no le conociera. Era muy extraño. Nunca se había comportado así. Ni cuando se enfadaba. Susurró la voz que le había enseñado Ilena. Cedric arqueó las cejas sorprendido y sintió que le alzaban del suelo. Luego salió volteado por los aires envuelto en un huracán.

Tenía unos segundos de respiro si aquello no lo había noqueado. Vio el zurrón y la espada entre los restos humeantes.

- ¡El zurrón! -. Exclamó. Gateó hacia él. Lo abrió y rebuscó el cristal. - ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! -. Bramó mientras lo rompía y las astillas se le clavaban en la palma de la mano. - ¡No pensaba que te necesitaría tan pronto!

Acababa de decir estas palabras cuando notó que un torrente de fuego corría hacia él. Rodó para esquivarlo pero no pudo impedir que alcanzara su pie derecho.

- ¡Agggg! -. Aulló pues sintió como si le hubieran hundido un hierro incandescente en la carne. Estaba cerca de la espada. La cogió con la izquierda y se levantó. Al menos moriría con ella en la mano. Gracias Ilena, pensó. Cedric ya estaba allí de nuevo. Golpeó y Vebo se defendió. La barra alcanzó su brazo desarmado.

Este último golpe fue especialmente fuerte y Vebo notó como se le partía el húmero de su brazo derecho.

- ¡Aggggg! -. No pudo reprimir el grito de dolor.

Cedric usaba una fuerza a todas luces impropia. Como si no fuera él mismo y él no fuera su amigo. La barra metálica que el mago hacía chocar contra su cuerpo restalló en el aire y Vebo sintió un golpe caliente en el rostro magullado. A continuación, esquivó un nuevo ataque pero el siguiente fue a impactar contra su esternón. Soltó la espada. Los pulmones se le vaciaron de golpe. No podía respirar. Se mareó y cayó al suelo impotente. A través de la bruma que cubría sus ojos vio la silueta de Cedric que se situaba sobre él, levantaba la barra y preparaba el golpe final. Directo a mi cabeza, pensó. ¡Oh, Ilena!

- ¡Detente!

La voz potente e incuestionable de Sirtán Unir le sorprendió. Vebo tosió cuando fue a decir algo.

Cedric se quedó con la barra en alto. En silencio, inmóvil, tal vez estudiando la posibilidad de desobedecer o quizás congelado por la voz del mago.

Sirtán se situó al lado de Vebo y Cedric retrocedió unos pasos mientras bajaba la barra.

- ¿Por qué haces esto?-. Le preguntó Cedric con indiferencia al mago recién llegado.

Vebo se preguntó quién hablaba pues esa no era la voz de Cedric que él conocía tan bien.

- No te debo explicación alguna -. Respondió Sirtán al desconocido que hablaba por boca de Cedric.

- Quizás a mi no, pero responderás ante Icelia o ante el Consejo -. Replicó aquel que había hablado.
- Icelia gobierna un imperio que ya no le obedece y yo no obedezco al Consejo. Regresa a tu montaña y no me desafíes más -. Ordenó Sirtán que había reconocido al enemigo misterioso. Alzó las manos y pronunció una voz muy fuerte.

Vebo escuchó una queja incomprensible, luego una deflagración acompañada de un lamento y finalmente se hizo el silencio. Estaba aturdido, herido y desolado.

- Vaya, estás hecho un asco...

Escuchó la voz de Sirtán sobre su rostro. Abrió los ojos. No se había dado cuenta que los había cerrado en algún momento cuando esperaba la muerte. Quiso responder pero se asfixiaba. Uno de los golpes le había roto un hueso del pecho.

- Espera, espera, no digas nada o te atragantarás...- dijo el mago con suavidad.

Vebo notó la mano del mago sobre el pecho y, poco a poco, el dolor que sentía se fue mitigando. Sirtán le curaba. Escuchó unas palabras. Palabras tranquilas en Lengua Antigua. Advirtió que los dolores producidos por los huesos rotos y la piel quemada desaparecían aunque quedaban pequeños retazos. Trató de incorporarse y se mareó.

- ¿No creerás que voy a quitarte todos los dolores? -. Dijo Sirtán con ironía. - Un guerrero aprende del dolor.

Vebo se apoyó en los brazos medianamente restablecido y le miró:

- Eso fue lo que te dije una vez...- sintió que le dolía todo el cuerpo, como cuando se recuperaba de una borrachera o de una paliza - ...pero me arrepiento de mis palabras. ¿Por qué has tardado tanto? -. Al decirlo notó las astillas de cristal clavadas en la palma de su mano izquierda.
- No soy tu perro obediente. Te dije que vendría y vine en cuanto pude -. Sirtán se levantó y derramó su sombra sobre él.
- Pues si tardas un segundo más ahora sería historia -. Vebo se sentó. El mundo rodaba a su alrededor. El poco mundo que quedaba. Cedric había arrasado los árboles y desmenuzado las rocas. La violencia esgrimida había sido estremecedora.
- Bueno, nada se habría perdido, hay muchos más cabezotas en el mundo...- replicó Sirtán y se alejó unos pasos. -¡Vamos, levántate! Te he curado las heridas más importantes. ¿No vas a quedarte ahí tirado en el suelo por simples cortes y magulladuras?

Vebo refunfuñó.

- ¡Maldita sea! -. Dijo mientras se ponía en pie. - ¡Ya estoy harto de todo esto! ¡Quiero desaparecer! -. Se tambaleó mareado.

Sirtán le observó con aquellos ojos en los que se sucedían los símbolos sin detenerse. Luego asintió.

- Tienes razón, amigo mío. No te van a dejar en paz jamás. No saben lo que tienes pero lo intuyen. Hoy han estado cerca y algún día, en algún momento, lo comprenderán y vendrán a por ti, a arrebatártelo. Y nada podrás hacer para impedirlo -. Le dijo con cariño. Era difícil escucharle hablar así. Vebo se sintió agradecido.
- Ya era hora de que lo reconocieses -. Había algo que quería preguntarle: -¿Con quién hablabas?-. Era obvio que Cedric había desaparecido dejando un paisaje de destrucción y desolación a su alrededor.
- Con él, con Valian. Cedric era su marioneta. Él es el verdadero enemigo. Algún día ajustaré cuentas con él, pero ahora no puedo. Hay cosas más importantes que debo de atender.

Vebo resopló. Lo había intuido:

- Pues bien que nos engañó. Sobre todo a mi.

Sirtán sonrió como quitándole importancia.

- Se creen muy inteligentes, pero no lo son tanto. Te dí el cristal porque desconfiaba de su sinceridad. Y también guardo alguna que otra sorpresa para cuando me los encuentre. Pero, pasemos a otra cosa ¿Y en dónde quieres vivir? -. El mago cambió la conversación para no desvelar sus objetivos. Sin duda tendría algo interesante preparado pensó el hombre.

Vebo enmudeció, meditó unos momentos y respondió:

- Sé de un sitio. Una pequeña ciudad. Se llama Tendérim. Llévame a allí.
- De acuerdo, si es lo que quieres, lo haré, y luego cubriré tu presencia para que nadie sepa que existes allí donde sea que estés, como hice hace tiempo. Me doy cuenta que no puedes vivir en Adentor.
- Perfecto -. Sonrió. Si se movía le dolía todo el cuerpo. Las palabras de Sirtán le recordaron a Ilena. Tiempos pasados en que fue muy feliz, tiempos alterados por la desgracia.

Sirtán comenzó a caminar entre la desolación producida por las deflagraciones de Cedric. Vebo no se movía.

- ¿Vienes?-. Le preguntó el mago.
- ¿No vamos a caminar hasta allí? ¡Está lejos! -. Dijo Vebo señalando que iba descalzo, se sentía débil como un pajarito, se moría de sed y le dolía todo el cuerpo.
- No vamos a ir por ninguna ruta de luz, amigo mío, dejaríamos pistas demasiado evidentes, y yo no te pienso llevar a hombros....¡Gran guerrero!-. Exclamó y continuó avanzando sin esperarle.
- Malditos sean estos magos -. Se quejó Vebo. Recogió la espada, limpió los cristales clavados en su mano y siguió al mago como pudo. Las botas habían ardido. - ¡Al menos conseguiremos unos caballos, ¿no?! -. Gritó mientras comenzaba a andar con dificultad.

Desenlace

Estaba claro como el agua.

– Me comprometí, Cedric. Sellé mi pacto con el destino. Y no me arrepiento.

El mago sonrió. Una sonrisa dulce y sincera, tranquila y simpática.

– Entonces...- vaciló -...entonces, amigo mío, no me queda otro remedio.

Vebo se había alejado dos pasos del mago por precaución. Ahora todo iba a estallar. Estaba seguro.

– ¡"Detente"! -. Bramó Cedric. Y lo hizo en Lengua Antigua.

Pero Vebo se había situado sobre el símbolo de protección que hacía mucho tiempo había dibujado

Sirtán en el suelo de madera. Un símbolo permanente y en buen estado.

La voz se desvaneció nada más alcanzarle.

Cedric le miró con sorpresa e inquietud.

Vebo tomó a la espada y ésta se alojó en su mano como un guante.

– ¡"Resignación"! -. Gritó el mago.

Otra voz más potente, más clara. Malvada.

Pero el símbolo resistió. Vebo se agachó y cogió varias hachas con rapidez. Luego se las tiró al mago, más que nada para distraerle.

Cedric repelió las hachas y tiró varios sacos de grano. Algunas velas se apagaron.

– ¡Es deleznable tu obstinación! -. Bramó. Su rostro ya no mostraba rastro alguno de amabilidad y dulzura. Ahora lo ocupaba un rictus de rabia y desprecio. - ¡Ven conmigo, por el camino que tantas veces has hollado! ¡Tendrás todo lo que desees! ¡Todo! ¡Solo te pido que me lo entregues! ¡Y tendrás una vida plena como nunca hubieras imaginado!

– ¿Y por eso quieres matarme? -. Le cuestionó Vebo con ironía. Blandía la espada con firmeza. Como tantas veces lo había hecho. Sin la fuerza de antaño pero seguro de lo que hacía. - ¿Eso fue lo que le prometiste a Falsa, verdad? ¿Una vida entregada al enemigo?

El mago caminó hacia él y rompió varias de las jaulas caídas con los pies. El tiempo parecía haberse detenido. ¿O quizás se había ralentizado? Vebo no podía retroceder. Sintió miedo. Cedric se regocijaba. ¡Estaba tan seguro de su victoria! Sabía que Vebo no podía abandonar aquella protección del suelo. Y eso le daba espacio para desenvolverse, para afilar sus palabras.

– Falsa fue fácil de convencer, amigo mío -. Respondió con maldad. - E incluso estuve a punto de convencer a Ilena – añadió con desprecio – pero llegaste tú y todo cambió. ¡Se enamoró! ¡Qué estupidez! ¡Teníamos a Sirtán en nuestras manos y dejó que todo se perdiera! Tenía que matarla, compréndelo. Mi secreto no podía desvelarse -. Sonrió con altivez. – Valian, sí, Valian cree que soy su esclavo, amigo mío, su torpe esclavo, que puede tomar mi cuerpo cuando se le antoje, que le sirvo con absoluta lealtad y amor -. Una carcajada estremecedora detuvo el oscuro relato que explicaba. – ¡Soy yo! ¡Yo quién le deja hacerlo! ¡Yo! ¡Cada vez que me toma yo me adueño un poco más de él! - La risa, otra vez la risa.

– ¿Y el niño, Cedric?

– ¿El niño? ¿Quién crees que azuzó al errante? ¿Quién sino yo? ¡Ah, pero después son tan difíciles de controlar! ¡Había que matarlo! ¡Sí! ¡Incluso Valian pensó que el niño era importante! -. Otra risa macabra estremeció a Vebo. - Y, sí, lo es. Pero ya no importa. Ahora me entregarás el símbolo, carnicero. Ilena tuvo que hacer muchos pactos para desvelarlo y lo necesitamos.

– ¿Por qué, Cedric? ¿Por qué?

– Tengo un lugar reservado a los pies de mi señor...- respondió con absoluto placer.

Vebo era un guerrero. Un guerrero gordo, desentrenado y anquilosado, eso sí. Pero no podía dejar de ser quién había sido. Al menos, aún quedaba una brizna de aquel que había sido enterrado en su

cuerpo. Valentía y confianza. Y rabia. Hizo lo inesperado. Avanzó en lugar de retroceder.

Cedric se lo quedó mirando con incredulidad.

Vebo clavó la espada en el pecho del mago en un movimiento colmado de ira.

– ¡Entonces, ve con él! ¡Que el Tejedor de Muerte te acoja, maldito!

El mago le miró con sorpresa, con absoluta incredulidad. Luego sintió que la luz le abandonaba.

Vebo sacó el arma mientras Cedric caía de bruces y su rostro se ennegrecía.

La espada había bebido su vida nada más alcanzarle. No había sido una herida común. Una herida común podía ser compensada o curada al instante. Cualquier mago de su competencia y sabiduría podía sanar esa herida. Sin embargo, la espada, aquella espada en concreto, quitaba la vida sin posibilidad de recuperación, de salvación.

El carnicero retiró la espada del cuerpo renegrido, la levantó y contempló la mancha de sangre que quedaba. Le dolía el pecho y sudaba. Había sorprendido al enemigo como tantas otras veces había hecho en su vida con tantos otros como él. Pero, esta vez, sabía que le iba a costar muy caro. La voz. La última voz mágica de Cedric le había dañado.

Esa pequeña villa en la que viviré.

– Hemos llegado. Esa pequeña ciudad será mi refugio -. Dijo Vebo.

Sirtán escudriñó el grupo de casas que se atrevía a llamar ciudad. Luego, arqueó las cejas y negó con la cabeza.

– ¿Y qué vas a hacer en un cuchitril como este? -. Le preguntó. La brisa, que soplaba con suavidad y levantaba la barba larga y blanca del mago, era agradable y refrescante.

– Seré carnicero. Llevaré una vida gris y nadie sospechara nada de mí -. Respondió Vebo un poco ofendido por el desprecio del mago. Aquella pequeña población era un lugar muy importante para él pero no había razón para aclararlo del todo.

– ¿Carnicero?

– Es lo que mejor se me da ¿no?

- Sí. En eso tienes razón. Matar ha sido tu mejor oficio-. Respondió con sorna.

Vebo y Sirtán se encaminaron hacia la ciudad.

Había una posada en el camino que Vebo no recordaba. Tenía sed.

- ¡Nos irá bien un buen vino, ¿eh Sirtán?! Y así también nos enteraremos de si queda alguna casa vacía en la que me pueda instalar -. Añadió de más buen humor pues la expectativa de remojar su garganta era una idea magnífica.

El Antemagistrado Grosso era un hombre desconfiado, orgulloso y ruin, bajito y comido por la viruela, de mirada acuosa y grandes labios. Vestía ropas caras y siempre se acompañaba por dos guardaespaldas corpulentos que le seguían como su sombra. Pero aquellos dos hombres que habían venido a comprarle la vieja carnicería y la casa adyacente, no sabía porqué, le intimidaban. Uno era un viejo de barba canosa y un tanto ridículo con aquella boina amarilla y el otro, un fortachón, de mirada triste, de mediana edad aunque bastante indefinida, y cuyo cabello comenzaba a clarear. Les había llevado al local y les había tratado de embaucar con su exquisita dicción. Sin embargo, la voz de aquel anciano, le había alterado.

Grosso, tragó saliva y los escoltas dieron un paso atrás.

- Con esto hay más que suficiente -. El anciano le entregó un saquito con piedras rojas, de las que se utilizaban para el intercambio cuando no se podían entregar bienes.
- Hubiera preferido bueyes o caballos -. Se atrevió a replicar pero con una voz tan pequeña que los protectores se sorprendieron al escucharla.
- He dicho que es suficiente...- replicó el viejo.
- ¿Eh? Sí, sí. Es más que suficiente. No quería ofenderos, mi señor.
- Ahora, dejadnos solos. Vebo y yo tenemos mucho que hacer. ¡Ah, y cuidado bien de los caballos! ¡Los voy a necesitar! -. Añadió.

El Antemagistrado se sintió humillado por las palabras del anciano pero la prudencia le aconsejó que callara.

- Nos vamos -. Les dijo a sus acompañantes.- Espero que nos veamos pronto por Tendérim. Es una agradable ciudad y...

El anciano ordenó con la mirada que abandonase su casa y Grosso obedeció como si fuera un niño muy bien educado. Aunque, una vez en la calle, se preguntó porqué había sido tan cobarde y anodino. Por lo menos había conseguido un buen precio por una vieja casa que nadie quería comprar. Sin saber porqué tomó las riendas de los caballos y se los llevó hacia el establo. Los esbirros que le seguían se quedaron anonadados.

En la casucha, Vebo y Sirtán observaron las viejas paredes, las vigas de madera descuidadas, el

antiguo mostrador, las sillas cubiertas de polvo.

- Esto es lo que querías, ¿no? -. Preguntó Sirtán un tanto disgustado.
- Sí. Nada de lujos ni suntuosidades. Algo sencillo, tranquilo, que pueda manejar. Ahora solo falta que ocultes mi presencia aquí.
- No lo dudes. Pero primero repararemos la casa.
- Claro. Para un mago como tú y un guerrero como yo nada mejor que aplicarse en las tareas mundanas de reconstrucción -. Vebo rió por su ocurrencia.
- Bueno. Veamos qué nos depara esta morada -. Sirtán hizo un leve gesto y varios meteoros de luz volaron desde sus manos hacia el interior de la casa para iluminarla.

Durante varias semanas se dedicaron a la tarea de reparación de la vivienda. Lo hicieron con las manos, sin ayudarse de la poderosa magia de Sirtán, tal y como Vebo quería, pues le traía muy buenos recuerdos trabajar la madera y la piedra. Utilizaron sierras, martillos, paletas y demás herramientas en lugar de sutil magia y sortilegios sorprendentes. Era más satisfactorio, reconoció incluso Sirtán.

Había dos sótanos, uno bajo el otro, y Sirtán pensó que en el inferior sería adecuado construir una ruta de luz, así Vebo podría viajar a cualquier lugar que quisiese, y disponer un potente símbolo de protección. En la parte superior adecentaron la cocina y las habitaciones. Nada suntuoso, todo práctico.

- ¿Por qué carnicero Vebo?-. Le preguntó Sirtán. Ordo, un campesino amable que se había ofrecido para ayudarles, había traído varios faisanes para que los sacrificase.
- Es lo que mejor sé hacer, ¿no?

Sirtán reflexionó unos instantes.

- Nunca pensé en ti como matarife, Vebo.
- Pues eso es lo que fui. Mataba. Se me daba muy bien matar, ya lo sabes. Aunque fueran hombres, rugons, asras o monstruos. Tenían sangre y vivían.

Los cristales de la puerta, recién limpiados, dejaban pasar la luz alegre de la tarde. Las paredes recién pintadas y la madera del suelo trabajada con esmero le daba un aspecto digno a la humilde carnicería. En el mostrador de piedra se exhibían piezas de carne, aves desplumadas y conejos despellejados. De unos ganchos colgados en una barra pendían longanizas y morcillas. Vebo tenía seis cuchillos y la piedra de amolar sobre una mesa tras la barra. También había varias jaulas amontonadas en un rincón y en las que habían viajado los animales que ahora se vendían sacrificados.

El mago descansaba en una de las dos sillas. Parecía ensimismado o pensativo tal vez.

Vebo se sentó a su lado. Había bajado una jarra de vino y dos vasos. Se oía la despedida. Escanció la bebida y se la acercó al mago. Éste lo tomó sin decir nada y se lo llevó a la boca. El carnicero hizo otro tanto. Bebió con ganas, con ansiedad.

- ¡Este vino de Zu es muy bueno! -. Exclamó Vebo dispuesto a rellenar su vaso . - ¿Te vas, verdad?- Añadió seguidamente.

El mago reaccionó a la pregunta.

- Sí, amigo mío. Es hora de que me vaya. Los magos me reclaman -. Dijo lánguidamente y apuró su vaso.
- Ya lo sabía. Es lo que hay. Tienes muchas más cosas que hacer. ¡El mundo te espera! -. Exclamó Vebo con teatralidad.
- ¡Ponme más! ¡Y no dramatices! -. Sonrió el mago.

Vebo acabó la jarra en el vaso del mago.

- He dejado la ruta intacta y protegida, amigo mío -. Dijo el mago tras tomar un ligero sorbo.- Recuerda lo que he dejado y que quién aparezca por allí en un futuro vendrá para matarte. Solo tú y la muerte podéis viajar por ese sendero.
- Gracias, Sirtán. Lo recordaré.
- Aunque sea tu mejor amigo. Aunque sea yo mismo. Te traerá la muerte. Deberás defenderte. Estate preparado. Pueden pasar muchas nieves hasta que ocurra algo parecido o tal vez pase mañana, no lo sé.
- Tengo la espada, Sirtán.
- Sí, tienes la espada -. El mago suspiró. - Ella podrá con todo, sí -. Dijo sin entusiasmo.
- Al menos lo intentará -. Replicó Vebo desairado. - Ha sido el regalo más valioso que nadie me ha hecho nunca -. Dejó el vaso en el suelo y se miró las manos. Cerró el puño como si la sostuviera.

Sirtán se levantó. No era cosa de hacerse demorar más. Estaba a gusto con Vebo. Habían compartido muchos días de peligros y alegrías.

- Sin embargo, Vebo, la ruta te será franca. Puedes viajar siempre que lo desees. No habrá ninguna dificultad para ti.
- Gracias de nuevo, Sirtán -. Vebo se levantó y le tendió las manos.

Sirtán le mostró la suyas y ambos se tomaron los antebrazos. Era una despedida de amigos. Quizás no se vieran nunca más.

- Has escogido bien tu destino, amigo mío -. Dijo Sirtán con sinceridad.
- ¡Oh, qué bien! ¡Al menos tú no dices que estoy loco como lo hicieron otros!
- No. No lo estás. Esta pequeña ciudad es un buen escondite. Lo descubrirán, porque ellos todo lo averiguan, no lo dudes, pero tardaran bastante tiempo en hacerlo. Aprovéchalo -.

Dijo finalmente ya en la puerta.

La abrió y le dedicó una sonrisa franca.

– Los hombres buenos como tú deberían ser más abundantes.

Cerró la puerta y se fue.

Vebo se quedó solo. Sus recuerdos recientes y los de antaño se adueñaron de sus pensamientos.

Comenzó a llorar. El sol del atardecer era rojo y dorado y atravesaba los cristales.

Últimos momentos.

La espada con que Vebo acababa de atravesar al mago era de acero y flegón. Era una espada antigua, elegante y poderosa, digna de ella. No tenía nombre porque cuando se la regalaron se omitió expresamente. Un nombre otorgaba una identidad y aquella espada no la tendría. Se la necesitaba limpia para cumplir la misión que se le había encomendado. ¿Para qué sino le había entregado una espada inmaculada Ilena? La sangre la teñía de un rojo espeso y sucio, la sangre que goteaba sobre el suelo de madera. La sangre del muerto.

Vebo sudaba y sentía los latidos del corazón en las sienes. El pecho le dolía sobremanera. Era un síntoma. El síntoma de su muerte próxima. No tenía miedo a morir. Nunca lo había tenido. No se consideraba eterno como esos magos ridículos y vanidosos con los que había convivido. Todas las cosas tienen su fin. Y el suyo se aproximaba.

Sintió que las piernas le temblaban. Buscó con la mirada algo donde sentarse. El tocón. El viejo tocón en donde descabezaba a los pollos antes. Sucio de sangre seca y plumas. Serviría para recuperar el resuello y pensar qué haría después.

La luz de las velas que no habían tirado en su lucha teñía de oro el cuarto. Las sombras oscilaban

entre los sacos caídos con el grano derramado, las hachas esparcidas junto a los cuchillos de matarife y las piedras de amolar. Sus trastos de carnicero. También había varias jaulas de madera rotas. La pelea había acabado con ellas, pensó al mirarlas.

– ¡Ufff! ¡La voz era fuerte! -. Suspiró.

El mago había caído de bruces. La sangre se asomaba por ambos lados de su capa de plata. La tela era muy buena. Casi resplandecía. Los zapatos parecían de seda.

Vebo suspiró. Se alegraba de haberlo vencido aunque sabía que aquella victoria la pagaría con su vida.

– No tengo solución -. Se dijo. Aceptaba su muerte como algo normal. - Pero antes tengo que hacer desaparecer todo esto y debo...debo...- un pinchazo terrible en el pecho le anunció lo urgente de sus quehaceres -...debo destruir el manuscrito. Sabía que lo buscarían aquí. Nunca imaginarían donde lo enterré. No me queda mucho tiempo. Debo quemarlo todo. Aunque ese no se quemará. No. Seguro que no. Cuando él venga, seguro que lo descubrirá. Es muy listo. Buscará en el tiempo como solo él sabe hacerlo y lo comprenderá.

Había sudado mucho y notaba las manos torpes. La luz, aunque escasa, era suficiente para trazar los símbolos que recordaba. Había que ser preciso con el retardo.

Se levantó. Con la punta de la espada apartó restos de grano y pedazos de sacos desgarrados. Comenzó a dibujar. El símbolo era complicado pero lo recordaba bien. Una elipse aquí, un segmento allá, una hipérbola semántica completa. Y el retardo. Claro estaba, el retardo.

Completada la obra solo quedaba salir de allí y buscar el documento oculto entre los cipreses. Se sonrió.

– ¡Ni el más fiero de los magos ha conseguido arrebatármelo! ¡El pobre carnicero Vebo! ¡Que ignorantes!

Las escaleras crujieron bajo su peso cuando comenzó a subir. Dos escalones más arriba no pudo resistir la tentación de girarse a mirar por última vez aquel cuarto. Allí había llegado el mago muerto. Allí lo había descubierto y allí lo había matado tras una dura lucha. Y desde allí partía siempre para recorrer caminos peligrosos. Caminos peligrosos. Suspiró. Todo quedaba tan solo en su memoria. Y pronto se perdería. Sintió la boca amarga. La nostalgia dejaba mal sabor. Los recuerdos eran tristes.

Continuó su camino. Tenía sed. Cerró la puertecilla y giró la llave. ¿Para qué? Era la costumbre. Los años de hacer siempre lo mismo.

Con la vela encendió una de las antorchas que tenía en el almacén. Allí tenía el grano con que alimentaba a las gallinas que luego sacrificaba. Tenía sacos de harina, cántaros de aceite, cebollas en cajas de madera, pan seco amontonado en un rincón.

La antorcha puso más luz en el aire. Dejó el almacén que ya nunca más vería. Estas escaleras eran

más anchas, más nuevas y no crujían. Las había renovado no hacía mucho. La respiración se le hacía costosa. Dejaré la espada, pensó. Pero luego cambió de idea. La espada seguirá conmigo mientras pueda sostenerla. Fue un regalo. Su regalo.

Salió a la noche. A la noche oscura de Tendériem con una esperanza en sus pensamientos y una duda en su espíritu.